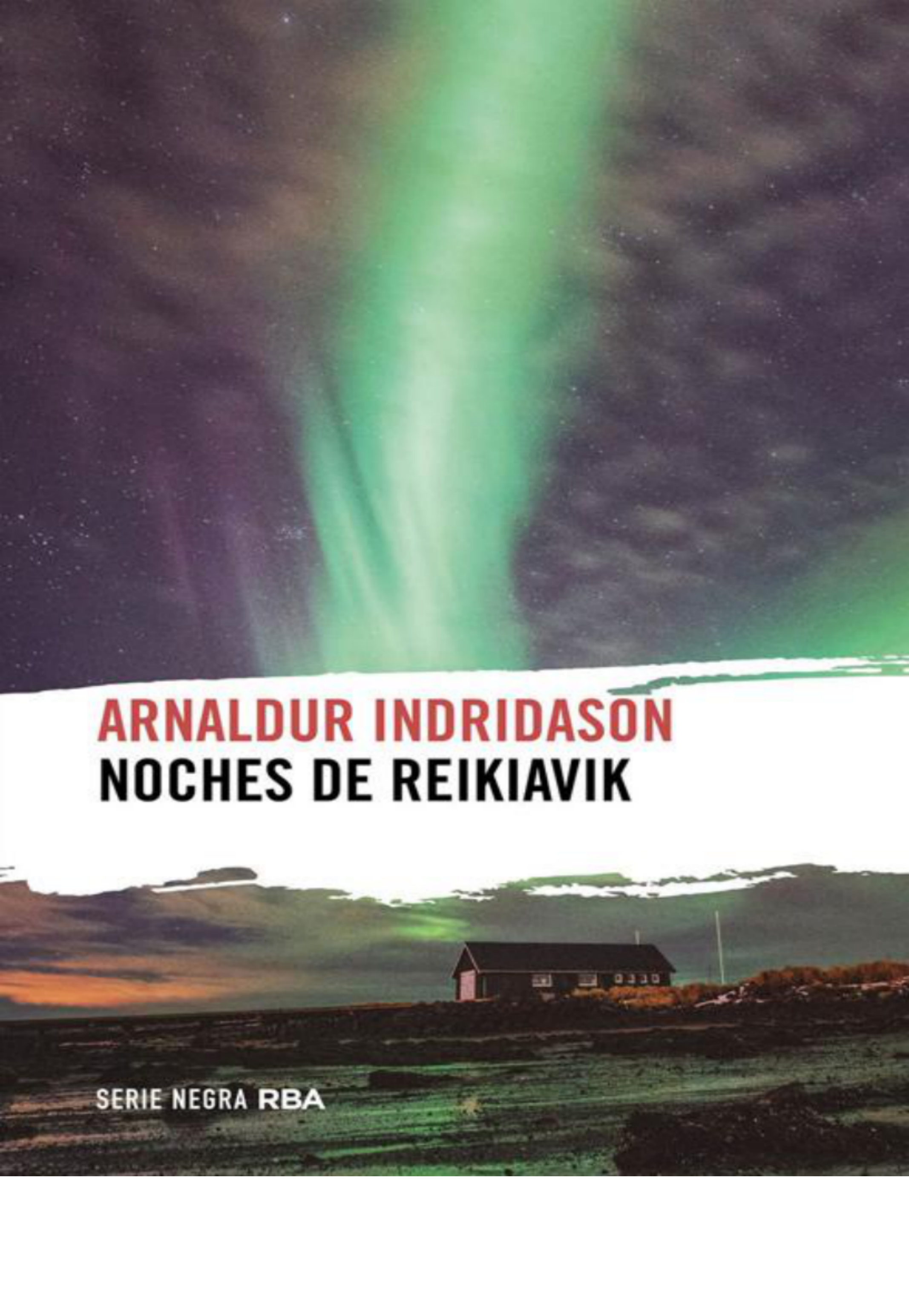

ARNALDUR INDRIDASON
NOCHES DE REIKIAVIK
SERIE NEGRA RBA

ARNALDUR INDRIDASON
NOCHES DE REIKIAVIK

Traducción de
Fabio Teixidó

RBA

Título original islandés: *Reykjavíkurnætur*.



La traducción de esta obra ha contado con el soporte financiero de Icelandic Literature Center.

Publicado gracias a un acuerdo con Forlagid Publishing.
www.forlagid.is

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2023.

REF.: OBDO220
ISBN: 978-84-1132-486-1

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

1

Los chicos empujaron el anorak verde que sobresalía del agua. La prenda se puso en movimiento y describió un semicírculo antes de hundirse. Cuando la volvieron a sacar a flote con ayuda de sus palos, se llevaron un susto de muerte al ver lo que ocultaba.

Los tres amigos vivían en el barrio de Hvassaleiti, en los bloques de pisos que bordeaban la avenida Miklabraut y se extendían hasta un área de marismas conocida como Kringlumýri. La zona norte del terreno estaba invadida por la romaza y la angélica, mientras que en la zona sur se extendía una amplia turbera surcada por profundas zanjas que los habitantes de Reikiavik habían excavado durante la Primera Guerra Mundial. A la vista del desabastecimiento de combustible causado por el conflicto, los capitalinos tuvieron que extraer toneladas de turba y repartirlas entre la población para que la gente pudiera calentar sus viviendas. Las marismas se drenaron, se abrieron caminos por toda la zona y así comenzó la mayor explotación de turba de la historia de la ciudad. Se dio empleo a centenares de personas que se encargaron de extraerla, secarla y transportarla en vagones.

Cuando, al terminar la guerra, el país volvió a recibir suministros de carbón y petróleo, la explotación se abandonó, las zanjas se inundaron de un agua terrosa y la zona permaneció abandonada durante mucho tiempo. Cuando Reikiavik se expandió hacia el este en las décadas de los años sesenta y setenta, se construyeron nuevos barrios junto a Hvassaleiti y Stóragerði. Las turberas se transformaron en un área de recreo con estanques y los niños podían navegar por los más grandes en sus propias balsas. También se hicieron caminos para poder recorrer en bicicleta las colinas de toda la zona. En invierno, los estanques se congelaban y se convertían en excelentes pistas de patinaje.

Los chicos habían construido su balsa con materiales que habían sacado de unas obras cercanas. La habían fabricado clavando

cuidadosamente dos travesaños de madera a un panel de encofrado cubierto por una plancha de poliestireno y la impulsaban sumergiendo en el agua turbia unos palos alargados que les permitían tocar el fondo, ya que el estanque no era muy profundo. Ataviados con sus botas de goma, procuraban no mojarse. Más de un niño, y más de dos, se había caído al agua alguna vez y había vuelto a casa temblando, sobre todo por el frío, pero también porque sabía que volvía convertido en una especie de monstruo marino y que al llegar le esperaba una buena reprimenda, o algo peor.

Avanzaban con prudencia en dirección a la calle Kringlumýrarbraut tratando de no desequilibrar la balsa para que no se les inundara o no se cayeran por la borda. Manejarla era un arte propio de funambulistas, requería cooperación y pericia, así como una buena dosis de paciencia. Los tres amigos habían tardado lo suyo en encontrar el punto exacto de equilibrio antes de atreverse a alejarla de la orilla. Sabían que la balsa volcaría si se acercaban demasiado a los bordes.

La travesía superó sus expectativas. Su nueva embarcación se deslizaba a la perfección y estaban tan contentos que dieron varias vueltas por la parte más profunda. De fondo se oía el tráfico de Miklabraut y, al sur, se veía la carcasa de hormigón que protegía las tuberías del sistema de calefacción geotermal, que transportaban agua caliente hasta los tanques situados en lo alto de la colina Öskjuhlíð, otra de las zonas de juego de la pandilla. Allí habían encontrado alguna vez unas misteriosas pelotas, pequeñas y duras, que parecían huevos de gallina, todo un misterio que solo lograron resolver cuando el padre de uno de ellos les explicó que eran pelotas de golf. El hombre se imaginaba que alguien habría estado practicando en el descampado de al lado y les contó que, antiguamente, el campo de golf de Reikiavik se encontraba al este de Öskjuhlíð, no muy lejos de Kringlumýri. De ahí que al estanque se le conociera también como el «estanque de los golfistas». Sin embargo, dudaba mucho que las pelotas fueran de aquella época.

Los chicos llevaban ya un buen rato navegando y hablando de las pelotas de golf que encontraban de vez en cuando cerca de las tuberías del agua caliente cuando la balsa basculó de repente. Al ver que una de las esquinas había desaparecido bajo el agua turbia, detuvieron la marcha y se apresuraron a enderezarla dirigiéndose al extremo contrario. Gradualmente la balsa recuperó el equilibrio, pero no acabó de emerger del todo. Habían chocado contra algún objeto pesado que no alcanzaban a ver y se habían quedado atascados. Ya antes habían encontrado en el lodo toda clase de desperdicios que la gente había tirado a la antigua turbera. Sin ir más lejos, en un rincón del estanque asomaba una bicicleta rota. De hecho, los chicos habían

aprovechado algunos de esos materiales para construir su balsa, como la plancha de poliestireno. Sin embargo, el bulto contra el que acababan de chocar era demasiado pesado y pensaron que se había quedado enganchado en algún clavo que sobresalía por debajo.

Con la máxima precaución, aunaron todas sus fuerzas para hacer avanzar la balsa. Consiguieron arrastrar el objeto unos metros y, cuando por fin se desenganchó, la esquina de la balsa se levantó bruscamente y estuvieron a punto de caer al agua. Cuando recuperaron el equilibrio, aliviados por no haberse mojado, se quedaron mirando aquel extraño objeto que su embarcación había sacado a la superficie.

—¿Qué es eso? —preguntó uno mientras golpeaba el bulto con un palo.

—¿Una bolsa? —preguntó otro.

—No, es un anorak —dijo el tercero.

El chico volvió a golpear el misterioso bulto y lo empujó con fuerza hasta lograr ponerlo en movimiento. El objeto se hundió, pero lo volvieron a sacar a flote con ayuda de los palos. Poco a poco, el bulto se fue girando lentamente hasta que los chicos vieron aparecer la cabeza de un hombre, una cabeza blanca, sin rastros de sangre, con unos mechones de pelo descolorido. Nunca habían visto una imagen tan abominable. Aterrorizado, uno de los chicos dio un chillido y se cayó de espaldas al agua. Entonces la balsa se desestabilizó, haciendo caer a los otros dos, y los tres se alejaron a toda prisa, dando gritos hasta alcanzar la orilla.

Calados hasta los huesos, se quedaron unos segundos tiritando con la mirada clavada en aquel anorak verde y aquella cara que asomaba del agua. Después salieron huyendo de la turbera a toda velocidad.

2

Al recibir el aviso de una pelea que se estaba produciendo en una casa del barrio de Bústaðarhverfi, pisaron a fondo el acelerador y se metieron por Miklabraut para coger después Háaleiti en dirección este y girar hacia el sur por Grensásvegur. Apenas circulaban coches por la calle. Eran pasadas las cuatro de la madrugada y el tráfico se había reducido considerablemente. Adelantaron a dos taxis que se dirigían hacia las afueras y, en el cruce con Bústaðavegur, estuvieron a punto de chocar contra un vehículo que se interpuso en su camino al salir tranquilamente de Fossvogur. Al volante iba un hombre de edad avanzada que no se había dado cuenta de la velocidad a la que iba la policía y había pensado que tendría suficiente tiempo para pasar.

—¡¿Pero está loco o qué?! —gritó Erlendur mientras daba un volantazo y continuaba por Bústaðavegur. Esa noche le tocaba a él conducir.

—¿Vamos a por él? —preguntó Marteinn desde el asiento trasero.

—Déjalo estar —respondió Garðar.

Erlendur miró por el retrovisor y vio que el coche de Fossvogur se dirigía hacia el oeste por Bústaðavegur.

Garðar y Marteinn, ambos estudiantes de Derecho, eran los reemplazos de verano. Erlendur trabajaba a gusto con ellos. Los dos llevaban el pelo al estilo de los Beatles, con un flequillo que les caía sobre los ojos y un enorme bigote. Patrullaban en una pequeña furgoneta, una lechera que contaba con una diminuta celda en la parte trasera. Era una Chevrolet blanca y negra, robusta, aunque no especialmente rápida; le costaba coger velocidad. Los agentes no se habían molestado en activar la sirena ni las luces rojas de emergencia, razón por la que, probablemente, habían estado a punto de estrellarse contra el coche del anciano. Unos simples ruidos en una casa no justificaban poner en marcha toda la parafernalia en plena noche, aunque no sería la primera vez que Garðar activara todo el sistema y condujera como en una película de acción, solo por dar un poco de

ambiente.

Al llegar a la calle de casas adosadas que les habían indicado, se detuvieron frente al número correspondiente y se pusieron sus gorras blancas antes de bajar del coche y salir a la noche estival.

El cielo estaba encapotado y lloviznaba, pero hacía buena temperatura. Hasta ese momento solo habían intervenido en casos relacionados con el consumo de alcohol, pero ninguno especialmente grave. Solo habían detenido a un hombre sospechoso de conducir en estado de embriaguez y lo habían llevado al hospital para que le hicieran un análisis de sangre. También habían acudido a disolver una trifulca que se había producido en la puerta de un bar del centro, así como una pelea en un domicilio del barrio oeste donde cinco hombres de diferentes edades alquilaban dos habitaciones. Los cinco eran tripulantes de un barco procedente de las zonas rurales y se había enzarzado en una disputa con los vecinos que había terminado con varios heridos. Alguien había apuñalado a un hombre en el brazo y lo había tirado al suelo. El atacante estaba fuera de sí cuando llegaron los agentes, que habían acabado esposándolo y llevándolo al calabozo de la comisaría, en la calle Hverfisgata. Los otros, en cambio, parecían haberse calmado, aunque seguían manteniendo un continuo cruce de acusaciones sobre cómo había empezado todo.

Cuando tocaron el timbre del adosado, apenas se escuchaban ruidos. Todo parecía estar en calma alrededor de la casa, aunque, según el aviso que habían recibido por el equipo de radio, un vecino había llamado para informar de que se estaba produciendo una pelea. Llamaron a la puerta con los nudillos, volvieron a tocar el timbre y se preguntaron qué hacer. Erlendur sugirió forzar la puerta, pero a los dos estudiantes de Derecho les pareció una medida desproporcionada. No se veía al vecino por ninguna parte.

Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta años vestido con una camisa blanca. Llevaba el pantalón desabrochado, los tirantes colgando y las manos metidas en los bolsillos.

—¿Pero qué alboroto es este? —preguntó alternando la mirada entre los tres hombres, sorprendido ante la visita de la policía.

Los agentes no percibieron ningún olor a alcohol y tampoco parecía que lo acabaran de despertar.

—Hemos recibido una queja en relación con unos ruidos procedentes de esta casa —anunció Garðar.

—¿Ruidos? —se extrañó el hombre, entornando la mirada—. Aquí no hay ningún ruido. ¿Qué…? ¿Quién se ha quejado…? ¿Queréis decir que alguien ha llamado a la policía?

—¿Te importa si entramos un segundo? —preguntó Erlendur.

—¿Entrar? ¿En mi casa? Os han tenido que gastar una broma,

chicos. Os la han colado.

—¿Está tu mujer despierta? —le preguntó Erlendur.

—¿Mi mujer? No está en la ciudad. Está en una casa de campo con unos amigos. No entiendo… Aquí tiene que haber un malentendido.

—Puede que nos hayan dado mal la dirección —especuló Garðar mirando a sus compañeros—. Habrá que pedir confirmación en comisaría.

—Perdona —se disculpó Marteinn.

—No pasa nada, chicos, lamento el malentendido, pero no hay nadie más en casa. Que vaya bien.

Garðar y Marteinn caminaron hacia la furgoneta, seguidos de Erlendur. De vuelta en sus asientos, Marteinn habló por el equipo de radio y le verificaron que la dirección era correcta.

—Aquí no hay nada que hacer —concluyó Garðar.

—Esperad un momento —dijo Erlendur antes de bajarse otra vez del coche—. Aquí hay gato encerrado.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Marteinn.

Erlendur regresó a la casa, llamó a la puerta y esperó un rato hasta que el hombre apareció de nuevo.

—¿Todo bien?

—¿Puedo ir al baño? —le preguntó Erlendur.

—¿Al baño?

—Será solo un momento. No tardaré.

—Lo siento, pero… no puedo…

—¿Me enseñas las manos?

—¿Cómo? ¿Las manos?

—Sí, las manos —repitió Erlendur al tiempo que abría la puerta dándole un brusco empujón.

Sobresaltado, el hombre retrocedió unos pasos hacia el interior de la casa.

Erlendur entró a toda velocidad, miró rápidamente hacia la cocina, abrió la puerta del baño de enfrente, se metió corriendo en el pasillo y abrió las puertas de todas las habitaciones dando voces y gritos. Sin moverse de su sitio, el hombre protestaba enérgicamente ante el procedimiento del agente. Erlendur volvió corriendo a la entrada, cruzó el recibidor y, al llegar al salón, encontró a una mujer tirada en el suelo. La estancia estaba revuelta: las sillas y las lámparas volcadas, una mesilla boca arriba, las cortinas arrancadas. Se acercó rápidamente a la mujer y se inclinó sobre ella. Estaba inconsciente, tenía un ojo hinchado, los labios partidos y una herida abierta en la cabeza que probablemente se había hecho al caer contra la mesa antes de perder el conocimiento. Llevaba el vestido levantado por las caderas y el enorme moratón de su muslo indicaba que no era la primera vez que había sufrido una agresión.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó Erlendur a Garðar y Marteinn, que habían llegado a la puerta—. ¡¿Cuánto tiempo lleva ahí?! —le gritó al hombre, que seguía sin moverse un ápice de la entrada.

—¿Está muerta? —preguntó en lugar de responder al agente.

—Podría estarlo —dijo Erlendur sin atreverse a mover el cuerpo.

Había sufrido una grave lesión en la cabeza y el personal sanitario sabría mejor cómo proceder para trasladarla al hospital. Tapó a la mujer con una de las cortinas arrancadas y ordenó a Marteinn que esposara al hombre y lo llevara a la furgoneta. Viendo que ya no tenía motivos para seguir ocultando sus manos, el hombre las sacó de los bolsillos: las llevaba ensangrentadas.

—¿Tenéis hijos? —le preguntó Erlendur.

—Dos chicos. Ahora están en el campo, en el este.

—Vaya, qué casualidad.

—Yo no quería hacerle nada —explicó el hombre mientras lo sacaban a la calle esposado—. No sé... No era mi intención. Ella... Yo no quería... Iba a llamaros. Se cayó contra la mesa y, al ver que no respondía, pensé que a lo mejor estaba...

Sus palabras se desvanecieron y la mujer dejó escapar un leve gemido.

—¿Puedes oírme? —susurró Erlendur, pero no obtuvo respuesta.

El vecino que había llamado a la policía, de unos treinta años, había salido a la calle y estaba hablando con Garðar. Cuando Erlendur se acercó, el hombre les explicó que su mujer y él ya habían oído ruidos otras veces, pero nunca como los de aquella noche.

—¿Lleva mucho tiempo sucediendo? —le preguntó Erlendur.

—No sabría decirte, nos mudamos aquí hará cosa de un año y... Como os digo, de vez en cuando se oyen voces y gritos. Nos sentimos muy intranquilos cada vez que ocurre porque no sabemos qué hacer. Vivimos al lado, pero casi no los conocemos.

En ese momento comenzaron a oírse unas sirenas y aparecieron tras la esquina una ambulancia y otro coche de policía. El escándalo despertó a los vecinos, que se asomaban a las ventanas o salían a la puerta de sus casas para ver cómo sacaban a la mujer en camilla y cómo se alejaba la furgoneta con el hombre metido en la celda. Pronto la calle volvió a quedar en silencio y la gente recuperó la calma, atónita ante aquel disturbio nocturno.

Por lo demás, el resto del turno transcurrió sin incidentes. Erlendur se disponía ya a volver a casa cuando vio al agresor de Bústaðahverfi esperando un taxi frente a la comisaría. Tras haberlo interrogado, lo habían puesto en libertad. El caso se había dado por cerrado y lo habían soltado. La vida de su mujer no corría peligro. Pasados unos días, le darían el alta en el hospital y volvería a casa con él.

Seguramente no tendría muchas más alternativas. Las mujeres que sufrían malos tratos no contaban con ningún tipo de apoyo.

Antes de salir, Erlendur había consultado el registro de altercados que se habían producido durante la noche. Por lo visto, un hombre en estado de embriaguez había estrellado su coche contra una farola en el barrio de Vogar y el vehículo había quedado para el desguace. Según el informe, el hombre iba solo y había consumido una ingente cantidad de alcohol. Por la descripción del coche, Erlendur sospechó que se trataba del hombre que se había interpuesto en su camino en Bústaðavegur.

Levantó la vista hacia el moderno edificio de la comisaría y bajó hasta el mar para contemplar las vistas del monte Esja y de las montañas que se extendían hacia el este. El sol relucía por encima de las cumbres. Era un domingo por la mañana y la quietud purificadora que envolvía la ciudad le ayudaba a olvidarse del tumulto nocturno.

De camino a casa, volvió a recordar el cuerpo del vagabundo que habían encontrado el año anterior flotando en el estanque de Kringlumýri. Por algún motivo, el incidente no se había borrado de su mente. Quizás fuera porque aquel hombre no le era totalmente desconocido. Había escuchado el aviso mientras patrullaba, por lo que su coche había sido el primero en llegar. Todavía podía visualizar aquel anorak verde flotando en el agua turbia y los tres muchachos que habían estado navegando en su balsa.

Erlendur sabía que en el año que había transcurrido desde que el hombre había aparecido ahogado, la policía judicial no había hallado ningún indicio de que su muerte se hubiera producido en circunstancias extrañas. Pero también sabía que los de la judicial no se habían implicado mucho en la investigación su muerte. Consideraban que tenían otras cosas más importantes que hacer y enseguida habían archivado el caso, asumiendo que el hombre se había caído al agua por accidente y se había ahogado. Nadie le dio más vueltas. Erlendur se preguntaba si aquel desinterés se debía a que aquel hombre no le importaba a nadie. Lo único que había ocurrido en Kringlumýri era que desde entonces había un vagabundo menos en las calles de Reikiavik. Y puede que su muerte hubiera sido así de sencilla. O puede que no. Poco antes del suceso, Erlendur lo había oído decir que habían intentado incendiar el sótano donde vivía. Sin embargo, nadie lo había creído. Ni siquiera Erlendur. Y ahora al agente le pesaba no haberle prestado más atención y haberle mostrado el mismo desinterés que los demás.

3

Poco después, en uno de sus días libres, Erlendur salió a dar un paseo por la tarde hasta Kringlumýri. No acostumbraba a hacer muchas cosas cuando no tenía que trabajar y no era la primera vez que caminaba hasta allí. Le encantaba pasear en verano por las calles de Reikiavik cuando hacía buen tiempo. Unas veces se daba una vuelta por Tjörnin, el pequeño lago del centro, mientras que otras atravesaba el barrio oeste hasta llegar a la punta de Seltjarnarnes, o bien paseaba por el sur y bordeaba el fiordo Skerjafjörður y la bahía de Nauthólsvík. Otros días salía fuera de la ciudad y aparcaba su cuatro latas en algún lugar remoto para caminar por el monte. Si la previsión del tiempo era buena, se llevaba comida y una tienda de campaña. Aunque no se consideraba realmente un montañero, se había apuntado a la Asociación de Excursionismo de Islandia y recibía en casa la programación anual, aunque luego no se apuntaba a ninguno de sus viajes. Una vez había caminado con ellos en un grupo grande por la zona geotermal de Landmannalaugar y la experiencia solamente le había servido para comprobar que no era lo suyo viajar con gente en permanente estado de buen humor. El entusiasmo incesante podía llegar a ser agobiante.

No había conocido a muchas mujeres, aunque es cierto que tampoco las andaba buscando. Salía de bares en contadas ocasiones, pero no podía soportar ni el ruido ni la juerga, en general. Sin embargo, fue en una de esas ocasiones, en el Glaumbær, antes de que el local se quemara hasta los cimientos, cuando había conocido a Halldóra, una joven dicharachera y decidida que le había mostrado verdadero interés. Unos días más tarde, saliendo por el Silfurtunglið con unos compañeros de la policía, se la había vuelto a encontrar y ella lo había invitado a su casa. Más tarde, Halldóra lo había llamado, habían empezado a quedar y ahora mantenían una especie de relación.

Cuando atravesó el barrio de Hlíðar, pasó por delante del instituto

de secundaria de Hamrahlíð, que también ofrecía clases para adultos. Erlendur no había seguido estudiando tras terminar la enseñanza primaria obligatoria y ahora consideraba la opción de regresar a las aulas. Al mudarse a Reikiavik con su familia y entrar en un nuevo colegio, le habían asignado directamente la clase de menor nivel sin evaluar sus capacidades. Viniendo de una familia pobre, habían dado por hecho que pertenecería a la clase de los torpes y los rebeldes. Descontento con el traslado, y descontento también con la vida en la ciudad, solo había aprendido a mantener la boca cerrada. Perdió todo interés por las clases, les plantaba cara tanto a los profesores como a cualquier tipo de autoridad y abandonó los estudios al llegar al bachillerato. Trabajaba en verano para ahorrar dinero y, tras su último semestre en la escuela, se independizó y empezó a vivir de alquiler. Áslaug, su madre, ganaba el salario mínimo y él tampoco cobraba mucho más cuando empezó a trabajar en una factoría de pescado.

Se quedó un rato mirando el instituto de Hamrahlíð, tentado por el nuevo departamento para adultos. Erlendur ya tenía veintiocho años, pero nunca era tarde para retomar los estudios. Además, debía terminar el bachillerato si quería matricularse en la universidad. Le gustaba la historia, sobre todo la de Islandia, y no descartaba la posibilidad de dedicarse a la investigación en un futuro.

Erlendur cruzó a paso ligero la avenida Kringlumýrarbraut y llegó a las antiguas turberas. Sin saber muy bien por qué, en el último año se había dejado caer por aquel lugar en varias ocasiones. Las aguas turbias y someras de los estanques no albergaban el menor rastro de vida. A decir verdad, «estanque» era una palabra demasiado bonita. Aquel día había dos balsas flotando y la zona estaba muy animada, con niños que bajaban y subían las colinas en bicicleta. En la parte más alta, dos pequeñas motocicletas levantaban polvo y el rugido de sus motores rompía el silencio de la tarde.

Habían hallado el cuerpo del vagabundo en la parte más profunda y se pensaba que había permanecido allí dos días sin que nadie se hubiera percatado de su presencia. Según el informe forense, el hombre había fallecido en el propio estanque, por lo que la investigación se había centrado en dilucidar si alguien podría haberlo ahogado. Sin embargo, sus elevados niveles de alcohol en sangre invitaban a pensar que había muerto de forma natural. No se había hallado ningún tipo de indicios de forcejeo, ni en su cuerpo ni en su ropa. Tampoco se habían encontrado testigos ni posibles pistas, como pisadas o huellas de neumáticos, aunque había pasado cierto tiempo entre su muerte y la llegada de la policía, por lo que la tierra podría haber sido removida por los niños que habían estado jugando por la zona. A falta de nuevos indicios esclarecedores, la investigación se había dado por finalizada y el caso se había dado por cerrado.

Erlendur había interaccionado con la víctima en alguna ocasión durante sus primeros meses en el departamento de tráfico. Se llamaba Hannibal y era un vagabundo con el que la policía había tenido que tratar más de una vez por distintas razones, aunque la mayoría de ellas relacionadas con el consumo de alcohol. La primera vez que Erlendur lo vio fue en pleno invierno, en un banco de la plaza Austurvöllur. Inclinado hacia delante, Hannibal agarraba con sus dedos entumecidos el cuello de una botella vacía de *brennivín*. Hacía un frío terrible y, tras ciertas reservas, los agentes decidieron llevarlo a comisaría para que pasara la noche en un calabozo. Erlendur estaba convencido de que el hombre podría morir de hipotermia si lo dejaban en la calle y no quería cargar con ese peso en la conciencia. Cuando lo metieron en la furgoneta, Hannibal comenzó a recobrar el sentido. Le llevó un tiempo enterarse de lo que estaba pasando, a pesar de que la situación no era nueva ni para él ni para la policía. Cuando por fin se dio cuenta de dónde estaba, se deshizo en agradecimientos hacia aquellos buenos agentes que tanto se preocupaban por él. Les pidió la botella que le habían quitado, pero le informaron de que estaba vacía. ¿Y no llevarían ellos otra para poderle dar un sorbito de nada? La pregunta iba dirigida a Erlendur. Al ser la primera vez que lo veía, consideraba más probable obtener una respuesta positiva de un agente nuevo. Sin embargo, después de haberle repetido mil veces su pregunta, Erlendur terminó ordenándole que se callara. La actitud amistosa hacia el cuerpo de policía cambió súbitamente.

—Sois todos igual de cabrones —murmuró Hannibal.

La segunda vez, Erlendur se lo encontró a los pies de la «chapa», como se conocía a la valla metálica ondulada que rodeaba la factoría de procesado de pescado fresco sueca situada al norte de la colina Arnarhóll. Los vagabundos solían refugiarse allí de las adversidades de la vida y del viento helado del norte. Con su andrajoso anorak verde de siempre, Hannibal estaba tumbado bajo la valla con las piernas estiradas, muerto de frío, ajeno al resto del mundo. Erlendur iba de camino a su casa después de haberse dado una vuelta por el centro. Al principio pensó en pasar de largo, pero luego, al acercarse, le pareció que la situación del hombre era preocupante. Hacía cada vez más frío, y la nieve, levantada por el viento, se acumulaba a los pies del vagabundo. Finalmente, Erlendur decidió llamarlo, pero no obtuvo respuesta. Lo volvió a intentar alzando la voz, pero Hannibal seguía rígido como una estatua. Aun llevando puestos un abrigo grueso, un gorro y una espesa bufanda, Erlendur apenas podía protegerse de las gélidas ráfagas de viento. Al final, se acercó al hombre y le dio un leve golpe con el pie.

—¿Todo bien, Hannibal? —le preguntó.

El vagabundo no reaccionó.

Erlendur se arrodilló a su lado y lo zarandeó hasta que Hannibal abrió los ojos. El hombre no lo reconoció. De hecho, no parecía saber ni dónde estaba.

—Déjame en paz, imbécil —protestó, tratando de zafarse de él a puñetazos.

—Vamos —le dijo Erlendur—. No puedes estar aquí con este frío.

Levantó a Hannibal hasta ponerlo de pie, lo cual no resultó tarea fácil porque pesaba una tonelada y no cooperaba en absoluto. Erlendur tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para enderezarlo y ayudarlo a bajar con él la colina. Al ponerse en movimiento, Hannibal se despejó y pudo guiar a Erlendur. Primero cruzó Kalkofnsvegur, luego se metió por Hafnarstræti y después callejeó un poco hasta llegar al patio trasero de una casa situada en Vesturgata. Una vez allí, Hannibal le señaló unas estrechas escaleras que accedían a un sótano. El hombre apenas podía mantenerse en pie y Erlendur lo ayudó a bajar los escalones. La puerta estaba cerrada por un pestillo de madera, como si fuera un simple granero. Cuando Erlendur retiró el pestillo, Hannibal empujó la puerta y deslizó la mano por la pared hasta encontrar un interruptor que encendía una bombilla desnuda colgada del techo.

—Aquí vengo a refugiarme de este miserable mundo — declaró Hannibal antes de desplomarse de golpe en la entrada.

Erlendur volvió a ponerlo de pie. El «refugio» en cuestión no era ningún apartamento sino un trastero inmundo lleno de chatarra que nadie querría ni robar. El precario cierre de la puerta no prometía que dentro hubiera nada de valor. Entre un caos de tuberías rotas y neumáticos viejos asomaban cubos oxidados, bidones de plástico y redes enmarañadas. En el suelo, bajo una manta raída y arrugada, yacía el colchón más mugriento que Erlendur había visto jamás. El lugar estaba lleno de botellas de licor, botes de medicamentos, frascos de extractos usados en repostería y botes de alcohol metílico, un codiciado producto que podía conseguirse en las farmacias y que los vagabundos llamaban *koggi*. En el aire flotaba un hedor insoportable a caucho y orina.

Erlendur lo ayudó a tumbarse en el colchón y se disponía a marcharse en el momento en que Hannibal se incorporó y le preguntó:

—¿Quién demonios eres?

—Que vaya bien —respondió Erlendur mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Quién eres? —volvió a preguntarle Hannibal—. ¿Te conozco de algo?

Erlendur se detuvo en la entrada y titubeó unos segundos. No tenía ningún interés en hablar con aquel hombre, pero tampoco quería faltarle al respeto.

—Me llamo Erlendur. Nos hemos visto alguna vez. Soy agente de policía.

—Erlendur —repitió Hannibal—. No me suenas de nada. ¿No llevarás algo para darme?

—¿Para darte?

—Algo de calderilla. No tiene por qué ser mucho. Con unas coronas me basta. Eres uno de esos tíos con pasta que ayuda a la gente como yo. Estoy seguro de que podrías darme algo.

—¿Para que te lo gastes en aguardiente?

Hannibal esbozó una sonrisa.

—No te voy a engañar, Erlendur —respondió adoptando un tono de voz más humilde—. Igual no te lo crees, pero no soy de los que va mintiendo por ahí. Solo necesito un trago de ginebra. Eso es todo lo que pido en este bendito mundo. Sé que a ti no te parecerá gran cosa, y no te pediría ni una sola moneda si no fuera porque estoy seguro de que no te supone ningún problema, amigo.

—No pienso darte dinero para que te lo gastes en ginebra —dijo Erlendur.

—¿Y qué me dices de un poco de *koggi*?

—No.

—Bueno —dijo Hannibal mientras se acostaba en el colchón—. Pues, por mí, te puedes ir a la mierda.

El estruendo de las motocicletas se desvanecía a medida que se iban alejando. Los niños llevaron las balsas hasta la orilla y las sacaron a tierra. Erlendur observó por un momento la carcasa de hormigón que protegía el sistema de conducción del agua caliente. Según la investigación policial, Hannibal se encontraba en Kringlumýri el día de su muerte porque era allí donde había encontrado su nuevo hogar, aunque puede que «hogar» no fuera la palabra más adecuada. Ese mismo verano lo habían echado del sótano en el cual vivía. Lo acusaban de haberlo incendiado a pesar de que él negaba rotundamente haberlo hecho. Forzado a vagar por las calles, su calvario terminó en el momento en que encontró refugio en el armazón de hormigón. Se había producido un pequeño derrumbe en uno de los muros y se había abierto un hueco lo bastante grande como para que una persona pudiera meterse dentro y mantenerse caliente.

Ese fue el último hogar de Hannibal antes de que lo encontraran ahogado en la antigua turbera. Allí vivía junto con un grupo de gatos callejeros que se habían acercado a él, igual que una vez los pájaros se habían acercado a San Francisco de Asís.

4

Erlendur estaba parado en la orilla del estanque donde habían encontrado el cadáver de Hannibal cuando un niño que acababa de pasar en bicicleta se detuvo, se dio la vuelta y se acercó hasta él. Había pasado un año desde su último encuentro, pero el chico lo había reconocido de inmediato. Era uno de los niños que habían hallado el cuerpo.

—Tú eres poli, ¿verdad? —le preguntó el muchacho mientras frenaba.

—Sí. Hola de nuevo.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó con el mismo descaro y la misma seguridad que ya había mostrado en su última conversación con Erlendur. Era un chico pelirrojo, con el rostro lleno de pecas y cara de pillo. Había dado un buen estirón. En un solo año se había convertido en un adolescente.

—Estaba dando una vuelta —respondió Erlendur.

El chico era el cabecilla del grupo. Los otros dos lo habían acompañado a su casa y le habían contado a su madre lo que habían visto. A pesar de lo inverosímil que sonaba la historia, la mujer estaba segura de que no se trataba de una broma. Olvidándose de regañarlos por haber vuelto de la turbera hechos una sopa, llamó a la policía. Los otros dos chicos se fueron corriendo a sus casas para cambiarse de ropa y luego volvieron todos en bicicleta al estanque. Para entonces ya habían llegado dos coches patrulla y una ambulancia, habían sacado el cuerpo de Hannibal fuera del agua y el cadáver yacía en el suelo bajo una manta.

Cuando habían dado el aviso por el sistema de radio de que habían hallado un cuerpo flotando en Kringlumýri, Erlendur vigilaba el tráfico en Miklabraut. Al llegar a la turbera, se metió en el estanque y arrastró el cuerpo hasta la orilla. Al principio no reconoció a Hannibal. Solo cuando lo sacó del agua y lo dejó en el suelo se dio cuenta de quién era. Al reconocerlo, le dio un vuelco el corazón, pero,

de alguna manera extraña, tampoco le sorprendía haberlo encontrado muerto. Cuando la policía se dispuso a echar a los niños y a los otros espectadores que se habían acercado, los chicos dijeron que habían encontrado el cuerpo y entonces los llevaron a uno de los coches para interrogarlos en profundidad.

—Papá dice que se ahogó —comentó el niño inclinándose sobre el manillar, con la mirada puesta en el lugar donde había aparecido flotando el cuerpo de Hannibal un año antes.

—Sí —dijo Erlendur—. Probablemente se cayó al agua y no fue capaz de salir.

—No era más que un vagabundo.

—Tuvo que ser una experiencia traumática para vosotros.

—Addi tuvo pesadillas —explicó el chico—. Fue un médico a su casa y todo. A Palli y a mí nos daba más igual.

—¿Seguís viniendo a jugar con la balsa?

—No, eso es de niños pequeños.

—Claro. ¿Por casualidad habíais visto a ese hombre merodear por el conducto del agua caliente el verano pasado? ¿Te acuerdas?

—No —respondió el chico—. No lo había visto antes.

—¿Y sabes si lo vio alguien que conozcas?

—No. Íbamos a jugar por allí alguna vez, pero nunca lo había visto. Puede que solo estuviera por la noche.

—Puede. ¿Qué hacíais por la zona del conducto?

—Nada. Buscar pelotas de golf.

—¿Pelotas de golf?

—Sí. Hay un hombre que vive en esas casas de ahí que siempre está practicando —explicó el chico señalando hacia los adosados de Hvassaleiti—. Papá dice que antes había un campo de golf junto a las tuberías, cerca de Öskjuhlíð. A veces encontramos pelotas viejas.

—Ah, ¿y qué hacéis con ellas?

—Nada —dijo el chico mientras se preparaba para marcharse—. Les tiramos al agua.

—Se dice *las tiramos*.

—O.K.

—Y *O.K.* no es una palabra island…

—Bueno, me voy —dijo el chico de repente antes de ponerse a pedalear y alejarse, dejando al policía con la palabra en la boca.

Erlendur subió por el camino que atravesaba las antiguas zanjas y se dirigió a aquel conducto de quince kilómetros de longitud que bordeaba los suburbios de la ciudad y transportaba agua caliente desde el área geotermal del valle de Mosfellsdalur hasta los grandes tanques que coronaban la colina Öskjuhlíð. La estructura consistía en dos tuberías de acero de treinta y cinco centímetros de diámetro protegidas por una carcasa de hormigón. A pesar de estar aisladas

térmicamente, las tuberías le habían permitido a Hannibal disfrutar de algo de calor los últimos días de su vida.

Todavía no habían reparado el derrumbe. El fragmento desprendido había caído sobre la hierba y Erlendur se preguntaba si el hormigón se habría roto como consecuencia de un terremoto o de las heladas.

El hueco era lo bastante amplio como para que pudiera meterse una persona adulta. Se fijó en que la hierba de alrededor estaba pisada y, cuando asomó la cabeza en el interior, vio que dentro había una manta. Alguien había tenido la misma idea que Hannibal y se había instalado allí. Bajo las tuberías vio también dos botellas vacías de *brennivín* y unos botes de alcohol metílico junto a un gorro deshilachado y una manopla suelta.

La oscuridad se volvía más densa a medida que Erlendur se adentraba en el hueco. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, se asustó al distinguir un bulto al fondo del todo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Erlendur.

No obtuvo respuesta, pero el bulto cobró vida de repente y se movió hacia él.

5

Sobrecogido, Erlendur retrocedió hasta la entrada. Salió del agujero, se puso de pie y se alejó del muro. Al cabo de un momento, un hombre asomó la cabeza por el hueco, salió a gatas del agujero y se sentó en la hierba delante de él. Vestía un abrigo negro y viejo, unos mitones, un gorro de lana y unas enormes botas de agua. Erlendur lo había visto alguna vez con otros vagabundos de la ciudad, pero no sabía nada de él, ni siquiera cómo se llamaba.

El hombre le dio las buenas tardes con total naturalidad, como si estuviera acostumbrado a recibir visitas. Actuaba como si se acabaran de encontrar por la calle y no en un agujero abierto en un armazón de hormigón. Erlendur se presentó y el hombre le dijo su nombre: Vilhelm. Era difícil calcular su edad. Tendría pocos más de cuarenta años, aunque, por su espesa barba y los dientes que le faltaban, podría tener perfectamente más de cincuenta.

—¿Te conozco? —preguntó el hombre mirando a Erlendur a través de unas gafas con montura de carey y unos cristales tan gruesos que sus ojos se veían anormalmente grandes, dándole un aspecto cómico. Tenía una tos áspera y profunda.

—No —dijo Erlendur con la mirada puesta en las gafas del hombre —. Creo que no.

—¿Me andabas buscando? —preguntó Vilhelm antes de soltar un tosido—. ¿Querías hablar conmigo?

—No, para nada. Solo pasaba por aquí. La verdad es que no esperaba encontrarme con nadie.

—No pasa mucha gente por esta zona. Aquí se está la mar de tranquilo. ¿No tendrás un cigarrillo?

—No, lo siento. ¿Llevas…? ¿Puedo preguntarte si llevas mucho tiempo aquí?

—Dos o tres días —respondió Vilhelm sin aclarar las razones por las que se refugiaba allí—. O, bueno… ¿qué día es hoy?

—Martes.

—Ah —dijo Vilhelm tosiendo de nuevo—. Martes. Entonces puede que lleve algo más. Está bien para pasar alguna noche suelta, pero a veces hace un frío que pela. Aunque, bueno, he estado en sitios peores.

—¿Crees que tu salud te lo puede permitir?

—¿Qué más te da a ti eso? —replicó Vilhelm antes de que le entrara un nuevo ataque de tos.

—Si te digo la verdad, no he venido aquí por casualidad —dijo Erlendur después de que Vilhelm se recuperara—. Conocía a un hombre que se refugiaba en este mismo agujero. Se llamaba Hannibal.

—¿Hannibal? Sí, lo conocía.

—Se ahogó en uno de los estanques —comentó Erlendur señalando hacia Kringlumýri—. ¿Te suena?

—Recuerdo la historia. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Tuvo que ser espantoso.

—Sí, una tragedia.

—¿De qué os conocíais? —preguntó Erlendur antes de sentarse encima de la carcasa de hormigón.

—De vernos por aquí y por allá. Nos encontrábamos. Era muy buen tipo.

—¿No había ningún conflicto entre vosotros?

—Yo no tengo conflictos con nadie.

—¿Sabes de alguien con el que estuviera enfrentado o que hubiera querido causarle algún daño?

Vilhelm observó a Erlendur a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Por qué me haces todas estas preguntas? —preguntó antes de que le diera un nuevo acceso de tos, esta vez con silbidos y estertores.

—Por nada en especial —respondió Erlendur.

—Alguna razón habrá.

—No, ninguna.

—¿Piensas que su muerte no fue un simple accidente? ¿Crees que intervino alguien?

—¿Qué piensas tú que ocurrió?

—Ni idea —respondió Vilhelm poniéndose de pie y estirando la espalda antes de sentarse junto a Erlendur—. ¿No llevarás unas coronas sueltas?

—¿Qué piensas hacer con ellas?

—Comprar tabaco. Nada más.

Erlendur sacó dos monedas de cincuenta.

—Esto es todo lo que llevo.

—Gracias —dijo Vilhelm apresurándose a coger el dinero—. Con esto me llega para un paquete. ¿Sabías que una botella de vodka cuesta dos mil coronas? Me parece que los gobernantes de este país

están mal de la cabeza. Están locos de remate.

—Los estanques no son muy profundos —reparó Erlendur.

Vilhelm se llevó las manos a la boca y tosió en sus mitones.

—Hay partes que cubren bastante.

—Habría que estar verdaderamente decidido a ahogarse.

—Ni idea.

—O ir muy borracho —continuó Erlendur—. Presentaba unos niveles de alcohol en sangre bastante elevados.

—¡Bueno, es que tú no sabes lo que empinaba el codo!

—¿Recuerdas con quién se solía mover antes de morir?

—Conmigo no, desde luego —respondió Vilhelm—. Lo conocía poco o nada. Pero sí recuerdo haberlo visto un par de veces en Farsótt, el albergue. De hecho, ahí es donde lo vi por última vez. Quería entrar, pero le dijeron que iba borracho y lo mandaron a tomar viento.

Erlendur no obtuvo más información del hombre. Cuando Vilhelm le explicó que tenía pensado pasar allí al menos una noche más, Erlendur trató de disuadirlo y le preguntó si no tenía ninguna opción mejor. Enfurecido, el vagabundo le ordenó que dejara de meterse en su vida y le dijo que se marchara. Erlendur obedeció y se fue. Mientras seguía oyendo la tos de perro del vagabundo, se encaramó a la carcasa de hormigón y caminó por encima bajo la claridad nocturna hasta llegar a Öskjuhlíð, donde se bajó y continuó andando hasta el barrio de Hlíðar.

Sabía que los vagabundos podían encontrar refugio en el albergue Farsótt de la calle Þingholtsstræti, situado en el edificio del antiguo hospital epidemiológico. Muchos acudían allí en busca de cuidados y una cama donde pasar la noche. La única condición era no ir borracho. Evidentemente, Hannibal había incumplido esa norma en más de una ocasión, y tal vez por eso se había refugiado en aquella carcasa de hormigón, como un exiliado, libre de interacciones humanas, al margen de la sociedad.

6

De madrugada, al final del turno, les pidieron trasladar a la cárcel de Litla-Hraun a un joven que dos días antes se había fugado de prisión con pasmosa facilidad para más tarde entregarse él mismo a la policía. El preso, que simplemente había sentido la necesidad de ir a la ciudad, cumplía una pena de dos años y medio por narcotráfico. Pese a tener solo veinticinco años, se había enfrentado a la ley en numerosas ocasiones por delitos relacionados con drogas, hurtos y falsificación de documentos. A los veinte años había pasado varios meses en prisión por haber cometido una serie de robos. Más tarde le habían incautado una importante cantidad de hachís en el aeropuerto internacional de Keflavík. Todavía estaba colocado tras haber pasado cuatro días en Ámsterdam. Los agentes de aduanas lo tenían fichado en su lista de sospechosos, aunque lo habrían registrado igualmente: no se les habría ocurrido dejar pasar a aquel *hippy* desgarbado con barba y melena. Cuando revisaron su reluciente bolsa de deporte, resultó que ni siquiera se había esforzado en ocultar la mercancía. La llevaba metida de cualquier manera en unos pantalones vaqueros.

El fugado se había presentado en la comisaría de Hverfisgata la noche anterior. Lo habían metido en la furgoneta y ahora lo llevaban de nuevo a Litla-Hraun. El joven, que obviamente había estado fumando antes de entregarse, no paró de hablar en todo el trayecto.

—¿Por qué te has escapado? —le preguntó Marteinn mientras salían de la ciudad.

—Era el cumple de mi madre. ¡Cincuenta tacos ya, la muy vieja!

—¿Y se montó una buena fiesta? —le preguntó Garðar.

—Un fiestón del cagarse. Alcohol por un tubo.

—Se pondría contenta de verte, ¿no? —le preguntó Marteinn.

Los tres sabían que la casa de su madre había estado bajo vigilancia tras haberse fugado y que el joven no había aparecido por allí.

—¡Mogollón!

—¿Y no te costó escaparte?

—¿De Litla-Hraun? Qué va. Salí por la puerta como si nada.

—Sabes que ahora se va a agravar tu condena, ¿no?

—Ya ves tú. Ni que se estuviera tan mal en el trullo. ¡Que mi madre cumplía cincuenta años, tronco! ¡No me lo podía perder!

—No, claro que no —convino Marteinn.

La furgoneta continuó rumbo hacia el este y cruzó el puerto de Hellisheiði. El fugado pasó todo el camino hablando de lo primero que se lo ocurría: de su estancia en Litla-Hraun y su relación con el resto de prisioneros; de su equipo de la liga local de fútbol, que estaba haciendo una pésima temporada; de su equipo de la liga inglesa, que no lo estaba haciendo mucho mejor; de una película malísima que había visto en la televisión mientras estaba escondido; del *coffee shop* al que iba a menudo en Ámsterdam; de la comida que le daban en la cárcel; de un asador holandés. Cualquier tema le valía.

Hartos de la verborrea del joven, lo dejaron en Litla-Hraun y pusieron rumbo a la ciudad. De camino oyeron anunciar por el sistema de radio que una joven de Reikiavik había desaparecido. Había salido de su casa tres días antes y no se sabía nada de ella. Tenía diecinueve años y había salido vestida con unos vaqueros azules, un blusón rosa, una chaqueta militar verde y unas zapatillas de deporte.

—¿Os acordáis de aquel chico que se despertó en Akureyri? Fue el año pasado, ¿no? —dijo Marteinn—. Uno que había salido de fiesta en Reikiavik sin decírselo a nadie. Sus padres llevaban cuatro días sin saber de él y llamaron a la policía. Era una familia normal y corriente. El chico entró a comprar en una tienda y vio una foto de sí mismo en la prensa.

—¿Y la mujer del Þórskaffi? —preguntó Garðar—. Esa que nunca encontraron. No pasó hace mucho tiempo.

—¿La que había salido de copas con sus amigos y nunca volvió a casa? —preguntó Marteinn.

—Sí, esa. Cuando se marchó del bar, dijo que pensaba volver a casa andando.

—Me pregunto qué le pasaría.

—Que se tiró al mar, ¿no?

—¿No fue también entonces cuando se ahogó tu vagabundo, Erlendur? —preguntó Marteinn.

—¿Mi vagabundo? —repitió Erlendur. Les había hablado alguna vez de sus encuentros con Hannibal y de la indiferencia de la policía, pero nunca les había oído referirse a él de esa manera—. Sí, ocurrió por aquel entonces.

Estaban a punto de terminar el turno. Ya solo les quedaba regresar a comisaría y dejar la furgoneta cuando oyeron por radio el aviso de

que se había producido un robo en el barrio de Vogar.

—¡Mierda! —exclamó Garðar—. ¿Nos toca encargarnos a nosotros?

Eran los más cercanos al lugar de los hechos, así que Erlendur cogió inmediatamente la salida hacia Vogar y, al acercarse a la casa que les habían indicado, vieron a un hombre salir huyendo. Al ver aparecer la furgoneta, el ladrón se detuvo unos segundos y se metió en el jardín de la siguiente casa. Erlendur frenó bruscamente, Garðar se bajó del coche y salió disparado, seguido de Marteinn. Unos minutos después le dieron alcance, lo tiraron al suelo y lo llevaron a rastras hasta el coche.

El hombre había robado un reloj y unas joyas, pero también lo habían visto tirar al suelo un objeto voluminoso al ver que se acercaba la policía. Mientras Garðar y Marteinn perseguían al hombre, Erlendur había ido a examinar el bulto. Resultó ser un juego de *fondue*.

7

Erlendur conocía bien el caso de la mujer del Þórskaffi. Desde siempre le habían interesado las desapariciones y seguía de cerca cada caso que se mencionaba en los medios de comunicación, bien se tratara de unos cazadores de perdices que habían salido al monte mal preparados y no habían vuelto a casa a la hora prevista, de unos excursionistas que se habían adentrado en el interior de Islandia y no habían dado señales de vida durante días, o de jóvenes que se habían escapado de casa, como la chica del blusón rosa. A la mayoría los acababan encontrando o volvían a casa más tarde o más temprano, pero en ciertas ocasiones no se volvía a saber nada más de ellos a pesar de los esfuerzos de las brigadas de búsqueda y los equipos de rescate, que peinaban durante días los terrenos donde se producían los sucesos. Las desapariciones siempre dejaban atrás una estela de preguntas sin respuesta.

Después de ingresar en el cuerpo, Erlendur no tardó mucho en empezar a hurgar en los archivos de la policía. Buscaba casos de desapariciones, tanto pasadas como recientes, que se hubieran producido en Reikiavik o en los alrededores. Durante años había leído acerca de personas que habían desaparecido o se habían perdido en medio de alguna tormenta mientras caminaban por los páramos o los senderos del interior del país. Su búsqueda en los archivos de la policía no era sino una parte más de ese interés.

Las desapariciones casi nunca guardaban relación con un crimen. Erlendur las investigaba por pura inquietud personal. Podía pasar largas horas leyendo informes de casos viejos, bien fueran de desapariciones o de crímenes sin resolver, aunque estos últimos no le despertaban la misma curiosidad. No obstante, también había excepciones, como la muerte de Hannibal, aunque todavía se desconocía si se trataba de un crimen. En realidad, era el hecho de haberlo conocido en persona lo que había suscitado su interés por el caso y lo había movido a hacer sus propias observaciones.

Sin embargo, había un caso en concreto que Erlendur no podía quitarse de la cabeza. En su momento se obsesionó tanto con él que lo investigó por su cuenta durante mucho tiempo e incluso visitó los lugares relacionados con el suceso. Un día de 1953, una joven de dieciocho años, alumna del Colegio Superior Femenino de Reikiavik, había quedado con sus amigas en un café de la calle Lækjargata, un lugar muy popular entre los estudiantes. Las cuatro chicas se habían conocido en clase y habían hecho buenas migas durante el primer semestre. Hacían cosas juntas y participaban activamente en la vida social del colegio. Aquella tarde habían quedado con la idea de organizar una velada para el resto de la clase. Sin embargo, una de ellas no acudió a la cita. Las tres que sí habían ido no se alarmaron especialmente y se imaginaron que su amiga estaba enferma, ya que también había faltado a clase esa misma mañana. Decidieron llamarla desde el café para saber cómo se encontraba. La madre de la chica contestó el teléfono y le costó entender lo que le estaban preguntando. «Solo queríamos saber cómo estaba», le explicó una de sus amigas. Tuvieron que repetirle la pregunta. Su hija no estaba enferma. ¡Había ido a clase por la mañana!

La chica vivía a quince minutos del colegio y solía seguir siempre el mismo camino. Primero atravesaba Camp Knox, el área de barracones que había levantado el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, y luego seguía por Hringbraut hasta llegar a Fríkirkjuvegur, donde se encontraba la escuela. A veces cogía el autobús, pero aquella mañana no había sido el caso: el conductor, que solía llevar siempre a los mismos pasajeros y conocía a la chica de vista, dijo que no la había visto. Por tanto, o bien había ido andando, o bien la había llevado algún conocido, cosa que ocurría alguna vez. Nunca se había subido al coche de un desconocido, pero puede que aquel día lo hubiera hecho. Sin embargo, nadie declaró haberla llevado. En cualquier caso, aquel día no había aparecido por clase y le habían puesto falta.

Una de las posibilidades era que nunca hubiera tenido la intención de ir a la escuela aquella mañana. Puede que se hubiera visto con un desconocido y que su encuentro hubiera terminado en tragedia. O puede que hubiera decidido quitarse la vida con algún método que impidiera encontrar su cuerpo. Nadie tenía constancia de que tuviera novio o de que se viera con alguien a escondidas de sus padres. Nunca había faltado a clase. ¿Se habría suicidado realmente? No existían indicios de que estuviera atravesando un mal momento personal. Antes al contrario, tenía muchas amistades y era una persona extrovertida. Nada apuntaba a que estuviera pasando por alguna crisis que la hubiera llevado al borde de la desesperación. Por otro lado, el suceso había ocurrido durante los días más cortos del invierno, así que

la oscuridad también podría haber influido. Por tanto, la hipótesis del suicidio no podía descartarse. Además, el hecho de que nunca hallaran su cuerpo invitaba a pensar que se había hundido en las profundidades marinas.

Erlendur había recorrido más de una vez el camino que había seguido la joven para ir a la escuela. La ciudad había cambiado mucho desde entonces. Por ejemplo, el área de barracones había desaparecido hace tiempo y en su lugar se habían construido nuevas viviendas. También había cogido el autobús que llevaba hasta Fríkirkjuvegur y alguna vez se había acercado hasta su casa, en el barrio oeste. La chica era hija única. Había visto el jardín donde había jugado, la puerta por la que había salido y entrado. No se detenía mucho tiempo, tan solo un momento, pero lo suficiente para que se le entristeciera la mirada.

El caso de la mujer del Þórskaffi también estaba envuelto en un halo de misterio. Sus amigas no descartaban que pudiera estar deprimida, a pesar de que nunca les hubiera dicho nada, e incluso que fuera infeliz en su matrimonio. Su marido había negado esto último rotundamente, aunque reconocía que había observado en ella ciertos cambios de humor y que tal vez pasara por una depresión. Había denunciado la desaparición de su esposa un lunes por la mañana después de no haber tenido noticias de ella desde el sábado por la noche. La mujer había salido de fiesta con sus compañeros de la agencia inmobiliaria y, al ver que no había vuelto a casa al día siguiente, su marido había llamado a sus amigos para preguntarles por ella. Sin embargo, ninguno le sirvió de ayuda: algunos ni siquiera se acordaban de cómo había terminado la noche.

Habían ido a cenar al Naust para celebrar el quinto aniversario de la inmobiliaria. Aprovechando que los cónyuges no estaban invitados, todo el mundo se había soltado la melena y el alcohol había corrido a raudales durante la cena. Bien entrada la noche, alguien propuso ir al Þórskaffi, un bar muy concurrido donde justo aquel día tocaba una de las bandas del momento. Allí continuaron la fiesta y poco a poco el grupo se fue disolviendo. Algunos se marcharon a casa, mientras que otros se encontraron con otros amigos. Nadie había estado pendiente de los movimientos de la mujer, por lo que nadie sabía cuándo o con quién se había marchado. La última persona que había hablado con ella era la empleada más veterana, la recepcionista, una mujer de unos cincuenta años que le había sugerido compartir un taxi para volver a casa. La mujer le dijo que prefería quedarse un rato más y que seguramente volvería andando para despejarse un poco. Vivía en el nuevo barrio que habían construido al oeste de Fossvogur. Estaba lejos, pero no le importaba la distancia.

La policía interrogó a otros clientes que también habían estado en el Þórskaffi aquella noche, pero ninguno de ellos aportó ningún dato

significativo. Sus compañeros la habían visto hablar con distintas personas, dos de las cuales se presentaron en comisaría en los días en que la búsqueda se hallaba en pleno apogeo. Uno era un antiguo compañero suyo del bachillerato que había estado en el bar con su esposa. Habían estado recordando los viejos tiempos. Al matrimonio no le parecía que la mujer hubiera ido muy borracha, simplemente estaba animada y habían pasado un buen rato juntos. El otro testigo era una amiga con la que había trabajado un verano. Llevaban muchos años sin verse y habían celebrado el reencuentro. Su vieja amiga la había visto hablar con un desconocido a quien solo pudo describir vagamente, ya que el bar estaba demasiado oscuro.

La búsqueda no dio ningún resultado. La mujer había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. La policía no encontró ninguna pista que pudiera explicar lo sucedido, aunque sí averiguó que, tres años antes, la mujer le había sido infiel a su marido. El hombre, al ver que la mujer no había vuelto a casa, pensó que quizás había repetido la jugada. En su día, ella había insistido en que solo le había sido infiel una vez, en un momento de crisis matrimonial. Su marido no tenía por qué dudar de sus palabras.

Por tanto, una de las posibilidades era que se hubiera encontrado con su examante o que hubiera conocido a alguien que la hubiera llevado a su casa y allí hubiera ocurrido algo que la hubiera hecho desaparecer sin dejar rastro. Cuando la policía interrogó al examante, este negó rotundamente haberse visto con ella aquella noche. El hombre al que la testigo había visto hablar con su amiga nunca se presentó en comisaría y la policía nunca llegó a localizarlo.

En definitiva, no se vieron motivos para investigar la desaparición como un caso criminal y la policía consideró que la mujer se había quitado la vida por el motivo que fuera.

Cuando Erlendur revisó la documentación del caso, una tarde en que le apetecía quedarse un rato en comisaría antes de volver a casa, le llamó la atención un pequeño detalle. Dos de los interrogados describían a la desaparecida como una mujer «coqueta».

Erlendur se echó una siesta, como solía hacer antes de empezar el turno, y se despertó sobresaltado, pensando que se le había hecho tarde. Sin embargo, se tranquilizó al ver que tenía tiempo de sobra, así que se levantó y se preparó para una nueva jornada nocturna. Antes de quedarse dormido, pensando en la chica del Colegio Superior Femenino y en la mujer del Þórskaffi, se había preguntado si no sería su interés por ese tipo de historias lo que lo había motivado su decisión de meterse a policía.

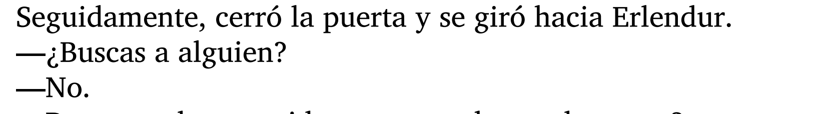
8

El albergue Farsótt, ubicado en la calle Þingholtsstræti, se hallaba en una bonita casa de madera de dos pisos construida en el siglo XIX. Concebido originalmente como hospital epidemiológico, se trataba de un edificio histórico, pues en su momento fue el primer centro sanitario de ese tipo que se construía en Reikiavik. Sin embargo, ahora cumplía una nueva función y en los últimos cuatro años se había empleado como albergue para vagabundos, un lugar donde las personas sin hogar podían encontrar refugio, comida caliente y un sitio donde asearse. El albergue mantenía una estricta disciplina. La puerta se cerraba pronto por la noche y debía quedar desalojado por la mañana antes de la hora establecida. La regla de permanecer sobrio durante toda la estancia era innegociable.

En Farsótt solo se alojaban hombres, que llegaban al albergue con actitudes muy dispares. Mientras que unos agradecían con humildad cualquier servicio que se les pudiera ofrecer tras haber pasado un día duro en la calle, otros se mostraban agresivos y aparecían borrachos como cubas, gritando y armando bulla. En este último caso se les denegaba la entrada. Por otro lado, así como unos estaban en plena forma, otros llegaban en un estado de salud tan deplorable que en ocasiones había que trasladarlos al hospital.

Una tarde, antes de comenzar el turno de noche, Erlendur se pasó por el albergue y llegó justo cuando le estaban denegando el acceso a un hombre que había bebido demasiado. Vestido con un grueso abrigo de invierno y un gorro de lana, a pesar de ser verano, el vagabundo discutía en el vestíbulo con un empleado que, tras recordarle que no podía entrar estando borracho, lo cogió del brazo y lo sacó a la calle. Con la esperanza de ablandarle el corazón, el vagabundo protestaba sin mucha vehemencia, diciéndole que no podía volver a pasar otra noche más en su barracón.

—Vuelve cuando se te haya pasado la borrachera —le dijo el empleado—. Ya conoces las normas, amigo. Es muy sencillo.


Seguidamente, cerró la puerta y se giró hacia Erlendur.

—¿Buscas a alguien?

—No.

—Pero no has venido a pasar la noche, ¿no? —preguntó el empleado. Su tono de voz daba a entender que Erlendur no tenía ninguna pinta de necesitar los servicios del albergue.

—¿Hay mucha gente hoy?

—De momento solo cinco. Pero seguro que luego vienen más.

—No parecen muchos.

—No, comparado con las Navidades pasadas. Entonces se abarrotó. Tuvimos a unas treinta personas. Siempre se llena para esas fechas.

—Quería preguntar sobre un vagabundo que murió inesperadamente el año pasado. Se llamaba Hannibal. ¿Te suena?

—¿Hannibal? ¿El que se ahogó en Kringlumýri?

Erlendur asintió.

—Me acuerdo bien de él —dijo el empleado, un hombre regordete de mediana edad con la barba bien arreglada—. Venía a veces por aquí. Sí, sí, claro que me acuerdo. Hannibal. Un tipo peculiar. ¿Erais amigos?

—Conocidos —respondió Erlendur sin dar más explicaciones—. ¿Se quedaba a menudo en el albergue?

—De ciento a viento. La última vez que lo vi tuve que denegarle la entrada porque había bebido y se puso muy pesado. Tengo entendido que pasó sus últimos días metido en la carcasa de hormigón que protege las tuberías de la calefacción.

—Sí, en Kringlumýri, cerca de donde lo encontraron muerto.

—Pobre hombre.

—Entonces, ¿iba sobrio cuando pasaba aquí la noche?

—Por supuesto. Aquí no puede haber nadie borracho.

—¿Charlaste con él alguna vez?

—No, que yo recuerde. Solo hablaba con él para repasar las normas, como hago siempre.

—¿Venía a menudo estando sobrio?

—Como te digo, se pasaba por aquí alguna vez que otra, aunque casi siempre en unas condiciones que no nos permitían admitirlo. Puede que le diéramos alojamiento dos o tres noches, pero no más. Luego se iba por la mañana, como el resto. No está permitido que nadie se quede durante el día.

—¿Recuerdas si se relacionaba con alguno de los habituales del albergue? —preguntó Erlendur.

—Con nadie en particular, creo. Aunque no es que sea una comunidad muy grande.

—¿Comunidad?

—Los vagabundos de Reikiavik.

—No, puede que no, pero se les ve bastante.

—Sí, siempre ha sido así. Y la mayoría se conocen. Me dijo algo así como que alguien había intentado prenderle fuego. ¿Puede ser?

—Bueno, se produjo un incendio en el sótano donde se alojaba. Según el propietario, lo había causado Hannibal por accidente. ¿Te contó a ti algo distinto?

—Recuerdo que no estaba contento con el trato que había recibido. Me acuerdo bien porque esa fue la última conversación que tuve con él. Estaba cabreado porque lo habían echado de casa. ¿Te encaja?

—Me podría encajar. Vivía en una auténtica pocilga, pero al menos tenía donde dormir. ¿Te mencionó quién pensaba que podría haberle prendido fuego?

—No, solo refunfuñaba. Además, iba muy borracho y se marchó enseguida. En mi trabajo oigo tantas historias y excusas y quejas y acusaciones que al final dejo de escuchar.

Cuando Erlendur salió a la calle, vio que el vagabundo a quien acababan de prohibir el acceso seguía delante del albergue. Se había apoyado en una barandilla para no perder el equilibrio.

—¡¿Tú también vas borracho?! —voceó el hombre.

Erlendur se detuvo y observó al vagabundo. Vestido con un grueso abrigo de invierno y un gorro, tenía las manos sucias y el rostro surcado por profundas arrugas. Rondaría los cincuenta años.

—No, no voy borracho —respondió Erlendur mientras caminaba hacia él—. ¿No te dejan pasar?

—Son unos gilipollas.

—Ya verás cómo te dan comida y cama cuando te airees un poco. No os pueden tener a todos dentro estando borrachos y montando follón.

El hombre miró a Erlendur sin dignarse a responderle.

—¿Por casualidad recuerdas a un tipo llamado Hannibal? Venía por aquí alguna vez.

—¿Hannibal? —repitió el hombre con brusquedad.

—Sí.

—Lo conocía. ¿Por qué preguntas por él?

—Pues...

—Lo ahogaron como a un perro.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Pues que alguien fue a Kringlumýri y ahogó a ese pobre hombre.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo pienso. Lo sé.

—¿Viste cómo ocurrió?

—Oh, no, no. Eso no. Pero sí vi otras cosas.

—Entonces, ¿por qué estás tan seguro?

—¿Cómo iba a ahogarse él solo en ese charco? ¿Eh? ¡Dime!

—O sea, que tú…

—¡¿Yo?! Yo no lo ahogué. No tenía nada contra Hannibal.

—¿Qué más viste?

—¿Eh?

—Acabas de decir que viste otras cosas. ¿Qué has querido decir con eso?

—Que veo cosas —repitió el vagabundo—. Y también sé unas cuantas. No me tomes por tonto, que de tonto no tengo un pelo.

—Entonces, ¿sabes cosas sobre Hannibal?

—Mira, déjame en paz. Deberías hablar con el capullo de Bergmundur. Conocía a Hannibal mejor que yo. Ayer mismo lo vi en la plaza Austurvöllur. El muy desgraciado ha vuelto a darle a la botella. Otra vez —concluyó con un extraño aire de reprobación, como si él solo probara el alcohol en ocasiones especiales.

Cuando Erlendur localizó al matrimonio que había vivido encima del sótano de Hannibal, la pareja apenas le dio detalles relevantes. Se habían mudado a un piso de alquiler maltrecho, no muy lejos de la piscina de Laugardalur. Según le explicaron, no estaban en casa cuando se produjo el incendio y estaban convencidos de que había sido el propio Hannibal quien lo había provocado. Sin embargo, no dijeron ni una sola palabra mala sobre él. Antes al contrario, parecían mostrarle bastante empatía.

—No nos importaba que pasara la noche allí —dijo la esposa, de nombre Málfríður, una mujer nariguda de cara rechoncha y sonrosada, con unos dientes exageradamente prominentes que le impedían cerrar por completo su enorme boca. A Erlendur le recordaba al humorista danés Dirch Passer. Su marido, apostado junto a la cocinilla mientras esperaba a que se hiciera el café, también tenía pinta de ser aficionado al alcohol. Iba sin calcetines, llevaba puesta una camiseta sucia y los tirantes le colgaban de los pantalones. El apartamento estaba sucio y en el aire flotaba una peste que Erlendur era incapaz de identificar, aunque pensó en vísceras quemadas.

—A nosotros el sintecho nos caía bien —afirmó el hombre mientras servía el café en unos vasos de cristal.

—Fue una tragedia lo que le ocurrió —comentó Málfríður.

—¿Sabéis si tenía algún enemigo? —pregunto Erlendur.

—Creo que no —respondió el hombre—, pero los indigentes no llevan muy buena vida, que digamos. ¿No iba borracho, el pobre, cuando se ahogó?

—¿Creéis que fue él mismo quien le prendió fuego al sótano?

—Sí, fue por un despiste suyo, ¿no? —dijo Málfríður, siempre con la boca abierta.

—Bueno, acuérdate de que les echaba la culpa a los hermanos que vivían en la casa de al lado —apuntó su marido.

—Sí, pero aquello era una tontería —replicó Málfríður—. ¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Tenéis idea de por qué lo decía? —preguntó Erlendur—. ¿Les había hecho algo?

—No, los hermanos no tuvieron nada que ver —afirmó Málfríður.

—A mí no me gustaban ni un pelo —dijo su marido—. Nunca me cayeron bien.

—Eso es otra cosa.

—¿Por qué no te caían bien? —preguntó Erlendur mirando al marido.

—No se molestaban en saludar aunque fuéramos vecinos. Estoy seguro de que estaban metidos en algún chanchullo, que vendían alcohol casero o algo así. No querían saber nada de nosotros. Había mucho trasiego de personas por su casa, sobre todo a altas horas de la noche. Gente de todo tipo. Un día les pregunté si me podían vender algo de extranjis y me dijeron que no tenían nada. Estoy seguro de que me mintieron.

—¿Y Hannibal estaba al corriente de eso?

—Ni idea. Nunca hablé con él del tema. El caso es que un día dejó de pasar gente por su casa. No sé si fue porque les había preguntado. No eran precisamente simpáticos.

—Se pasaban las noches viendo la tele —comentó Málfríður.

—¿Ah, sí?

—Sí, la tenían encendida cada santa noche. Lo veíamos por la ventana. Eran teleadictos.

—Luego se mudaron —añadió su marido.

—Sí, poco después de lo de Hannibal —puntualizó su mujer—. No los hemos visto desde entonces.

9

Erlendur levantó la porra en el cruce de Grensásvegur con Miklabraut para desviar el tráfico de la triple colisión que se acababa de producir. Dos coches de policía y dos ambulancias habían llegado ya al lugar del accidente. También había sido necesario llamar a los bomberos para poder cortar la chatarra de uno de los vehículos y extraer a uno de los conductores lesionados. Un turismo había embestido por detrás a otro más pequeño y lo había proyectado hacia delante. El coche arrollado había cruzado el semáforo en rojo y se había detenido en medio de la intersección, donde una camioneta de reparto se había estrellado violentamente contra él. La camioneta circulaba a toda velocidad, por lo que el coche había salido volando hacia Grensásvegur dando vueltas de campana. El conductor de la camioneta había salido disparado a través del parabrisas y su cuerpo yacía ensangrentado en el asfalto negro. El conductor del turismo que seguía en la intersección se había quedado atascado tras el volante. El causante del accidente estaba sentado en uno de los coches de policía bajo sospecha de haber estado conduciendo en estado de embriaguez. Llevaba una brecha abierta en la cabeza. Su esposa, también ebria, era lo que Garðar llamaba una «dama». El agente había discutido con ella al ver que la mujer intentaba escabullirse del lugar de los hechos. Se había abierto una herida en la frente y la sangre goteaba sobre el visón que le envolvía el cuello. Llevaba puestos unos elegantes zapatos de tacón y se balanceaba al caminar. Finalmente, Garðar consiguió que la acompañara hasta el coche patrulla donde se encontraba su marido, cabizbajo, custodiado por la policía.

Era viernes, poco después de medianoche, y todavía había un tráfico considerable en la arteria principal de la ciudad. Erlendur regulaba la circulación haciendo gestos a los conductores para que avanzaran o se detuvieran. No es que su vida corriera peligro estando en medio de la intersección, pero a esas horas de la noche podía pasar cualquier cosa. Nada más empezar el turno ya habían detenido en

Skúlagata a un conductor ebrio después de haberlo visto cambiarse de carril varias veces a toda velocidad. A pesar de haber bajado del coche medio inconsciente, el hombre había negado rotundamente que fuera borracho. Luego había perdido el conocimiento en la furgoneta mientras lo llevaban al hospital para que le hicieran un análisis de sangre.

Las ambulancias y el camión de bomberos se marcharon después de haber remolcado los tres vehículos siniestrados. Los agentes restablecieron el tráfico y, cuando por fin se alejaban de la intersección, recibieron el aviso de que estaba produciendo una pelea en el club Röðull, en la calle Nóatún. Un hombre borracho había agredido a un camarero y había amenazado a unos clientes. Dos porteros lo habían reducido y esperaban la llegada de la policía.

Cuando llegaron al club, había una larga fila de gente esperando para acceder al local.

—¿Es que hoy hay baile de maderos? —escucharon mientras se abrían paso entre la muchedumbre. Uno de los porteros se acercó a saludarlos y los llevó a la cocina, donde dos hombres corpulentos sujetaban al agresor contra el suelo. Mientras tanto, el personal del club entraba y salía, sin dejar de trabajar.

—¡Os voy a matar! —gritaba el hombre—. Polis de mierda, ¡os voy a matar!

El jefe de seguridad les explicó lo que había sucedido. El hombre se había enfurecido cuando uno de los camareros se había negado a abrirle una cuenta y, sin pensárselo dos veces, le había roto un vaso de cristal en la cabeza. El empleado había sido trasladado a urgencias con la cara ensangrentada. Los porteros conocían al hombre porque siempre estaba armando jaleo. Desconocían su identidad, pero recordaban haberlo echado un par de veces después de que algunas mujeres se hubieran quejado de su comportamiento.

—Es el típico chulito que viene y se cree el dueño del lugar —explicó el jefe de seguridad—. Estará bien no verle más el pelo a ese imbécil. Aquí va a tener prohibida la entrada.

Marteinn esposó al hombre y lo levantó con ayuda de Erlendur.

—¡Voy a denunciar a esos cabrones por agresión! —gritó el hombre. Su retención contra el suelo de la cocina no había hecho sino avivar su victimismo y no parecía capaz de calmarse—. ¡Me han pegado! ¡Me han traído aquí a la fuerza y me han tirado al suelo! Los pienso denunciar.

—Puede que Kiddi, el camarero, pierda un ojo —añadió el jefe de seguridad—. Él sí que va a denunciar a ese cretino.

El hombre no dejó de protestar mientras lo sacaban del local y se abrían paso entre la gente hasta llegar a la furgoneta. Algunos de los que hacían fila llamaron idiotas a los agentes y los acusaron de

brutalidad policial y cosas por el estilo. Acostumbrados a recibir esa clase de insultos, los tres continuaron su camino haciendo caso omiso a las provocaciones.

Más tarde hicieron una pausa en la comisaría de Hverfisgata para tomar un café. El turno no iba ni mejor ni peor que otros. Los accidentes de tráfico, los conductores borrachos, las peleas en los bares, las burlas y los insultos eran el pan de cada día.

Para tortura de Erlendur, sus dos compañeros se habían pasado el turno discutiendo sobre la banda británica Slade. Se rumoreaba que el grupo iba a tocar en el pabellón Laugardalshöll en otoño y Garðar estaba decidido a ir a verlos. A principios de verano, Marteinn había ido a uno de los tres conciertos que había dado Procul Harum en el cine universitario. Era uno de sus grupos favoritos y no tenía palabras para describir lo mucho que le habían gustado en directo. Desde entonces no hacía más que tararear *A Whiter Shade of Pale*. Sin embargo, Garðar no parecía mostrar un gran interés por el entusiasmo de su compañero, así que este aprovechó que estaba alabando a Slade para meter cizaña y criticar a los británicos.

—Slade es el mejor grupo del momento —afirmó Garðar antes de darle un mordisco a su rosquilla.

—El *glam* es basura —replicó Marteinn—. En unos años nadie se acordará de ellos. ¿Por qué no escuchas a Procul Harum o algo decente como los Rolling Stones? Eso sí que son grupos de verdad. ¡Seguro que siguen tocando cuando tengan cincuenta años!

—Lo que mola es Slade —insistió Garðar.

—¿No hacen algo parecido a Pelican? —preguntó Erlendur, a quien le importaba poco la música moderna, pero había leído sobre el grupo en la prensa.

—Solo que Pelican son mucho mejores —respondió Marteinn—. *Jenny Darling* es un pedazo de canción.

El turno terminó en el puerto, cerca de la grada, donde un hombre se había caído al mar. Otro hombre que pasaba por allí se había lanzado al agua y le había salvado la vida de milagro. El accidentado fue trasladado al hospital mientras su salvador, calado hasta los huesos y tapado con dos mantas de lana, se recuperaba en la furgoneta de policía y les daba a los agentes una descripción detallada de lo ocurrido. Parecía estar más preocupado por el otro hombre que por él mismo.

—¿Qué le va a pasar? —les preguntó a los agentes.

—Supongo que lo enviarán a casa después de haberlo examinado —respondió Erlendur.

—No estaba bien.

—No, pero en el hospital lo van a revisar.

—Me refiero a que no estaba bien mentalmente. Van a tener que vigilarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se cayó por accidente.

—¿No?

—No, se tiró él voluntariamente.

—¿Estás seguro?

—¿Que si estoy seguro? Forcejeaba todo el rato y me suplicaba que lo soltara, que lo dejara morir en paz.

10

En las pocas veces que se habían visto, Hannibal nunca le había hablado de sus hermanos o de su familia. Y, más tarde, cuando Erlendur empezó a investigar por su cuenta, se enteró de que el vagabundo nunca le había hablado a nadie ni de su familia ni de su pasado. De hecho, al parecer se alteraba cada vez que alguien le hacía alguna pregunta personal. No soportaba que cotillearan sobre su vida.

Tras indagar en los archivos de la policía, Erlendur averiguó que la hermana de Hannibal estaba casada y tenía tres hijos. Ahora que se habían independizado, la mujer se había reinsertado en el mercado laboral y trabajaba en la recepción de un consultorio médico de Reikiavik. Ambos tenían otro hermano que trabajaba como contratista de obras en Akureyri, en el norte, y que también estaba casado, pero no tenía hijos. Hasta donde Erlendur sabía, ninguno de los dos tenía problemas con el alcohol y ambos llevaban una vida normal. De hecho, el hermano era un miembro activo de la asociación de abstemios del norte, tal vez en un intento de compensar la vida que había llevado Hannibal.

Tras haberle dado muchas vueltas, Erlendur decidió hablar con la hermana del vagabundo. Llamó al consultorio médico y, cuando la mujer contestó al teléfono, se presentó como un conocido de Hannibal y le preguntó si podía hablar con ella un momento.

—¿Sobre qué? —le preguntó mientras Erlendur oía sonar un teléfono de fondo. En la recepción había mucho trabajo.

—Sobre tu hermano Hannibal.

—¿Qué pasa con él?

—Pues...

—¿Qué quieres saber sobre él? —le preguntó sin poder disimular su extrañeza—. ¿Por qué me preguntas por Hannibal?

—Solo lo conocía un poco —respondió Erlendur—. Te podría dar más detalles si me concedieras un momento para vernos.

—Lo siento, pero estoy ocupada.

—Me gustaría…

—No puedo, tengo que atender una llamada.

—Pero…

—Disculpa, tengo que colgar, gracias, adiós.

La mujer colgó bruscamente.

Desconcertado, Erlendur pensó que lo habría tomado por algún amigo de su hermano que también vivía en la calle. Quizás debería haber sido más específico, explicar quién era y qué quería, presionarla un poco más para que accediera a verse con él. Tras unos momentos de reflexión, se dio cuenta de que ni él mismo sabía cuál era su propósito o qué quería saber exactamente sobre Hannibal.

¿Por qué le asaltaban todas esas preguntas sobre un vagabundo a quien, en realidad, solo había visto un par de veces? ¿Era porque, al haber sido el primero en llegar al estanque y haber sido él quién lo había sacado del agua, se le había quedado la imagen grabada en la cabeza? Recordaba la fuerte impresión que le había causado ver de quién era el cuerpo, aunque, por otra parte, tampoco le había sorprendido encontrarlo muerto. Sabía que su salud estaba muy deteriorada. Al fin y al cabo, llevaba mucho tiempo viviendo en pésimas condiciones. Y su estado anímico no estaba mucho mejor. Erlendur lo había podido constatar en la última conversación que había tenido con él, en el calabozo de la comisaría de Hverfisgata. Hannibal le había hablado de su miserable vida y del valor que le faltaba para ponerle fin.

¿Se sentía culpable y por eso quería desenterrar cualquier detalle sobre la vida de Hannibal? ¿Podría haber hecho más por aquel hombre, a pesar de que no quería que nadie lo ayudara o se compadeciera de él? A nadie le importaba que muriera un sintecho que prácticamente tenía un pie en la tumba. Su muerte solo significaba que había un vagabundo menos molestando. Nadie se preguntaba nada sobre aquel hombre que se había ahogado como un perro callejero. Incluso el indigente del albergue que decía saber con certeza que lo habían ahogado hablaba de su muerte con cierta tibieza.

¿O puede que Hannibal le hubiera tocado la fibra sensible el día que se enfadó con él en el calabozo por considerarlo un entrometido y le ordenó que se fuera?

Había algo en la historia de Hannibal que obsesionaba a Erlendur. Ciertamente, su triste final, pero también su obcecación con mantenerse al margen de la sociedad. ¿Por qué sentía esa necesidad? ¿De dónde venía? Erlendur empatizaba con su soledad y su melancolía, pero había algo en su actitud, en su estoica existencia, que, de alguna manera extraña, lo fascinaba. Admiraba el modo en que le plantaba cara a la vida y seguía adelante, imperturbable, sin

recibir ayuda de nadie.

Antes de darse cuenta, Erlendur ya había entrado en el consultorio médico con todos aquellos pensamientos revoloteando todavía en su cabeza. La jornada estaba a punto de terminar y ya no había pacientes en la sala de espera. En la recepción, una mujer de unos cuarenta años con el pelo recogido en un moño cardado ponía orden en su escritorio. Vestía una blusa verde, una falda ajustada y un collar de perlas.

—¿Rebekka? —preguntó Erlendur.

—¿Sí? —dijo la mujer levantando la mirada.

—Siento molestarte —se excusó Erlendur—. He llamado antes...

—¿Tenías hora? —le interrumpió.

—No, me llamo Erlendur y...

—Hemos cerrado, pero te puedo dar cita. ¿Quién es tu médico?

—No necesito ver a un médico —le aclaró Erlendur—. He llamado antes, por lo de tu hermano, Hannibal.

La mujer titubeó.

—Ah —dijo antes de continuar ordenando.

—Perdona la insistencia —dijo Erlendur—. Como te decía al teléfono, conocía a tu hermano y quería saber si tendrías algo de tiempo para hablar conmigo.

—¿Tú también vivías en la calle? —preguntó ella en voz baja.

—En absoluto. Nunca he sido un vagabundo. Soy policía y tuve que hablar con él alguna vez mientras desempeñaba mi trabajo. Por eso lo conocía.

—¿Eres policía?

—Sí.

—No me apetece hablar contigo de Hannibal. Está muerto. Su historia es agua pasada y no quiero hablar de ella con desconocidos.

—Lo entiendo perfectamente —concedió Erlendur—. Ya me había dado esa impresión al teléfono, pero quería asegurarme. Solo llevo buenas intenciones, por si eso te preocupa. Me hubiera gustado conocerlo mejor, pero murió de repente. Yo fui el primero en llegar al lugar de los hechos, así que fui yo quien lo sacó del agua. Puede que por eso no me pueda quitar su historia de la cabeza.

La mujer apagó una enorme máquina de escribir eléctrica. Ya solo quedaba ella en el consultorio. Salió al pasillo, cerró la puerta con cuidado y acompañó a Erlendur a la calle.

—Hannibal no era un mal hombre —dijo al despedirse.

—Lo sé —convino Erlendur.

El consultorio estaba en pleno centro, en la calle Lækjargata. Había un denso tráfico y se oía el claxon de los coches. La gente salía de trabajar y se apresuraba a volver a casa. Otros iban de camino a alguna tienda o a alguna cafetería.

—¿Se te ocurre alguien que hubiera querido hacerle daño? —

preguntó Erlendur.

—No lo conocías mucho, ¿verdad?

—Me temo que no, la verdad es que…

—Solo había una persona que deseaba hacerle daño a Hannibal. Y era él mismo.

11

Erlendur estaba justo a punto de echarse una siesta antes de empezar el turno de noche cuando de golpe el teléfono rompió con un estruendo el silencio que reinaba en su pequeño apartamento.

Vivía de alquiler en un semisótano del barrio de Hlíðar. Una de las primeras condiciones que le impusieron cuando había empezado a trabajar en la policía era que debía estar localizable a cualquier hora del día, por lo que se había visto obligado a procurarse un teléfono. Así que, a pesar de no haber tenido nunca esa necesidad, se había instalado en casa aquel armatoste negro con un dial giratorio de hierro. En realidad, el teléfono apenas sonaba por cuestiones de trabajo, y cuando lo hacía, casi siempre era el encargado, que llamaba para organizar los turnos, o bien sus compañeros de trabajo, para proponerle ir al cine o tomar una copa. A Erlendur no le entusiasmaban ni el cine ni los bares, pero a veces se dejaba engañar y se unía a sus planes. No le gustaba el alcohol y, como mucho, se permitía una copa de Chartreuse verde. A veces sus compañeros se pasaban por su casa de camino a algún bar y trataban de arrastrarlo con ellos, pero casi nunca lo conseguían. Prefería quedarse en casa leyendo, escuchando la radio o poniendo música. Se había comprado un elegante tocadiscos y poseía una amplia colección de vinilos, sobre todo de jazz, tanto europeo como estadounidense. También escuchaba música tradicional islandesa, con especial predilección por las canciones inspiradas en poemas de Tómas Guðmundsson, Davíð Stefánsson y Steinn Steinarr.

Sus comidas eran más bien frugales y solían consistir en pescado hervido, casi siempre eglefino o bacalao, acompañado de patatas cocidas. En ocasiones especiales se daba un homenaje comiendo cordero asado. Por las tardes solía cenar en Skúlakaffi, un restaurante frecuentado por obreros y camioneros que ofrecía comida casera islandesa. Las chuletas empanadas no habían desaparecido del menú desde el día de la inauguración.

Desde su apartamento se podía acceder al jardín de la casa a través del cuarto de las lavadoras. Allí, junto a la puerta, guardaba un pequeño cubo lleno de suero de leche donde conservaba pecho de cordero, morcilla de hígado y grasa de ballena, productos tradicionales que le compraba a un comerciante local. Garðar, su compañero, era un entusiasta de la comida rápida americana y a menudo discutía con él sobre cultura gastronómica. A Erlendur no dejaba de asombrarle que alguien pudiera hablar con tanta pasión sobre pizzas y hamburguesas.

Al coger el teléfono, le sorprendió oír la voz de Rebekka. La mujer se había despedido con prisas en la puerta del consultorio y no esperaba volver a saber de ella.

—Me han dado tu número en comisaría. Espero que no te importe.

—Para nada. Mi número no sale todavía en el listín telefónico.

—Eso me han dicho. Se han mostrado un poco reacios a dármelo.

—Gracias por llamar.

—He estado pensando en lo que me has dicho hoy.

—Ajá.

—¿Por qué me has preguntado si sabía de alguien que hubiera querido hacerle daño a mi hermano? ¿Qué has querido decir con eso?

—Solo me preguntaba si habría podido estar enemistado con alguien.

—Puede que la vida de mi hermano no fuera un camino de rosas —respondió Rebekka—, pero no era un hombre conflictivo. A no ser que hubiera cambiado. ¿Insinúas que su muerte no fue accidental?

—Lo más probable es que se tratara de un accidente, pero el ambiente en el que se movía puede llegar a ser muy cruel. Puede que no buscara el conflicto, como bien dices, pero siempre tuve la impresión de que era de los que le plantaba cara a quien hiciera falta y estoy seguro de que no dejaba que nadie se le subiera a la chepa.

—Así fue durante toda su vida. Terco como una mula, no he conocido a nadie igual de terc0 que él.

—Sí.

—Llevábamos años sin saber nada el uno del otro —prosiguió Rebekka—, así que no sé qué tipo de vida llevaba o con qué personas se relacionaba. Puede que eso lo sepas tú mejor que yo.

—No sé mucho, la verdad. Era reservado y solo se movía con otros vagabundos. Entonces, ¿no se mantenía en contacto con su familia?

—Desapareció de nuestras vidas —respondió Rebekka—. No sé cómo describirlo de otra manera. Sucedió muy rápido. Desapareció así sin más de un día para otro y se perdió en una especie de limbo.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Tratamos de hacer todo lo posible por ayudarlo, pero a él le daba igual. Mi otro hermano, el mayor, se rindió enseguida. Decía que

era un caso perdido. Yo... Hannibal no quería saber nada de nosotros. Pertenecíamos a un mundo al que le había dado la espalda y que intentaba rehuir.

—Es sumamente difícil afrontar una situación así —reparó Erlendur.

—Me niego rotundamente a vivir con remordimientos. Hice todo lo que estuvo en mi mano por sacarlo de aquel agujero. Pero me dijo que no lo comprendía y que no quería saber nada de mí. La última vez que logré hacerle entrar en razón, dejó de beber durante dos o tres meses. Pero eso fue hace ocho o nueve años. Luego recayó y nunca más se volvió a recuperar.

Rebekka guardó silencio.

—Entonces, ¿dices que tu otro hermano tampoco estaba en contacto con él? —le preguntó Erlendur.

—No.

—¿Tenían cuentas pendientes?

—¿Qué quieres decir?

—Solo estoy...

—¿Insinúas que pudo agredir a Hannibal?

—En absoluto. Solo estoy tratando de averiguar qué pasó.

—Mi hermano vive en el norte, en Akureyri. No estaba en Reikiavik cuando Hannibal se ahogó.

—Comprendo, no he querido dar a entender nada en particular.

Se hizo un nuevo silencio al teléfono.

—Eres el único que ha preguntado por Hannibal —dijo Rebekka finalmente—. El único que le ha mostrado un mínimo interés. Me hubiera gustado ser más amable contigo cuando has venido al consultorio. No esperaba que alguien fuera a preguntarme por él. Me ha pillado por sorpresa. Si quieres, podemos vernos algún día después del trabajo.

—Estaré encantado —convino Erlendur.

Se despidieron y poco después volvió a sonar el teléfono. Era Halldóra.

—Solo quería saber qué tal estabas.

—Sí, perdona, te iba a llamar.

—¿Mucho trabajo?

—Sí, siempre pierdo la noción del tiempo cuando trabajo de noche. ¿Cómo estás?

—Bien, te quería contar que... he solicitado un nuevo trabajo.

—¿Ah, sí?

—En la compañía telefónica nacional.

—Qué bien, ¿no?

—Sí. Como operadora en la sección de llamadas internacionales.

—¿Crees que te lo darán?

—Tengo muchos puntos. ¿Nos vemos y hacemos algo por el centro?

—Perfecto.

—Te llamo luego.

—Vale.

Después de colgar, Erlendur cogió un libro de la estantería y se tumbó en el sofá para echar una cabezada antes de comenzar el turno. En su adolescencia más temprana, cuando le aburría la vida en la ciudad, le gustaba recorrer las librerías de segunda mano. Un día descubrió una colección de libros que alguien había heredado y había vendido a un anticuario. Se trataba de un compendio de historias reales sobre personas que habían desaparecido o se habían perdido viajando por el interior de Islandia. Unas estaban narradas por los propios supervivientes, mientras que otras estaban contadas por terceras personas. En cualquier caso, todas describían la impotencia del ser humano ante las fuerzas de la naturaleza, la lucha desesperada por sobrevivir en condiciones extremas y el sufrimiento de lentas agonías. Erlendur no sabía que se hubieran publicado esa clase de historias. Devoró las páginas y a partir de entonces comenzó a coleccionar todo tipo de libros y textos sobre naufragios, avalanchas o tragedias ocurridas en las antiguas rutas del interior. Los encontraba tanto en librerías como en anticuarios, y los libreros le avisaban si recibían cualquier revista, informe, carta privada, documento o libro que guardara relación con el tema. Lo compraba todo sin regatear y al final se hizo con una ingente colección de casos de desapariciones acontecidas en Islandia. Estaba atento a cualquier novedad, sin importarle que las historias transcurrieran en tierra firme o en alta mar. Abrumado ante la sorprendente cantidad de material publicado, concluyó que ese tipo de historias calaban en la población. Eran historias del pasado, pertenecientes a una época en que las ciudades y los pueblos todavía no se habían expandido. El espíritu de la antigua sociedad rural seguía latente en la sociedad moderna. Solo se había trasladado al medio urbano.

Muchos de los protagonistas de aquellas historias se habían perdido en medio de violentas tormentas y sus cuerpos no se habían hallado hasta pasados unos meses, años e incluso décadas. En algunos casos, sus restos nunca se encontraron. Las palabras de Rebekka sobre su hermano resonaban en la cabeza de Erlendur: «desapareció de nuestras vidas». Entendía perfectamente lo que había querido decir. La historia de Hannibal le hacía pensar que las desapariciones no solo se producían en medio de tempestades en los traicioneros senderos del interior, alejados de la civilización. También podían darse en las bulliciosas calles de Reikiavik.

Cuando empezó a vencerle el sueño, Erlendur dejó el libro y se

puso a pensar en las noches de Reikiavik, tan extrañamente claras y brillantes, tan extrañamente oscuras y lúgubres. Noche tras noche patrullaba la ciudad con sus compañeros, inmersos en un mundo que quedaba oculto a los demás. Para unos, la noche era atractiva y seductora; para otros, lacerante y aterradora. Erlendur nunca había sido una persona especialmente nocturna y le había costado un tiempo abandonar el día para adentrarse en los dominios de la noche, pero, una vez dado el paso, parecía sentirse cómodo. Al fin y al cabo, era precisamente de noche cuando más a gusto se sentía en la ciudad. Solo entonces sus calles estaban vacías. Y lo único que se escuchaba era el sonido del viento y el motor de su furgoneta.

12

Cuando Erlendur llegó a la casa, el propietario estaba fumando una pipa vieja en los escalones del sótano. Frente a la puerta había un enorme remolque cargado de trastos enganchado a un viejo *jeep* soviético. El hombre, de unos sesenta años, vestía un jersey de lana gris, unos vaqueros desgastados y una gorra sucia. Dotado de una prominente mandíbula, tenía la cara sonrosada y los ojos pequeños. Sujetaba la pipa con su robusta dentadura y la apretaba con tanta fuerza entre sus labios que estos perdían el color y se veían casi azulados. Tenía la típica pinta de obrero. Erlendur sabía que su nombre era Frímann porque Hannibal lo había mencionado alguna vez. En realidad, llamarlo «arrendador» no era lo más apropiado, ya que Hannibal no pagaba ningún alquiler por hacer uso del sótano. Por otro lado, la palabra «benefactor» también se le quedaba grande, pues aquel agujero distaba mucho de ser un lugar habitable, a pesar de que a Hannibal le bastaba y lo había podido utilizar como refugio con permiso del hombre y de los inquilinos del piso de arriba. Erlendur le dio los buenos días.

—¿Vienes a ver la casa? —preguntó Frímann mientras golpeaba la pipa contra la palma de su mano para vaciarla.

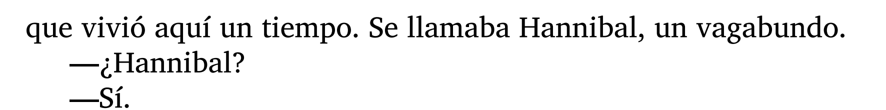
—No —respondió Erlendur—. ¿Está en venta?

—Por el precio adecuado —respondió Frímann como si fuera el dueño de un palacio de ensueño, cuando aquella casa de madera revestida de chapa con desconchones de pintura azul parecía más bien una pocilga. La vivienda, consistente en una sola planta, además del sótano y un pequeño desván, necesitaba una renovación de arriba abajo.

—¿Se vende con el sótano?

—Por supuesto. Está en perfecto estado. Solo tengo que tirar toda esta basura. Me pregunto de dónde narices habrá salido.

—En realidad, no estoy buscando casa —le informó Erlendur mientras miraba el remolque—. Te quería preguntar sobre un hombre



que vivió aquí un tiempo. Se llamaba Hannibal, un vagabundo.

—¿Hannibal?

—Sí.

—¿Qué tienes que ver tú con Hannibal?

—Nos conocíamos.

—Entonces sabrás que está muerto —reparó Frímann mientras se guardaba la pipa en el bolsillo de la camisa que llevaba puesta debajo del jersey.

—Sí. Fue una desgracia. ¿Le dejabas quedarse en tu sótano?

—Aquí no molestaba a nadie.

—¿Cómo os conocisteis?

—Trabajamos juntos en un pesquero hace muchos años —le contó Frímann mientras se disponía a entrar de nuevo para seguir cargando basura en el remolque.

—¿Te echo una mano? —le preguntó Erlendur.

Frímann lo miró sorprendido.

—¿Me estás ofreciendo ayuda?

—Si la quieres.

Frímann titubeó unos segundos mientras observaba a aquel joven desconocido.

—Por mí, estupendo. Si no te importa.

—Sé muy bien el trabajo que tienes. Vine aquí con Hannibal alguna vez.

—Llevo ya tres viajes al vertedero —explicó Frímann— y es como si no hubiera ido. Que conste que no todo es mío. Algunos trastos son de gente que los tenía guardados aquí y luego nunca vino a recogerlos. Y los dueños anteriores dejaron también un montón de chatarra. Otras cosas no sé de dónde han salido. Lo más seguro es que las trajera Hannibal.

El sótano estaba algo más limpio que la última vez que Erlendur había estado allí con Hannibal. Ya no estaba el colchón, ni tampoco la manta vieja, ni las botellas de *brennivín* ni los botes de alcohol metílico. También se había disipado el mal olor, aunque no había desaparecido por completo. Las vigas de la entrada y una parte del marco de la puerta se habían ennegrecido tras el incendio.

Erlendur se puso manos a la obra y comenzó a ayudar a Frímann a sacar trastos. No tardaron nada en terminar de llenar el remolque.

—Vivía en un estercolero —comentó Frímann cuando Erlendur volvió a centrar la conversación en Hannibal y su estancia en el sótano —. Esa es una de las razones por las que quería que se fuera. Pero, aparte de eso, no sabía mucho de sus andanzas. Apenas me dejo caer por aquí.

—¿No vives en la casa?

—No.

—¿Se quejaron alguna vez tus inquilinos?

—A mí nunca me dijeron nada. Aunque también bebían lo suyo. Eran un matrimonio del sur. Como no cuidaban mucho de la casa, al final los eché y decidí venderla. No he podido hacer reformas, no tengo dinero.

Frímann volvió a encender su pipa, paseó la mirada por el remolque y dijo que por ese día ya era suficiente. Esperaba terminar al día siguiente.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada. ¿El pesquero donde trabajabais era de Reikiavik?

—No, de Grindavík.

—Pero Hannibal era de Reikiavik, ¿no?

—Sí.

—¿Conocías a su familia?

—No. A veces hablaba de su madre. Pero no sé si tenía hermanos.

—Tenía dos —le informó Erlendur—. Sus padres murieron hace tiempo.

—Nunca me habló de ellos.

—¿Sabes qué le pasó?

—¿Quieres decir por qué se ahogó?

—No, quiero decir...

—Iría borracho, como siempre.

—Probablemente —respondió Erlendur—. Aunque más bien me refería a si conoces las razones por las que acabó siendo un vagabundo.

—¿Crees que es sencillo explicar por qué una persona termina viviendo en la calle? —replicó Frímann—. Era alcohólico, eso está claro. Pero a veces podía ser... Hannibal era un tipo extraño. Era un trozo de pan, pero tenía un temperamento que a menudo lo metía en problemas. Recuerdo que, cuando trabajábamos en el barco, el alcohol terminó costándole el puesto de trabajo. No se podía confiar en él. Contestaba a todo el mundo, se metía en peleas y a veces el barco salía sin él porque llegaba tarde. Ahora bien, ¿por qué cada uno es como es? No tengo ni idea.

—Por lo que veo, aquí se ha producido un incendio —comentó Erlendur señalando las vigas quemadas.

—Por eso mismo acabé echándolo —admitió Frímann—. Me daba miedo que algún día pudiera ocurrir algo así. Le dije que sacara sus cosas del sótano y se largara. Lo siguiente que supe fue que lo habían encontrado muerto en la antigua turbera.

—¿Sabes si tenía alguna rencilla con alguien?

—La policía también me hizo esa pregunta y dije que no sabía nada al respecto. ¿No se cayó borracho al agua y se ahogó porque no pudo salir? ¿No fue así de simple?

—Supongo —respondió Erlendur.

—Bueno, me voy ya para el vertedero —dijo Frímann mientras golpeaba de nuevo su pipa.

—¿Cómo se originó el incendio? —preguntó Erlendur—. Hannibal estaba seguro de que alguien había tratado de prenderle fuego al sótano.

—Muy típico de Hannibal —respondió Frímann mientras abría la puerta del *jeep*—. Según su versión, él estaba dormido cuando comenzó el incendio. De pronto se despertó y, al ver que la puerta estaba en llamas, corrió a apagar el fuego. Decía que, de no haber sido por él, la casa habría quedado reducida a cenizas. Pero eso no es lo que ocurrió. Los hermanos de la casa de al lado vieron salir humo por la ventana del sótano y vinieron corriendo. La pareja de arriba estaba fuera. Cuando los hermanos llegaron, Hannibal estaba durmiendo. Fue gracias a ellos que la cosa no acabó en catástrofe. Lo despertaron y lo sacaron. Dijeron que iba borracho. Por lo visto, encontraron un trozo de vela junto a la puerta, así que todo apunta a que había tirado sin querer una vela encendida y que eso había causado el fuego.

—¿No llamaron a los bomberos?

—No.

—¿Y nadie investigó lo sucedido?

—¿Investigar? ¿Para qué? Al día siguiente, los hermanos me contaron todo lo que había pasado. No vimos la necesidad de complicar las cosas. Yo no quería correr el riesgo de que Hannibal quemara la casa entera, así que lo eché.

—¿Cómo se lo tomó?

—No le quedó otra que resignarse. Juraba y perjuraba no haber causado el incendio. Decía que alguien había querido prender fuego al sótano con él dentro.

—¿Eso decía?

—Sí.

—¿Quién, entonces?

—¿Cómo que quién?

—¿Quién pensaba que podía haber sido?

—No había sido nadie —respondió Frímann—. Eran tonterías suyas. Desvaríos de un borracho. Mentía para escurrir el bulto, como siempre. Nada más.

El turno transcurría sin complicaciones. Era un miércoles por la noche y la ciudad estaba en calma. Conducían hacia el oeste por Miklabraut y Garðar, como de costumbre cuando le entraba hambre, se puso a hablar de comida.

—Por ejemplo, ¿por qué no puede haber una pizzería decente en

Reikiavik? —dijo sin poder disimular su indignación. Sus michelines incipientes daban cuenta de la importancia que le daba Garðar a las cuestiones gastronómicas. Las dos semanas que acababa de pasar con sus padres en Estados Unidos no habían hecho sino aumentar su interés por la comida rápida.

—¿De verdad piensas que no hay ninguna? —preguntó Marteinn.

—¿Una *pisería*? —dijo Erlendur—. ¿Te refieres a lo que en islandés se llama «pan italiano»?

—¿Pan…? No, en serio —replicó Garðar—. Es casi imposible comerse una buena hamburguesa con patatas en esta ciudad. Como mucho, en un par de sitios. Somos unos pueblerinos.

—Antes estaba aquel puesto de carretera, el de Geitháls. Abría toda la noche —recordó Marteinn.

—Tenían buena cabeza de cordero asada —apuntó Erlendur.

—Con puré de colinabo —añadió Marteinn.

—A eso me refiero. Nadie puede llamar comida rápida a un puré de colinabo. ¡Venga, hombre! Además, Geitháls está perdido de la mano de Dios. La cultura gastronómica de esta ciudad necesita un par de cambios.

—Pues a mí el puesto de Geitháls me gustaba bastante —dijo Erlendur con una sonrisa burlona.

—¡¿Quién se pide una cabeza de cordero para llevar?! —preguntó Garðar, indignado—. Aquí faltan hamburgueserías y pizzerías de verdad. ¡Un poco de cultura! Si tuviera pasta, me abriría una pizzería. Me iba a forrar.

—¿Abriendo una *pisería*? —dijo Erlendur—. No sé yo…

—Pizzería, Erlendur, ¡pizzería! Intenta decirlo bien, al menos. La comida rápida está buenísima y es muy práctica, además de barata. Te evita tener que comer cada día pescado hervido con patatas cocidas. Y no tienes que ir a comer a sitios caros, como el Naust. Para eso los yanquis son los mejores, con diferencia. Te llevan la pizza a casa. Ni siquiera tienes que ir tú al local. Llamas, pides y te la llevan.

En ese momento, saltó un aviso por el sistema de radio: acababan de hallar el cuerpo de un hombre cerca de la carretera que accedía a la bahía de Nauthólsvík. Respondieron al aviso diciendo que estaban cerca y Garðar encendió las luces de emergencia. Cuando llegaron, ya había otro coche patrulla y se estaba acercando una ambulancia. Una pareja de mediana edad que caminaba hacia Nauthólsvík había visto a un hombre tumbado entre la hierba, a unos tres metros de la carretera. Lo habían llamado pero no les había respondido. Al acercarse y ver que podría estar muerto, habían ido corriendo hasta el Hotel Loftleiðir para dar el aviso desde allí.

Cuando comprobaron que el hombre llevaba un tiempo muerto, consideraron que la ambulancia ya no hacía falta y llamaron a un

coche fúnebre. Todo apuntaba a que se había desvanecido en el mismo lugar donde habían hallado el cuerpo. No había indicios de violencia, no presentaba lesiones y la hierba de alrededor no estaba pisada. El hombre se había llevado las manos al pecho y se había desplomado allí mismo. El médico que acudió al lugar diagnosticó que había sufrido un infarto.

El cuerpo pertenecía a un vagabundo que se refugiaba en Nauthólsvík, en un antiguo barracón militar medio en ruinas. Erlendur reconoció al hombre de inmediato. No sabía cómo se llamaba, pero había hablado con él frente al albergue Farsótt unos días antes. Era el hombre que estaba seguro de que habían ahogado a Hannibal intencionadamente.

Lo reconoció por su grueso abrigo, su gorro y sus manos sucias. Cuando le dieron la vuelta para meterlo en el coche fúnebre, Erlendur recordó las pronunciadas arrugas que surcaban su rostro, tan profundas como las grietas de un glaciar.

El pestillo de la puerta del sótano había sido sustituido por un candado. Las luces de la casa estaban apagadas y en una de las ventanas colgaba un pequeño cartel: SE VENDE. Erlendur estiró del candado para comprobar que estaba cerrado. Buscó un hueco por donde meterse y al final consiguió colarse por el ventanuco de la parte trasera. Dentro no se veía nada, pero Erlendur encendió su pequeña linterna y paseó su tenue rayo de luz por las paredes.

El sótano estaba prácticamente vacío. Frímann se había empleado a fondo y había logrado sacar toda la basura. También había barrido el suelo y lo había dejado todo limpio.

Iluminó la zona quemada de la puerta en busca de algún indicio que le permitiera deducir las causas del incendio. No había enchufes, ni cables, ni mucho menos un cuadro eléctrico que pudiera haber hecho saltar una chispa. A juzgar por el hollín de las paredes y de las vigas del techo, las llamas habían alcanzado una altura considerable cuando llegaron los hermanos.

Erlendur deslizó la mano por la madera calcinada y la golpeó levemente con la palma. Era demasiado tarde para poder deducir lo que había sucedido. Hannibal negaba haber causado el fuego, pero puede que no hubiera sido consciente de sus actos. Los hermanos le habían dicho a Frímann que estaba borracho cuando entraron a rescatarlo y que encontraron un trozo de vela junto a la puerta, en el foco principal del incendio.

Si Hannibal decía la verdad, entonces el incendio había sido obra de una tercera persona. Alguien habría levantado el pestillo de madera y habría empujado la puerta para entrar y prenderle fuego a aquel

montón de basura. El sótano habría ardido casi de inmediato y el culpable se habría dado a la fuga.

Pero ¿con qué intención lo habría hecho? ¿Sabía el causante que Hannibal estaba dentro? ¿Llevaba la intención de quemarlo vivo? ¿O aquel incendio no guardaba ninguna relación con Hannibal? Con sus tabiques y sus vigas de madera, el sótano podía arder con facilidad, y si los hermanos no hubieran llegado a tiempo, la casa entera habría sido devorada por las llamas en un abrir y cerrar de ojos.

Los hermanos suponían que la vela que habían encontrado habría rodado hasta la puerta desde el colchón de Hannibal. Sin embargo, Erlendur no recordaba haber visto ninguna vela en sus anteriores visitas al sótano.

La segunda vez que había acompañado a Hannibal a su guarida, se lo había encontrado en la calle Hafnarstræti, no muy lejos de su casa, mientras patrullaba por el centro. Tenía peor aspecto que nunca. Cojeaba y parecía estar lisiado. Erlendur se había acercado para preguntarle si se encontraba bien.

—Estoy como una rosa —respondió Hannibal, quien no quería saber nada de la policía.

—Estás cojeando —dijo Erlendur—. Deja que te ayude.

Desconcertado ante aquel gesto de amabilidad, Hannibal estudió al agente con la mirada.

—¿Nos conocemos?

—Te acompañé a casa el otro día desde Arnarhóll. Estabas tumbado en la acera, bajo la chapa.

—Ah, conque eres tú, chaval. Espero que te diera bien las gracias.

—Sí, tranquilo. ¿Vas de camino a casa? —le preguntó Erlendur.

—Sí, ¿me ayudas? —le pidió Hannibal—. No sé qué demonios me pasa en la pierna. ¿No llevarás algo para darle un trago?

—No. Ven, que te llevo. Estamos cerca.

—¿Y unas coronas sueltas?

Erlendur bajó con él los escalones del sótano y lo ayudó a tumbarse en el colchón. Hannibal siguió insistiendo para que le diera algo de alcohol o unas pocas coronas hasta que el agente se rindió y le dio unas monedas. Al entregárselas, Erlendur se dio cuenta de que sus dedos estaban retorcidos por el frío y le preguntó si tenía algo con que calentarse. Aunque solo fuera una vela.

—Ah, no. Eso sí que no —respondió Hannibal con firmeza.

—¿Por qué no? —le preguntó Erlendur.

—Me aterra pensar que podría prenderle fuego a esta maldita barraca.

13

El vagabundo que habían encontrado en Nauthólsvík se llamaba Ólafur. Según los resultados de la autopsia, había muerto por un ataque al corazón y no se habían visto razones para investigar su fallecimiento como un posible caso criminal. Su pariente más cercano, su hermana mayor, no había estado en contacto con él durante años. Vivía fuera de Reikiavik y había solicitado que enviaran el cuerpo a su pueblo para poder enterrarlo en el cementerio familiar.

Ólafur había mencionado a un conocido de Hannibal, un tal Bergmundur, un hombre que había recaído hace poco y al que se le solía ver por la plaza Austurvöllur. Erlendur nunca se había cruzado con él, ni siquiera le sonaba, así que un día decidió probar suerte y acercarse al centro para ver si lo encontraba. Hacía un día espléndido, sin viento, y las calles eran un hervidero de gente haciendo compras. En los días así, los alcohólicos y los vagabundos se sentaban en los bancos de Austurvöllur al calor del sol y bebían licores caseros ilegales o extracto de cardamomo mientras discutían y soltaban algún improperio a los transeúntes. En ocasiones se les unía alguna mujer que al final tenía que quitarles las manos de encima a puñetazo limpio, entre insultos y palabrotas.

Erlendur levantó la mirada hacia la estatua de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia, que se alzaba en medio de la plaza, dando la espalda a los vagabundos. Se preguntó si esa habría sido la actitud que habría mostrado el notable político cuando estuvo en vida, pero estaba bastante seguro de que no había sido una persona tan altiva. Aun así, la mera idea le hizo sonreír. Detrás de la estatua, sentado en el césped, había un hombre joven de aspecto desaliñado: barba rala, túnica *hippy*, sandalias de Jesucristo y unas gafas de sol exageradamente grandes que a Erlendur le parecían más bien de mujer.

—Oye, ¿no habrás visto a Bergmundur? —preguntó Erlendur fingiendo conocer a todos los asiduos de la plaza.

—¿Bergmundur? —repitió el joven mientras levantaba sus enormes gafas de sol.

—Sí, uno que ha recaído hace poco —respondió Erlendur, que no contaba con más información sobre el hombre que buscaba.

—¿Bergmundur, dices? Ayer andaba por aquí.

—¿Y hoy no lo has visto?

—No.

—¿Llevaba mucho tiempo sin beber? —preguntó Erlendur.

—Qué va, no duró nada —respondió el joven, como si no hubiera cabido esperar otra cosa de Bergmundur.

—¿Sabes dónde vive?

—Vive con uno o dos más en una casa de Hverfisgata que van a derribar.

Erlendur vio de lejos a un viejo conocido de la policía, un delincuente de poca monta llamado Elliði especializado en robos, contrabando de alcohol y otra serie de delitos. Una vez había pasado una temporada en la cárcel de Litla-Hraun, condenado por agresión con ensañamiento. Iba acompañado de un hombre que Erlendur no conocía. Los siguió con la mirada mientras caminaban entre los bancos de la plaza como si estuvieran buscando algo. Elliði le dio un trago a una botella que guardaba debajo del abrigo y se la pasó a su compañero mientras se reía a carcajadas de un comentario que acababa de hacer.

—A veces también está por Arnarhóll, bajo la chapa —añadió el joven de las desmesuradas gafas de sol.

Elliði vio al agente y le clavó la mirada. En el poco tiempo que llevaba trabajando en la policía, Erlendur había tratado con él en dos ocasiones. La primera fue después de una refriega que había tenido lugar en el barrio de Breiðholt. Elliði había agredido brutalmente a un hombre que había tenido que ser trasladado al hospital. Sin embargo, el agredido declaró que era él mismo quien había iniciado la pelea y no quiso denunciarlo. Elliði fue encerrado en el calabozo de la comisaría de Hverfisgata y pasó allí toda la noche. Más tarde, Erlendur se enteró de que el agredido le debía dinero a Elliði en relación con un envío de alcohol de contrabando. La segunda vez, Erlendur y sus compañeros habían detenido a Elliði por exceso de velocidad en la zona portuaria de Sundahöfn. A pesar de sus intentos de darse a la fuga, habían conseguido darle alcance. En su automóvil hallaron ciento cincuenta cartones de cigarrillos americanos y varias garrafas de vodka de un galón, también americano. Borracho y drogado, Elliði se abalanzó sobre Marteinn y lo tiró al suelo mientras gritaba que los iba a matar a los tres. En ese momento llegaron refuerzos y entre todos lograron reducir a Elliði tras un duro forcejeo. Al fin y al cabo, era un tipo fuerte que estaba acostumbrado a pelear.

—¡Pero si tenemos aquí al paleto número uno! —exclamó Elliði mientras se acercaba a Erlendur. Robusto y no muy agraciado, tenía el labio inferior hinchado y llevaba un enorme apósito en un ojo. Sin duda se había peleado recientemente—. ¿Cómo tú por aquí?

Apestaba a alcohol y agitaba su botella delante de Erlendur.

—¿Andas buscando un trago? Tengo más de esto, si te interesa.

—Está preguntando por Bergmundur —le explicó el joven de las gafas de sol mientras se ponía de pie sin despegar la mirada de la botella.

—¿Bergmundur? ¿Por qué lo buscas? ¿Se ha metido en algún lío?

—No —respondió Erlendur.

—¿No lo había dejado?

—Ha recaído —le informó el de las gafas de sol.

Elliði le tendió la botella.

—¿No habrás visto a Holberg?

—No —respondió el joven antes de dar un largo trago.

—¿Y a Grétar? —preguntó Elliði.

—Tampoco —dijo el joven antes de volver a beber.

Elliði le arrebató la botella.

—¿Es que te la piensas pimplar entera o qué, capullo? —le espetó mientras le daba un brusco empujón—. Había quedado aquí con ellos —añadió girándose hacia Erlendur—. Si te pensabas que yo estaba mal de la cabeza, tendrías que conocer a Holberg. Grétar y él... hacen muy buena pareja.

Esto último vino acompañado de una risa ronca. Erlendur continuó su camino y Elliði lo siguió con la mirada sin dejar de reír.

—¡Paleto! —le gritó—. ¡Que eres un paleto!

Erlendur encontró a Bergmundur a los pies de la valla que rodeaba la factoría de pescado fresco sueca en compañía de otros vagabundos que disfrutaban del buen tiempo. Se habían hecho con algo de beber y fumaban como chimeneas. Uno de ellos tomaba el sol sin camiseta y su pecho, blanco como la leche, brillaba tanto que parecía estar hecho de material reflectante.

Cuando Erlendur les preguntó si habían visto a Bergmundur, uno de ellos dijo que era él y quiso saber quién estaba preguntando. Era un hombre robusto de mediana edad, con un aspecto algo menos harapiento que sus compañeros. Erlendur lo saludó con un apretón de manos y le preguntó si podían hablar a solas. Al hombre no pareció importarle y caminó con él hasta la estatua de Ingólfur Arnarson, el primer colonizador de Islandia. Allí se sentaron en un banco con vistas al centro de la ciudad y Bergmundur le dio un trago a su bote de alcohol metílico.

—Este es el último —comentó—. Ahora ya no nos los quieren vender en las farmacias. Solo puedo comprar uno en la de Laugavegur.

Un bote por farmacia. Esa es la nueva norma. Ahora tienes que dar vueltas por toda la ciudad para poder comprar.

—¿Conocías a Ólafur, el hombre que murió hace poco? —le preguntó Erlendur—. Vivía en un viejo barracón, por la zona de Nauthólsvík.

—¿Eras amigo de Óli? —le preguntó Bergmundur mientras enroscaba el tapón del bote antes de guardárselo en el bolsillo—. Pensaba que Óli no tenía amigos.

—Hablé con él hace poco y me dijo que conocías a Hannibal.

—Así es. Se ahogó el año pasado. Aunque igual ya lo sabías.

—Sí. ¿Te acuerdas del incendio que su produjo en el sótano donde vivía? Ocurrió poco antes de que muriera.

—Por eso lo echaron.

—El dueño pensaba que lo había causado él.

—Puede ser. No sé qué pasó.

—¿Cuál era la versión de Hannibal? —preguntó Erlendur.

—Estaba seguro de que alguien le había prendido fuego, pero no sabría decirte si tenía razón o no.

—¿Quién podría haberlo hecho?

—Tú sí que puedes comprar más —dijo Bergmundur cambiando bruscamente de tema.

—¿Más qué?

—Más botes —respondió mientras sacaba de nuevo su última reserva de alcohol metilado.

—¿Quieres decir que vaya a la farmacia a comprarte *koggi*? —preguntó Erlendur.

—A ti te pueden vender cinco. Tú no eres un sintecho.

—¿Pero tienes dinero?

—Pensaba que a lo mejor podías regalarme un par de botes. Aunque, si quisieras comprarme cinco, mejor todavía.

—¿Te dijo Hannibal de quién sospechaba?

—Tenía sus teorías —respondió Bergmundur.

—¿Conocía al incendiario? ¿Era algún conocido suyo? ¿Otro vagabundo?

—Querrás decir «incendiarios». Y no, no eran vagabundos.

—¿Había más de uno?

—Según él, habían sido los hermanos de al lado.

—¿Los hermanos de al lado...?

—No sé cómo se llaman ni quiénes son. Solo sé que había unos hermanos que vivían en la casa de al lado. Decía que eran ellos quienes le habían prendido fuego al sótano y que luego le habían echado a él la culpa.

Erlendur pensó en la pareja que vivía encima de Hannibal y en la mujer que le recordaba a Dirch Passer. Hannibal les había contado lo

mismo, que los hermanos habían estado detrás del incendio. Además, por lo visto se dedicaban a actividades sospechosas y recibían visitas a altas horas de la noche.

—¿Entonces? ¿Vas a ir a la farmacia o no? —insistió Bergmundur.

—¿Por qué habrían querido incendiar el sótano? ¿Qué razones pensaba Hannibal que podían tener?

—Unos cuantos botes y estamos en paz. Lo dejamos en cinco.

—¿Cómo que en paz? Yo no te debo nada.

—Bueno, pues tú verás —replicó Bergmundur haciendo ademán de marcharse—. Yo tengo cosas mejores que hacer. Tendrás que hablar de Hannibal con algún otro.

—Está bien —concedió Erlendur, irritado—. Iré a la farmacia, tranquilo.

—Querían quitárselo de en medio —explicó Bergmundur—. No hacían más que quejarse de él al propietario. El dueño era un amigo de Hannibal que le dejaba quedarse en el sótano. Querían que se fuera. Eso es lo que me contó. Me dijo que le daba miedo encender cualquier tipo de fuego dentro del sótano. Que no se atrevía. Los hermanos incendiaron la basura de la entrada mientras dormía, luego fingieron que lo habían salvado y le exigieron al dueño que lo echara esa misma noche. Por eso el dueño le dijo que no podía seguir allí y que tenía que buscarse otro sitio.

—¿Tenía pruebas?

—¿Pruebas? ¡Qué pruebas ni qué demonios!

—Quiero decir...

—Hannibal estaba seguro y punto —dijo Bergmundur con firmeza—. No podía haber sido nadie más. ¿O crees que salió corriendo a comprarse una lupa para buscar pruebas?

—¿Cuándo te contó todo eso?

—¿Cuándo? Poco antes de morir. Estábamos sentados bajo la chapa. Sabía bien lo que decía. Estoy seguro de que fueron a por él y que al final consiguieron lo que querían. No me extrañaría un pelo.

—¿Insinúas que lo ahogaron ellos?

—¿Quién si no? Hannibal decía que no eran trigo limpio.

—Ólafur estaba convencido de que alguien lo ahogó intencionadamente.

—Ahí lo tienes.

—Pero no sabía nada más. ¿Por qué habrían querido matar a Hannibal?

—¿Porque sabía que eran ellos quienes le habían prendido fuego al sótano? Yo qué sé. Puede que supiera más cosas sobre ellos.

—¿Quieres decir que querían asegurarse de que no hablara?

—¿Y por qué no? Cosas así ocurren todos los días. Hannibal sabía de sus trapicheos y se lo quitaron de en medio.

Con el ruido del tráfico de fondo, Erlendur se giró hacia el puerto y siguió con la mirada el ferry Akranes mientras se disponía a atracar.

—¿No prefieres que te compre *brennivín*? —le preguntó, reacio a ir a la farmacia.

—No —respondió Bergmundur tras pensárselo unos instantes—. Quiero *koggi*.

Poco después, Erlendur bajó a Laugavegur acompañado de Bergmundur y se dirigió a la farmacia más cercana. Por el camino trató de pensar cómo iba a hacer para comprar alcohol metílico sin levantar sospechas. Al llegar, entró rápidamente y pidió cinco botes mientras Bergmundur esperaba fuera. La dependienta dudó unos instantes antes de ir a buscarlos y se quedó mirándolo con aire triste mientras lo veía contar las monedas. Erlendur estaba seguro de que la mujer pensaba que acababa de recaer.

14

Los hermanos que habían sido vecinos de Hannibal se habían mudado a una casa más espaciosa situada en la calle Fálkagata. Tras haber hablado con Frímann, Erlendur sabía ahora cómo se llamaban y decidió hacerles una visita el día después de su conversación con Bergmundur. Mientras paseaba por la calle Ægisíða bajo la brisa marina, pensó que, si quería asegurarse de que estuvieran en casa, lo mejor era pasarse sin avisar después de cenar. Sus predicciones se cumplieron. Cuando llegó, los hermanos estaban sentados frente al televisor, viendo las noticias. Se llamaban Ellert y Vignir, ambos rondaban los cuarenta años y, a pesar de llevarse solo dos años de diferencia, no guardaban ningún parecido: mientras que uno era regordete, desgarbado y de facciones toscas, el otro era alto, esbelto y de rasgos finos. Siempre iban juntos. Según Frímann, ambos eran carpinteros, o albañiles, y no habían recibido la visita de una sola mujer en los siete años que habían vivido en el barrio. Ninguno de los dos.

Cuando Vignir, el regordete, abrió la puerta, no se mostró especialmente sorprendido ante aquella visita inesperada. Los hermanos parecían estar acostumbrados a que les interrumpieran continuamente sus placenteras noches televisivas. Erlendur se presentó como un conocido de Hannibal, su antiguo «vecino», el vagabundo que había muerto repentinamente haría cosa de un año, y le preguntó si podía hablar un momento con ellos sobre él.

Ellert había llegado a la puerta y los hermanos intercambiaron una mirada.

—¿Te va a llevar mucho tiempo? —dijo Ellert.

—En absoluto —respondió Erlendur—. Van a ser solo un par de preguntas.

—Es que va a empezar *Ironside* —le informó Vignir mientras lo invitaba a pasar—. No nos lo queremos perder.

—No, tranquilo —dijo Erlendur sin saber de qué le estaba

hablando—. Seré breve.

En el salón había un televisor de gran tamaño encendido. Terminado el telediario, ahora emitían un documental sobre animales. Durante toda la conversación con Erlendur, los hermanos no dejaron de mirar hacia la pantalla, como si no quisieran perderse ni un minuto de la programación.

—Acabamos de comprarnos una tele nueva —le explicó Vignir.

—La otra era un trasto —añadió Ellert.

Según le explicaron, apenas habían hablado alguna vez con Hannibal y su presencia en el sótano de la casa de al lado nunca les había causado ninguna molestia. Al fin y al cabo, solo iba allí de vez en cuando para pasar la noche. El propietario les había preguntado en su momento si tenían algún inconveniente en que Hannibal se refugiara allí cuando lo necesitara y ellos no habían mostrado ninguna objeción. Además, tampoco era su problema. Hannibal no montaba nunca jaleos. Nunca recibía invitados, ni hombres ni mujeres, y apenas tenían quejas de él.

—Nunca metía en el sótano a otros vagabundos —comentó Vignir.

—No, yo tampoco vi que metiera nunca a nadie —reforzó Ellert.

—No había ningún candado en la puerta —señaló Erlendur—. Cualquiera podría haber entrado.

—Sí que había un candado, pero Hannibal había perdido la llave y una noche tuvo que forzar la puerta —contó Vignir.

—Nos estábamos pendientes de lo que hacía o dejaba de hacer —señaló Ellert.

—Frímann demostró tener bastante paciencia con su amigo —dijo Erlendur.

Los hermanos no respondieron a su comentario porque tenían la mirada clavada en el documental. En la pantalla se veía una leona hincando sus garras en un antílope. Estaban sentados justo en frente del televisor, cada uno en su sillón, y el resplandor del aparato iluminaba sus rostros.

—¡Qué pasada! —exclamó Vignir cuando la manada de leones comenzaba a devorar la presa.

Sin ánimo de interrumpir aquel momento, Erlendur se sentó un rato a ver la tele con ellos. El salón estaba enmoquetado y amueblado con algunas estanterías, pero apenas había objetos decorativos. La casa estaba limpia y ordenada. Al fondo vio una pequeña cocina y se preguntó si se turnarían para cocinar o si se repartían las tareas del hogar. No podía evitar pensar que aquella casa parecía el hogar de una pareja casada.

—Perdona, ¿qué decías? —le preguntó Vignir cuando los leones terminaron de devorar su presa.

—Nada, estaba hablando de Frímann —le recordó Erlendur—.

¿Tenéis idea de por qué está vendiendo la casa?

—Por lo visto, está sin blanca —dijo Ellert.

—Sí, no tiene ni un duro —confirmó Vignir.

—¿Sabéis por qué?

—Ni idea —respondió Ellert.

—¿Qué pasó cuando se desató el incendio?

—Que el hombre casi se quema vivo —respondió Vignir—. Quién sabe lo que podría haber pasado si nos hubiéramos ido ya a la cama. Se podría haber quemado la casa entera. Menos mal que todavía estábamos despiertos.

—Aquel día, la programación se alargó hasta muy tarde —dijo Ellert girándose hacia el televisor—. Creo que eso es lo que le salvó la vida.

—De pronto, noté olor a quemado. Me asomé a la ventana y vi que salía humo del sótano —explicó Vignir—. Entonces salimos corriendo y vimos que la puerta estaba en llamas. Por suerte, el fuego no se había propagado y conseguimos apagarlo. Ellert se quemó un poco la mano.

—Nada grave —aclaró Ellert—. Cuando lo sacamos de allí, el hombre no hacía más que toser, pero estaba ileso.

—¿Sabía cómo había empezado el fuego?

—No se lo pudimos ni preguntar —respondió Vignir—. Se marchó como si la cosa no fuera con él. Creo que desde entonces no volvió más al sótano.

—Iba como una cuba —afirmó Ellert.

—No sabía ni dónde estaba —añadió Vignir.

—¿Y no llamasteis a los bomberos?

—¿Para qué? Ya habíamos apagado el fuego y no se habían producido daños importantes. Llamamos a Frímann y vino enseguida, pero no avisó ni a la policía ni a nadie. Dijo que había sido un accidente y le echó toda la culpa a Hannibal. Lógicamente, le prohibió que volviera.

—La pareja del piso de arriba no estaba en casa —señaló Erlendur.

—Así es.

—¿Pensáis que Hannibal podría haberle dado sin querer una patada a una vela y que eso hubiera provocado el incendio?

—Encontramos una tirada junto a la puerta, al lado de un montón de papeles y cartones —explicó Ellert—. Así que no sería descabellado.

—¿Sabéis si Hannibal usaba velas?

—Ni idea. Nunca puse un pie en ese sótano —respondió Ellert—. No sé nada de ese hombre.

—Yo tampoco —señaló Vignir.

—¿Se os ocurre alguien que quisiera hacerle daño hasta el punto

de querer prenderle fuego al sótano?

—Bueno, quienquiera que fuera solo tuvo que empujar la puerta —respondió Ellert, que había comenzado a inquietarse porque el documental estaba terminando y a continuación emitían el episodio de *Ironside*.

—¿Quién más sabía que vivía allí? —preguntó Erlendur.

—Ni idea —dijo Ellert—. Insisto en que no lo conocíamos de nada. Nunca vimos que recibiera visitas, pero no te lo podemos asegurar.

En la televisión apareció un popular anuncio de muebles que acaparó de pronto la atención de los hermanos. En la pantalla se veía una mano de mujer deslizándose por el tablero de una mesa. «¿Es mármol?», preguntaba una voz. «No, Formica», respondía otra. A continuación, se abría la puerta de un armario. «¿Madera?». «No, Formica».

—A Hannibal le daba miedo poder incendiar la casa —continuó Erlendur—. Por eso no creo que encendiera una vela y luego le diera una patada sin querer, fuera borracho o no.

—Ah —se limitó a decir Vignir, distraído.

—¡Que empieza! —exclamó Ellert señalando el televisor.

Los hermanos se quedaron mirando fijamente el aparato.

—¿Nunca tuvisteis ningún confrontamiento con Hannibal?

—¿Qué tipo de confrontamiento?

—Por algo que estuviera tramando. O que estuvierais tramando.

—No —dijo Vignir girándose hacia Erlendur—. ¿Qué acabas de insinuar con eso?

Erlendur titubeó. No sabía hasta qué punto podía acusarlos de lo ocurrido basándose solo en las declaraciones de Hannibal. Se había presentado allí a título personal y debía andarse con pies de plomo. No tenía experiencia en investigaciones policiales. A ojos de los hermanos, no era más que un desconocido que había interrumpido su velada televisiva.

—He oído que os culpaba a vosotros del incendio.

—Eso es mentira —replicó Ellert.

—¿Pero qué idiotez es esa? —dijo Vignir.

—Por lo visto sabía cosas de vosotros...

—Ese hombre no sabía nada de nosotros —dijo Ellert—. No lo conocíamos de nada. Me parece que alguien te está tomando el pelo, colega.

—¿Entonces lo negáis?

—Eso es una estupidez —dijo Ellert—. Espero que no vayas por ahí difundiendo semejantes chorradas.

—No, ya no os molesto más con esta historia —concluyó Erlendur mientras se ponía de pie—. Gracias y perdonad.

—No pasa nada —dijo Vignir—. Siento que no hayamos podido

servirte de mucha ayuda.

—¿Va en silla de ruedas? —preguntó Erlendur al ver que empezaba el episodio y el protagonista aparecía en la pantalla. No tenía televisión y no conocía la serie.

—Sí, la verdad es que lo limita bastante —dijo Vignir con seriedad.

Sin despegar la mirada del aparato, ninguno de los dos se levantó para acompañarlo a la puerta. Erlendur se despidió de los hermanos y volvió a casa paseando bajo la fresca brisa nocturna sin dejar de asombrarle que aquellos dos hombres se mostraran más interesados en resolver casos ficticios de una teleserie americana que en hablar sobre un incidente misterioso que les tocaba de cerca. Un incidente que podría haberle costado la vida a una persona que conocían.

15

Erlendur dormía como un tronco cuando el teléfono sonó de repente. Los estridentes timbrazos resonaron con insistencia por todo el apartamento hasta que se levantó para contestar. Al otro lado de la línea se escuchó la voz de un hombre que parecía bastante alterado.

—¿Erlendur Sveinsson? —preguntó bruscamente.

—Sí, soy yo.

—Acabo de hablar con mi hermana. La conoces, se llama Rebekka. Me ha hablado de vuestra conversación y me ha contado lo que le has dicho de mí. ¡Solo quería decirte que en la vida he oído estupideces semejantes! Insinuar que… insinuar que le hice algo a mi hermano Hannibal, me parece demencial y si sigues difamándome me veré obligado a tomar medidas. ¿Cómo te atreves a ir diciendo algo así? ¡¿Cómo te atreves?!

«El hermano», pensó Erlendur.

—No voy a permitir que te metas en un asunto que no es de tu incumbencia —continuó el hombre—. Me parece inaceptable que vayas por ahí contando mentiras sobre mí.

—No creo que lo haya hecho —replicó Erlendur.

—Mi hermana me lo ha contado todo.

—La conversación que tuve con tu hermana es de carácter confidencial. Simplemente conocía a tu hermano y me gustaría saber en qué circunstancias se ahogó.

—Estás metiendo las narices en asuntos familiares delicados que no te conciernen y te exijo que dejes de hacerlo. ¡Inmediatamente! Según Rebekka, no eres más que un agente raso que está investigando por su cuenta. ¡No tendré ningún reparo en informar a tus superiores si continúas!

—Rebekka me resultó muy útil —señaló Erlendur.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvimos una larga conversación. De carácter confidencial, insisto. No sé lo que te ha contado, pero te pido disculpas si te he

podido faltar al respeto. Me encantaría hablar contigo si estuvieras interesado.

—¿Conmigo? ¡De ninguna manera! A mí déjame en paz. Y deja tranquila a mi hermana también. ¡Esto no es asunto tuyo!

—Hannibal era...

Antes de que Erlendur pudiera darse cuenta, el hombre ya había colgado y lo había dejado con la palabra en la boca.

Erlendur estaba más silencioso de lo habitual mientras patrullaba en la furgoneta con Garðar y Marteinn. El turno de noche transcurría tranquilo. Vigilaban el tráfico y habían detenido a un hombre sospechoso de conducir en estado de embriaguez. El detenido, que negaba rotundamente haber bebido, había atropellado a un ciclista, un panadero que iba de camino al trabajo. El ciclista había resultado levemente herido y, según sus declaraciones, el hombre que lo había atropellado apestaba a alcohol y se había metido en la boca un puñado de pastillas de regaliz mientras esperaban la llegada de la policía. El panadero estaba muy afectado, no solo por las heridas sino también porque su bicicleta nueva había quedado reducida a chatarra. Los agentes llevaron al conductor al hospital para que le realizaran un análisis de sangre y dejaron al ciclista en urgencias. El causante del accidente no había dejado de protestar, diciendo que estaban montando un circo por nada. Insistía en que allí había un malentendido, que no había tomado una sola gota de alcohol y que pensaba denunciarlos para asegurarse de que no pudieran volver a poner un pie en comisaría durante mucho tiempo.

Acostumbrado a escuchar ese tipo de amenazas, Erlendur hizo oídos sordos a las protestas del hombre. Aquella noche no podía dejar de pensar en Hannibal y en la conversación que había tenido con su hermano.

—¿Todo bien, Erlendur? —preguntó Marteinn mientras continuaban patrullando por Laugavegur después de haber entregado los informes del incidente y los resultados de los análisis.

—Sí, todo bien —respondió distraído.

—Estás muy callado —reparó Garðar, sentado al volante.

Erlendur no respondió. Marteinn miró a Garðar con cara de interrogación y no le dieron más importancia. Continuaron su camino y, al pasar por la calle Pósthússtræti, vieron a un vagabundo. Erlendur reconoció enseguida a Bergmundur, que sin duda ya se había terminado el alcohol metílico que le había comprado el otro día a cambio de que le hablara de Hannibal. El vagabundo estaba inmóvil, pegado a una pared.

—¿Nos acercamos? —preguntó Marteinn.

—Ya hablo yo con él —dijo Erlendur—. Lo conozco un poco. Podéis dar una vuelta mientras tanto.

Garðar detuvo la furgoneta para dejar bajar a su compañero y siguió por Austurstræti. Erlendur se acercó a Bergmundur y lo saludó. El vagabundo se quedó mirándolo un rato y tardó en reconocerlo, probablemente confundido por el uniforme, la gorra blanca y la porra que colgaba de un lateral. Examinó al agente de arriba abajo hasta que al final reaccionó.

—¿Conque eres... un poli... de mierda? —balbuceó. Se le trababa tanto la lengua al hablar que costaba entenderlo.

—Sí.

—¿Y me... compraste... *koggi*?

—El mismo.

—Manda... cojones. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué debería habértelo dicho? —replicó Erlendur—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy... bien —respondió Bergmundur—. No te... preocupes... por mí.

Se encontraba en un estado deplorable y se mantenía en pie apoyándose contra la pared. Se había hecho unos rasguños en la cara, seguramente como resultado de una caída, y la peste a alcohol era mucho fuerte que en su último encuentro.

—¿No quieres venir conmigo y dormir en Hverfisgata? —sugirió Erlendur—. No puedes quedarte aquí toda la noche.

—No, voy a... voy a ir a ver... a mi querida Þurí. No te... preocupes por mí.

—¿Þurí?

—Sí... una mujer... encantadora. Una amiga... que es...

Bergmundur dijo algo incomprensible.

—¿Y dónde está? —le preguntó Erlendur.

—Allí... arriba... en Atmanssíg... At... Amtsstíg...

Bergmundur necesitó varios intentos para lograr decir correctamente el nombre de la calle. Al levantar la mano de la pared, perdió el equilibrio y Erlendur tuvo que agarrarlo para que pudiera apoyarse de nuevo. Erlendur sabía que la Agencia de Bienestar Social de Reikiavik gestionaba una casa de acogida destinada a mujeres alcohólicas en Amtmannsstígur. Aunque nunca había estado, sabía de su existencia porque le habían hablado de él algunas mujeres con problemas de adicción que habían pasado alguna noche en la comisaría de Hverfisgata.

—¿En la casa de acogida? —preguntó.

—Þurí es una mujer honesta... honesta y buena —susurró Bergmundur con una expresión casi piadosa.

—No lo pongo en duda. ¿Estás seguro de que va a querer verte en

estas condiciones?

—¿Qué condiciones?

Marteinn y Garðar ya estaban de regreso y se dirigían hacia ellos. Erlendur les hizo una señal para que esperaran un momento y la furgoneta avanzó unos pocos metros antes de detenerse.

—Igual deberías dejar tu visita para mañana. ¿Dónde vives?

—¿Dónde qué…?

—Te puedo llevar a casa.

—Quiero… ver… a Þurí…

—Va a ser mejor que la veas otro día.

—… si va con… Hannibal… es que… también… puede ir conmigo.

—¿Hannibal? —preguntó Erlendur.

—Sí.

—¿Qué tiene que ver Hannibal? ¿Þurí y él se conocían?

—Ya… lo… creo…

—¿De qué?

—Yo… yo…

Bergmundur era incapaz de seguir hablando.

—¿Eran amantes?

Sin responder a su pregunta, Bergmundur deslizó la espalda por la pared hasta quedar sentado en la acera, con una pierna doblada bajo el trasero. Erlendur hizo una señal a sus compañeros y estos acercaron la furgoneta dando marcha atrás. Decidieron llevarlo a Hverfisgata para que pudiera pasar allí la noche. El vagabundo ni siquiera protestó mientras lo metían en el vehículo. Erlendur intentó seguir hablando con él, pero Bergmundur había perdido el conocimiento.

16

Por fuera, la casa de acogida de Amtmannsstígur era como cualquier otra vivienda del barrio de Þingholt. Sin embargo, quienes se alojaban en ella eran mujeres alcohólicas que no tenían donde ir. Tenían toda la casa a su disposición, aunque siempre bajo la vigilancia de una encargada que velaba por el cumplimiento de las normas y la realización de las tareas del hogar. Cuando Erlendur hizo su visita, se alojaban ocho mujeres. Allí les daban comida y una cama donde dormir, al abrigo de la calle. Todas eran alcohólicas y carecían de hogar, como los hombres de Farsótt, y algunas llevaban mucho tiempo luchando contra lo que una de ellas llamaba la «bebida del demonio».

Erlendur habría querido seguir preguntándole a Bergmundur sobre aquella tal Þurí que había sido amiga de Hannibal, pero, al llegar a comisaría, el hombre ya se había despertado y se había marchado, así que, en su lugar, decidió aprovechar aquel espléndido día de verano para bajar al centro y visitar la casa de Amtmannsstígur. La encargada le confirmó que conocía a Þurí, aunque le aclaró que su nombre real era Þuríður. También le contó que Þurí había pasado una temporada en la casa y que no había vuelto a beber desde entonces. Por lo visto, se pasaba por allí de vez en cuando para compartir su experiencia con otras mujeres, sobre todo con las más jóvenes. En ese momento, Þurí no estaba, así que la mujer le sugirió que esperara hasta que volviera.

Erlendur prefirió dar un paseo por el centro e intentarlo un poco más tarde. Cuando volvió al cabo de una hora, Þurí todavía no había regresado. Se sentó un rato en un espacioso salón donde tres mujeres de distintas edades jugaban tranquilamente al parchís. Cuando lo vieron entrar, levantaron la vista y le dieron los buenos días sin prestarle mucha atención. Erlendur no pretendía cotillear su conversación, pero, a pesar de que las mujeres hablaban en voz baja, casi como si estuvieran anestesiadas, no pudo evitar escuchar su intercambio de opiniones sobre las peores bebidas que conocían.

—Para conseguir agua de colonia, lo mejor es conocer a un

peluquero —dijo una de ellas.

—Eso es una porquería. La de la marca Portugal es un asco.

—Para mí, lo peor es el extracto de cardamomo —opinó la tercera —. Me dan arcadas.

—Pero lo bueno es que es fácil de pillar en los bares. Y te lo puedes guardar en la entrepierna. Ahí los porteros no te registran.

La mujer miró fugazmente a Erlendur antes de tirar el dado y mover su ficha.

—De todas formas, creo que las ganas de beber se me van pasando —dijo una al cabo de un rato.

La que acababa de hablar era la mayor de las tres, una mujer de más de cincuenta años, de cabello gris y algo regordeta, con la boca grande y facciones toscas. La segunda era bastante más joven, no tendría más de treinta años. De complexión delgada, tenía una larga melena lacia y era ligeramente bizca. La tercera, una mujer de pelo claro y alborotado, rondaría los cuarenta años y había perdido buena parte de su dentadura, por lo que tenía los labios hundidos.

—Tienes que estar realmente decidida a dejarlo —añadió con firmeza mientras movía su ficha—. Si no, no sirve de nada. Nunca conseguirás dejarlo si recaes cada vez que te lo propones.

—El Antabus ayuda —comentó la más joven.

—El Antabus no es más que una muleta.

En ese momento, una mujer apareció en la puerta.

—¿Preguntabas por mí? —le preguntó a Erlendur.

—¿Eres Þurí?

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

Erlendur se puso de pie, se presentó y le preguntó si podían hablar en privado. Las tres mujeres levantaron la mirada del tablero.

—¿Qué querías? —preguntó Þurí.

—Quería hablar contigo sobre un conocido mío que creo que tú también conocías.

—¿No es un poco joven para ti, Þurí? —dijo la mujer de los labios hundidos.

Las mujeres se echaron a reír de repente. A la mayor, que parecía no haberse reído en mucho tiempo, le dio un fuerte ataque de tos, mientras que la desdentada se reía a carcajada limpia, dejando asomar sus encías. Þurí las ignoró y le hizo una señal a Erlendur para que lo siguiera.

—¡Déjanos algo! —dijo con voz ronca la de la boca grande, y la tres volvieron a echarse a reír.

Al salir, se detuvieron un momento delante de la casa. Þurí llevaba unos cigarrillos liados que guardaba en una pequeña caja de hojalata. Se encendió uno e inhaló el humo.

—Son como niñas —dijo con voz ronca—. Me envidian porque

llevo cuatro meses sin beber y ven que he podido salir del agujero.

Þurí era de tez morena y tenía el rostro demacrado, salpicado de pecas y manchas oscuras. Bajita y delgada como un palillo, vestía un jersey andrajoso y unos pantalones vaqueros. Erlendur pensó que rozaría la cincuentena. De apariencia nerviosa, tenía los ojos diminutos y una mirada inquieta e inquisitiva.

—Quería preguntarte por un vagabundo de Reikiavik que se llamaba Hannibal —le dijo Erlendur—. Tengo entendido que lo conocías.

Þurí lo miró sorprendida.

—¡¿Hannibal?!

—Sí.

—¿Qué ocurre con él?

—¿Lo conocías bien?

—Bastante bien —respondió con ciertas reservas—. ¿Por qué preguntas por él? Sabes que está muerto, ¿no?

—Sí, lo sé. También sé cómo murió y me preguntaba si tú sabrías algo más al respecto.

—¿Sobre cómo murió? Que se ahogó.

—¿Te sorprendió la noticia?

—No especialmente —respondió Þurí tras unos segundos de reflexión—. Cada año muere algún vagabundo. Cuando me enteré, simplemente pensé que le había tocado a él. Pero... yo en aquel entonces estaba muy mal, así que no lo recuerdo con claridad.

—¿Sabías que se refugiaba donde las tuberías del agua caliente?

—Sí, lo fui a ver una vez, poco antes de que encontraran su cuerpo en el estanque. Quería que dejara de estar allí y se viniera conmigo. Yo entonces tenía una buena habitación. No me dijo que no, estaba cansado de dormir en aquella cueva. Se pelaba de frío por las noches, aunque se negaba a admitirlo.

—¿Y no se fue contigo?

—No, me dijo que quería pensárselo. Era duro de pelar, el muy condenado. No podía soportar que yo... no podía soportar algunas cosas que hacía. Poco después me enteré de que había muerto.

—¿Qué cosas no soportaba?

—Lo que hacía a cambio de aguardiente y pastillas.

—¿Y qué era...?

—Me vendía, ¿vale? —respondió Þurí irritada—. A veces. Puedes juzgarme como te dé la gana. Me importa un bledo lo que pienses.

—No te juzgo en absoluto —le aclaró Erlendur.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Erais buenos amigos?

—Hannibal y yo hacíamos muchas cosas juntos —dijo Þurí asintiendo—. Pero luego dejé de beber y no quise saber nada de aquel

mundo. Tiene que ser así si quieres que tenga sentido haberlo dejado. Así que durante un tiempo me desentendía de él. Cuando recaía, todo volvió a ser como antes y empezamos a vernos otra vez. Y así fue durante muchos años. Dejaba el alcohol, pero luego volvía a caer.

—¿Vivíais juntos entonces?

—Durante un tiempo compartimos un cuchitril en la calle Skipholt. Un año entero, creo. Íbamos juntos a todas partes. Era un hombre solitario, pero a la vez podía hacerte buena compañía. Hannibal…

Þurí dio una calada a su cigarrillo.

—Era un buen hombre. A veces podía ser un poco brusco y desagradable, pero tenía buen corazón, me entendía y me trataba de igual a igual.

Þurí expulsó el humo antes de continuar.

—Hannibal era un buen amigo y lo que le pasó fue una tragedia.

—¿Sabes de alguien que hubiera querido hacerle daño? ¿Te habló de alguien a quien le tuviera miedo o con quien estuviera enemistado?

—A veces Hannibal se metía en follones. La gente se cabreaba con él, y él con la gente. Se metía en peleas por las cosas más tontas, pero ahora no caigo en nadie que pudiera haber querido deshacerse de él.

—La última vez que hablé con Hannibal lo habían agredido.

—A veces pasaba. En aquel entonces estaba en buena forma y podía enfrentarse a cualquiera. Pero eso fue cambiando y al final cualquiera podía con él.

—¿Se te ocurre alguien a quien le tuviera miedo o…?

—No le tenía miedo a nadie, ni tampoco odiaba a nadie —se apresuró a responder Þurí antes de reflexionar por unos instantes—. En todo caso, puede que a los hermanos.

—¿Los hermanos de la casa de al lado?

—Lo echaron del sótano por su culpa —respondió Þurí—. Dijeron que había sido él quien lo había incendiado, pero habían sido ellos. Querían quitárselo de encima. El dueño no lo creyó y lo echó. Por eso acabó en la carcasa de hormigón de las tuberías.

—¿Los volvió a ver después de aquello?

—Ni idea, pero no hablaba precisamente bien de ellos. Decía que eran unos criminales hechos y derechos.

—¿Sabes a qué se refería con eso?

—No, nunca me explicó nada. Les tenía miedo. Pánico, diría yo. En fin, ¿podríamos dejar ya esta conversación? Tengo cosas que hacer.

—Sí, claro. Gracias por tu ayuda.

—Unos días después de que encontraran su cuerpo, fui al conducto para recoger sus cosas —añadió Þurí antes de entrar en la casa—. Pero la policía, o quien fuera, se había llevado sus cosas para hacérselas llegar a sus familiares. Digo yo. Espero que no le hubieran robado.

—No creo.

—Tampoco es que tuviera nada de valor —dijo Þurí deteniéndose en la puerta—. No es que guardara muchas cosas, pero sí tenía una pequeña maleta llena de libros y trastos que encontraba por ahí. Cuando fui, no la encontré.

—Supongo que se la enviarían a su familia.

—Quería guardarme algún recuerdo suyo. Algo que... Pero, bueno, da igual, se lo habían llevado todo. Lo único que encontré fue un pendiente.

—¡¿Un pendiente?!

—Sí, debajo de una de las tuberías.

—¿Encontraste un pendiente?

—Sí.

—¿Qué tipo de...? ¿Cómo era?

—Parecía bastante nuevo —respondió Þurí—. Un pendiente grande y bonito. De oro. Digo yo que Hannibal se lo encontraría por ahí y luego lo perdió dentro de su guarida.

17

Aquel fin de semana, los turnos de noche no le dieron a Erlendur ni un segundo de descanso. Estaban a mediados de julio y las calles bullían de gente que iba de un lado para otro, disfrutando de las noches claras y soleadas del verano. Los bares estaban atestados y, cuando cerraban, los clientes se negaban a volver a casa e invadían las calles del centro. Unos continuaban la fiesta sentados en la plaza Austurvöllur, o en el parque del quiosco de la música, y hacían correr alguna que otra botella. Otros se enzarzaban en riñas o peleas, casi siempre por motivos pasionales. Tampoco faltaban los típicos camorreros que recorrían las calles borrachos en busca de bronca. La policía terminaba atrapándolos y llevándolos a comisaría para que pasaran la noche en el calabozo. A veces hacían falta tres agentes para reducirlos. Por otro lado, en aquella época los robos en las casas se multiplicaban. Los ladrones aprovechaban que la gente salía de viaje para saquear los domicilios vacíos, aunque a veces los vecinos estaban en alerta y llamaban a la policía para denunciar los robos.

Erlendur intervino en dos avisos de ese tipo ese fin de semana. El primero ocurrió el viernes por la noche, en el nuevo barrio de Fossvogur. Un vecino había visto entrar a gente sospechosa por la parte trasera de una vivienda unifamiliar. Erlendur iba al volante y dejó que la furgoneta bajara la cuesta en punto muerto para no hacer ruido. Aparcó delante de la casa y los agentes bajaron del vehículo procurando no dar portazos. Marteinn se dirigió a la entrada, mientras que Erlendur y Garðar corrieron hasta al jardín trasero. La puerta estaba entreabierta y tenía el cristal roto. Se acercaron sigilosamente, pero no detectaron ningún movimiento en el interior de la casa. Al entrar en la vivienda y llegar al salón, vieron a una mujer de mediana edad dormida en el sofá con una botella de coñac en la mano. En ese momento, se oyó un estruendo en el pasillo. Garðar se quedó con la mujer y Erlendur se acercó al dormitorio principal. Cuando se asomó por la puerta, vio a un hombre inclinado sobre una elegante cómoda

mientras vaciaba el contenido de un joyero en la palma de la mano y se guardaba el botín en el bolsillo del pantalón. Erlendur lo observó un rato antes de preguntarle en voz alta y con firmeza: —¡¿Qué demonios estás haciendo?!

Asustado, el ladrón pegó un brinco y dejó escapar un agudo chillido. En cuanto se recuperó, se dio la vuelta y, antes de que Erlendur pudiera reaccionar, se lanzó sobre él. Erlendur perdió el equilibrio y trató de agarrarlo, pero se le escapó. El ladrón salió corriendo por el pasillo y, al ver a Garðar junto a su amiga, que todavía dormía como un tronco, se desvió hacia la puerta principal y, al salir, se dio de bruces con Marteinn, que lo redujo y lo tiró al suelo. Erlendur acudió en su ayuda, lo esposaron y lo metieron en la furgoneta. Los agentes no lo conocían, y el hombre se negó a abrir la boca cuando le preguntaron cómo se llamaba.

Tampoco conocían a su cómplice, que seguía durmiendo a pierna suelta con la botella de coñac en la mano. Tenía que ir muy borracha o estar muy cansada para haberse quedado dormida en pleno robo y no despertarse durante la persecución de su amigo. Los agentes la miraron y se preguntaron qué hacer en voz baja. A Garðar le daba pena despertarla, pero no quedaba más remedio, así que le dio unos toques en la rodilla y le ordenó que se despertara. Tras varios intentos, la mujer logró reaccionar y, cuando finalmente abrió los ojos, miró somnolienta a los tres agentes que tenía delante.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Nosotros? —dijo Marteinn—. Creo que eres tú la que tiene que dar explicaciones.

—No, quiero decir…

—Vas a tener que acompañarnos —dijo Garðar.

—Yo… no… pero qué dices… ¿dónde está Dúddi? —dijo la mujer poniéndose de pie.

Los agentes se miraron el uno al otro.

—¿Dúddi? —repitió Marteinn, conteniéndose la risa.

—¿Qué…? ¿Dónde está?

—Dúddi te está esperando en nuestro coche —le informó Garðar—. ¿No quieres ir con él? —añadió tendiéndole la mano.

Todavía no sabían si estaba borracha o simplemente dormida. La mujer miró con suspicacia a aquellos tres hombres de negro antes de aceptar la mano de Garðar, quien la ayudó a caminar mientras se tambaleaba de camino a la puerta. Todavía sostenía la botella de coñac y le dio un buen trago antes de ofrecérsela a Garðar.

—¿Quieres un poco? —le preguntó.

—Guárdatela —respondió Garðar—. Puedes compartirla con Dúddi.

Erlendur evitaba mirar a Marteinn, que seguía conteniéndose la

risa. En cuanto metieron a la mujer en el coche, Dúddi le echó una bronca monumental. Su tarea era tan sencilla como hacer guardia y avisarle en caso de que viniera alguien, pero le había fallado.

—¡Borracha de mierda! —exclamó Dúddi, montado en cólera.

—¡Cierra la boca! —le espetó la mujer agachando la cabeza, como si no fuera la primera vez que Dúddi se ponía así con ella.

18

Erlendur se armó de valor y entre dos turnos de noche volvió a visitar a los hermanos Ellert y Vignir para hacerles más preguntas sobre el incendio del sótano. Según Hannibal, eran verdaderos criminales, y Erlendur sentía cada vez más curiosidad por aquel caso a medida que iba descubriendo más información.

Por el camino pensó en el pendiente de oro que Þurí había encontrado en la guarida de Hannibal. Le había dicho que podía verlo cuando quisiera. ¿Cómo habría ido a parar aquel pendiente al conducto del agua caliente? Lo más probable es que no fuera de Rebekka. Erlendur no se había fijado en que llevara pendientes, y ella tampoco había mencionado que hubiera estado alguna vez en el conducto, ni antes ni después de la muerte de su hermano. Tampoco podía ser de ninguna agente de policía. Las mujeres llevaban tiempo formando parte del cuerpo, pero solo habían empezado a salir de comisaría ese verano, por lo que era imposible que alguna hubiera estado en el conducto el año anterior.

Puede que Hannibal se lo hubiera encontrado en sus andanzas por la ciudad, como pensaba Þurí. Tenía buen ojo para hallar objetos de valor tirados por la calle, igual que ella, que había localizado la joya debajo de una de las tuberías.

Erlendur había estado dándole vueltas a la pregunta que le había hecho a Þurí al despedirse frente a la casa de acogida: «¿Cómo pierde una mujer un pendiente?». Fue el único momento en que ella le había sonreído. Le había respondido que no hacía falta mucho. El pendiente se cerraba mediante un clip, por lo que no era necesario que el lóbulo estuviera perforado. Los pendientes de ese tipo se soltaban con facilidad y las mujeres los perdían constantemente.

—Entonces, ¿no hace falta que haya un forcejeo? —le había preguntado Erlendur.

—No necesariamente —había respondido Þurí—. Es más fácil que se suelten durante una pelea, claro, pero también puede que

simplemente se caigan de las orejas. Pasa cada dos por tres.

—¿Ves posible que la dueña del pendiente hubiera tenido una pelea con Hannibal?

—Me extrañaría. Hannibal no era ese tipo de hombre. Lo conocí durante muchos años. Nunca le hubiera puesto las manos encima a una mujer.

Erlendur bordeó el antiguo cementerio por la calle Suðurgata. Le gustaba seguir ese camino cuando paseaba por la tarde porque allí vivía uno de sus más admirados escritores. Lo había visto en un par de ocasiones paseando por el lago del centro, pero nunca se había atrevido a importunarlo. El autor había escrito muchos años atrás una novela sobre un joven que se había mudado a Reikiavik durante la guerra para hacerse periodista. Era el libro más divertido que Erlendur había leído nunca. Cada vez que caminaba por Suðurgata, levantaba la vista hacia la ventana del escritor y lo saludaba en silencio. Había un segundo autor que también le venía a la mente cuando pasaba por allí, aunque se trataba de un escritor ya fallecido, cuyo cuerpo yacía al otro lado del muro negro del cementerio. Erlendur solía asomar la cabeza por encima de aquella pared que separaba a los vivos de los muertos para mandar un saludo a Benedikt Gröndal. «Hedor y mal sabor», susurró, citando al poeta, mientras se santiguaba. Más tarde comenzó a escuchar los gritos procedentes del campo de fútbol de Melavöllur. Se metió por la avenida Hringbraut y bordeó la interminable valla de chapa ondulada pintada de amarillo que rodeaba el recinto. Erlendur apenas tenía interés por los eventos deportivos y ni siquiera sabía qué equipos jugaban. A los veinte años había practicado boxeo. Lo había introducido en la disciplina un compañero de trabajo de la época en que se dedicaba a la construcción. Practicó con él durante dos años, más que nada por curiosidad. Cuando el dueño del gimnasio le prestó unos guantes y vio que Erlendur era de complexión robusta y brazos fuertes, le dijo que tenía madera de boxeador. Sin embargo, era una pena que, como el resto de usuarios de la sala, no pudiera aprovecharlo porque, en aquellos años, el boxeo estaba prohibido en Islandia y se entrenaba de forma clandestina. Desde entonces, Erlendur no mostró mayor interés por ningún otro deporte.

Poco a poco se había ido haciendo a aquella ciudad a la que se había mudado a los doce años. Había aprendido sobre sus edificios, sus calles y sus habitantes, tanto vivos como muertos. Se había instalado con sus padres en una pequeña casa de los suburbios que los soldados británicos habían empleado como casa de baños durante la ocupación militar. Tras fallecer su padre, se mudó con su madre a un semisótano en el barrio oeste, no muy lejos del puerto. Desde allí caminaba a menudo hasta el cementerio y allí pasaba largas horas,

explorando cada rincón y leyendo cada epitafio. Los muertos no le daban ningún miedo, ni tampoco el recinto, a pesar de que en invierno se convertía en un lugar sombrío, con sus árboles retorcidos que alzaban sus ramas hacia el cielo nocturno. Más bien le ocurría lo contrario: encontraba paz y serenidad caminando entre almas durmientes.

Erlendur continuó su camino y miró hacia el nuevo edificio del Instituto Árni Magnússon, donde se conservaban los manuscritos medievales islandeses. Una vez había entrado para ver su tesoro más preciado, el *Codex Regius*, el códice que contenía la *Edda mayor*, y recordaba lo mucho que le había sorprendido ver que aquel libro de pergamino de incalculable valor cultural fuera tan pequeño, estuviera tan desgastado y tuviera un aspecto tan sucio y deslucido.

Los hermanos lo recibieron con frialdad. Lo invitaron a entrar, pero esta vez no le dejaron pasar de la entrada. Erlendur tampoco quería quedarse mucho tiempo, así que fue directo al grano y les preguntó por el incendio, recordándoles lo que ya les había dicho la última vez, que ciertos rumores apuntaban a que habían sido ellos quienes lo habían provocado para deshacerse de Hannibal.

—¿Pero se puede saber de qué rumores hablas? —dijo Vignir—. ¿No serás tú el que se está inventando esas idioteces?

—Hannibal estaba convencido —replicó Erlendur con firmeza—. Es lo que le contó a sus amigos.

—Nosotros no fuimos —sentenció Ellert mirando a su hermano—. ¿Conque eso iba diciendo por ahí, el muy cretino?

—¿Queríais deshaceros de él?

Los hermanos intercambiaron una mirada. La programación no había comenzado y el televisor guardaba silencio, apagado en el salón.

—No tenemos nada que ver con esa historia —continuó Vignir—. Fue el vagabundo quien provocó el incendio. Nosotros lo apagamos. Y encima nadie nos lo agradeció.

—Le daba miedo incendiar el sótano —reparó Erlendur—. No se atrevía ni a encender una vela. Sin embargo, encontrasteis una en la zona donde se inició el incendio. Dudo mucho que fuera suya.

—Pues no era nuestra —dijo Vignir—. ¿Le has preguntado a Frímann si no fue él mismo quien le prendió fuego a la casa?

—¿A Frímann? —repitió Erlendur.

—Puede que tuviera alguna razón para hacerlo.

—¿Qué razón podría tener?

—Estafar a la aseguradora.

—¿Cómo dices?

—¿No está siempre tratando de sacar pasta con su miserable casa?

—¿Crees que Frímann...?

—Yo no tengo ni idea. Pregúntale a él. Nosotros no encendimos el

fuego. ¡Lo apagamos!

—Si nosotros no fuimos y el vagabundo tampoco —continuó el hermano—, puede que Frímann sea el hombre que estás buscando.

—¿Tuvisteis algún contacto con Hannibal después de que lo echaran?

—No —dijo Ellert.

—Ninguno —insistió Vignir.

—¿Os acordáis de cuando murió?

—Solo vimos su nombre en la prensa —dijo Ellert—. Supongo que iba borracho, como siempre.

—¿Estabais en Reikiavik cuando ocurrió?

—¡¿A ti qué cojones te importa?!

—¿Sabíais dónde vivía?

—No.

—¿De verdad crees que le hicimos algo? —dijo Vignir—. ¿Por qué nos preguntas tantas tonterías?

—¿Le hicisteis algo? —preguntó Erlendur sin miramientos—. ¿Sabía cosas de vosotros?

—¿Qué quieres decir? ¿Insinúas que lo matamos nosotros?

—¿Cosas de nosotros? —dijo Ellert—. ¿De dónde te has sacado eso?

Los hermanos se miraron.

—¿Vendíais ilegalmente *brennivín*, licores caseros o alcohol de contrabando?

Erlendur les clavó la mirada mientras esperaba a que respondieran. Su reacción no se hizo esperar.

—¿Pero qué gilipollez es esa? —espetó Vignir.

—Lárgate ya, tío. Y no queremos volver a ver tu cara por aquí —dijo Ellert empujándolo hacia la puerta antes de cerrarla de un portazo.

19

Erlendur había tenido turno la noche anterior y todavía dormía cuando sonó el teléfono poco antes del mediodía. Salió de la cama con los ojos pegados de sueño y reconoció al instante la voz de mujer que lo saludó al otro lado de la línea.

—Hola, soy Halldóra.

—Hola.

—¿Te he despertado?

—No, tranquila.

—Te oigo muy lejos.

—¿Mejor así? —dijo Erlendur alzando la voz—. He tenido turno este fin de semana.

—Siempre trabajando.

—Sí, me han tocado muchos turnos de noche seguidos.

—¿Anoche también?

—Sí.

—¿Y pasó algo interesante?

—Lo de siempre —dijo Erlendur, terminándose de despertar—. Nada especial.

—Yo no podría con esos turnos. ¿No te trastocan el sueño?

—Te dejan un poco cansado —admitió Erlendur—. Pero, aparte de eso, los llevo bien.

Halldóra hizo un breve silencio.

—Apenas me llamas.

—Lo sé, ando muy liado estos días.

—Siempre soy yo la que llama. Me da la sensación… Me da la sensación de que te estoy estorbando.

—No digas tonterías.

—¿Prefieres que lo dejemos?

—¿Dejarlo? Para nada —respondió Erlendur—. No me estorbas en absoluto. Es solo que… he tenido mucho trabajo.

Se quedaron en silencio, como si ninguno de los dos supiera qué

decir. El silencio se prolongó tanto que Erlendur pensó que Halldóra ya no estaba al teléfono.

—¿Hola?

—Me preguntaba si te apetecería quedar y hacer algo —propuso Halldóra—. Estoy libre por la tarde.

—Vale, claro —dijo Erlendur mientras se rascaba la cabeza.

—¿Quieres ir al cine o…?

—¿Qué te parece si damos una vuelta por el centro? —sugirió Erlendur—. ¿O prefieres un café?

—Hace buen tiempo. Podríamos comprarnos un helado y dar un paseo. Y luego, ya veremos.

—Vale, perfecto.

Acordaron verse sobre las cuatro y se despidieron. Erlendur se duchó, se tomó un café y comió algo. Halldóra tenía razón. Apenas la llamaba y casi siempre era ella la que proponía quedar para hacer cosas juntos e ir consolidando la relación. Se veían poco y sabía que, más tarde o más temprano, ella le preguntaría en qué punto estaban. Le gustaban muchas cosas de ella: la forma en que le sonreía cuando le expresaba sus sentimientos; el entusiasmo con que le contaba las cosas que hacía; su delicadeza cuando hacían el amor; el interés genuino que mostraba por él y que nadie más le mostraba. Erlendur sentía que su vida estaba estancada y que quizás había llegado el momento de cambiar, de hacer algo nuevo, de romper con lo cotidiano y la rutina. Tal vez Halldóra podía ayudarlo a conseguirlo.

De pronto recordó que tenía pensado hablar con Rebekka desde que Þurí le había mencionado el pendiente que había encontrado en la guarida de Hannibal. Rebekka le había dado su número de teléfono diciéndole que la podía llamar cuando quisiera. Habían quedado en volver a verse, pero todavía no lo habían hecho.

Rebekka respondió al tercer tono y, tras intercambiar unas palabras de cortesía, Erlendur fue directo al grano.

—¿Fuiste alguna vez al agujero donde se refugiaba Hannibal?

—¿Quieres decir mientras estaba vivo?

—O después de su muerte. Cuando fuera.

—No, nunca —respondió Rebekka.

—¿Dejó allí algún efecto personal? ¿Te hizo llegar algo la policía?

—Prácticamente nada, algo de ropa sucia, unos libros y una maleta vieja. Lo tenían todo guardado en comisaría, por si alguien lo robaba. Como si alguien hubiera podido tener algún interés en robar eso. ¿Por qué me lo preguntas?

—He hablado con una amiga de Hannibal, una mujer alcohólica que entró allí después de la muerte de tu hermano y encontró un pendiente de oro.

—¿Eh?

—Pensé que a lo mejor sabías algo. Yo no lo tengo, lo guarda ella, pero parece ser que es bueno y caro…

—¿Y pensabas que era mío?

—Me pareció procedente preguntártelo.

—Yo nunca estuve allí —dijo Rebekka.

—¿Sabes de quién podría ser?

—Ni idea. No sé de ninguna mujer que hubiera ido a ver a Hannibal a aquel miserable lugar. Ni tampoco conozco a ninguna con quien hubiera tenido una relación en los últimos años, si es eso a lo que te refieres. Así que me temo que no te voy a poder ayudar. El pendiente no es mío, eso es todo lo que puedo decir.

—Tal vez no tenga ninguna relevancia —señaló Erlendur—. El pendiente pudo acabar allí de mil maneras y puede que no tenga nada que ver con Hannibal. Solo quería preguntarte.

—Me pregunto si…

—¿Qué?

—No, nada… No entiendo mucho de complementos, pero algunas mujeres se engalanan tanto que se escucha el tintineo de sus joyas mientras caminan. Ahora bien, no sé qué haría una mujer así viendo a Hannibal.

—Eso digo yo —convino Erlendur—. Te avisaré si me hago con el pendiente.

—Sí, por favor. Me gustaría verlo.

Acordaron verse esa misma semana y, después de colgar, Erlendur acudió a su cita con Halldóra. Por el camino siguió reflexionando sobre el pendiente. Se preguntaba cómo podría haber acabado en la guarida de Hannibal, pero no llegó a ninguna conclusión.

No le daba menos vueltas a su conversación con Rebekka. Algo de lo que le había dicho lo inquietaba, pero no sabía exactamente qué. Sumido en sus pensamientos, Erlendur bajaba por Laugavegur a toda velocidad sin prestar especial atención a los escaparates. Sin embargo, al pasar por delante de una enorme joyería, la miró de reojo y se paró en seco para observar las joyas. Tras el cristal brillaban lujosos relojes, anillos de plata y de oro, algunos decorados con diamantes, collares, pulseras y pendientes, todos expuestos en elegantes cajas identificadas con la marca del fabricante.

Erlendur se concedió un momento para examinar las joyas y por fin entendió lo que le inquietaba después de su conversación con Rebekka. Se dio cuenta al posar la mirada en unos hermosos pendientes de oro.

… se escucha el tintineo de sus joyas mientras caminan…

—Una mujer coqueta —susurró al escaparate—. ¿Puede que…?

Seguía con la mirada clavada en los pendientes.

—¿Puede que…?

Había tenido que estar delante de aquel reluciente escaparate para recordar el comentario que había leído en los informes policiales sobre la desaparición de la mujer que había salido de fiesta por el Þórskaffi. Se decía que le gustaba llevar todo tipo de joyas: anillos, pulseras, collares y pendientes.

Sin apartar la mirada de los pendientes de oro, se preguntaba qué relación podía guardar Hannibal con su desaparición, si es que guardaba alguna.

20

Recibieron el aviso de una violenta colisión que se había producido en la calle Skúlagata y llegaron antes que las ambulancias. Eran las cuatro de la madrugada de un lunes y, a pesar del poco tráfico, era ya el tercer accidente que se producía en lo que llevaban de turno. También era el más grave. El cielo estaba gris y llovía a cántaros. Al conductor de un *jeep* se le había caído una colilla en el asiento y, al querer tirarla al suelo del vehículo, había perdido el control del volante, había invadido el carril contrario y había chocado frontalmente contra un turismo conducido por una mujer que iba acompañada de su hija. Ambas habían quedado atrapadas en el vehículo y estaban gravemente heridas. La joven aullaba de dolor desde el asiento del pasajero. La madre estaba inconsciente. El conductor del *jeep* tenía la cara cortada y daba vueltas por el lugar del accidente en estado de *shock*, aterrado ante lo ocurrido. Erlendur lo llevó a la furgoneta para tratar de calmarlo.

—No he visto nada —confesó el conductor—. De verdad que no he visto nada. ¿Están bien? Van a salir vivas, ¿verdad?

—Están viniendo las ambulancias —le informó Erlendur.

—He intentado esquivar su coche, pero era demasiado tarde y las he embestido de pleno —explicó el hombre—. He tratado de abrir la puerta, pero estaba atascada. Se han quedado atrapadas. Tenéis que sacarlas de ahí.

El hombre no parecía ir ebrio, aunque Erlendur supuso que en el hospital analizarían su nivel de alcohol en sangre.

Marteinn y Garðar lograron abrir la puerta trasera del turismo. Marteinn se coló dentro para atender a la joven, pero no consiguió sacarla del asiento. Tenía el rostro y las manos ensangrentadas, y las piernas atascadas bajo el salpicadero. Le dio la impresión de que se encontraba en muy mal estado y de que había perdido mucha sangre. La madre comenzó a recobrar la consciencia. Había roto el volante de un cabezazo y luego había perdido el conocimiento al golpear también

el parabrisas. Tenía la cara cubierta de sangre. Marteinn no se atrevía a moverla. El agente les explicó que enseguida llegaría un equipo de hombres para romper las puertas, arrancar el salpicadero y hacer todo lo que hiciera falta para sacarlas de la forma más rápida y segura y trasladarlas al hospital.

La mujer se estiró hacia su hija y le cogió la mano.

—Todo va a ir bien —le dijo con dulzura—. Todo va a salir bien. Enseguida van a venir a sacarnos de aquí y entonces todo irá bien.

La joven le apretó la mano.

Escucharon las sirenas de las ambulancias y sin tardar llegó un equipo de bomberos con herramientas para cortar la chatarra y sacar a las mujeres. Marteinn y Garðar comenzaron a confeccionar un croquis del accidente midiendo distancias y huellas de neumáticos. Garðar sacó un pequeño odómetro y anotó los datos en una libreta. Mientras Erlendur desviaba el poco tráfico que circulaba por Skúlagata, vio cómo liberaban a las mujeres del coche y las metían en una ambulancia que salió disparada entre luces de emergencia y aullidos de sirena. El conductor del *jeep* se marchó en la segunda ambulancia. Finalmente, llamaron a unas grúas para remolcar los coches siniestrados y el lugar de los hechos quedó como si no hubiera pasado nada. Los agentes barrieron los cristales rotos, se subieron a la furgoneta y continuaron su camino.

Más tarde detuvieron a dos hombres sospechosos de conducir ebrios, lo que supuso nuevas tomas de muestras y la elaboración de los pertinentes informes. Erlendur entendía la importancia de aquellos trámites, pero le exasperaba tener que hacerlos, consumían demasiado tiempo. Todo debía quedar bien registrado, había que anotar nombres, describir lo sucedido, rellenar uno a uno todos los formularios y clasificarlos. No podían cometer errores. La precisión era fundamental.

Garðar y Marteinn se pusieron a hablar de la posibilidad de cogerse unos días de vacaciones en verano, una idea que a Erlendur ni siquiera se le había ocurrido.

—De todos modos, no creo que podamos cogernos ningún día de fiesta hasta después de la celebración del aniversario en Þingvellir —reparó Garðar.

—Ya. Supongo que nos enviarán a todos, ¿no? —dijo Marteinn.

Islandia se disponía a celebrar a finales de julio el 1100 aniversario de su colonización. Los preparativos estaban en plena marcha y la policía se había reunido para organizar guardias, turnos y horarios de trabajo. Se esperaba una gran multitud en el parque nacional de Þingvellir y el cuerpo debía velar por el buen desarrollo del evento.

—Me parece increíble —dijo Garðar.

—¿El qué?

—Que hayamos querido vivir en esta isla durante más de mil años.

Un poco después recibieron un nuevo aviso de comisaría en relación con unos ruidos procedentes de un sótano situado en el centro de la ciudad. Sin embargo, cuando llegaron al lugar indicado, todo estaba en silencio. Lo primero que hizo Erlendur al bajar de la furgoneta fue verificar la dirección. En ese momento, el vecino que había dado el aviso salió de una de las casas. Se había vestido a toda prisa, poniéndose la ropa por encima del pijama.

—Estaban armando jaleo hasta hace nada —les informó mientras se acercaba a ellos—. Se han dejado de oír los ruidos justo antes de que llegarais.

—¿Quiénes son? —le preguntó Erlendur.

—Tres drogadictos que campan a sus anchas en ese sótano y están siempre montando follón. Ponen la música a todo trapo y se pasan la noche dando gritos. Encima los vienen a ver sus amigos moteros haciendo un ruido insoportable. Vienen a todas horas, pero sobre todo por la noche. Te pegan un susto de muerte. Los niños se despiertan. Hemos hablado ya un montón de veces con esos chicos. También nos hemos quejado al propietario, pero pasa de todo.

—¿Cómo sabes que son drogadictos? —le preguntó Marteinn.

—Eso es un antro de droga —aseguró el vecino—. Ahí se mete gentuza de todo tipo. Venden droga seguro. Uno me amenazó hoy mismo con darme una paliza. Lo vi aquí afuera fumando y cometí la osadía de pedirle que no tirara las colillas al suelo. Casi me salta al cuello. Me mandó a la mierda. ¡Mira cómo está todo de colillas!

—Me temo que no vamos a poder hacer mucho por…

Antes de que Marteinn pudiera terminar su frase se escuchó de repente una música atronadora procedente del sótano. Sonaba un rock salvaje a todo volumen.

—¡Ahí lo tenéis! Así toda la noche —protestó el vecino—. ¿Creéis que se puede vivir así?

—¿Viven más personas dentro, aparte de esos dos chicos?

—La verdad es que no lo sé —respondió el hombre—. Hay un continuo desfile de gente, así que no te sabría decir.

Se acercaron al sótano y llamaron a la puerta. Al ver que nadie respondía, volvieron a llamar con mayor insistencia y, como seguían sin aparecer, decidieron entrar. Erlendur abrió la puerta y se adentró en el pasillo, iluminado por una bombilla desnuda que colgaba del techo. A lo lejos se veía un radiante equipo de música sobre una mesilla. Garðar y Marteinn siguieron a su compañero hasta el salón, donde había dos jóvenes medio hundidos en un sofá pasándose una pipa. Una nube de humo azulado flotaba en el apartamento. Mostrando una actitud de lo más relajada, los jóvenes ni se inmutaron ante la repentina aparición de tres agentes de policía.

Garðar se acercó al equipo de música y levantó la aguja del vinilo.

En el salón se hizo un profundo silencio que se prolongó hasta que uno de los chicos se dio cuenta de que algo no iba bien. La música había dejado de sonar.

—¡Eh, tronco, qué haces! —gritó—. ¡No quites la música!

—Los vecinos se están quejando del ruido —dijo Garðar—. Tenemos que pediros que dejéis de poner música a este volumen. La gente no puede dormir.

—¿Qué vacilada es esta? —dijo el otro. Ninguno parecía tener la más mínima intención de levantarse. Tenían la mirada perdida y no entendían lo que estaba pasando.

Frente a ellos, sobre una mesilla, había tres pasteles marrones del tamaño de un monedero, uno de ellos empezado, junto a tres bolsitas que contenían un polvo blanco. Alrededor de los pasteles había también tres pipas, unas cajas de cerillas, unos mecheros, unas botellas de alcohol, unos paquetes de tabaco y unos frascos de medicamentos.

El vecino no iba mal encaminado al llamar aquel lugar «antro de droga» y Erlendur no pudo evitar pensar que los dos chicos tenían que ser verdaderamente estúpidos para llamar la atención de esa manera, haciendo ruido en plena noche. Puede que estuvieran celebrando la llegada de una nueva remesa de mercancía ilegal que pensaban vender para sacar beneficio. Primero habían querido probarla para asegurarse de que no estaba adulterada, pero podrían haberlo hecho con algo más de discreción.

Mientras Marteinn volvía a la furgoneta para pedir refuerzos y Garðar vigilaba a los jóvenes, Erlendur recorrió el apartamento y, al fondo del salón, encontró una habitación con una cama enorme. El suelo estaba inundado de ropa y trastos, por lo que era imposible caminar sin pisar nada. En la penumbra distinguió un bulto bajo un edredón sucio y pensó que lo más prudente era comprobar qué era. Supuso que se trataba del tercer ocupante del sótano.

Se acercó a la cama y, al retirar el edredón, vio a una joven profundamente dormida. Estaba completamente vestida y Erlendur no tardó en darse cuenta de que sus prendas coincidían con la descripción de la ropa que llevaba puesta la chica que se había escapado de casa hacía poco: unos vaqueros, un blusón rosa y unas zapatillas deportivas. «La chaqueta militar no debe de andar muy lejos», pensó Erlendur. Según la policía, la chica venía de buena familia. Los padres, divorciados, habían declarado que su hija había comenzado a consumir alcohol y drogas sin que ellos se hubieran enterado. Apenas los llamaba para darles señales de vida o informarles de dónde estaba. Sin embargo, la chica no tenía reparos en echarles la culpa de su situación.

Erlendur le dio unos leves toques en la espalda y, al cabo de un

momento, la joven se despertó y se giró. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad.

—¿Qué…? ¿Quién eres?

—Me llamo Erlendur.

—Erlendur… ¿Qué…?

—¿Estás bien?

—¿Eres… eres policía?

—Tu madre está preocupada por ti —dijo Erlendur.

En ese momento escuchó que los dos jóvenes del salón, tras haber entendido por fin lo que estaba sucediendo, estaban agrediendo a Garðar.

Aquella mañana gris, la primera noticia que dieron por la radio informaba sobre el accidente de Skúlagata. Con una voz grave desprovista de emotividad, como si fuera la enésima vez que anunciaba una noticia similar, el locutor explicaba que un *jeep* había invadido el carril contrario y había chocado frontalmente contra un coche que venía en la dirección opuesta. Como resultado del siniestro, una de las pasajeras, una joven de diecinueve años, había fallecido mientras era trasladada al hospital. Todavía no podía desvelarse su identidad.

Un poco más adelante, el locutor anunció que habían encontrado a la chica desaparecida.

21

Erlendur durmió hasta bien entrada la tarde. Cuando se despertó, se pasó por Skúlakaffi y comió algo sin dejar de pensar en Þurí, a quien estaba impaciente por ver para poder examinar el pendiente que había encontrado en el escondite de Hannibal. La buscó con la mirada por las calles del centro mientras iba de camino a su cita con Rebekka. Habían quedado frente al consultorio médico de Lækjargata. Hacía un día espléndido y no soplaba ni una brizna de aire. Un sol radiante brillaba en lo alto del cielo y la gente disfrutaba del buen tiempo mientras paseaba por las calles y las plazas en ropa veraniega. Erlendur miró hacia las casas viejas de la calle Bakarabrekka. Estaban en un estado deplorable y existía un acalorado debate sobre si había que derrumbarlas para construir nuevos edificios o si debían restaurarse y preservarlas como monumentos históricos.

—Ya has llegado —dijo una voz a sus espaldas. Era Rebekka.

—Sí, hola.

—Hace tan buen tiempo que he pensado que podríamos dar una vuelta por el lago. Llevo todo el día metida entre cuatro paredes.

Caminaron por Lækjargata y, al llegar a la esquina del teatro Iðnó, vieron a un grupo de niños con sus padres dándoles de comer a los patos. Los pájaros graznaban, chapoteaban y picoteaban las migas de pan mientras los niños trataban de lanzarlas con más fuerza para que llegaran a los que estaban atrás del todo.

Bordearon el lago con el sol de frente en dirección al qui0sco de la música. Por encima del islote central, los charranes libraban una batalla perdida contra las gaviotas.

—Cada año hay menos charranes por aquí —comentó Rebekka—. Las gaviotas son muy agresivas.

—Hay muchos en Seltjarnarnes. Más les valdría refugiarse allí en lugar de venir al lago.

—¿Has averiguado algo sobre Hannibal? —preguntó Rebekka tras un breve silencio.

—No mucho —admitió Erlendur—. ¿Sabías lo del incendio?

—¿Qué incendio?

—Poco antes de que tu hermano muriera se produjo un incendio en el sótano donde se alojaba. El dueño lo echó porque pensaba que lo había causado él.

—¿Y fue así?

—Me parece poco probable —respondió Erlendur—. Hannibal me confesó que le daba miedo poder incendiar el sótano sin querer. Hace poco también me enteré de que los dos hombres que vivían en la casa de al lado querían que se marchara. ¿Por casualidad sabes algo de esa historia?

—No, como te digo, no supe nada de Hannibal durante años. Me enteré por la policía de que pasó sus últimos días metido en la carcasa de hormigón de las tuberías del agua caliente.

—Es donde se refugió después de que lo echaran del sótano.

—Hace unos tres años me acerqué al refugio Farsótt para ver si estaba. Los encargados me dijeron que se pasaba por allí de vez en cuando, pero que casi siempre iba borracho, así que no podían hacer mucho por él.

—¿Lo fuiste a buscar por algo en especial?

—No, por nada. A veces intentaba saber algo de él, a pesar de que ya había renunciado a ayudarlo. Solo quería saber cómo estaba, pero los del refugio ni siquiera sabían dónde vivía.

Cuando llegaron al quiosco de la música, Rebekka se sentó en un banco y Erlendur la imitó.

—Me da un poco de vergüenza decirlo, pero la verdad es que no me sorprendí mucho cuando me enteré de que Hannibal había fallecido. Es cierto que las circunstancias de su muerte fueron inusuales, pero yo sabía que acabaría muriendo en cualquier parte, sin hogar y sin dinero. Cuando me llamó la policía, tuve la corazonada de que era para comunicarme su fallecimiento. De alguna manera, sabía que recibiría esa llamada más tarde o más temprano.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Un día me lo encontré en la plaza Austurvöllur —explicó Rebekka—. Por pura casualidad. Iba con otros en su misma situación. Me pareció que se encontraba bien y que no estaba bajo los efectos del alcohol, las drogas o lo que fuera que tomara.

—¿De qué hablasteis?

—De nada —respondió Rebekka—. No teníamos nada que contarnos. De algún modo, nuestra relación había terminado. Se había consumido. Agotado. No éramos más que dos extraños tratando de ser educados el uno con el otro, y ambos nos sentimos igual de aliviados cuando acabó la conversación. Hannibal sabía dónde estaba mi casa. Le dije que podía ponerse en contacto conmigo cuando quisiera y...

Rebekka se quedó unos instantes con la mirada perdida en el lago.

—¿Qué?

—Sentí… Cuando pensé más tarde en aquel encuentro, sentí que me había dado pena. Mi hermano no soportaba la mínima muestra de lástima o compasión. Pero cuando lo vi allí… parecía cambiado. Me dio la sensación de que estaba incómodo, como si se sintiera avergonzado. Como si no le gustara que fuera testigo de cómo había acabado. Nunca antes le había notado una actitud así.

—¿Y qué le había pasado para acabar así?

—Mi otro hermano decía que Hannibal era un cobarde y dejó enseguida de intentar ayudarlo. No podía soportar la forma en que había desperdiciado su vida.

—Me imagino que no fue algo agradable de ver.

—¿Crees que Hannibal fue asesinado?

—No lo sé. En principio, no hay razones para pensarlo. ¿Por qué acabó viviendo en la calle?

—¿Nunca te lo contó?

—¿El qué?

—Lo del accidente.

—No, ¿qué accidente?

—Digamos que desde siempre había tenido problemas con el alcohol. Le costaba dejar de beber, pero después de aquello…

Rebekka frunció el ceño antes de continuar.

—… después de aquello fue como si nunca más hubiera querido dejarlo.

—¿Qué sucedió? ¿Después de qué?

—Me dejaron ir con ellos —explicó Rebekka—. Hannibal me preguntó si quería acompañarlos. Él era así. Siempre pensando en los demás. En mí. El caso es que, si yo no hubiera estado allí, estoy segura de que todo hubiera terminado de otra manera. Así que, en ese sentido, todo fue culpa mía.

—¿Qué es lo que fue culpa tuya?

—Lo que le ocurrió a aquella mujer. Llevo toda la vida preguntándome si mi presencia tuvo algo que ver —susurró Rebekka —. Y todavía no he sabido responderme.

Erlendur esperó a que continuara. Dos cisnes pasaron por delante del banco y se giraron hacia sus ocupantes antes de continuar su camino.

—Mi hermano dice que Hannibal era una persona débil —continuó finalmente—. Siempre lo juzgó con mucha dureza. Tanto antes como después del accidente. Estaba casado con la hermana de Helena, la mujer de Hannibal, ¿entiendes? Estaban casados con dos hermanas. Puede que eso también tuviera algo que ver. La mujer de mi hermano nunca perdonó a Hannibal. Un día, un sábado por la tarde… hace casi

treinta años… cogió prestado su coche y…

22

Durante la guerra, Hannibal y su hermano habían trabajado para el ejército, tanto británico como estadounidense. Habían participado en la construcción de barracones militares, del aeropuerto de Reikiavik y de nuevas carreteras por los alrededores de la ciudad. Hannibal era un hombre animado, divertido y manirroto. Un hombre generoso que vivía el presente, el momento. Su hermano mayor era todo lo contrario: responsable y tacaño, se preocupaba mucho de su dinero y ahorraba con el objetivo de adquirir bienes materiales. Advertía continuamente a Hannibal de que debía controlar mejor sus finanzas, pero era como hablarle a una pared.

Rebekka era bastante más joven que ellos y en aquella época todavía iba a la guardería. Hannibal era su favorito. Era el que más interés le mostraba, le hablaba de igual a igual, la invitaba al cine a ver alguna película, le hacía regalos, le compraba dulces y la ayudaba a hacer los deberes. Sobre su otro hermano no tenía mucho que decir. Su relación era muy distinta. Básicamente, él se limitaba a ignorarla.

El mayor se independizó, estudió albañilería, abrió una empresa de construcción con dos compañeros suyos, se compró un coche estadounidense a través de un amigo militar y se comprometió con una chica de Hafnarfjörður. Se habían conocido poco después de la guerra mientras trabajaba en la construcción de una factoría de pescado que había mandado levantar su padre, un armador de la zona. Tenía una hermana pequeña llamada Helena con quien tenía muy buena relación, y una noche quedaron los cuatro para ir al cine. Aquella fue la noche en que Hannibal y Helena se conocieron. A partir de entonces, se volvieron inseparables.

A Helena le atraían de Hannibal las mismas cosas que le gustaban a Rebekka: su generosidad, su amabilidad, su inagotable devoción por su hermana y una actitud relajada ante la vida que, aunque a veces podía ser un tanto excesiva, lo volvía una persona despreocupada y alegre. Nunca estaba de mal humor y, si algo salía mal, lo afrontaba

con una sonrisa en lugar de hacerlo desde la rabia y la irritación. Lo cual no quería decir que le faltara carácter. Al contrario, era un hombre seguro de sí mismo, desinhibido, y su actitud hacia los demás hacía que la gente lo respetara y buscara su compañía.

Helena y Hannibal. Pronto fue imposible mencionar a uno sin mencionar al otro. Ella poseía la misma vitalidad que él, así como la virtud de no tomarse las cosas a la tremenda. Al contrario, siempre trataba de buscar una solución a los problemas. Cuando se conocieron, estudiaba enfermería. No llevaban más que medio año juntos cuando se enteraron de que sus respectivos hermanos planeaban casarse aquel verano. A Hannibal también se le había pasado aquella idea por la cabeza y, al escuchar la noticia, no se lo pensó dos veces y fue inmediatamente a una joyería de Hafnarfjörður para comprar a crédito un modesto anillo de oro. Invitó a Helena a dar un largo paseo hasta Álftanes y le pidió la mano mientras el sol se ocultaba entre las montañas. Los dos hermanos celebraron una gran boda en la que se pronunciaron discursos, se cantaron canciones y se bailó hasta el amanecer.

Su luna de miel no fue muy prolongada. Helena acababa de terminar sus estudios y había comenzado a trabajar en el hospital de St. Jósef cuando tuvo lugar el accidente.

En ocasiones, Hannibal cogía prestado el coche de su hermano. Había aprendido a conducir camiones durante la guerra y más tarde se había sacado el carné, pero no disponía de su propio coche. Su hermano era bastante reacio a dejárselo, pero aquel día no estaba en Reikiavik y su mujer se lo prestó de buena gana. Hannibal quería dar una vuelta con Helena y disfrutar de la hermosa noche de verano. Pasaron por casa de sus padres, en Laugarnes, y ayudó a su padre con algunas tareas. Al marcharse y ver a Rebekka sola en la entrada, con su vestido de tirantes, le preguntó si le apetecía ir con ellos a dar un paseo. Rebekka subió al coche con una sonrisa de oreja a oreja. Hannibal siempre había sido amable con ella.

Fueron a Hafnarfjörður, compraron chocolate y unos helados de vainilla, pasaron el rato charlando y Hannibal las hizo reír a carcajadas contándoles una anécdota que había escuchado en el trabajo. Helena iba sentada en el asiento delantero, siempre con una sonrisa en la boca. Rebekka disfrutaba de su helado en la parte de atrás del vehículo mientras los oía hablar sobre la idea de comprarse una casa en Hafnarfjörður. Vivían de alquiler en un pequeño apartamento en la parte más antigua de la ciudad. Corrían rumores de que pronto empezarían a construir nuevas casas en la zona de Kinnar.

Más tarde bajaron al puerto. Hannibal no era un conductor experimentado y cogía poco el coche, pero le gustaba sentarse al volante. Tendía a conducir demasiado rápido y Helena tenía que

llamarle la atención de vez en cuando. Cuando se acercó al muelle, se dio cuenta de que iba a toda velocidad. El suelo estaba resbaladizo después de que un pesquero hubiera descargado y, al pisar el freno, el coche derrapó, haciendo que Hannibal perdiera el control del vehículo y este se precipitara al mar sin poder evitarlo.

El coche se hundió rápidamente hasta llegar al fondo. Llevaban las ventanillas delanteras bajadas y el agua helada inundó enseguida el interior. Al estrellarse contra la superficie, Rebekka había golpeado con fuerza el cristal y su cabeza había rebotado contra el techo. Hannibal la vio flotar inconsciente en la parte trasera. Helena se había abierto una brecha en la cabeza al golpear con violencia el parabrisas y luego su cuerpo se había deslizado por el asiento hasta quedar atascada bajo el salpicadero, aturdida tras el impacto.

Hannibal disponía de muy poco tiempo y comprendió que no podría ayudar a las dos a la vez para sacarlas a la superficie. Una de ellas debía esperar mientras atendía a la otra. Perdió unos preciados segundos asimilando la terrible situación en la que se encontraba. Miró a Helena bajo el salpicadero y luego se giró hacia Rebekka, que flotaba inconsciente en la parte trasera. Su esposa trataba de liberarse mientras estiraba el brazo en busca de ayuda.

Los segundos pasaban.

Finalmente, Hannibal agarró a su hermana y tiró de ella para sacarla por la ventanilla lateral, pero el vestido se quedó enganchado en la puerta y tuvo que estirar con fuerza hasta que la tela se rasgó y consiguió liberarla.

Al hacerlo se le escaparon unos segundos cruciales.

Alcanzó la superficie medio asfixiado, pero no había nadie alrededor que pudiera ayudarlo. Nadie había presenciado el accidente. Sostenía el cuerpo inerte de Rebekka en sus brazos mientras pedía socorro y nadaba desesperado hacia el muelle. Agarró una cuerda que colgaba de un poste y la pasó por debajo de las axilas de Rebekka para dejarla atada de forma que le sobresaliera la cabeza del agua.

Cuando se cercioró de que su hermana seguía viva, la dejó atada en el muelle, cogió una honda bocanada de aire y regresó al coche. Le brotaba sangre de la cabeza y sentía un intenso dolor en las sienes, pero no presentaba heridas graves. Buceó con todas sus fuerzas hasta el vehículo, se metió por la ventanilla y vio que Helena seguía atrapada entre el salpicadero y el asiento. El brazo que antes le tendía angustiada ahora flotaba sin vida. Estiró de ella, pero estaba atascada. La agarró por los hombros y trató de levantarla. Logró soltarle una pierna, después la otra, y finalmente consiguió sacar su cuerpo por la ventanilla.

Llevaba demasiado tiempo sumergido y empezó a tragar agua mientras ascendía, pero no soltó a Helena en ningún momento. Justo

cuando pensaba que no lo iba a lograr, asomó la cabeza por encima de la superficie. Tosió, escupió y jadeó desesperadamente en busca de oxígeno. Sacó la cabeza de Helena fuera del agua y arrastró su cuerpo sin vida hasta el poste donde se encontraba Rebekka, que aún no había recuperado la consciencia.

Aterrorizado, pidió auxilio con todas sus fuerzas. Le gritaba a Helena, cuyo cuerpo sostenía en sus brazos. Le gritaba a Rebekka. Le gritaba a Dios para que le enviara ayuda, pero no había nadie que lo escuchara.

Nadó hacia una estrecha escalera de hierro y subió hasta el muelle con el cuerpo de su mujer sobre los hombros. Sentía un dolor agudo a cada paso que daba. Sabía que no tenía tiempo que perder. Comenzaba a notar los efectos de su prolongada inmersión en el agua helada. Sin dejar de tiritar, acostó a Helena para tratar de sacarle el agua de los pulmones. Presionó su pecho sin cesar mientras gritaba su nombre, le hablaba, le decía que todo iba a ir bien, la consolaba, le rogaba que se despertara. Pedía ayuda una y otra vez, pero nadie lo escuchaba.

Helena escupió una gran cantidad de agua. Aunque trataba de no pensar en ello para nada, Hannibal sabía que era demasiado tarde.

Sabía que no iba a poder salvarla.

No podía dejar mucho más a Rebekka dentro del agua, así que se lanzó de nuevo al mar y nadó hasta el poste para desatarla. Mientras su hermana recobraba los sentidos, la subió a hombros por la escalera y la acostó junto a su esposa.

Volvió a tratar de revivir a Helena, pero terminó desistiendo. Exhausto, se arrodilló junto a ella, hundió el rostro en su pecho sin vida y rompió a llorar.

23

Los dos cisnes volvieron a acercarse y disminuyeron la velocidad con la esperanza de que los ocupantes del banco les lanzaran algunas migas de pan. Decepcionados, batieron sus alas, irguieron sus cuerpos y corrieron por el agua armando escándalo hasta alzar el vuelo en dirección al monte Esja. Rebekka los siguió con la mirada mientras desaparecían en el cielo.

—Hannibal nunca fue el mismo desde entonces —añadió—. Como es lógico. Una tragedia así te cambia la vida por completo. Nada vuelve a ser como antes.

—No, supongo que no —convino Erlendur.

—Perdió toda la alegría —explicó Rebekka—. Y no solo eso. Muchas cosas desaparecieron de la vida de Hannibal después de la muerte de su mujer. Se volvió casi irreconocible. Prefería hablar lo menos posible del accidente y nunca mencionaba a Helena. Empezó a beber, cambiaba continuamente de trabajo, se mudó al campo una temporada y, diez años después, se convirtió en el vagabundo que conociste. Intentamos ayudarlo, pero fue inútil. Cuando lograba decir algo sobre el accidente, lo único que hacía era dar muestras de culpabilidad y de rabia. Se odiaba a sí mismo. Cualquier cosa que intentábamos hacer por él lo interpretaba como un gesto de intromisión en su vida.

—Se echaba la culpa de lo ocurrido.

—Exacto.

—¿Y tú cómo lo viviste? Para ti también tuvo que ser una experiencia traumática.

—Todavía hoy me pesa que me llevaran con ellos. Y ver la evolución de Hannibal me hacía sentir aún peor. Todo me recordaba el accidente: su deterioro, su aislamiento, su forma de vida. Y luego... no sé...

—¿Qué?

—La forma en que murió —continuó Rebekka—. Al final, él

también murió ahogado, muchos años más tarde. Ironías del destino.

—Bueno, aun así, debió de ser un consuelo para él que sobrevivieras.

Rebekka guardó silencio.

—¿No?

—No lo sé. Si te digo la verdad, no lo sé. Supongo que sí, hasta cierto punto. Está claro. Pero no le bastaba. No podía quitarse a Helena de la cabeza.

—Y supongo que la actitud de vuestro hermano no ayudaba precisamente a mitigar el dolor, ¿me equivoco?

—No, luego estaba eso. Tanto él como su esposa, la hermana de Helena, le decían cosas que deberían haberse callado. Cosas de las que luego se arrepentían, al menos mi hermano. Siempre le preguntaban si había bebido el día del accidente. Sabían que Hannibal podía ser un poco irresponsable y que a veces se pasaba con la bebida. Pero aquel día no había probado ni una gota de alcohol. Yo era testigo, y además la investigación posterior despejó cualquier sombra de duda. Estaban muy enfadados, y mis hermanos apenas se dirigieron la palabra desde entonces. Estoy segura de que la hermana de Helena tuvo algo que ver en eso. Nunca me gustó esa mujer.

—¿Te vinieron a la cabeza cuando Hannibal murió? —preguntó Erlendur con cautela.

—¿A la cabeza?

—¿Pensaste en tu hermano?

—No, ¿a qué te refieres?

—¿Puede que hubieran tenido alguna discusión?

—Esa posibilidad ya la mencionaste el otro día.

—Sí.

Rebekka reflexionó.

—¿No creerás en serio que él pudo haber matado a Hannibal? ¿Después de todos estos años? Eso es impensable. No entiendo... No sé cómo se te puede ocurrir semejante cosa. No he dicho nada que pudiera darte motivos para decir algo así.

—No, claro que no —admitió Erlendur—. El caso es que me llamó por teléfono después de que habláramos el otro día. No estaba muy contento.

—No, yo... le conté por encima lo que habíamos hablado. Hannibal y él no habían estado en contacto durante años.

—¿Estuvieron presentes en el funeral?

—Él, sí. Ella se quedó en el norte. Lo cual la describe bien. No sabe lo que es el perdón. Pero no pienses eso de mi hermano. En serio. Nunca podría haberle hecho daño a Hannibal.

—Pero se lo hizo, ¿no? Indirectamente.

Indignada, Rebekka fulminó a Erlendur con la mirada. El agente

supo de inmediato que había ido demasiado lejos y se arrepintió de sus palabras.

—¿Cómo puedes...? ¿Por qué hablas así? ¿Cómo te atreves a decir algo así?

—Lo siento...

—¿Por qué tienes tanta curiosidad por Hannibal?

—Porque lo conocía y su caso me interesaba —respondió Erlendur—. Me intrigaba su modo de vida, pero sobre todo me llamó la atención lo que me dijo la última vez que lo vi. Lo habían agredido y lo habíamos llevado a la comisaría de Hverfisgata. Allí estuvimos charlando y me habló del dolor que sentía en su interior. Me dijo que le daba igual estar vivo que muerto. Me pregunté qué es lo que hace que alguien pueda llegar a decir algo así.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Perdona, no quería juzgar a nadie. No era mi intención insinuar nada.

Rebekka observó a Erlendur unos instantes, la expresión solemne de su rostro, las profundas arrugas alrededor de sus ojos, su mirada melancólica.

—Eso es algo más que un simple interés por Hannibal. Tiene que haber algo más detrás.

Erlendur no le respondió.

—¿Hay algo que te haya pasado? —preguntó Rebekka.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es exactamente lo que te interesa de Hannibal?

—Ya te lo he dicho.

—No, no me has dicho nada. Sin embargo, yo he sido sincera contigo y te he contado todo sobre mi familia. Creo que me debes una explicación. ¿Por qué estamos aquí sentados hablando de Hannibal? Me parece que no estás siendo claro conmigo.

Erlendur permaneció en silencio.

—¿Y bien?

Erlendur continuó sin responder.

—Bueno, entonces no tenemos nada más de que hablar —dijo Rebekka levantándose—. Adiós. Espero que respetes el carácter confidencial de todas nuestras conversaciones sobre mi familia.

Al ver que seguía sin responderle, Rebekka comenzó a caminar en dirección al centro. Erlendur continuó mirando el lago unos instantes hasta que finalmente se puso de pie.

—Yo... yo también tenía un hermano —dijo elevando la voz.

Rebekka se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Un hermano?

—Desapareció —aclaró Erlendur—. En las montañas de los fiordos del este, donde vivíamos. Quedamos atrapados en una tormenta y nos

perdimos. A mí me encontraron. A él, no. Cuando dices que te duele pensar en que te subiste al coche con ellos… Sé muy bien cómo te sientes. Cuando escuché a Hannibal hablar de su sufrimiento, sabía bien lo que quería decir.

Erlendur regresó al banco y Rebekka se sentó a su lado.

—¿Y todavía te sientes mal? —preguntó después de un largo silencio.

—Pienso en ello cada día —confesó Erlendur.

—He pasado años torturándome —dijo Rebekka—. ¿Y si no hubiera ido con ellos? ¿Y si no hubiera estado parada en la puerta cuando se marcharon? ¿Y si hubiera estado jugando a la pelota con mis amigos? Pasé toda mi juventud atormentándome con todas esas preguntas. Si Hannibal no hubiera tenido que ayudar a su hermana pequeña, ¿le habría dado tiempo a salvar a Helena? ¿Fue culpa mía lo que le pasó a su mujer? ¿Fue todo culpa mía?

—Me identifico con lo que dices —murmuró Erlendur.

—Llegado un punto me di cuenta de que estaba siendo demasiado dura conmigo misma —dijo Rebekka—. Decidí dejar de castigarme. No tiene sentido. Me salvó la vida y echó a perder la suya. Me ha costado mucho, pero al final he aprendido a no establecer una relación directa entre ambas cosas.

—Probablemente Hannibal nunca dejó de castigarse. Nunca fue capaz de apartar aquellos pensamientos de su cabeza.

—No. Lo persiguieron toda su vida.

—Hasta acabar destruyéndolo.

—Exacto —dijo Rebekka mirando a Erlendur—. Hasta acabar destruyéndolo.

24

Þurí no estaba en la casa de acogida de Amtmannsstígur cuando Erlendur se pasó por allí después de su encuentro con Rebekka. Tampoco vio a las tres mujeres que habían estado jugando al parchís durante su última visita. La encargada le comunicó que llevaba varios días sin ver a Þurí. Que ella supiera, seguía sin beber. Las mujeres no tenían por qué notificar cuándo entraban y salían de la casa, de forma que podían ir y venir libremente sin que nadie les dijera nada. La encargada añadió que no sabía dónde podía encontrarla.

Erlendur preguntó a dos mujeres que se alojaban en la casa si sabían algo de ella, pero ninguna lo pudo ayudar. A una le sonaba que alguna vez había alquilado una habitación en el barrio oeste con otra mujer, pero no sabía exactamente dónde.

Erlendur bajó a la plaza Austurvöllur, donde vio a unos cuantos vagabundos sentados con la mirada entornada, bajo el cálido sol de la tarde. El grupo era de lo más variopinto, tanto en cuestión de edad, aspecto y grado de embriaguez. El más joven tendría unos veinte años, era de complexión robusta y llevaba el pelo largo. Su camisa arremangada dejaba ver los tatuajes de sus antebrazos. El mayor de todos era un viejo de piel curtida, desdentado y barbudo que llevaba puesto un grueso jersey de lana. Los demás se situaban en alguna parte entre la juventud y la decrepitud. Unos conversaban mientras otros contemplaban con aire pensativo el ir y venir de la gente. Erlendur se acercó al grupo y con ello puso fin a su momento de tranquilidad.

—¿Habéis visto a Þurí por aquí? —preguntó con la esperanza de que a alguno le sonara el nombre.

Los hombres no parecieron mostrarle mucho interés. Dos de ellos se giraron hacia él.

—¿Quién eres? —le preguntó uno.

—Necesito verla. ¿Sabes dónde está?

—¿Qué Þurí? —preguntó el joven tatuado.

—Solía ir por la casa de Amtmannsstígur. Pero me he pasado por allí y no estaba.

—¿Te la estás follando? —dijo el de los tatuajes.

Sus compañeros se echaron a reír y el comentario despertó el interés del grupo por Erlendur, que se limitó a sonreír. «Un camorrero», se dijo.

—No, pero tengo que verme con ella.

—¿Para trincártela? —insistió.

El joven estaba en su elemento. Sus compañeros volvieron a reírse.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó Erlendur dirigiéndose a ellos.

—Eh, tú aquí solo puedes hablar conmigo —dijo el joven poniéndose de pie—. ¿Por qué les preguntas a ellos? ¿Qué rollo te llevas con esa Þurí? ¿Sois pareja o qué? ¿Te la está pegando? ¿Es que ya no quiere follar contigo?

Erlendur observó al hombre. Su mirada perdida daba signos de que había consumido alguna sustancia.

—Justo me parece que la he visto hace un rato —continuó—. Estaba subida encima de Stebbi —dijo señalando al anciano desdentado.

Los hombres soltaron una carcajada y el joven le dio un leve empujón a Erlendur.

—¿Por qué no te piras? Vete de aquí antes de que te meta una hostia.

—Tú no le vas a meter una hostia a nadie.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes? ¿Eh? ¿Cómo lo sabes?

—Cálmate —le ordenó Erlendur.

—Tú sí que te vas a calmar —dijo el hombre dirigiendo un puñetazo hacia Erlendur que le habría dado en plena cara de no haber sido porque estaba en guardia y lo supo esquivar ladeando el cuerpo, como había aprendido a hacer en sus clases de boxeo.

El golpe se perdió en el aire, lo cual desató la ira del joven, que, al verse humillado delante de sus amigos, se abalanzó contra Erlendur solo para quedarse sin aliento al recibir un violento puñetazo en el estómago, seguido de otro. Erlendur había perfeccionado la técnica golpeando con fuerza el saco durante sus entrenamientos. El joven se llevó las manos al vientre y se arrodilló mientras jadeaba en busca de aire. Erlendur lo mantenía sujeto para que no cayera de bruces contra el suelo.

—¿La conocéis o no? —dijo mirando a los hombres, que habían presenciado en silencio el violento desenlace de aquel desencuentro.

—Yo sí —dijo el desdentado con la mirada clavada en su compañero, que estaba arrodillado frente a ellos mientras trataba de recuperar la respiración—. Llevo un tiempo sin verla. Creo que ha dejado de beber. Una amiga suya lleva el Pólinn. Se llama Svana. Igual

puedes preguntar allí por ella.

—Voy a probar —dijo Erlendur.

Los hombres se acercaron al camorrero para comprobar su estado, pero este los apartó y miró con odio hacia Erlendur, que se alejaba ya por la calle Pósthússtræti.

Erlendur conocía el Pólinn, una taberna frecuentada por vagabundos. Lo regentaba una mujer de aspecto imponente que había vivido un tiempo en el barrio de Christiania, en Copenhague. Respetaba a todos los asiduos de su local y llamaba «clientela» a lo que muchos llamaban simplemente «chusma». Por allí pasaba gente como Hannibal, las mujeres de Amtmannsstígur o los hombres de los bancos de Austurvöllur.

Erlendur asomó la cabeza por la puerta y, al ver que no había nadie, pensó que estaba cerrado. Entonces escuchó el tintineo de unas botellas y se dio cuenta de que la dueña estaba agachada detrás de la barra, ordenando unas cajas de alcohol.

—¿Svana? —le preguntó.

La mujer levantó la cabeza y miró a Erlendur.

—¿Sí?

—Me han dicho que conocías a Þurí y que a lo mejor sabrías decirme dónde la podía encontrar.

—¿Quién eres?

—Hablé con ella hace unos días en la casa de acogida de Amtmannsstígur y necesito darle un recado —dijo Erlendur a modo de excusa.

—Hace mucho que no sé de ella —dijo Svana mientras seguía ordenando las cajas—. Ha dejado de beber y, cuando está sobria, no se deja ver por aquí.

—También he oído que alquilaba una habitación en el barrio oeste. ¿Sabes dónde exactamente?

—¿Para qué la buscas?

—Asuntos personales.

—¿Eres pariente suyo?

Erlendur se concedió unos segundos para reflexionar. Lo más fácil era mentir y la pregunta se lo ponía en bandeja. De lo contrario, tendría que darle a Svana una información que no le concernía.

—Sí —respondió.

—Þurí es un encanto, pero la pobre tiene un serio problema con el alcohol —explicó Svana—. Me alegré mucho cuando me enteré de que lo había dejado. Lo ha intentado ya no sé cuántas veces, pero siempre recae. Es como si estuviera poseída por algún demonio. Vive cerca del edificio de las pesquerías municipales, junto al campo de fútbol de Meistaravellir. Dale saludos de mi parte. Espero que esté bien y que no haya vuelto a caer.

Þurí vivía en el semisótano de una casa de hormigón de dos plantas. La habitación tenía entrada propia y se accedía por un jardín trasero en estado de abandono. Erlendur llamó a la puerta con suavidad, sorprendido de verla ligeramente entreabierta. De pronto le pareció oír unos leves sonidos en el interior, como si alguien estuviera gimiendo. Tuvo el presentimiento de que Þurí estaba en problemas y se permitió abrir la puerta.

La habitación parecía más bien un trastero donde Þurí acumulaba toda clase de objetos. El suelo estaba plagado de prendas de vestir, recipientes de comida y bolsas de plástico. En una esquina había un carrito de supermercado, sin duda robado. El mobiliario se reducía a un sillón viejo y un diván sucio en el que vio a Þurí acostada, tratando de beber de un bote de alcohol metílico. Mientras tanto, Bergmundur, completamente vestido, llevando puesto su harapiento abrigo, la embestía dando gruñidos.

25

Erlendur salió sin hacer ruido. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia. Cerró la puerta, rodeó la casa y salió a la calle. Habría preferido no tener grabada en la mente la imagen de aquella pareja de tortolitos, pero ya era demasiado tarde. Dos cosas le quedaban claras: Bergmundur había encontrado a su Þurí y ella había recaído.

Veinte minutos después, Bergmundur apareció tras la esquina de la casa y caminó dando grandes zancadas en dirección al centro. Con la mirada fija hacia el frente, no se dio cuenta de que Erlendur lo estaba espiando, escondido entre las casas. El agente observó al vagabundo hasta que lo vio meterse por la avenida Hringbraut.

Erlendur esperó cinco minutos antes de volver a entrar en el jardín y llamar a la puerta, esta vez con más decisión. Ahora estaba cerrada del todo y la golpeó tres veces hasta que oyó un ruido en el interior y Þurí apareció de pronto frente a él.

—¿Qué es este jaleo?

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Erlendur—. Hablamos el otro día en Amtmannsstígur.

—No, no me acuerdo. ¿Quién eres? ¿Por qué debería acordarme de ti?

Vestida con un jersey raquítico y una falda, fumaba un cigarrillo cuya ceniza se caía constantemente al suelo.

—Te pregunté por un hombre llamado Hannibal.

Þurí estudió a Erlendur con la mirada, pero no conseguía acordarse de él.

—Conocía a Hannibal —dijo antes de entrar en la habitación dejando la puerta abierta. Erlendur la siguió. Þurí cogió del suelo una botella de cristal en la que quedaban restos de un líquido turbio. La vació de un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y se sentó en el diván. A sus pies había toda una colección de botes de alcohol metílico tirados por el suelo. «La remuneración a cambio de amor», pensó Erlendur.

—Me contaste que habías ido a verlo al conducto donde se refugiaba antes de morir. Y que guardabas un objeto que habías encontrado allí después de que se ahogara. Te pregunté si podías enseñármelo y me dijiste que podía venir a verlo.

Þurí miró a Erlendur fijamente y por fin pareció que se le refrescaba la memoria.

—¿Tú? El amigo de Hannibal. Algo me suena. ¿Cómo te llamabas?

—Erlendur.

—¿Colega de Hannibal?

—Eso es. Encontraste un pendiente debajo de una de las tuberías. De oro. Dijiste que me lo enseñarías.

Þurí volvió a beber de la botella. Parecía baja de ánimos.

—He vuelto a caer —dijo en tono de reprobación—. Lo dejé unos meses y ahora he vuelto a caer. Soy una débil. Una débil de mierda. No hay nada peor que eso. Que sepas que hubo una época en que yo no bebía con cualquiera. Me rodeaba de buena gente. Me divertía y bebía cócteles elegantes en buena compañía. Ahora soy como un perro que bebe del primer charco que encuentra.

Þurí agitó la botella de cristal para enfatizar sus palabras.

—No bebo más que esta porquería —añadió.

Sin saber qué responder, Erlendur prefirió guardar silencio mientras paseaba la mirada por la habitación. La mujer vivía en condiciones lamentables. Había intentado salir, pero siempre acababa cayendo en la misma trampa.

—¿Recuerdas el pendiente? —preguntó Erlendur con la intención de marcharse cuanto antes. En el aire flotaba un hedor nauseabundo que, de algún modo, asociaba con la imagen de Þurí y Bergmundur en el diván.

—Claro que lo recuerdo —respondió Þurí—. Lo encontré yo. ¿Cómo no me voy a acordar? Es mi amuleto de la suerte.

—¿Podría verlo? ¿Lo tienes aquí?

—¿Por qué te interesa tanto ese pendiente?

—¿Lo tienes o no?

—Lo dejé prestado... Bueno, lo empeñé.

—¿Qué?

Þurí volvió a agitar la botella.

—Necesitaba algo de beber.

—¿Lo vendiste a cambio de alcohol?

—Licor casero —puntualizó Þurí—. No lo vendí. Lo empeñé a cambio de una botella y lo recuperaré cuando tenga dinero. Entonces te lo enseñaré. ¿Para qué quieres ver ese maldito pendiente? ¿Por qué te importa tanto? Fui yo quien lo encontró, así que es mío y lo puedo vender si me da la gana sin necesidad de pedirte permiso.

Erlendur vio que Þurí estaba alterada y procuró no irritarla más.

Tras una buena dosis de paciencia, consiguió que le diera la dirección del hombre que le había vendido el alcohol.

—¿Sabías que Hannibal había estado casado? —le preguntó Erlendur.

—Sí.

—¿Te habló alguna vez del accidente que había tenido de joven?

—Sé cómo perdió a Helena. No hablaba mucho del tema, y tampoco se lo contaba a cualquiera. A mí sí me lo contó, pero no le resultó fácil. Le costaba abrirse a los demás.

—Esa era mi impresión también —convino Erlendur—. ¿Alguna vez te mencionó a su hermano mayor? ¿O a su cuñada?

—No. ¿Tenía alguna relación con ellos? Hannibal nunca me los mencionó.

—¿Sabes si su hermano estaba en Reikiavik cuando murió Hannibal?

—¿Pero qué clase de pregunta es esa? ¿Cómo lo voy a saber? No tengo ni idea.

—No importa. Es solo que hablé con él una vez y no me pareció muy simpático.

—Pues no lo sé, no lo conozco en absoluto.

Þurí se sentó en el diván con la botella en la mano y trató de sacar un cigarrillo de un paquete arrugado. Al ver que no lo conseguía, Erlendur cogió el paquete, le sacó un cigarrillo y se lo encendió.

—Tal vez deberías volver a hablar con los de Amtmannsstígur —dijo al despedirse.

—Sí, sí, sí. Déjame en paz.

El vendedor de licor casero vivía en el barrio de Skerjafjörður, cerca del aeropuerto doméstico. Según Þurí, destilaba alcohol de forma ilegal en un pequeño garaje del que precisamente estaba saliendo cuando Erlendur llegó a su casa. Bajito y barrigudo, el hombre lo saludó y se puso levemente en guardia.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó mientras cerraba la puerta del garaje.

—Me ha enviado Þurí —le informó Erlendur asumiendo que la conocería, al ser una de sus clientas habituales.

—Ah, Þurí. ¿Cómo está?

—Fatal. Tu mejunje la pone de muy mal humor. ¿Tienes el pendiente que te vendió?

—¿Qué pendiente?

—El pendiente de oro que te dio a cambio de alcohol. Me dijo que lo tenías tú.

—Sí, lo tengo yo. ¿Hay algún problema?

—Me gustaría comprártelo —respondió Erlendur—. Por el mismo dinero que pagaste por él. ¿Cuánto cuesta una de tus botellas?

—Mira, no soy ningún...

—No me vengas con cuentos —interrumpió Erlendur, que no estaba para tonterías. Estaba cansado después de haber pasado el día entero hablando con gente y presenciando escenas que no habían hecho sino fatigarlo más—. Soy policía —continuó—. Me la juego a que si entro en tu garaje me voy a encontrar con unos cuantos barriles, alguna que otra herramienta para elaborar cerveza y un buen stock de alcohol. Seguro que también vendes material de contrabando que sacas de los cargueros. Mercancía extranjera de calidad.

—¿Policía?

—Solo quiero el pendiente. Sé que lo tienes. Dámelo y no tendrás que preocuparte por mí.

El hombre titubeó frente a la entrada del garaje.

—No tiene sentido querer tener un pendiente suelto.

—No, ¿verdad?

—Y no es de oro ni por asomo. Es una baratija. Lo mandé valorar. Solo está bañado en oro.

—¿Quieres decir que pagaste demasiado por él? —preguntó Erlendur.

—No —respondió el hombre—. En realidad, no. Solo digo que tiene tan poco valor que... que... te lo puedes quedar si quieres.

El hombre pronunció esto último mirando hacia la puerta del garaje. Erlendur sabía que estaba intentando jugar sus cartas lo mejor posible, pero era consciente de que tenía todas las de perder.

26

El joyero observó con calma el pendiente desde todos los ángulos. Al terminar de examinarlo, concluyó que nunca había vendido en su tienda una joya de ese tipo.

—No está nada mal —añadió—. El baño de oro es grueso y está elaborado con detalle.

—¿Y la perla? —preguntó Erlendur.

—Es verdadera. Pero yo no he fabricado ni he vendido este pendiente.

Según el experto, la joya todavía estaba a la moda, de forma que no podía ser muy antigua. Era grande y estaba formada por dos aros bañados en oro, bastante gruesos, enlazados entre sí. Del aro inferior, de menor tamaño, colgaba una pequeña perla blanca. Era una pieza de gran belleza, fabricada con profesionalidad, posiblemente hecha a medida, pero el joyero desconocía quién era el fabricante. Podría haberse comprado tanto en Reikiavik como en cualquier otro lugar del país, aunque también podría proceder del extranjero. Para haberlo encontrado bajo la tubería del agua caliente, se encontraba en muy buen estado. No presentaba ni un solo rasguño, por lo que Erlendur supuso que el objeto no había pasado mucho tiempo en el suelo hasta que Þurí lo viera brillar en el interior de la carcasa de hormigón y decidiera convertirlo desde ese momento en su amuleto de la suerte. Una suerte que, hasta entonces, no le había demostrado estar mucho de su lado.

Habían pasado dos días desde que el vendedor clandestino de alcohol se lo hubiera dado a Erlendur. Desde entonces no se había separado de él y lo llevaba siempre guardado en el bolsillo del uniforme durante los turnos de noche. Lo había examinado detenidamente bajo el flexo de su escritorio. Ignoraba qué pistas podía ocultar aquel pendiente desparejado. Ni siquiera sabía si la joya guardaba alguna relación con el caso de Hannibal, aquel caso que lo tenía completamente obsesionado. Lo más probable era que no pintara

nada en la historia y que hubiera ido a parar allí por casualidad. Pero era la única pieza que no encajaba, la única cuya presencia en el conducto era inexplicable. El único objeto brillante en la cochambrosa guarida del vagabundo.

El joyero le devolvió el pendiente. Era el segundo experto que Erlendur consultaba con la esperanza de dar con su propietario. La única estrategia que se le había ocurrido era hablar con todos los joyeros y relojeros de la capital con la intención de mostrarles la pieza y preguntarles si la habían vendido o fabricado.

—Un buen regalo de Navidad —comentó el joyero—. No demasiado caro, pero bonito. También podría ser un obsequio de aniversario de bodas o algo parecido. Son los típicos pendientes que se regalan en ocasiones especiales. Como un cumpleaños, por ejemplo. Si quieres, puedo fabricarte una réplica sin problemas.

—No hace falta —respondió Erlendur—. Simplemente me lo he encontrado y me gustaría devolvérselo a su propietario.

El joyero miró a Erlendur sorprendido.

—Muy considerado por tu parte.

—No pasa nada por intentarlo.

—El cierre está en buen estado —apuntó el joyero mientras examinaba el clip—. No tiene ningún defecto. Lo que pasa es que este tipo de pendientes se caen con más facilidad. Es más seguro tener el lóbulo perforado, pero muchas mujeres no quieren ni oír hablar del tema.

—¿Cómo se pueden caer? ¿Hace falta darles un golpe o se deslizan solos?

—Se deslizan solos —respondió el joyero, con su bata blanca y su lupa colgada alrededor del cuello—. Hay cierres mejores y peores. ¿A qué tipo de golpe te refieres?

—Una agresión, por ejemplo.

—Ah, en ese caso, también, claro.

La joven que atendió a Erlendur en la tercera joyería examinó el pendiente y dijo que no le sonaba haber vendido ninguno parecido, aunque aclaró que solo llevaba trabajado allí dos años. Estaba haciendo sus prácticas de orfebrería, por lo que podían haberlo vendido antes de que ella llegara. El dueño no estaba en ese momento y Erlendur decidió esperar un poco. La joven se quedó asombrada cuando Erlendur le dijo que quería localizar al propietario del pendiente. Nunca había oído nada igual. Habladora y sin mucho que hacer, comenzó a darle conversación a su invitado, pero pronto se dio cuenta de que su interlocutor no se prestaba mucho al diálogo.

Erlendur se debatía entre volver más tarde o seguir esperando cuando la puerta se abrió y vio entrar a un hombre que se dirigió directamente a un pequeño taller situado detrás del mostrador. Sin

mirar a su alrededor, se metió con prisa en la habitación y cerró nada más entrar, como si no quisiera saber nada de nadie.

—Ese es —susurró la joven haciéndole un gesto a Erlendur—. Se está divorciando —agregó, un poco avergonzada por los malos modales de su jefe, que no parecía tener demasiadas ganas de vender nada, y menos todavía de dar los buenos días a sus clientes.

—Ah —dijo Erlendur, considerando que aquel dato era completamente innecesario.

La joven fue a buscar al dueño, que apareció unos instantes después vestido con una bata blanca. A Erlendur le sorprendía que los joyeros llevaran el mismo tipo de uniforme que los médicos o los científicos, aunque puede que la orfebrería requiriera el mismo rigor que la cirugía o la investigación.

—¿Puedo ver ese pendiente? —preguntó el hombre sin preámbulos.

Erlendur se lo tendió y el joyero lo reconoció de inmediato.

—Sí, lo fabriqué yo. Hice dos pares, si mal no recuerdo. Hará cosa de dos o tres años. Se vendieron casi de inmediato. Deduzco que has perdido el otro y quieres que te fabrique una copia, ¿no?

—No, no ha perdido el otro. Se ha encontrado este y quiere devolvérselo a su dueña —se adelantó a contestar la joven.

—Eso es —confirmó Erlendur—. Pensé que igual podrías ayudarme a localizarla.

—No registro las ventas tan pequeñas —dijo el joyero, un hombre inusualmente alto que se alzaba como una torre por encima del mostrador—. No eran muy caros.

—¿Pero podrías...?

—Sin embargo, recuerdo que me trajeron uno para que lo reparara. Tenían garantía. Como todo lo que vendo aquí.

Sujetó la lupa apretándola con el ojo y examinó el pendiente con detalle.

—No sé si fue este. No veo marcas de que la perla se le hubiera soltado alguna vez. Me acuerdo de la reparación. Fue una cosa muy sencilla, así que puede que no se note.

—¿Y podrías encontrar el nombre de la propietaria? —le preguntó Erlendur.

El hombre dejó el pendiente sobre el mostrador.

—Espera un momento.

La joven dirigió a Erlendur una sonrisa alentadora. El joyero salió de su despacho con un archivador grande y empezó a pasar las páginas.

—Aquí tengo anotadas las reparaciones —aclaró mientras hojeaba un montón de facturas llenas de importes y comentarios.

—Aquí está —dijo finalmente mientras sacaba una factura del

archivador—. Reparación en garantía. Sí, me acuerdo.

—¿Cómo se llama la mujer? —preguntó Erlendur.

—Su nombre no aparece —respondió el joyero—. Ahora que caigo, fue un hombre quien compró el juego de pendientes. Apunté su nombre cuando me encargó la reparación. Está en la factura. Deberías encontrarlo sin problema. A su esposa no la vi nunca, así que ni siquiera sé qué tal le quedaban. Creo que el hombre dijo algo de un regalo de cumpleaños, pero no estoy seguro.

Deslizó la factura por encima de la mesa.

Erlendur leyó el nombre y lo memorizó. Acto seguido cogió el pendiente, se lo guardó en el bolsillo y le dio las gracias.

—Eres una persona honesta —añadió el joyero al despedirse.

—Hago lo que puedo —dijo Erlendur.

Por la noche, tras haber buscado información en comisaría sin que nadie se enterara, caminó hasta la casa del barrio de Fossvogur donde había vivido la propietaria de los pendientes. Estaba a media hora andando desde su casa, así que no tardó mucho en llegar a aquella pequeña vivienda unifamiliar de tejado plano situada en una calle tranquila. Sabía que el hombre todavía vivía allí, pero las cortinas estaban cerradas, así que no podía ver si había movimientos en el interior. Puede que no hubiera nadie.

Su nombre figuraba en la factura del joyero. Era el mismo hombre que un año atrás había denunciado la desaparición de su esposa, la mujer que había salido de fiesta por el Þórskaffi con sus amigos y no había vuelto a casa. La mujer que algunos interrogados habían descrito como «coqueta». El hombre le había comprado unos bonitos pendientes un año antes de su desaparición y ahora Erlendur estaba seguro de que uno de ellos era el que Þurí había encontrado en la guarida de Hannibal.

27

El turno de noche había sido inusualmente agitado. Habían intervenido en dos peleas, una en un domicilio y otra en la puerta de un bar, y habían detenido a tres conductores por exceso de velocidad. Uno de ellos era un adolescente sin carné que conducía borracho un coche robado. Los agentes habían detectado un vehículo que se comportaba de manera extraña en la avenida Miklabraut y lo habían perseguido con las luces de emergencia encendidas. Al darse cuenta, el chico había pisado el acelerador y se había metido a toda velocidad por Breiðholtsbraut. Sin embargo, el viejo Cortina apenas tenía potencia y los policías no tardaron en darle alcance. Cuando por fin lograron que detuviera su vehículo en el margen, el chico bajó del coche y salió corriendo en dirección a Kópavogur. Marteinn, el más rápido de los tres, tomó aire antes de echarse a correr y atrapó al ladrón tras una breve persecución. El chico no dejó de insultarlos mientras lo llevaban al hospital para hacerle un análisis de sangre. Los agentes no dieron al caso mayor recorrido y no vieron razones para que el chico pasara la noche en comisaría. No tenía antecedentes. Avisaron al propietario del coche, quien tampoco vio motivos para presentar una denuncia contra semejante «imbécil». El coche no había sufrido daños y el hombre no se había enterado del robo hasta que la policía lo despertó para darle la noticia.

El padre del conductor lo fue a buscar a Hverfisgata. Estaba tan furioso que, por un momento, pareció que iba a agredir al chico, pero los agentes lograron disuadirlo.

—¡Siempre metido en líos! —exclamó el padre mientras sacaba a su hijo a empujones de la comisaría.

Erlendur se había mostrado menos hablador de lo normal durante la noche y, al terminar el turno, Garðar le preguntó si se encontraba bien. A excepción de Rebekka, nadie sabía que estuviera investigando por su cuenta la muerte de Hannibal.

—¿Si me encuentro bien? Sí, sí —respondió Erlendur, que había

pasado toda la noche pensando en la mujer del Þórskaffi.

—¿Te preocupa algo? —insistió Garðar.

—No, nada.

—¿Tanto te aburres con nosotros?

—Bueno, no es que seáis la alegría de la huerta.

Garðar y Marteinn soltaron una carcajada. Se despidieron frente a la comisaría y Erlendur caminó hacia su casa bajo el sol de la mañana sin dejar de reflexionar sobre Hannibal, el pendiente, la casa de Fossvogur, el trayecto que habría seguido la mujer al salir del Þórskaffi y lo que le habría ocurrido por el camino. Se preguntaba cómo interpretar el hecho de que hubieran encontrado un pendiente suyo en el escondite de Hannibal poco después de su muerte. Hannibal se había ahogado el mismo fin de semana en que la mujer había desaparecido, pero nadie, incluido Erlendur, había establecido una conexión entre ambos sucesos. Sus casos no guardaban ninguna relación, y se había puesto tanta atención en encontrar a la mujer que la investigación de la muerte de Hannibal había quedado relegada a un segundo plano, como si se considerara un caso banal cuyo esclarecimiento no corría ninguna prisa.

Erlendur sabía que no debía sacar demasiadas conclusiones a partir de aquella coincidencia. Daba por hecho que el hombre le había comprado el pendiente a su esposa y no a otra mujer, como su madre, su hermana o incluso una amante, si es que tenía alguna. Por otra parte, su esposa tampoco tenía por qué haber perdido el pendiente la noche en que desapareció. Podría haberlo perdido cualquier otro día. Vivía cerca de las tuberías del agua caliente, así que pasaba a menudo por allí. Se le podría haber caído en cualquier momento y Hannibal lo habría encontrado después.

Otra posibilidad era que la mujer hubiera bordeado el conducto una última vez antes de quitarse la vida. Fossvogur no estaba lejos de Skerjafjörður, donde podría haberse tirado al mar. El pendiente se le podría haber caído sin darse cuenta cerca del conducto, antes de emprender su último viaje. En tal caso, su desaparición no tendría nada que ver con la muerte de Hannibal.

Tampoco podía descartarse que Hannibal o algún amigo suyo hubiera encontrado el pendiente en otro sitio y lo hubiera perdido en el interior del conducto.

Barajadas todas las posibilidades, Erlendur trató de imaginar qué habría podido pasar en caso de que la mujer se hubiera cruzado con Hannibal de camino a casa. Que él supiera, no se conocían. De hecho, le parecía bastante difícil que así fuera. La mujer le había dicho a su amiga que tenía pensado volver a casa andando para que así se le pasara la borrachera. Uno de los caminos que podría haber seguido bordeaba el conducto. Puede que entonces le sucediera algo que le

hiciera perder el pendiente. En algún momento tuvo que pasar cerca de la guarida de Hannibal o incluso estar dentro de ella.

¿Hannibal la habría agredido?

Erlendur se resistía a considerar esa hipótesis. No descartaba que la mujer se hubiera cruzado con alguien por el camino, alguien con quien hubiera tenido una discusión, o un posible conflicto, y que, como resultado, hubiera perdido el pendiente y, finalmente, la vida. Ni siquiera era seguro que Hannibal hubiera estado presente cuando sucedió. Puede que nunca hubiera visto a aquella mujer o que no hubiera sido testigo de lo que le ocurrió.

Erlendur se devanaba los sesos tratando de resolver el misterio, pero no hacía más que caer en continuas contradicciones. Finalmente, decidió ir al refugio de Hannibal. Pasó primero por casa para coger una linterna y luego caminó hasta la colina Öskjuhlíð. Allí se subió a la carcasa de hormigón y la siguió hacia el este hasta llegar al hueco donde había vivido el vagabundo.

No había ni rastro de su último habitante, Vilhelm, que sin duda había encontrado un refugio mejor. Había dejado un montón de bolsas de plástico, botellas vacías y botes de alcohol metílico. La hierba de alrededor estaba pisada, pero era evidente que el lugar estaba abandonado.

Erlendur se tumbó en el suelo, encendió la linterna y, nada más entrar en el hueco, notó el leve calor que desprendían las tuberías. La luz del sol no iluminaba más allá de la entrada. El oscuro túnel se extendía en ambas direcciones y serpenteaba hasta el área de Mosfellsveit, situada a unos cuantos kilómetros de la capital. Las tuberías estaban protegidas por dos muretes de hormigón de un metro de altura sobre los cuales reposaban unas losas de unos tres metros de longitud, levemente convexas y fijadas con cemento. Un hombre de las dimensiones de Erlendur podía arrastrarse fácilmente y quedarse tumbado al calor del agua geotermal, con la espalda pegada a las tuberías.

Enfocó su linterna hacia la izquierda, pero solo vio las tuberías. Lo mismo al girarse hacia la derecha, en dirección a Öskjuhlíð. Allí, cerca de la entrada, era donde Hannibal se refugiaba y también donde Vilhelm estaba durmiendo cuando Erlendur se encontró con él. Þurí había hallado el pendiente debajo de una de las tuberías. Intentando luchar contra su claustrofobia, Erlendur se arrastró un buen trecho por ambos laterales, buscando algún rastro dejado por la mujer del Þórskaffi.

Respiró aliviado al regresar al aire libre. Se agobiaba en los lugares estrechos y cerrados. Examinó la hierba de alrededor, ampliando cada vez más el radio de búsqueda, pero no encontró nada relevante.

Lo único que halló fue una pelota de golf medio enterrada en el

suelo. Descartó que procediera del antiguo club de Öskjuhlíð, que había estado abierto a mediados del siglo pasado. Lo más probable es que fuera mucho más reciente. Recordó al chico que se había encontrado en Kringlumýri y que le había hablado de un hombre que practicaba golf en Hvassaleiti.

Se guardó la pelota en el bolsillo y se marchó a casa. La mañana estaba avanzada y, como en otras tantas jornadas de aquel verano, brillaba un sol radiante. Trataba de alejar de su mente la idea de que Hannibal y la mujer del Þórskaffi se hubieran encontrado. Hannibal dormía en aquella carcasa de hormigón en la época en que ella desapareció. Y era allí donde se había hallado un pendiente que, con toda probabilidad, era suyo.

No era difícil atar cabos.

A Erlendur le costaba imaginar que Hannibal fuera culpable de la desaparición de la mujer, pero no podía descartarlo. No sabía cómo proceder. ¿Debía informar a la policía judicial? ¿Había llegado el momento de hablar de Hannibal, de aquella mujer y del pendiente que había encontrado Þurí?

Erlendur regresaba a casa pensativo mientras se preguntaba qué hacer. Visualizaba a Hannibal sentado en el banco de Austurvöllur, muerto de frío bajo la chapa de Arnarhóll y medio aturdido en el colchón de su sótano. Pensaba en el accidente de Hafnarfjörður y en la muerte de su esposa. ¿Estaría alterado cuando se cruzó con la mujer del Þórskaffi?

No podía descartar esa hipótesis.

Le resultó un alivio no encontrar nada en el interior de la carcasa. Le horrorizaba la idea de que Hannibal hubiera podido ver a la mujer y la hubiera arrastrado a su guarida, de la que ya no pudo escapar.

En todo caso, no había dejado su cuerpo dentro del túnel. Erlendur lo podía constatar.

Continuó su camino recordando la última conversación que había tenido con Hannibal en el calabozo de Hverfisgata, cuando el vagabundo le había hablado de su sufrimiento. ¿Había llegado Hannibal hasta ese extremo y Erlendur debería haberse dado cuenta de que representaba un peligro para sí mismo y para los demás?

Erlendur no lo sabía. Ya no sabía qué pensar.

28

Erlendur había visto a Hannibal por última vez poco antes de que los tres chicos encontraran su cuerpo en el estanque de Kringlumýri. Era una noche entre semana, al final de un turno particularmente tranquilo. Patrullaba en compañía de un agente veterano llamado Sigurgeir y apenas habían recibido avisos. Solo habían detenido a tres conductores por exceso de velocidad, lo que había supuesto, como siempre, perder una inmensa cantidad de tiempo determinando niveles de alcohol en sangre y elaborando informes. También habían atendido una llamada relacionada con un intento de robo en una tienda de la calle Laugavegur, aunque no habían atrapado a los ladrones. Alguien los había visto tratando de forzar la puerta trasera de una relojería. Sin embargo, al ver que no lo estaban consiguiendo, se habían dado por vencidos y se habían dado a la fuga antes de que llegara la policía.

Sigurgeir se metió por Hafnarstræti y en ese momento oyeron por el equipo de radio que habían atrapado a los ladrones de Laugavegur mientras trataban de cometer otro robo. Erlendur había encontrado en el vehículo un número viejo del periódico *Alþýðublaðið* y estaba absorto leyendo un capítulo de *El policía que ríe*, un *thriller* sueco fasciculado sobre una masacre cometida en un autobús de Estocolmo. Erlendur no encontraba el nombre del autor por ninguna parte. Sigurgeir, que conocía la obra, le dijo que estaba escrita por dos novelistas que seguramente eran pareja.

—¿Qué hace ese tipo ahí? —preguntó de pronto, reduciendo la velocidad.

Erlendur levantó la vista del periódico y vio a un hombre tirado en el bordillo de la acera. Vestía un anorak verde.

—¿Hannibal?

—¡Qué ojo tienes! —reparó Sigurgeir.

—Me lo he cruzado más de una vez —le aclaró Erlendur.

Bajaron del coche y caminaron hacia el hombre, que,

efectivamente, resultó ser Hannibal. Se encontraba mal, tenía la cara ensangrentada y llevaba una herida en la cabeza. O bien se había caído de bruces o bien lo habían agredido.

—¡Eh, Hannibal! —dijo Sigurgeir, empujándolo con el pie.

Erlendur se arrodilló junto a él y le cogió la mano. La tenía helada. Intentó despertarlo y lo oyó dar un fuerte gemido.

—¿Llamamos a una ambulancia? —preguntó Erlendur.

—No hará falta —dijo Sigurgeir—. ¿Todo bien, Hannibal?

El vagabundo abrió los ojos y miró a Erlendur.

—Ah, ¿eres tú?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Erlendur.

—¿Se han ido ya? —gimió Hannibal.

—¿Quiénes?

—¡Esos bastardos!

—¿Qué ha pasado?

—Me han pegado una paliza —explicó Hannibal mientras conseguía incorporarse con dificultad y sentarse contra una farola con ayuda de Erlendur—. Eran tres. ¡Sinvergüenzas!

—¿Quiénes eran?

—¡¿Yo qué sé?! No los había visto antes.

—Pero estás bien, ¿no? —le preguntó Sigurgeir—. Puedes andar y esas cosas.

—Sí, estoy bien —respondió Hannibal llevándose la mano al costado con un gesto de dolor. La herida de la cabeza no era muy profunda y había dejado de sangrar.

—¿Crees que tienes alguna costilla rota? —preguntó Erlendur.

—Me han dado patadas en el costado. Y me han pegado en la cabeza. Pero me pondré bien. No es la primera vez que me topo con esa clase de gentuza.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Sí, tranquilo, me recuperaré. No necesito ninguna ayuda. Y menos vuestra.

Este último comentario vino acompañado de una fulminante mirada a Sigurgeir, que sonreía con frialdad, como si las desgracias de Hannibal le trajeran sin cuidado.

—Ven —dijo Erlendur—. Te llevaremos a urgencias para que te hagan una revisión.

—No pienso ir a ningún hospital —protestó Hannibal—. No tengo nada que hacer allí. Estoy bien.

—No vamos a ensuciar el coche metiendo dentro a este pordiosero —señaló Sigurgeir—. Ha dicho que está bien.

—Al menos debería quedarse en comisaría hasta que se recupere —dijo Erlendur mientras ayudaba a Hannibal a ponerse de pie—. Allí podemos observar su evolución y llamar a un médico si hiciera falta.

—No voy a ir a Hverfisgata —protestó Hannibal apoyándose contra la farola.

—Ya lo has oído —dijo Sigurgeir—. Si es capaz de llevarte la contraria, es que está bien.

—¡No me llames pordiosero! —exclamó Hannibal de repente dándole una bofetada a Sigurgeir. A pesar de su estado, actuó tan rápido que el agente no tuvo tiempo de esquivar el bofetón, que le dio en plena mejilla.

—¿Cómo te atreves a pegarme, gilipollas? —dijo Sigurgeir llevándose la mano al rostro. Estaba a punto de devolverle el golpe cuando Erlendur le agarró el brazo.

—Ni se te ocurra.

Sigurgeir miró a su compañero.

—Suéltame —le ordenó.

—Solo si lo dejas en paz.

Sigurgeir alternó la mirada entre Erlendur y Hannibal. Poco a poco, su rabia se fue disipando y Erlendur le soltó el brazo.

—Puedo demandarlo por agredir a un policía —señaló Sigurgeir.

—¿Y qué ganarías? —le preguntó Erlendur—. Tú te vienes con nosotros —le dijo a Hannibal antes de ayudarlo a entrar en el coche.

Sigurgeir los siguió con la mirada sin saber qué hacer hasta que finalmente se puso al volante. Erlendur ayudó a Hannibal a acomodarse en el asiento trasero y él se sentó delante.

—Lo dejaremos en una de las celdas hasta que se recupere.

—¡Déjame en paz! —dijo Hannibal, enfurecido—. Deja de meterte en mi vida.

Iba a bajarse del coche, pero Erlendur lo detuvo y consiguió calmarlo.

—Vas a venir con nosotros. Necesitas que examinen tus heridas.

—¿Te has vuelto de repente una hermanita de la caridad? —protestó Sigurgeir, montado en cólera—. Ya puestos, invítalo a tu casa.

Hannibal no opuso más resistencia y dejó escapar un leve gemido cuando Sigurgeir arrancó bruscamente y salió a toda velocidad hacia la comisaría de Hverfisgata. Todas las celdas estaban vacías y Erlendur ayudó a Hannibal a entrar en una y a acostarse en el catre. El vagabundo se cerraba en banda a ir a urgencias, así que Erlendur decidió llamar a un médico, que llegó enseguida, lo revisó y le curó las heridas. A pesar del dolor en el costado, no parecía tener nada roto. El doctor le dejó unos analgésicos antes de marcharse.

Poco después, Erlendur terminó su turno y se quitó por fin el traje, la gorra, la porra y el cinturón para ponerse de nuevo la ropa de calle. Nunca le había gustado el atuendo de policía y se sentía como un payaso cuando caminaba uniformado por el centro.

Se acercó a la celda de Hannibal, abrió la escotilla y lo vio acostado, mirando al techo. Abrió la puerta y entró.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Hannibal no le respondió. Desprendía el mismo hedor de siempre, una mezcla de olor a orina y otras inmundicias.

—No hace falta que te recuerde que te tomes los analgésicos que te ha dejado el médico —dijo al ver que las pastillas seguían intactas sobre la mesilla.

Hannibal no reaccionó.

—Te echarán al mediodía —le informó Erlendur—. Les he pedido que te traigan algo de comer antes de que te vayas.

Hannibal continuó mirando al techo en silencio.

—Entonces, ¿no sabes quiénes te han agredido? —le preguntó Erlendur.

Hannibal seguía sin responder.

—Podríamos localizarlos. Puedes demandarlos por agresión. Tienes derechos, aunque no te lo creas. Puedes acudir a nosotros cuando lo necesites.

Hannibal negó con la cabeza.

—Bueno, pues en ese caso, me voy —dijo Erlendur—. Que vaya bien. Espero que te recuperes.

Estaba a punto de salir al pasillo cuando oyó que Hannibal se aclaraba la garganta.

—¿Por qué lo haces? —preguntó el vagabundo.

—¿Por qué hago qué? —repitió Erlendur desde la puerta.

—Ayudarme. ¿Qué quieres de mí?

—Nada.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—No tengo ningún problema en hacerlo.

—Pues hazlo.

—Está bien. Lo tendré en cuenta a partir de ahora.

—Pues tenlo. No te metas en mis asuntos.

—De acuerdo.

Hannibal seguía mirando al techo. Erlendur tenía la impresión de que la ira bullía en el interior del vagabundo. Tal vez fuera una ira pasajera debida a la agresión de la que acababa de ser víctima. También tenía motivos para estar furioso por haber sido trasladado a aquella celda en contra de su voluntad, aunque hubiera sido por su bien. O puede que sintiera rabia hacia Sigurgeir por haberlo llamado pordiosero. Sin embargo, Erlendur pensaba que se trataba de una furia fría que venía de lejos, una rabia latente que todavía arrastraba porque su vida no había sido precisamente un camino de rosas.

—¿Qué te ha pasado en la vida? —preguntó Hannibal.

—¿A mí? Nada —respondió Erlendur.

—¿Qué tratas de reparar?
—No sé a qué te refieres.
—¿Estás seguro?
—Sí. ¿De qué estás hablando?
—Estoy hablando de ti —dijo Hannibal.
—No me conoces en absoluto —replicó Erlendur—. ¿Qué tienes que decir de mí?
—¿En qué momento se torció tu vida? —preguntó Hannibal, incorporándose con dificultad.
—¿Qué quieres decir?
—¿De dónde sale esa necesidad tuya de hacer buenas obras?
—De ningún sitio.
—¿Sientes que necesitas una redención? ¿Por eso me ayudas? ¿Para poder limpiar tus pecados? ¿Es por eso? ¿Soy tu penitencia?
Hannibal había alzado la voz y miraba fijamente a Erlendur.
—¿Por qué lo haces? —continuó gritando—. ¿Para conseguir la absolución a través de mí?
—Tú…
—¡Dime!
Erlendur estaba desconcertado.
—¡¿Es esa la razón por la que no puedes dejarme en paz?! —gritó con voz ronca, fuera de sí—. ¡A la mierda tu misericordia! ¡No necesito que sientas pena por mí! ¡No quiero tu piedad! Por mí, puedes irte al infierno. ¡Tú y todos los de tu calaña! No quiero que nadie se apiade de mí. ¡Nadie! ¡Métetelo en la cabeza! ¡¡Nadie!! ¡¡Nadie!!

29

Hannibal se dejó caer sobre el catre con una mueca de dolor mientras se agarraba el costado con las manos y dejaba escapar un agudo gemido. Erlendur dudó un momento antes de salir y cerró la puerta sin echar el cerrojo. No entendía lo que acababa de pasar, pero pensó que lo mejor era acceder a su petición y dejarlo solo. Desconcertado ante la repentina furia de Hannibal, se alejó distraído por el pasillo. Las palabras «redención» y «penitencia» todavía resonaban en su cabeza mientras salía de comisaría para volver a casa. Ya llevaba recorrido un buen trecho cuando un compañero que había salido corriendo tras él le dio alcance y lo detuvo, sacándolo de sus cavilaciones.

—El sintecho quiere hablar contigo —le comunicó el agente, que se había quedado sin aliento después de su acelerada carrera.

—¿El sintecho?

—El vagabundo que has dejado en una celda. Dice que quiere hablar contigo.

—¿Ah, sí?

—Sí, te está llamando. Estaba en el pasillo dando gritos y pedía verte. Huele que apesta.

—Dile que me he ido.

—No atiende a razones. Quiere hablar contigo y no nos va a dejar en paz hasta que lo consiga.

Erlendur se lo pensó. No tenía ganas de hablar con Hannibal mientras estuviera en ese estado.

—Nos ha amenazado. Hemos tenido que encerrarlo en la celda —añadió el policía.

—No podéis encerrarlo —señaló Erlendur—. No está detenido. Le agredieron. Puede irse cuando quiera.

—No se irá hasta que hable contigo.

Erlendur negó con la cabeza.

—Vale —dijo el agente—, ya lo echamos.

—No lo echéis todavía. Necesita un poco de tiempo para recuperarse.

—¿Y si vienes, hablas con él para calmarlo y todos contentos? ¿No te parece lo más sencillo?

Poco después, Erlendur regresó a la celda. Hannibal estaba sentado en el catre con la cabeza agachada y se levantó al ver entrar al agente. Se pasó la mano por el pelo en un extraño intento de mejorar su aspecto. Erlendur pensó que sería una vieja costumbre, un hábito procedente de una época anterior que, curiosamente, todavía conservaba. Aun si aquella época pertenecía a un pasado remoto, todavía mantenía ese gesto, un vestigio del respeto que una vez había tenido por sí mismo y que ahora prácticamente había perdido. Su anorak verde, mugriento tras años de mala vida en las calles y rasgado por las palizas como la que había recibido esa noche, parecía formar parte de su cuerpo. Lo llevaba ceñido a la cintura mediante un cinturón de cuero negro y por uno de los bolsillos asomaba un gorro de lana. Llevaba una fina bufanda verde anudada al cuello y vestía unos pantalones negros y anchos cuyos bajos estaban metidos por dentro de unos gruesos calcetines de lana que asomaban por encima de unas botas militares sin cordones. Su rostro, sucio y pálido, estaba surcado por unas profundas arrugas que no eran sino un signo de la lucha por la supervivencia que libraba en los rincones más oscuros de la ciudad. Si la alegría había iluminado aquel rostro alguna vez, había sido mucho tiempo atrás. Sus ojos, duros y grises, parecían dos rocas desgastadas por el azote de los elementos.

—Gracias por haber vuelto —dijo Hannibal.

—¿Qué querías? —le preguntó Erlendur.

—Me gustaría pedirte disculpas por la forma en que me he comportado antes. Ha estado fuera de lugar. Quiero que sepas que nada de lo que he dicho iba en serio. Espero que puedas perdonarme el arrebato.

—No tienes por qué pedirme perdón —dijo Erlendur—. No nos conocemos. Puedes decirme lo que quieras. No pasa nada.

—Aun así, me gustaría que me perdonaras —insistió Hannibal—. Te has portado bien conmigo y no tenía por qué ponerme así contigo. Sé… sé que tienes buena intención y no tengo ningún derecho a faltarte al respeto. Lo que pasa es que no llevo bien que se metan en mi vida. No soporto que me digan lo que tengo que hacer.

—Ni se me ocurriría decirte lo que tienes que hacer.

—No, ya lo sé.

—¿Era la primera vez que los veías? —preguntó Erlendur.

—¿A quiénes?

—A los que te han agredido.

—A esos, sí —respondió Hannibal—. A otros los tengo más vistos.

—¿Y no tienes ni idea de quiénes eran?

—No.

—¿O de qué edad tenían?

—Jóvenes. Eran jóvenes. Llevaban buenos zapatos. Me fijé en ellos cuando empezaron a pegarme patadas. No es la primera vez que unos críos... que unos críos tratan de provocarme. Normalmente no les hago caso, pero a veces cometo la estupidez de enfrentarme a ellos y casi siempre salgo perdiendo.

Hannibal se sentó en el catre y se llevó la mano al costado conteniéndose un gemido.

—Pero no van a poder conmigo. Ni ellos ni los que intentaron prenderle fuego a mi sótano.

—¿Quieres decir que alguien provocó el incendio intencionadamente?

—Frímann se empeña en acusarme a mí. Pero yo no fui, créeme.

—¿Y sabes quién fue?

—Tengo mis sospechas —respondió Hannibal—. Va a ser verdad que me tengo que tomar estas pastillas —dijo alcanzando los analgésicos—. No eres de Reikiavik, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Eres de algún pueblo?

—Me mudé aquí cuando tenía doce años —le explicó Erlendur.

—¿De dónde eres?

—De los fiordos del este. De Eskifjörður.

—Ah, yo estuve ahí una vez. Un pueblo muy bonito. ¿Te gusta Reikiavik?

—No está mal.

—Solo «no está mal», ya veo —comentó Hannibal—. ¿Por qué te mudaste?

—Vine con mis padres —respondió Erlendur sin dar más explicaciones.

—Yo nací aquí, en Reikiavik. Soy del barrio de Laugarnes. Llevo aquí toda mi vida y no podría vivir en ninguna otra parte.

—¿A pesar de todo?

—Sí. Yo soy el único culpable de mi situación. De alguna manera, la vida nos da unas cartas a cada uno y soy el primero en admitir que no jugué bien las mías.

—¿Por qué has hablado antes de redención? —preguntó Erlendur.

—Eso ha sido una tontería por mi parte. Siempre tengo que soltar alguna estupidez. No me hagas caso.

—¿Estás seguro?

—Sí. Preferiría no hablar de ello, si no te importa.

—¿Crees que no has hecho suficiente penitencia por algo?

—Te he dicho que preferiría no hablar de ello.

—¿Es esto algún tipo de autocastigo? ¿Vivir en la calle?

Hannibal no le respondió y Erlendur lo dejó estar.

—Tú encajas tan poco como yo en esta ciudad —dijo Hannibal tras un largo silencio.

—Yo no diría tanto.

—¿Es por eso por lo que me tienes lástima?

—Simplemente no quiero que te mueras de frío.

—¿Qué más te da a ti?

—¿Por qué debería darme igual?

—A nadie le importa si estoy vivo o muerto. No sé por qué debería importarte a ti. ¿Por qué se marchó tu familia de los fiordos? ¿Qué pasó?

—Mis padres querían mudarse a la capital.

—¿Por qué?

—Por distintas razones.

—¿Y no me las quieres contar?

—No veo que sea asunto tuyo.

—No, claro que no —dijo Hannibal bajando la voz, con aire avergonzado—. Perdona. No es asunto mío. Tengo la manía de meter las narices donde no me llaman. Desde siempre. No sé de dónde habré sacado esa mala costumbre.

Volvió a pasarse instintivamente la mano por el pelo para recolocar unos mechones inexistentes. Con aire abatido, miraba fijamente la pared de la celda, como si fuera uno más de los muros que había levantado alrededor de su vida y entre los que había vivido encerrado por voluntad propia desde tiempos inmemoriales.

—Da igual estar vivo que muerto —dijo pensativo. Las palabras salieron de su boca como un susurro.

—¿Cómo dices?

—Yo mismo le pondría fin si no fuera tan cobarde —murmuró Hannibal.

—¿Poner fin a qué? —preguntó Erlendur.

—A esta tristeza —susurró Hannibal sin desviar la mirada de la pared—. A esta maldita tristeza.

30

La mujer del Þórskaffi se llamaba Oddný y tenía treinta y cuatro años cuando desapareció. Nacida en Reikiavik y criada en el barrio de Þingholt, había abandonado el bachillerato dos años después de haberlo empezado para ponerse a trabajar. Antes de obtener su puesto en la inmobiliaria había trabajado en distintos lugares, incluida la tienda de alimentación de la calle Hafnarstræti, donde había conocido a quien luego se convertiría en su marido, un estudiante de Empresariales que trabajaba allí en verano. Se casaron, pero no tuvieron hijos. Cuando él se licenció, consiguió trabajo en el banco Alþýðubankinn y después en una caja de pensiones. Ella nunca dejó de trabajar y entre los dos ahorraron lo suficiente para poderse comprar una casa en el barrio de Fossvogur, donde se instalaron tres años antes de que ella desapareciera.

—Los dos eran muy trabajadores —recordó la mujer con una sonrisa—. Eso es así. Qué pena que no pudieran tener hijos. Ella se moría por ser madre. Lo mencionaba a menudo. Me contó que se habían hecho todo tipo de pruebas y, bueno, no sé si debería estar aquí chismorreando, pero...

—¿Pero qué? —dijo Erlendur.

—Se ve que el problema era de él. O eso me dijo ella. Aunque no sé cuánto hay de cierto.

Erlendur asintió. En la pared que había detrás de la mujer colgaba una gran fotografía del centro de Londres bajo tres relojes que indicaban la hora en Moscú, París y Nueva York. La mujer sentada frente a él trabajaba en una importante agencia de viajes del centro y se dedicaba a vender billetes de avión a cualquier parte del mundo. Conocía a Oddný desde hacía tiempo, habían trabajado juntas en la misma inmobiliaria, aunque luego ella se había cambiado a la agencia de viajes porque le ofrecían mejores condiciones laborales.

—Fui yo quien le consiguió trabajo en la inmobiliaria —explicó la mujer—. Se le daba muy bien. Tenía don de gentes y sabía ganarse la

confianza de los clientes.

El nombre de la mujer era Ástríður y era uno de los principales testigos del caso. Había estado en el Þórskaffi con sus antiguos compañeros de trabajo y había sido una de las últimas personas que habían visto a Oddný con vida. Erlendur había vuelto a revisar los informes policiales y había anotado el nombre de una serie de testigos y personas relacionadas con el caso para preguntarles sobre lo ocurrido aquella noche. La investigación todavía estaba en curso, por lo que sus preguntas no tenían por qué levantar ninguna sospecha. Le bastaba con decir que era de la policía. Todavía no se habían hallado razones de peso para tratar la desaparición como un caso criminal, aunque algunas voces apuntaban en esa dirección.

Erlendur no tenía autoridad oficial para investigar la desaparición de la mujer, pero tampoco pensaba que necesitara ningún permiso especial para realizar una investigación a nivel personal. No le preocupaba lo que pudiera pasar si sus superiores se enteraran de sus movimientos. Cualquier persona podía recabar información por su cuenta. En todo caso, Erlendur consideraba que estaba velando por los intereses de Hannibal. Si alguien le dijera algo, se limitaría a dar a conocer el hallazgo del pendiente. Tenía la intención de mostrar la joya en algún momento, pero primero quería dilucidar, dentro sus posibilidades, si Hannibal tenía algo que ver con la muerte de la mujer. Pretendía enfocar el caso desde esa perspectiva y lo último que quería era que se informara a la prensa de que aquel vagabundo había sido la última persona en ver a Oddný o, peor aún, que probablemente era él quien le había quitado la vida. Esperaba evitar que se levantaran tales sospechas, pero sabía que no iba a ser tarea fácil. También era consciente de que no podía mantener en secreto el hallazgo del pendiente mucho tiempo más. Sabía que en cuanto lo mostrara y desvelara su procedencia, el caso dejaría de abordarse como una mera desaparición para convertirse en una auténtica investigación criminal.

—¿Afectaba a su relación? —preguntó Erlendur.

—¿El qué?

—Que no pudieran tener hijos.

—No, bueno, de hecho, el otro día nos preguntábamos en el club de costura si no se habría echado un nuevo amante. Ya sabes que ese tipo de chismorreos están a la orden del día y que siempre corre algún rumor. Así que no estoy segura. Yo la conocía bastante bien y a mí no me había contado nada, así que... yo creo que eran todo habladurías. Pero decíamos que, de tener uno, igual era ese hombre con quien se encontró en el Þórskaffi aquella noche —dijo Ástríður antes de añadir bajando la voz—: El del retrato robot.

Erlendur asintió de nuevo. La familia de Oddný había recibido el

retrato robot de uno de los clientes del Þórskaffi elaborado a partir de una descripción que había dado su amiga de la infancia. El retrato se había publicado en la prensa y había salido en la televisión. La joven había visto a Oddný hablar con un hombre justo antes de salir del local y se lo había descrito a un dibujante. Gracias a la publicación de la imagen, algunas personas que habían estado en el bar pudieron aportar alguna pista más, aunque ninguna fue realmente concluyente.

—Ese retrato hizo que saliera a la luz que Oddný le había sido infiel a su marido una vez —señaló Erlendur.

—Sí, salió en la prensa —recordó Ástríður, indignada—. Mira que publicar algo así... Pobre gente.

—Aquella infidelidad se había dado en un contexto parecido. Por eso se consideró un dato importante.

—Sí, había conocido a su amante saliendo de fiesta —dijo Ástríður —. Pero solo ocurrió una vez.

Erlendur sabía que la policía había interrogado en profundidad al antiguo amante de Oddný para asegurarse de que no había estado en el Þórskaffi y que no la había visto en toda la noche. Se habían conocido tres años antes en el club Röðull y se habían acostado. Tras dos o tres encuentros más, ella había decidido poner fin a la relación, a pesar de que él prefería mantenerla. Al enterarse de todo, el marido de Oddný había montado en cólera y había amenazado con abandonarla, pero más tarde las cosas se calmaron y, en principio, ella no volvió a ver a su amante nunca más.

—¿Qué la llevó a querer tener una aventura? —preguntó Erlendur.

—Ni idea —respondió Ástríður—. Yo no me enteré de la historia hasta que la leí en el periódico.

—¿Y te ha llegado algún rumor de que le hubiera vuelto a ser infiel a su marido?

—Puede que hubiera hecho algo más que hablar con el hombre que conoció en el Þórskaffi. A lo mejor pasó algo más entre ellos y se marcharon juntos. En cualquier caso, en el club de costura nos parece un tanto extraño que ese hombre no se haya puesto en contacto con la policía.

—Entonces, ¿crees que pasaban por alguna crisis matrimonial?

—Que yo sepa, no tenían ningún problema. Al menos ella no se quejó nunca de nada. Conozco muy bien a su marido. A veces las del club de costura salimos juntas con nuestros maridos y él siempre me pareció muy majo. Pero ya ha dejado de venir, claro. Le hemos dicho que se pase algún día, pero él... bueno, ha pasado por momentos muy duros y...

—¿Qué?

—Nada, creo que lo está afrontando muy bien para la tragedia que ha vivido.

—¿Todavía vive solo?

—Que yo sepa, sí. Al menos, de momento. Ya sabes, la vida sigue.

—Sí —dijo Erlendur levantando la mirada hacia la gran fotografía de Londres—. Supongo.

31

Rebekka estaba cerrando el consultorio cuando Erlendur se pasó por allí a mitad de tarde. Ya no quedaban pacientes y los médicos se despedían de ella a medida que se marchaban. Le pidió a Erlendur que esperara un momento y, cuando terminó de recoger, salieron a la calle, caminaron hacia el lago bajo un sol radiante y se sentaron en un banco junto al teatro Iðnó. Erlendur sacó el pendiente de su bolsillo y se lo tendió.

—¿Qué es esto? —preguntó Rebekka.

—El pendiente que encontraron en el lugar donde se refugiaba Hannibal —explicó Erlendur.

—Ah, ¿al final te has hecho con él?

Rebekka examinó la joya en la palma de su mano.

—¿Te suena? —le preguntó Erlendur.

—No. ¿De quién...?

—¿Estás segura?

—Sí, totalmente segura —respondió Rebekka con firmeza—. ¿Lo encontraron entre las cosas de Hannibal?

—No, no era de Hannibal. Pero creo saber de quién era y me parece muy extraño que lo encontraran allí.

—¿Y de quién era?

—¿Seguro que no te suena de nada?

—Seguro. Es la primera vez que lo veo. ¿Era de alguna amiga de Hannibal? ¿De alguien que le hubiera hecho una visita? ¿Qué quieres decir con que te parece muy extraño? ¿Qué es lo que te extraña?

—Lo más seguro es que la dueña del pendiente esté muerta. Y puede que hubiera estado con Hannibal la noche en que desapareció.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? ¿La mujer desapareció?

—Se llamaba Oddný. Puede que oyeras su nombre en las noticias.

Rebekka se concedió unos segundos para hacer memoria.

—¿Te refieres a la mujer del Þórskaffi?

Erlendur asintió.

—¿Estuvo allí, en la carcasa de las tuberías?
—Puede ser.
—¿Cómo...? ¿Qué...?
—Ha pasado un año desde su desaparición y la policía todavía no sabe si se trata de un suicidio o de un homicidio. Desapareció el mismo fin de semana en que encontraron el cuerpo de Hannibal en Kringlumýri. Nunca se estableció una conexión entre ambos casos. No había ninguna razón para hacerlo. Pero hace poco hablé con una amiga de tu hermano y me contó que había entrado en su escondite poco después de su muerte. Allí encontró el pendiente y se lo llevó. Me temo que no se puede descartar la posibilidad de que Oddný hubiera estado con Hannibal la noche en que desapareció.
Rebekka miró a Erlendur, horrorizada. Bajó la mirada hacia el pendiente y sacudió la mano de repente, como si la joya le hubiera quemado. El pendiente cayó al suelo y Erlendur se agachó para recogerlo. Consciente de que podía reaccionar así, había tratado de medir sus palabras para mitigar el impacto de la noticia, pero no lo había conseguido. Tal vez no fuera posible.
—¿Y... lo sabe la policía? —balbuceó Rebekka—. Bueno, supongo que sí, claro. Eres policía.
—Aún no he dado a conocer su existencia. Pero no puedo seguir mucho más guardándolo en secreto. La mujer que lo encontró no vio razones para acudir a la policía, así que, de momento, su hallazgo queda entre ella y yo.
—¿Estás insinuando que Hannibal...? ¡¿Que Hannibal está implicado en la desaparición de la mujer del Þórskaffi?!
—No necesariamente. Puede que tu hermano hubiera encontrado el pendiente en cualquier otra parte, lo hubiera cogido y se lo hubiera llevado. O puede que el pendiente hubiera estado bajo las tuberías desde el principio y que él nunca se hubiera fijado. En tal caso, no tendría por qué haberle hecho nada a Oddný. Pero, por otro lado...
—¡Crees que le hizo algo!
—Yo no he dicho eso.
—Pero lo piensas.
—¿Y tú? ¿Lo ves posible?
—¡Por el amor de Dios, no! No puede ser. De ninguna manera. ¡Hannibal nunca le habría podido hacer nada a esa mujer! No puedo... ¿Y qué tendría que ver eso con que Hannibal se ahogara ese mismo fin de semana? ¿Quieres decir que la desaparición de Oddný y la muerte de mi hermano están relacionadas?
—El pendiente es de Oddný y fue hallado en el refugio de Hannibal. Son dos hechos incontestables. Otra cosa es cómo interpretarlos.
—Ella desaparece. Él se ahoga. ¿Qué relación crees que puede

haber?

—Es tentador relacionar las dos cosas —admitió Erlendur.

—Supongo que tendrás que contar lo del pendiente.

—Sí, lo haré pronto.

—¿Crees que vas a poder descubrir la verdad? —le preguntó Rebekka—. ¿Vas a poder averiguar si Hannibal le hizo algo a esa mujer antes de que te veas obligado a contarlo todo?

—Eso es lo que me gustaría, pero no puedo guardar el secreto muchos más días.

—Hazlo por mí, Erlendur —suplicó Rebekka—. Hannibal no era así. No habría sido capaz. Nunca.

—Voy a...

—En cuanto menciones lo del pendiente, todo el mundo va a pensar que él mató a esa pobre mujer. La verdad nunca saldrá a la luz. Nunca sabremos lo que sucedió realmente y la gente siempre pensará que el culpable fue Hannibal. Tienes que ayudarme, Erlendur. No le hizo daño a nadie. Tienes que creerme. ¡No le hizo nada a nadie!

—Haré lo que pueda, pero me veo en una situación muy difícil...

—Lo entiendo perfectamente, pero...

Sus palabras se desvanecieron.

—Tienes que ayudarme —continuó tras un breve silencio—. Por favor. Averígualo antes de que sea demasiado tarde.

32

Al parecer, la policía no había visto razones para interrogar a Ingunn, otra amiga de la infancia de Oddný. Ama de casa y madre de cuatro hijos, vivía en un adosado de nueva construcción en Breiðholt, un barrio de las afueras cuya expansión se había acelerado en los últimos años. Todo era nuevo, tanto las calles como las casas y los jardines. En muchas parcelas todavía reinaba el caos y se accedía a las viviendas por tablones de madera, a veces cubiertos por alfombras con la intención de mantener limpias las entradas. Lo único viejo de todo el barrio eran los coches, ya que muchos de los nuevos inquilinos habían tenido que vender sus vehículos para poder pagar las obras y ahora tenían unos carricoches que apenas arrancaban por las mañanas. Erlendur vio pasar un buen ejemplar mientras se acercaba a casa de Ingunn: el motor del automóvil se caló de repente y el vehículo volvió a arrancar entre chasquidos antes de doblar la esquina, envuelto en una nube de humo azul.

Erlendur había llamado a Ingunn para avisarla de su llegada y ella lo estaba esperando con un café y unas rebanadas de bizcocho. Sus cuatro hijos estaban fuera jugando en las obras y su marido estaba trabajando. En el salón había fotos de toda la familia.

—Ya veo que seguís investigando el caso de Oddný —dijo mientras le servía una taza de café—. Me imagino que estaréis haciendo lo indecible por averiguar lo que le pasó.

—Así es, la investigación sigue en curso. La policía no te había interrogado, ¿verdad?

—No... nunca se pusieron en contacto conmigo, y tampoco sé hasta qué punto voy a poder ayudarte. Para serte sincera, es la primera vez que hablo con un agente. Mi marido siempre me animó a que hablara con vosotros, pero... creo que ya corren bastantes rumores sobre la pobre Oddný.

Erlendur se había presentado al teléfono como un policía que estaba investigando el caso por su cuenta, al margen de la

investigación oficial. Ingunn no había mostrado mayor curiosidad y no le había pedido más explicaciones. De aire calmado, hablaba tan bajito que apenas se la entendía. Le explicó que Oddný y ella habían vivido en la misma calle cuando eran pequeñas y que siempre habían procurado saber la una de la otra. Habían ido al mismo instituto, pero, a diferencia de Oddný, Ingunn había continuado sus estudios y había completado el bachillerato. Sin embargo, en aquella época tenía pareja y estaba embarazada, así que, en lugar de ir a la universidad, se hizo ama de casa y animó a su marido, ahora médico, a que continuara estudiando.

—Siempre me hubiera gustado estudiar Filología Islandesa —confesó con una sonrisa.

—¿Sabes por qué Oddný abandonó la secundaria al cabo de dos años? —le preguntó Erlendur.

—Bueno, a mí no me sorprendió. No le gustaba estudiar y no tenía dinero. Se pasaba el día de pingo. Suspendía todos los exámenes, así que lo dejó, y nunca se arrepintió. Para trabajar no era ninguna vaga, eso sí. Si no trabajaba de una cosa, trabajaba de otra. Pero hincar codos no era lo suyo. En aquel entonces vivía con sus padres y ayudaba con los gastos de la casa. Normal. Era de familia pobre. Sus padres no tenían nada.

—Y, unos años después, se casó.

—Sí, con Gústaf.

—¿Hubo otros hombres antes que él?

—Sí, alguno que otro. Pero nada serio hasta que apareció Gústaf. Enseguida se pusieron a vivir juntos.

—¿Tuvieron hijos?

—No, muy a su pesar. Siempre había soñado con ser madre. Pero eso no llegó a ocurrir, por desgracia. A veces me lo mencionaba.

—¿Sabes cuál era el problema?

—No, no exactamente. Ella... él no quería que Oddný lo fuera diciendo por ahí. Recuerdo que una vez, saliendo de fiesta, ella me dijo algo al respecto y él se puso hecho una furia. Nunca lo habíamos visto con ese genio. Era un tema delicado para él, como es comprensible.

—Oddný lo engañó una vez.

—Así es.

—Y la vieron hablar con un extraño en el Þórskaffi antes de que desapareciera.

—Sí, eso he leído.

—¿Sabes algo de ese hombre?

—No.

—¿Sabes si había ocurrido más veces?

—¿Que estuviera con otros? No. ¿Conocía de algo a ese hombre

del Þórskaffi?

—No —respondió Erlendur—. No se ha puesto en contacto con nosotros y no sabemos nada de él. Su retrato robot tampoco nos ha ayudado mucho. No podemos asegurar que esté involucrado en el caso. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Oddný?

—Una semana antes de su desaparición, en un club de costura que tengo con unas amigas desde hace diez años. La vi como siempre, alegre y jovial. Me llevó a casa y… nunca más la volví a ver.

—¿Por qué quería tu marido que hablaras con la policía?

—¿Qué quieres decir?

—Antes has dicho que tu marido te animaba a hablar con nosotros. Y que ya corrían bastantes rumores sobre Oddný.

Ingunn frunció el ceño, como si fuera reacia a hablar de la vida privada de su amiga. Hasta ese momento había respondido a las preguntas del agente con prudencia y suspicacia, procurando no decir más de la cuenta.

—No sé hasta qué punto puede ser relevante —dijo Ingunn.

—¿El qué?

—Una cosa que me contó un año y medio antes de que desapareciera. Solo me la mencionó una vez. Me acuerdo de que más tarde le volví a preguntar, pero cambió de tema inmediatamente. Aunque… no sé si importa. Como digo, ya se rumorea bastante sobre lo de su amante y su matrimonio. Me hizo prometerle que nunca se lo contaría a nadie. Le daba mucha vergüenza. No podía soportar la idea de que todo el mundo se enterara. He tenido siempre la intención de hablar con los investigadores del caso, y mi marido… pero es que no me atrevo. Por ella, ¿entiendes? Estaba dolida, abatida. También enfadada, con él y con ella misma por no poder haber hecho nada al respecto.

—¿Qué te contó?

—Siempre trato de no darle más vueltas de las necesarias. No sé si tiene algo que ver con lo que sucedió, pero…

—¿Qué?

—Gústaf… la maltrataba —respondió Ingunn—. La acosaba, la humillaba y le levantó la mano al menos en dos ocasiones.

—¿Cómo?

—Debería habéroslo comunicado. Mi marido… Cuando se lo conté, me dijo que acudiera a la policía. Pero no lo hice y todavía me pesa…

—¿Descartas que se quitara la vida?

—Bueno, eso fue lo primero que pensé. Y aunque la idea me da escalofríos, me parece todavía peor pensar que alguien la pudiera matar.

—Su marido declaró que había estado en una reunión del Club de Leones aquella noche.

—No he sabido nada de él desde que pasó todo. Organizó un oficio para conmemorar un año de su desaparición, pero yo no me vi con fuerzas para ir.

—No ha cambiado sus declaraciones.

—No veo por qué debería hacerlo.

—¿Crees que Oddný le tenía miedo?

—Si se lo tenía, a mí no me dijo nada. Pero, si es verdad que la trataba como me contó, no le habrían faltado motivos. Pero me hizo prometerle que no se lo contaría a nadie. Tenía miedo de que la gente se enterara. Quería evitarlo a toda costa.

—Otra cosa, ¿sabes si conocía a un hombre llamado Hannibal?

—¿Hannibal? No, que yo recuerde. ¿Quién es?

—Es un nombre que ha surgido en relación con el caso. Puede que no tenga ninguna relevancia. ¿Nunca te mencionó a nadie con ese nombre?

—No.

—¿Crees que el marido pudo tener algo que ver en su desaparición?

—No sabría decirte. Oddný me lo contó en confianza. Yo le prometí que no se lo contaría nunca a nadie y ahora acabo de faltar a mi palabra. Ella quería dejarlo, pero él le dijo que no se lo permitiría.

—¿Piensas que por eso buscaba a otros hombres?

Ingunn asintió.

—Creo que sí. Oddný me dijo que debería haberse ido en cuanto empezó todo.

33

Ella sonrió al verlo entrar por la puerta de Hressingarskálinn, la cafetería donde habían quedado. Una fina lluvia caía sobre la ciudad. Él se sacudió la gabardina, caminó hacia la mesa y se sentó. Si Halldóra estaba esperando recibir un beso, no le quedó más remedio que quedarse con las ganas. Erlendur nunca daba ese tipo de muestras de afecto en público. A veces ella le cogía la mano mientras paseaban por el centro, pero él no tardaba en encontrar cualquier excusa para retirarla, guardársela en el bolsillo o tocarse el pelo. No parecía necesitar el contacto físico.

—Vaya día de perros —comentó ella.

—Debería escampar por la noche. Dan buen tiempo para mañana.

Erlendur paseó la mirada por el local. Hressingarskálinn, más conocido como Hressó, era uno de los pocos cafés que había en el centro. En él se daban cita artistas, actores, poetas y periodistas que escribían, charlaban, leían los periódicos y filosofaban sobre todo lo habido y por haber. Allí se había atrincherado durante un tiempo Steinn Steinarr, a quien Erlendur consideraba el gran poeta de todos los tiempos. También había visto alguna vez a Tómas Guðmundsson, otro poeta, hablando con algún amigo. Además, en Hressó tenían un buen menú y Erlendur se pasaba de vez en cuando al mediodía para comer algo, leer la prensa y observar a la gente.

—¿Qué me dices de unos gofres? —sugirió Halldóra—. ¿Y de un chocolate caliente con nata?

—Gofres y chocolate con nata —repitió Erlendur—. Qué más se puede pedir.

—¿No te parece lo ideal cuando el día está así? —dijo ella con una sonrisa.

—Totalmente.

Después de pedir, Halldóra sacó un paquete de tabaco, invitó a Erlendur a un cigarrillo y fumaron un rato en silencio hasta que ella le habló de una película que había visto con sus amigas en Tónabíó. Le

contó la trama por encima y le describió a los actores. A él le sonaba el nombre de la actriz, Shirley MacLaine, pero no el de la película, *Irma la dulce*. Apenas iba al cine.

Disfrutaron de sus gofres y de su chocolate caliente. La cafetería no estaba muy concurrida y los pocos clientes que había conversaban en voz baja. Halldóra le contó que había conseguido el puesto de operadora en el departamento internacional de la compañía telefónica. Tenía ganas de aprender a conectar las líneas nacionales con el extranjero. Ella le preguntó a Erlendur por sus turnos de noche y él le contó sin mucho entusiasmo los incidentes más destacados. De hecho, se centró solo en lo más deprimente: los robos, los conductores ebrios y los accidentes de tráfico. No le había hablado de Hannibal ni de su investigación personal. Sabía que más tarde o más temprano tendría que informar en comisaría sobre sus averiguaciones.

—¿No estás harto de trabajar de noche? Te debe de alterar las horas de sueño.

—Qué va. En el fondo, me gusta. Mis compañeros son muy majos y los turnos se me pasan volando.

No era la primera vez que se lo preguntaba. Halldóra se preocupaba por él, pero Erlendur sabía que ahora simplemente se lo preguntaba por mantener viva la conversación.

—¿Te refieres a Garðar y a Marteinn?

—Sí. Muy buena gente.

—¿No te toca patrullar nunca con alguna de las mujeres que acaban de ingresar en el cuerpo?

—No —dijo Erlendur con una sonrisa.

—¿Crees realmente que es un trabajo para mujeres? ¿Y si las ataca algún descerebrado? ¿No es un poco peligroso?

—Yo no lo veo así. Es verdad que no todo el mundo está contento con que ahora haya mujeres patrullando, pero a mí me parece que ya era hora. A menudo se dan situaciones en las que es mejor que intervenga una mujer.

—¿Crees que yo podría ser policía?

—Sin ninguna duda —respondió Erlendur con una sonrisa.

Halldóra se echó a reír y ambos tomaron un nuevo sorbo de chocolate. Erlendur percibió que algo la inquietaba, como si quisiera decirle algo pero no encontrara la manera. O como si le diera vergüenza.

—Esto... me estaba preguntando si...

Halldóra buscaba la mejor forma de expresarse.

—¿Si...?

—Nada... he estado pensando que si quisieras... si te apeteciera... no sé... ¿podríamos alquilar algo juntos? Solo quería plantear la posibilidad. Nos evitaríamos pagar una mensualidad entera cada uno.

Creo que... sí, creo que podríamos ahorrar bastante dinero... y, bueno, además pensé que tendría sentido.

Erlendur le dio un mordisco a su gofre. Conocía el pequeño apartamento que alquilaba Halldóra en el semisótano de una vivienda unifamiliar de Breiðholt. Ella siempre se quejaba de lo pequeño que era y de lo lejos que estaba de todo. Y ahora que empezaba a trabajar en la compañía telefónica, cuya sede estaba en el centro, le venía todavía peor vivir en la periferia.

—Además, me van a echar del piso —continuó Halldóra—. Se ve que la hija de los dueños lleva dos años estudiando en el extranjero y se quiere volver. Así que me han dicho que tengo que mudarme antes de otoño.

Erlendur guardó silencio.

—Me parecía bien planteártelo —añadió Halldóra—. ¿Qué me dices?

—Yo...

—Nos conocemos, o llevamos juntos, como quieras llamarlo, desde... no sé cuánto tiempo y tal vez vaya siendo hora de dar algún paso. De tomar decisiones. De darle forma a esto, ya sabes...

Erlendur no había pensado mucho en darle un nuevo enfoque a su relación. Ni le daba muchas vueltas a su evolución, en general. Se habían visto con bastante frecuencia, o bien en casa de ella, en Breiðholt, o bien en la suya, en Hlíðar, lo cual les venía mejor cuando quedaban para dar una vuelta por el centro. Hasta entonces nunca habían hablado de planes de futuro. Un día había cedido y había aceptado conocer a sus padres. Pensaba que Halldóra estaba contenta con la situación tal como estaba. En todo caso, nunca le había pedido más. Hasta entonces.

A Halldóra no le pasó desapercibida su confusión.

—Solo es algo que se me ha ocurrido —dijo, echando marcha atrás—. Si no quieres, no pasa nada. Puedo buscar piso en otro sitio. Evidentemente, Breiðholt es lo más barato, pero me queda muy lejos del trabajo. Así que... tengo que estudiar bien la situación.

—No, si lo que dices tiene sentido. Es solo que necesito darle unas vueltas —respondió Erlendur—. No me lo esperaba. Perdona si... No había pensado en todo esto. No habíamos hablado antes de estas cosas. Es la primera vez que lo mencionas.

—Eso es verdad.

—Por eso... me pillas desprevenido.

—Sí, lo sé, no es más que una idea —insistió Halldóra, un poco más animada—. Piénsatelo. No te preocupes. No pasa nada. Necesitas tiempo para digerirlo. Es normal. Debería haberte dado alguna señal antes. Siento habértelo soltado así, de repente.

—No hay nada que perdonar, Halldóra.

—Podría haber sacado mejor el tema.

—Lo has hecho muy bien.

—Estaba un poco nerviosa por la cita de hoy.

—¿Nerviosa? ¿Por esto? No tenías por qué.

Extendió la mano y la posó sobre la de ella, como para enfatizar sus palabras.

—Solo quería saber qué pensabas. Me parecía importante, tal y como están las cosas.

—Por supuesto.

—Y luego está lo otro —añadió Halldóra.

Al ver que todavía estaba algo inquieta, Erlendur pensó que sus palabras no habían bastado para calmarla. Los clientes de la mesa de al lado se levantaron y se aventuraron en la llovizna. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire helado recorrió la cafetería.

—Primero tenía que quitarme esto de la cabeza, lo de nuestra relación.

—Bueno, pues ya lo has hecho.

—Sí.

—¿Y qué es «lo otro»?

—Creo que estoy embarazada —le anunció Halldóra.

34

Cuando la lluvia escampó y el viento dejó de soplar, Erlendur caminó hasta la antigua turbera de Kringlumýri. Bordeó los estanques, cuyas aguas estaban en calma bajo la quietud de la tarde, y continuó hasta Hvassaleiti, siguiendo el mismo camino que ya había recorrido después de haber hablado con el chico de la bicicleta, el que había hallado junto con sus amigos el cuerpo de Hannibal. El niño le había mencionado que había visto a un hombre practicar golf cerca de su casa, en Hvassaleiti. Erlendur había querido hablar con él desde entonces, pero todavía no lo había hecho.

Paseó entre los adosados y las casas del vecindario. Había niños jugando en la calle, pero no vio a su amigo de la bici. Los chavales habían salido corriendo en cuanto había dejado de llover y jugaban a la pelota y al escondite. Mientras tanto, los vecinos también habían salido a pasear y hablaban de la inflación o se preguntaban si asistirían a la gran celebración que se preparaba en Þingvellir. «Depende de qué tiempo haga», oyó decir Erlendur.

Cuando llegó al final del barrio, vio a un hombre de pie en una pequeña hondonada de hierba, no muy lejos del cruce de Hvassaleiti con Háaleitisbraut, donde se planeaba construir la nueva sede de la Radiotelevisión Nacional. A su lado tenía una pequeña bolsa de golf y un cubo tumbado en el suelo del que iba sacando pelotas a medida que las iba golpeando. No las lanzaba más que a unos pocos metros. Estaba practicando los golpes cortos.

Erlendur se acercó y le dio las buenas tardes. El hombre le devolvió el saludo y golpeó una pelota, haciéndola recorrer unos seis metros. Inmediatamente sacó otra, pero falló el golpe y arrancó un trozo de césped con la cabeza del palo. Erlendur lo había distraído.

—¿Te puedo ayudar en algo? —dijo con un leve tono de irritación mientras se giraba hacia él.

—¿Practicas aquí a menudo? —le preguntó Erlendur.

—A veces —respondió el hombre.

De complexión alta y delgada, tendría entre cuarenta y cincuenta años. Vestía la clásica indumentaria de golfista: un cárdigan, un pantalón fino de cuadros y un guante en la mano izquierda. Por el tono moreno de su piel, Erlendur dedujo que había pasado buena parte del verano en los pocos campos de golf que había en las inmediaciones de la ciudad. Aquel hombre no hacía sino reafirmar su creencia de que el golf había sido inventado para que los nobles ingleses y escoceses tuvieran algo que hacer con su tiempo.

—¿Algún problema? —preguntó el hombre.

—No, no. Los chicos del barrio me dijeron que a veces veían a un golfista practicar aquí por las tardes.

Erlendur sacó la pelota de golf que había encontrado cerca del escondite de Hannibal y se la mostró.

—¿Es tuya? La encontré cerca de las tuberías de distribución del agua caliente.

El hombre bajó la mirada hacia la pelota y volvió a mirar a Erlendur. Luego la cogió y la examinó. Al no llevar ninguna marca, no podía asegurar que fuera suya. Usaba distintos tipos de pelotas y no las identificaba. Sin embargo, lo que le parecía más raro de todo era que aquel joven se hubiera acercado hasta allí expresamente para devolvérsela.

—Podría ser. No les hago marcas, así que... Pero esta parece bastante vieja. Dudo que sea mía.

El hombre le devolvió la pelota a Erlendur.

—¿Las lanzas a veces hacia el conducto? —preguntó Erlendur señalando el área desierta situada entre Fossvogur y Kringlumýri.

—Si uso el *driver*, puedo llegar a doscientos cincuenta metros. Pero practico sobre todo los golpes cortos, así que es bastante raro que se me pierda alguna pelota.

—¿El *driver*?

—El palo más grande —explicó el hombre.

—Ah, vale.

—No sabes de golf, ¿no?

—La verdad es que no.

—La clave está en los golpes cortos. Puedes lanzar una pelota todo lo lejos que quieras, pero la dificultad está en hacer que recorra una distancia corta.

—Definitivamente no tengo ni idea —admitió Erlendur.

—No, a los islandeses no les va mucho el golf.

—¿Sabes si viene más gente a practicar?

—Yo no he visto a nadie más.

—¿Llevas mucho tiempo viniendo por aquí?

—Me mudé a este barrio hace cuatro años.

—¿Y ves a mucha gente paseando por la zona de las tuberías?

—Alguna vez que otra.

—¿Te quedas practicando hasta muy tarde?

—A veces me quedo hasta pasada la medianoche, cuando todavía hay luz. Trato de aprovechar el verano, que es muy corto. ¿A qué viene este interrogatorio? ¿En qué te puedo ayudar exactamente?

—No sé si te acuerdas, pero hace un año se ahogó en Kringlumýri un vagabundo que se refugiaba en la carcasa de hormigón que protege las tuberías —le explicó Erlendur—. Encontré esta pelota no muy lejos de allí y me preguntaba si la habrías lanzado tú o si habrías visto a aquel hombre en algún momento.

—Me acuerdo del día en que lo encontraron.

—¿Recuerdas haberlo visto por esta zona o cerca de la carcasa?

—¿Lo conocías?

—Sabía quién era —dijo Erlendur.

—No, no lo vi nunca y no me enteré de que vivía allí hasta que leí la noticia en la prensa. Debía de estar en una situación muy desesperada para tener que pasar las noches allí metido.

—En efecto, no tenía una vida fácil.

—De hecho, ahora que lo mencionas... El verano pasado vine aquí una noche para practicar y vi a alguien agachado junto a la carcasa.

—¿El vagabundo?

—No sé. Estaba agachado curioseando, luego entró y volvió a salir. No sé si era el hombre al que te refieres. No veía bien. Solo vi una silueta moviéndose.

—¿Viste hacia dónde se dirigió después?

—No, solo lo vi unos segundos y luego me fui a casa. Pero recuerdo que pensé en ello cuando los chicos encontraron el cuerpo del vagabundo en la turbera unos días después. Fue entonces cuando me enteré de que aquel hombre se refugiaba allí.

—¿Se lo explicaste a la policía?

—¿A la policía?

—Sí.

—No, no se lo conté.

—¿No te pareció relevante?

—No se me ocurrió —dijo el hombre de los pantalones de cuadros mientras sacaba una nueva pelota y la colocaba en el césped—. Ni se me pasó por la cabeza. No sabía si era él. No veo por qué debería haberme puesto en contacto con la policía. Solo era un vagabundo muerto en un estanque.

—¿Puedes describir mejor lo que viste?

—No, solo lo que te he dicho.

—¿Alguien merodeando por la carcasa?

—No sé qué hacía, pero parecía estar buscando algo. Estaba demasiado lejos y no lo distinguía bien. Solo lo vi unos segundos.

—¿Podría haber sido una mujer?

—No lo sé —respondió el golfista—. Puede. No sé.

—¿Y fue más o menos en la época en que hallaron el cuerpo del vagabundo? ¿Cuándo lo viste exactamente?

—Unos dos días antes. De lo que estoy seguro es de que ya era pasada la medianoche.

—¿Y dices que había alguien agachado?

—Sí, supongo que sería el propio vagabundo. Al fin y al cabo, fue un accidente, ¿no?

—¿El qué?

—Su muerte. No fue más que un accidente, ¿no?

—Sí, sí —respondió Erlendur—. Seguramente no fue más que un accidente.

Desconcertado, Erlendur no había sabido cómo reaccionar al escuchar que Halldóra estaba embarazada. No estaba preparado para recibir semejante noticia.

—¿De mí? —había preguntado desde su asiento.

—¿Cómo que de ti? ¿De quién si no?

—¿Estás...?

—No me he... No hay nadie más, si es eso lo que piensas. ¿Es eso lo que piensas?

—¿Estás segura?

—¿Cómo que si estoy segura? ¿Qué quieres decir? Pues claro que estoy segura. Solo tú puedes ser el padre.

—No, me refiero a si estás segura de que estás embarazada. Has dicho que creías que lo estabas.

—Ya, yo... no sabía cómo decirlo mejor, pero... Sí, no hay ninguna duda. Me ha visto un médico.

—¿Y cuándo...?

—En primavera. Cuando volviste del baile de la policía, ¿te acuerdas? No te veo muy contento, la verdad.

—Es que todavía no me lo creo. ¿Qué...?

—Deberías saber cómo me he sentido.

Erlendur asimilaba en silencio las palabras de Halldóra cuando, de pronto, se escuchó un estruendo en la cocina. Un montón de platos se habían caído al suelo y todo el mundo miró a su alrededor excepto Erlendur y Halldóra, que apenas se habían dado cuenta.

—¿Toda esta charla sobre alquilar juntos...?

—No sabía cómo decírtelo. No sé qué lugar ocupo en tu vida. Te vi muy reacio a conocer a mis padres. No sé nada de ti. De tu familia, por ejemplo. Nos conocemos desde hace dos años y medio, pero todavía no te conozco. Y tú a mí, tampoco. Salimos de copas juntos,

dormimos juntos, damos paseos por el centro y...

Erlendur pensó que iba a echarse a llorar.

—O hacemos algo con esto o lo dejamos —susurró desde el otro lado de la mesa.

Erlendur no sabía qué responder.

—¿Qué quieres hacer? —dijo ella con los ojos empañados en lágrimas—. Dime, ¿qué quieres hacer, Erlendur?

35

El hombre había contado ya dos veces su historia a la policía, pero no tenía ningún inconveniente en volver a repetirla. De aire calmado y reflexivo, daba su versión de los hechos con gran cantidad de detalles. Erlendur podía entender por qué ella había sucumbido a sus encantos. Además de ser educado, era atractivo, tenía la tez morena, una bonita cabellera negra, unas manos finas y una sonrisa honesta. Vestido de traje y corbata, su media melena le caía hasta los hombros y su espesa barba le cubría por completo las mejillas. Erlendur había encontrado su nombre en los informes policiales y, cuando lo llamó por teléfono, Ísidór lo invitó inmediatamente a que se pasara por su despacho. Dirigía una pequeña empresa que importaba productos de Estados Unidos y tenía el escritorio lleno de muestras de dulces, patatas fritas y otras delicias que pronto se pondrían a la venta en las tiendas islandesas.

Ísidór le preguntó si había alguna novedad en el caso, pero Erlendur le dijo que no había avances y que ahora lo estaba investigando a petición de un familiar cuyo nombre no reveló. El hombre no preguntó más y parecía impaciente por hablar con él.

Ísidór no sabía que Oddný estaba casada cuando se conocieron en el Röðull. Simplemente empezaron a hablar y él la invitó a una copa. Ella le dijo que había estado con sus compañeros de trabajo en otro bar y que había ido sola al Röðull. Oddný le preguntó enseguida si estaba casado e Ísidór le dijo que estaba divorciado y que no tenía hijos. Por su parte, ella le dijo que tampoco tenía hijos, pero él no le preguntó en ningún momento si estaba casada.

—No tenía para nada pinta de estarlo —apuntó Ísidór mientras se alisaba la corbata—. En todo caso, no daba esa impresión en absoluto.

Compartieron un taxi hasta Breiðholt, donde Ísidór se había comprado un adosado en la zona norte. La vivienda todavía estaba por terminar, pero al menos tenía los suelos de cemento pintados y una cocina provisional. Se acostaron juntos y quedaron en verse otra vez.

—Como ya le dije a la policía, me quedé sorprendido cuando me confesó que estaba casada. Era la tercera vez que nos veíamos y me dijo que no podíamos continuar, que nuestra relación tenía que terminar. Naturalmente, le pedí explicaciones y fue entonces cuando me lo contó. Imagínate cómo me quedé. Me cayó como un jarro de agua fría.

—¿Te explicó por qué no te lo había contado nada más conocerte?

—Creo que me usó para vengarse de su marido —respondió Ísidór—. ¿No te habrá enviado él?

—En absoluto —le aseguró Erlendur—. ¿Por qué habría querido vengarse de él?

—Creo que no era feliz en su matrimonio.

—¿Te dijo ella algo?

—Sí, cuando quiso dejar lo nuestro. Me dijo que quería dejar a su marido, pero que no podía hacerlo inmediatamente, que necesitaba más tiempo. Me dijo que se había precipitado y que no podía estar con los dos a la vez. Cuando hablé con ella después de que su marido se enterara de todo, me contó que se había puesto hecho una furia.

—Lo cual es comprensible, ¿no?

—Puede. Pero, por lo visto, la amenazaba.

—¿Sabes cómo exactamente?

—No, pero se notaba a la legua que le tenía miedo. Hablé con la policía, pero no vieron ninguna razón para adoptar medidas.

—No llevabas nada bien que hubiera querido romper contigo.

—No, yo quería... Pensé que Oddný podía estar realmente en peligro y...

El teléfono sonó en su escritorio. Levantó el auricular, tomó un pedido y se despidió amablemente diciendo que estaba en una reunión.

—Sin embargo, fuiste tú quien le contó lo vuestro a su esposo, ¿no? —le preguntó Erlendur.

—Quería ayudarla. Pensé que era lo mejor para ella. Eso es todo.

—¿No te había pedido que mantuvieras vuestra relación en secreto?

—No explícitamente.

—¿Y no crees que habría sido lo más apropiado?

—En efecto, no llevaba bien que me hubiera dejado. La llamé varias veces y un día lo cogió su marido. Me preguntó quién era y entonces le dije tal cual que Oddný y yo teníamos una relación.

—Pero ella ya te había dejado. Ya no os veíais.

—Creo que me dejó en contra de su voluntad.

—Supongo que sabías que la estabas metiendo en problemas.

—Como digo, pensaba que la estaba ayudando. Su matrimonio estaba haciendo aguas, pero no se atrevía a ponerle fin.

—Decidió no dejarlo.

—Me decepcionó enormemente.

—¿Sabías que la maltrataba?

Ísidór asintió.

—Por eso mismo quería dejarlo. Por eso buscaba escarceos amorosos.

—¿Crees que le pudo hacer algún daño?

—Eso lo tendrá que averiguar la policía. En comisaría están al corriente de todo, pero dicen que no tienen pruebas contra él. Yo más bien pienso que se lo están tomando con mucha pachorra.

—Una testigo la vio hablar con un desconocido antes de marcharse del Þórskaffi. ¿Tienes alguna idea de quién pudo ser?

—No, ninguna —respondió Ísidór.

—¿No fuiste tú?

—No. Yo estaba en casa aquella noche. Me acosté temprano. Yo no le hice nada. Al contrario, traté de ayudarla.

—¿Qué crees que le pasó?

—Pregúntale a su marido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me quedé de piedra cuando me enteré de su desaparición. No digo que él la matara ni nada parecido. Lo que creo es que esa pobre mujer se quitó la vida y que él tuvo parte de culpa. La policía enseguida planteó también esa hipótesis, pero, por lo visto, no pueden probar nada.

—¿Te pareció que Oddný estuviera contemplando suicidarse?

—Sin duda se la veía abatida por su situación, pero no pensé que podría llegar tan lejos. No, nunca dio a entender una cosa así. En todo caso, no cuando estaba conmigo.

—¿Y tú? No estabas precisamente contento cuando Oddný rompió contigo.

—Me dejó tres años antes de que desapareciera. Tuve tiempo para recuperarme. Me gustaría aclarar que en ningún momento de la investigación se me ha considerado un sospechoso. Puedes comprobarlo tú mismo.

—¿Y ahora estás casado?

—No, no estoy casado. Vivo… Vivo con alguien, pero no veo qué relación puede guardar eso con el caso.

—¿Te proporcionó una coartada la mujer con la que vives?

—¿Una coar…? No tiene que proporcionarme nada. Estábamos juntos cuando Oddný desapareció. No le hice nada. Puedes creerme. Nada de nada. Yo solo serví para recordarle que tenía una vida de mierda.

36

Aquella tarde, Erlendur iba de camino al trabajo cuando, al pasar por la plaza Hlemmur, vio a Þurí bajarse de un autobús de la línea 3, Nes-Háaleiti. No había dejado de llover en todo el día y la calle estaba encharcada. Hlemmur, un punto de encuentro de los vagabundos de la ciudad, no solo era la estación de autobuses más grande de la capital sino que recientemente había pasado a llamarse Estación Central de Transportes Urbanos de Reikiavik. A pesar de una denominación tan grandilocuente, la estación se reducía a un simple parking expuesto al viento. La gente solía refugiarse del mal tiempo en una marquesina helada orientada hacia el este mientras esperaba que el autobús de la línea Sácame-de-aquí no tardara demasiado en llegar.

No vio que la acompañara su amante, Bergmundur, y, de lejos, le pareció que se encontraba en buen estado de salud. Cuando se acercó para saludarla, ella lo reconoció de inmediato y resultó estar de un humor de perros. Por lo visto, unos chicos se habían estado metiendo con ella en el autobús y, en lugar de aguantar sus insultos, había preferido bajarse en Hlemmur y coger el siguiente.

—¡Cabrones! —exclamó antes de sorberse la nariz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Erlendur.

—Unos críos se estaban riendo de mí en el autobús y les he echado una buena bronca. ¡Cabrones de mierda!

—¿Te sueles encontrar con muchos... cabrones así? —le preguntó Erlendur.

—¿Te importa mucho? —replicó, todavía malhumorada después de su rifirrafe con los chicos.

—No, nada, solo pensaba que...

—Piensa todo lo que quieras.

Erlendur tenía tiempo de sobra. Le quedaba todavía una hora para empezar a trabajar y tenía pensado examinar los archivos policiales antes de comenzar el turno. También tenía pensado ir a ver a Þurí en algún momento para hacerle más preguntas sobre el pendiente, así

que aprovechó aquel encuentro casual y le propuso tomar un café en algún bar cercano.

—¿Me vas a invitar a un chupito? —preguntó ella inmediatamente.

—No creo que tengan alcohol —reparó Erlendur.

—Pues déjalo —dijo Þurí antes de encaminarse hacia la marquesina vacía. Al llegar, se sentó en un banco y Erlendur la imitó. El suelo estaba lleno de chicles pegados y envoltorios de caramelos arremolinados por el viento. En una esquina había una papelera vacía tirada por el suelo junto a una botella de refresco rota. Las paredes estaban cubiertas de grafitis obscenos y vulgares.

—¿Has visto a Bergmundur últimamente? —le preguntó Erlendur.

—¿A ese capullo?

—Pensé que erais amigos.

—Bergmundur no tiene amigos. No sé qué te lo ha hecho pensar. No es más que un pobre desgraciado.

—Estos días se me pasaba por la cabeza hacerte una visita.

—¿Ah, sí?

—Quería hacerte más preguntas sobre el pendiente que encontraste en el refugio de Hannibal.

—¿Se lo quitaste a ese estafador? —preguntó Þurí, y Erlendur supuso que se refería al contrabandista de alcohol que había aceptado el pendiente como pago.

—Sí, lo tengo en casa.

—Me gustaría recuperarlo.

—¿Para qué?

—No lo volveré a vender, si es eso lo que crees —dijo ofendida—. No tenía pensado venderlo. Lo quería guardar, pero es que...

En ese momento entró en la marquesina una adolescente con los ojos exageradamente maquillados. Los ocupantes del banco no parecieron inspirarle mucha confianza y volvió a salir. Vestía una minifalda y llevaba unos zapatos con las suelas tan altas que apenas podía caminar.

—Quería saber dónde encontraste el pendiente —dijo Erlendur.

—¡Pues en la carcasa! —exclamó Þurí.

—Sí, pero ¿dónde exactamente? ¿Recuerdas dónde estaba con precisión?

—¿Qué más dará?

—Solo lo quiero saber.

—Cerca de la entrada.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—Derecha, izquierda... ¿Pero qué tipo de pregunta es esa? ¿Qué importancia tiene?

—Puede que ninguna, pero me resultaría útil si pudieras recordarlo.

—A la izquierda, debajo de una de las tuberías. Estaba muy oscuro. Si lo encontré fue porque me di un cabezazo mientras me arrastraba por el puñetero túnel y entonces vi algo que brillaba en el suelo. ¿Ya has averiguado de quién era?

—Estoy en ello.

—¿Tampoco sabes cómo fue a parar allí?

—No. ¿Puede que se le cayera a alguien? ¿Se te ocurre a ti alguna explicación? El otro día estuve allí y las tuberías están demasiado cerca del suelo como para que quepa alguien debajo.

—Puede que alguien le hubiera dado una patada sin querer —sugirió Þurí.

—Es una posibilidad.

—O bien que…

—¿Qué?

—Que alguien lo hubiera dejado allí.

—¿Cómo? ¿Quién podría haberlo dejado allí?

—¡Yo qué sé! —exclamó Þurí, harta del interrogatorio de Erlendur—. No me había hecho ninguna pregunta acerca de ese pendiente. Pero ya veo que tú sí. No sé cómo pudo acabar allí. Me lo encontré y ya está. Me da igual quién lo pudo dejar allí, de dónde salió o de quién era. No sé por qué me haces todas esas preguntas. Ni siquiera sé quién eres. Eso es, ¿quién demonios eres?

—No pasa nada. Solo estoy tratando de averiguar cómo murió Hannibal.

—Pues yo no tengo ni la menor idea.

—Hasta ahora me has servido de gran ayuda.

Þurí sacó su caja de cigarrillos, se encendió uno e inhaló el humo azulado.

—¿Tiene algo que ver ese pendiente con la muerte de Hannibal?

—No lo sé. Es la única pieza que no encaja, lo único que no cuadra con las pertenencias de Hannibal.

—Pobre Hannibal —suspiró Þurí—. No había muchos como él.

Erlendur asintió.

—¿Alguna vez te habló de su hermana?

—¿La que salvó y evitó que muriera ahogada?

—Sí. Se llama Rebekka. Todavía se castiga por lo que le pasó a su hermano. Piensa que tiene parte de culpa, aunque no sea cierto. La conozco un poco, me contó lo del accidente y me dijo que quería saber en qué circunstancias se produjo la muerte de Hannibal.

—¿Por eso me estás dando tanto la brasa? —le preguntó Þurí girándose hacia él.

Erlendur le sonrió.

—Así que se llama Rebekka. No lo sabía. No hablaba mucho de ella. Ni de su familia, en general.

—No pudo salvarlas a los dos.

—Pero ¿por qué debería ella sentirse culpable de lo que pasó?

—Piensa que no debería haberse subido al coche con ellos. Se suponía que iban a dar una vuelta ellos dos solos. No puede quitárselo de la cabeza. Aun hoy... le duele recordarlo.

Þurí inhaló el humo. El disgusto causado por la pelea del autobús se le había ido pasando. Oír hablar a Erlendur sobre la hermana de Hannibal y el accidente la había ayudado a calmarse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Erlendur, esperando no alterarla de nuevo.

—¿Cómo que adónde voy?

—¿Adónde ibas con el autobús?

—A ningún sitio —respondió Þurí—. Me gusta coger el autobús y recorrer la ciudad para ver las casas, las calles y los nuevos barrios, como el de Breiðholt. Es como si saliera de viaje. Pero no voy a ninguna parte. Nunca voy a ninguna parte. Siempre acabo en el mismo sitio.

Dejó caer la colilla al suelo y la pisó. Se había fumado el cigarrillo hasta quemarse las yemas de los dedos.

—Solo sé que echaba terriblemente de menos a su mujer —añadió.

—¿A Helena?

—Hannibal me dijo que su mujer le había hecho un gesto para que no la ayudara —dijo Þurí con la mirada clavada en los charcos de Hlemmur—. Él pensaba que podría salvar a las dos, pero Helena le señaló a la chica para que la socorriera a ella primero. Su mujer se sacrificó por Rebekka. Sabía que no lograría salvar a las dos, que hacía falta demasiada energía y demasiado tiempo. Tenía que centrarse en su hermana. Por eso le hizo un gesto para que se alejara de ella. Es el último recuerdo que Hannibal conservaba de Helena con vida. Me dijo que le había sonreído, pero yo creo que eso se lo había inventado. Me lo contó un día en que iba algo piripi y nunca más me lo volvió a mencionar.

Al cabo de un rato, llegó un autobús a Hlemmur. Þurí se levantó y se despidió de Erlendur con frialdad, como si no quisiera volver a verlo nunca más. Había empezado a llover de nuevo. Erlendur la siguió con la mirada mientras se subía al autobús y se sentaba junto a la ventanilla, lista para continuar su viaje por la ciudad y dejarse llevar por el vehículo sin importarle adónde la llevaba. Su vida era un viaje sin rumbo y, mientras Erlendur la veía alejarse, no pudo evitar pensar que estaba contemplando su propio reflejo, un hombre solitario, condenado a errar por la existencia hasta el final de sus días.

37

Erlendur no conocía personalmente a ningún miembro de la policía judicial, el cuerpo que estaba al servicio del Tribunal Penal de Reikiavik. Alguna vez había estado en sus oficinas de la calle Borgartún, cuando lo habían enviado desde comisaría para hacerles llegar algún documento o cuando la judicial había intervenido en algún caso de robo o de agresión grave. A veces los policías eran llamados a testificar en los juicios, pero Erlendur, que no era más que un agente raso, no se había visto todavía en esa situación.

El detective al cargo de la desaparición de Oddný se llamaba Hrólfur y era un hombre tranquilo de unos treinta años al que no parecía entusiasmarle mucho su trabajo. Aquel día, Erlendur se había puesto el uniforme completo para causar buena impresión, pero Hrólfur le dijo que no tenía ni un minuto libre porque estaba muy liado con un asunto que no llegó a especificar. Sin embargo, Erlendur se las ingenió para acorralarlo junto a la nueva fotocopiadora de las oficinas, un escandaloso aparato que hacía tanto ruido como un tractor y que emitía unos cegadores rayos de luz en el oscuro rincón donde estaba metida. Una vez a solas, aprovechó para preguntarle sobre el caso de Oddný.

—No ha habido avances —le informó Hrólfur mientras fotocopiaba unos documentos a toda prisa—. ¿Por qué lo preguntas?

A Erlendur le pareció que los documentos guardaban relación con la compra de un inmueble y pensó que, o bien Hrólfur era el firmante de los papeles, o bien estaba investigando una estafa inmobiliaria. En principio, Erlendur había ido con la idea de comunicarle lo que sabía sobre el caso de Oddný. Se sentía mal por no haber desvelado todavía sus hallazgos, aun si Rebekka le había rogado que los mantuviera en secreto unos días más. Pero se encontraba sumamente incómodo en aquella situación y se había propuesto ponerle fin.

—Mera curiosidad —respondió Erlendur—. ¿No habéis hallado nuevos indicios?

—No muchos. El caso parece estar bastante claro.

—¿Qué ocurrió?

—Que aquella pobre mujer decidió quitarse la vida y se tiró al mar o algo parecido. Es la hipótesis más probable.

—Le había sido infiel a su marido, ¿no?

—Una vez tuvo una aventura, pero ocurrió unos años antes de su desaparición.

—¿E interrogasteis a su antiguo amante?

—Sí. Aquella noche estaba en casa con su actual compañera.

—¿Y no podría haberos mentido?

—¿Mentido? No, ¿qué te hace pensarlo?

—¿Qué sabéis del hombre con el que habló en el bar antes de marcharse? —preguntó Erlendur.

—No dimos nunca con él —respondió Hrólfur, cuyo rostro quedó iluminado unos segundos por los destellos de la máquina—. ¿Me recuerdas por qué te interesaba el caso?

—O sea, que pusisteis todo el foco en su marido, ¿no?

—No tenemos ninguna prueba en contra de su esposo —dijo Hrólfur mientras levantaba la tapa de la fotocopiadora—. Puede que le hubiera pegado alguna vez, pero eso no demuestra nada.

—¿Que le hubiera pegado?

—Al parecer, tenían problemas de pareja. A él se le había escapado la mano alguna vez. Nada grave, pero nos bastó saberlo para que lo interrogáramos a fondo. También interrogamos a todos sus conocidos, pero no nos valió de nada.

—¿Fue una tercera persona quien os habló de esos malos tratos?

—Sí.

—¿Y el marido lo admitió?

—Sí, lo reconoció. ¿Quién has dicho que eras?

—Un interesado en el caso —se limitó a decir Erlendur.

—¿Llevas mucho tiempo en la policía?

—No.

—¿Conoces a esas personas?

—No, para nada. Entonces, ¿la investigación está en punto muerto?

—No tenemos el cuerpo. Ni el arma homicida. Ni el móvil. Lo más probable es que se quitara la vida. Era infeliz en su matrimonio. Seguramente quería dejar a su marido y lo hizo a su manera.

—¿Y él estaba solo en casa cuando su mujer desapareció?

—No se trata de un crimen. Aquella noche tenía una reunión del Club de Leones. La verdad es que no sé por qué te estoy contando todo esto. No es de tu incumbencia. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Erlendur.

—Veo que sabes bastantes cosas sobre el caso, Erlendur. ¿A qué

viene tanto interés?

—He leído algunos artículos en la prensa y he oído hablar del caso en Hverfisgata.

—Registramos la casa de su marido —le explicó Hrólfur—. Lo sometimos a un riguroso interrogatorio. Lo investigamos a fondo. Hablamos con los vecinos. Nadie lo vio entrar ni salir de casa aquella noche. No obtuvimos ninguna prueba que el fiscal pudiera usar en su contra. El hombre ni siquiera se vio en la necesidad de recurrir a un abogado. La investigación no llegó nunca hasta ese punto.

—¿Pero estaba bajo sospecha?

—Sí, y todavía lo está. Igual que su antiguo amante. El caso sigue abierto. Seguimos investigando, haciendo llamadas y analizando cualquier pista que aparece. El hombre sostiene que su mujer nunca volvió a casa después del Þórskaffi. No la volvió a ver. Eso es todo lo que tenemos.

—¿Y no hay novedades?

—No.

—El mismo fin de semana en que desapareció la mujer se ahogó un vagabundo en Kringlumýri —comentó Erlendur.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Te suena el caso?

—Sí. ¿Cómo era que se llamaba? Algo como...

—Hannibal.

—Eso es. Un sintecho, sí.

—¿No visteis razones para investigar su muerte con más detalle?

—Se ahogó —respondió Hrólfur—. ¿Qué más querías que investigáramos? En la autopsia no se hallaron lesiones sospechosas o que hubieran podido causarle la muerte. ¿También te interesan ese tipo de casos?

—No especialmente.

—Todos nuestros esfuerzos estaban puestos en encontrar a la mujer —comentó Hrólfur mientras doblaba los papeles y apagaba la fotocopiadora, que por fin dejó de hacer ruido—. Ya conoces la dinámica.

—¿Qué dinámica?

—Los dos primeros días son fundamentales cuando se denuncia una desaparición —respondió Hrólfur con gesto serio.

—¿Sabíais que se había incendiado el sótano donde vivía Hannibal?

—Sí. Por lo que entendimos, lo había provocado él.

—¿No será que le disteis menos importancia que a Oddný?

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Hrólfur, irritado—. Era igual de importante. Pero Oddný todavía podía estar viva. No sabíamos qué le había pasado, por lo que aún había posibilidades de salvarla. Por

eso le dimos más peso. El hombre se había caído al estanque y se había ahogado. No había nada que pudiéramos hacer por él. Iba borracho. Midieron sus niveles de alcohol en sangre. ¿Por qué...? ¿Qué estás...? ¿Lo conocías?

—Un poco —respondió Erlendur—. Me lo había encontrado alguna vez patrullando de noche. Era un buen tipo que no había tenido suerte en la vida.

—Ya. Dormía donde las tuberías del agua caliente, ¿no?

—Sí.

—¿Querías saber algo más? —preguntó Hrólfur mientras se guardaba los papeles debajo del brazo—. Llego tarde a una reunión.

—No. Gracias por tu ayuda.

Erlendur siguió al detective con la mirada mientras salía de la oficina a toda velocidad. A juzgar por la conversación que acababan de tener, no le corría ninguna prisa desvelar el hallazgo del pendiente.

38

Cuando Erlendur llegó a la casa, el hombre estaba atareado dentro del garaje La enorme persiana estaba levantada y frente a la entrada había un reluciente coche americano de color negro que parecía recién pulido. En el interior del garaje todo estaba meticulosamente recogido en estantes, armarios y cajas. El suelo estaba tan limpio que invitaba a quitarse los zapatos antes de entrar para no ensuciarlo. En la pared, dispuestos en perfecto orden, colgaban todo tipo de herramientas de jardinería, entre ellas dos palas brillantes colgadas de las hojas.

El dueño de la casa no se había percatado de la llegada de Erlendur, que se había detenido unos instantes en la entrada para observarlo. Vestido con una camisa de cuadros y unos vaqueros, le recordaba a Ísidór: delgado, elegante, de piel morena, pelo negro y unos años mayor que Erlendur. En ese momento estaba guardando un paño y un bote de barniz, procurando dejarlo todo en su sitio para no alterar la armonía que reinaba en su garaje. El suelo alrededor del coche estaba mojado, por lo que Erlendur supuso que el hombre había lavado el vehículo antes de aplicar el barniz negro. La manguera estaba cuidadosamente enrollada en una rueda fijada a la pared. Era innegable que aquel hombre cuidaba bien de su coche. Y de su garaje.

El hombre trabajaba como jefe de oficina en una importante caja de pensiones. Erlendur sabía que acabaría hablando con él más tarde o más temprano, pero había estado retrasando el momento todo lo posible. Aquel encuentro le causaba cierto desasosiego. Por un lado, no sabía cómo abordar una cuestión tan delicada y, por otro, la reacción del hombre era imprevisible. Al fin y al cabo, su mujer había desaparecido una noche en el centro de Reikiavik y desde entonces había estado bajo sospecha. Y ahora, Erlendur, un completo desconocido, había llegado a su casa para remover las heridas.

Sin entrar en el garaje, Erlendur titubeó hasta que el hombre levantó la mirada y se dio cuenta de su presencia. Sorprendido, se acercó a la entrada y le dio las buenas tardes. Erlendur le devolvió el

saludo y guardó silencio.

—¿Qué...? ¿Quién...? ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el hombre tras un incómodo silencio.

—¿Gústaf? —le preguntó Erlendur.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Erlendur. Soy policía.

—¿Policía?

—Del departamento de tráfico, para ser exactos. Quería hablar contigo sobre Oddný, tu esposa.

—¿Sobre Oddný?

—Sé que...

—¿Por qué quieres hablar de Oddný? ¿Qué tienes que ver con ella? ¿Quién has dicho que eras?

—Me llamo Erlendur. He estado investigando su caso por mi cuenta en relación con un hombre que conocía personalmente y que murió el mismo fin de semana en que desapareció tu esposa.

—¿Por tu cuenta?

—Sí. Por petición de la hermana de ese hombre que te digo que conocía.

—¿Qué hombre?

—Se llamaba Hannibal. Un vagabundo.

—¿Qué? ¿Un vagabundo? ¿Pero de qué estás hablando?

—Se refugiaba en la carcasa de hormigón que protege las tuberías del agua caliente, no muy lejos de aquí, al sur de Kringlumýri. Se ahogó en uno de los estanques de la antigua turbera, en la misma época en que desapareció tu mujer. Puede incluso que ambas cosas sucedieran a la vez.

Bajo la persiana metálica enrollada, el hombre estudió a Erlendur con la mirada. Aquel desconocido había aparecido en la quietud de la tarde para contarle una absurda historia sobre un vagabundo que no hacía sino alterar el perfecto orden de su garaje.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con Oddný? —preguntó Gústaf.

—Solo quería hacerte unas preguntas sobre su caso.

—¿Qué preguntas? No conozco a ningún vagabundo. Y a ti tampoco te conozco. No vienes en calidad de agente, ¿verdad?

Erlendur negó la cabeza.

—Entonces no tengo nada que decirte —concluyó el hombre entrando de nuevo en el garaje.

—Puede que Hannibal y tu mujer se cruzaran la noche en que ella desapareció —añadió Erlendur—. No sé cómo ni en qué circunstancias. Hannibal está muerto. La policía asume que tu mujer también lo está. Estoy tratando de esclarecer los hechos. Rebekka, la hermana de Hannibal, también quiere saber qué pasó.

—Será mejor que te marches —dijo Gústaf—. Estás hablando con

la persona equivocada. No voy a poder responder a tus preguntas. No sé ni de qué estás hablando. No conozco a esas personas. No he oído nunca hablar de ellas.

—Te entiendo, no tendrías por qué haber oído hablar de…

—Además, ni siquiera sé quién eres. Todo esto me parece muy extraño. Por no decir extrañísimo. Así que largo de aquí. No quiero hablar contigo.

—No pensamos que Hannibal le hiciera daño a tu mujer. Él…

Erlendur buscó las palabras adecuadas antes de continuar.

—Digamos que, por sus antecedentes, es imposible que le hubiera hecho daño a tu mujer. No había tenido una vida fácil, pero nunca habría sido capaz de agredir a tu esposa.

—Muy bien, pero no tengo ningún interés en esta historia. ¿Quieres marcharte de una vez? No tengo nada que decirte. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Si te menciono a Hannibal es porque pensamos que, en la noche de su desaparición, tu mujer estuvo en algún momento en el hueco de la carcasa donde se alojaba.

El hombre había cogido el mando a distancia de la persiana del garaje con la intención de bajarla. Tenía el dedo apoyado en el botón, pero pareció pensárselo unos instantes.

—Por eso creo que sus caminos se cruzaron —continuó Erlendur, impertérrito—. Que se encontraron cerca de la carcasa. Pero no sé qué le pasó a tu mujer, ni a Hannibal, después de ese encuentro. Pensé que tal vez podrías ayudarme a resolver el misterio.

—¿Pero quién es ese Hannibal? En serio que no sé de qué estás hablando. Es la primera vez que oigo hablar de ese hombre.

—Como es lógico. Hasta ahora nadie había establecido ningún vínculo entre ambos casos.

—Esto es de locos… Recuérdame tu nombre otra vez.

—Erlendur.

—Eso. Mira, Erlendur, gracias por tu interés, pero voy a tener que pedirte de nuevo que me dejes en paz y que no te metas en asuntos que no son de tu incumbencia.

Gústaf apretó por fin el botón. Los motores arrancaron y la persiana roja comenzó a bajar delante de Erlendur. Mientras la muralla se cerraba lentamente ante sus ojos, el agente se metió una mano en el bolsillo, sacó el pendiente y se lo mostró al hombre.

—¿Te suena esto?

Impasible, el hombre miró la joya.

—¿Reconoces este pendiente?

La persiana seguía bajando y, justo antes de que se cerrara con un chasquido, Erlendur lanzó el pendiente al interior del garaje solo para arrepentirse inmediatamente de haber tomado aquella decisión

desesperada. Acababa de perder su única prueba. Ya no tenía nada que pudiera demostrar que Oddný había estado en el interior de la carcasa. Ahora solo contaba con sus propias observaciones y con las declaraciones de Þurí, una mujer alcohólica.

Mientras contenía la respiración, Erlendur miraba fijamente la persiana del garaje, preguntándose qué hacer. Un minuto después, justo cuando se disponía a llamar, volvió a escucharse el sonido de los motores y la muralla roja se levantó de nuevo.

Gústaf había cogido el pendiente del suelo y lo examinaba con expresión seria.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó girándose hacia Erlendur, incapaz de ocultar su sorpresa.

39

La casa de Gústaf, no menos ordenada que su garaje, no se parecía en nada al caótico apartamento donde vivía Erlendur. Todo estaba una perfecta armonía: los elegantes muebles ocupaban el lugar exacto, las figurillas de porcelana estaban orientadas en el ángulo correcto, los cuadros colgaban en línea recta y en la alfombra azul claro todavía se veían las marcas de la aspiradora. En el aire flotaba un agradable perfume que Erlendur no sabía identificar. La cocina no olía lo más mínimo a comida. Al ver que el agente se disponía a quitarse los zapatos, Gústaf le dijo que no hacía falta. A Erlendur le costó creer que lo dijera en serio.

El hombre le ofreció asiento junto a la mesa del comedor y él se acomodó enfrente. Todavía llevaba el pendiente en la mano y Erlendur se preguntaba cómo podría hacer para recuperarlo. Gústaf había cambiado radicalmente de actitud. Se mostraba cooperativo, lo había invitado a pasar y parecía dispuesto a hablar con él. Confesó que era incapaz de entender qué le había pasado a su mujer y que estaba destrozado. Aquella noche había ido a una reunión del Club de Leones.

—Soy miembro desde hace años.

—¿Ese pendiente era de Oddný? —le preguntó Erlendur.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Se lo compré yo. En una joyería de Reikiavik. No lo había...

La emoción le impedía hablar.

—No lo había visto desde su desaparición —continuó—. Ahora mismo estoy... estoy confundido, si te digo la verdad. No sé qué decir ni qué pensar —añadió sin desviar la mirada del pendiente, todavía apoyado en la palma de su mano.

Erlendur guardó silencio. Quería concederle un tiempo para que pudiera recuperarse. Como era lógico, su visita lo había desconcertado. Erlendur prefería no decirle todavía que había hablado

con el joyero. En realidad, no sabía hasta qué punto debía hablarle de sus indagaciones.

Pasado un rato, Erlendur le preguntó si podía confirmar que Oddný llevaba puestos los pendientes la noche en que desapareció.

—Sí —contestó Gústaf—. Los llevaba puestos. Se los regalé un día después de que hubiéramos… un día que estaba de buen humor. Le encantaban las joyas. Este pendiente es suyo, con total seguridad. ¿Cómo lo has…? ¿Dónde lo has encontrado? ¿Estás queriendo decir que… has encontrado el cuerpo de Oddný?

—No —respondió Erlendur con firmeza—. Para nada. Solo tengo esa pieza, y no fui yo quien la encontró sino una mujer llamada Þurí que conocía a Hannibal, el hombre que vivía metido en la carcasa. Poco después de que su amigo se ahogara, la mujer entró en el hueco donde se refugiaba y encontró el pendiente debajo de una de las tuberías. Me lo dio ella.

—¿Cómo supiste que era de Oddný? —le preguntó Gústaf.

—No lo sabía —admitió Erlendur sin querer dar demasiados detalles—. Solo lo sospechaba. Hannibal se ahogó el mismo fin de semana en que desapareció tu mujer. Ocurrió cerca de tu casa. Solo quería saber si te sonaba el pendiente. Pensé que a lo mejor ambos casos podían guardar alguna relación.

—Lo siento, pero no acabo de entender qué tiene que ver todo esto contigo. ¿Qué estás investigando exactamente?

—Como te digo, conocía personalmente a Hannibal. Me gustaría aclarar en qué circunstancias se ahogó. También conozco a su hermana y me ha pedido que la ayude a saber qué pasó. De pronto, cayó este pendiente en mis manos. Y ahora estoy aquí. Sé que esto no es fácil para ti, pero tenía que hablar contigo.

Gústaf seguía mirando la joya.

—Pero ¿cómo pudo acabar allí el pendiente?

—Puede que simplemente Hannibal se lo encontrara mientras vagaba por la ciudad. No tenía hogar y cogía objetos de la calle. Así que no podemos descartar esa opción.

Gústaf miró fijamente a Erlendur.

—Pero tu teoría es otra.

—Creo que tu mujer estuvo dentro de la carcasa en algún momento. Y que lo más probable es que muriera allí.

Gústaf no podía despegar la mirada de Erlendur.

—¿Has hallado su cuerpo? —preguntó en voz baja.

—No —insistió Erlendur. Era la segunda vez que el hombre le hacía esa pregunta y Erlendur quiso despejar toda sombra de duda—. No he hallado su cuerpo —dijo con gravedad—. Busqué en el interior, pero no encontré nada. Y no tengo ni idea de dónde puede estar. Solo puedo decir que creo que estuvo allí la tarde o la noche en que

desapareció.

—¿Fue ese amigo tuyo, ese Hannibal, quien la llevó allí? ¿Fue él quien la agredió? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No creo que fuera él —respondió Erlendur—. De hecho, creo que Hannibal corrió la misma suerte que tu mujer.

—¿Cómo?

—Creo que él también fue una víctima.

—¿Una víctima?

—Creo que Hannibal fue asesinado, igual que tu esposa. Lo he pensado una y otra vez y esa es la única conclusión posible. Creo que Hannibal presenció el asesinato de tu mujer y que el autor del crimen se lo quiso quitar de en medio para que no hubiera testigos indeseados.

Seguidamente se hizo un largo silencio. Las palabras de Erlendur resonaron en aquella casa tan bien ordenada y por un momento hicieron tambalear la armonía de sus cuadros bien colgados, de sus elegantes figurillas de porcelana. Gústaf dejó distraído el pendiente sobre la mesa y Erlendur aprovechó el momento para estirar el brazo disimuladamente, deslizar la joya hacia él y guardársela en el bolsillo sin que su anfitrión pareciera darse cuenta.

—Obviamente, solo es una hipótesis —señaló Erlendur—. No tiene por qué haber ocurrido nada de eso. Solo es una posible versión de los hechos. El caso es que su pendiente estaba dentro de la carcasa, así que es muy probable que ella hubiera estado allí en algún momento. ¿Qué hacía allí? Seguramente esconderse. ¿De quién se escondía? Pensé que eso igual me lo podías decir tú.

Incapaz de guardar la calma tras escuchar las palabras de Erlendur, Gústaf se levantó y comenzó a dar vueltas por el comedor.

—¿Qué insinúas? —preguntó deteniéndose de repente—. ¿Qué quieres decir con eso de que igual te lo puedo decir yo?

—He hablado con algunas personas sobre este asunto y me han dicho que...

—¿Personas? ¿Qué personas?

—Personas que conocían a Oddný, amigos suyos...

—¿Qué amigos? ¿No habrás...? ¿No habrás hablado con el chalado de Ísidór?

—Sí, he hablado con él —admitió Erlendur.

—¿Sabías que trató de interponerse entre nosotros? ¿O eso no te lo contó?

—Sí que lo hizo.

—Trató de romper nuestro matrimonio. Hizo todo lo posible por destruir nuestra relación. Es... el mayor hijo de puta que he conocido nunca.

—Me dijo que Oddný quería dejarte.

—¡¿Y qué iba a decir si no?! Más bien era de él de quien quería huir, la pobre. La atosigaba. Siempre dije que me parecía un tipo muy peligroso. ¡Si alguien pudo hacerle daño a Oddný fue él! Se lo conté todo a la policía, pero, por algún extraño motivo, no parecieron prestarle mucha atención.

—Creo que él decía lo mismo de ti.

—De mí ha contado todo tipo de patrañas.

—¿Por qué habría querido Oddný tener una relación con Ísidór si era un hombre tan peligroso?

—No lo sé. Debió de tener un lapso mental. Nunca me lo expliqué.

—¿Se lo perdonaste?

—Yo... quería salvar nuestro matrimonio. ¿Sabes que llegó a llamar aquí preguntando por ella? Así es como me enteré de lo suyo. Le daba igual poder meterla en problemas, ¿entiendes? Para que veas qué tipo de persona era. Estaba mal de la cabeza. Tienes que entenderlo. No sé qué hacía Oddný con él. De hecho, ya ves que su historia no funcionó. Me dijo que se habían visto dos o tres veces, pero que enseguida había visto de qué palo iba, que era un gilipollas.

—Según algunas de las personas con las que he hablado —replicó Erlendur—, vuestro matrimonio pasaba por algunas dificultades.

—¿Quién? ¿Quién te ha dicho eso?

—Otras personas a las que he interrogado. Decían que eran algo más que dificultades. Que Oddný era infeliz y que por eso buscaba refugio en otros hombres. Así que no es solo Ísidór quien lo afirma.

—¿Infeliz?

—Me hablaron de malos tratos —señaló Erlendur.

Gústaf se quedó mirando la alfombra aspirada.

—¿Por eso le comprabas joyas? —preguntó Erlendur.

Gústaf guardó silencio.

—¿Por eso le compraste esos pendientes? —insistió Erlendur—. ¿Para pedirle perdón?

—Mira... —Gústaf respiró hondo—. Te he recibido en mi casa, te he invitado a pasar, te he escuchado y he tratado de hablar contigo. Me parece bien que te interese el caso de Oddný. Yo soy el primero que quiere que la encuentren. He intentado hablarte de hombre a hombre sobre temas espinosos. Sobre cuestiones muy duras de mi vida y de mi matrimonio. ¡Y ahora me sales con difamaciones de mierda! ¡Ya se lo he contado todo a la policía! Ahora creo que deberías irte. ¡No tengo nada más que decirte!

—¿Por eso quería dejarte? —preguntó Erlendur.

Gústaf no le respondió.

—Pero tú no se lo permitirías. Hasta le perdonaste su infidelidad y vuestro matrimonio siguió como si nada hubiera pasado.

—Deberías irte ya —repitió Gústaf con calma.

—¿Cómo fue vuestra relación después de aquello?

—Hicimos todo lo posible por solucionarlo. No veo que nada de esto pueda incumbirte. Te ruego que te vayas de mi casa.

—¿Mejoró vuestro matrimonio?

Sin responderle, Gústaf se dirigió al vestíbulo y abrió la puerta para echarlo.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Agrediste a tu mujer?

—¡No! ¡Largo de aquí! ¡Oddný nunca volvió a casa! Se marchó del Þórskaffi y nunca volvió a casa —dijo antes de cerrar la puerta en las narices de Erlendur.

40

Erlendur tenía libre tanto esa noche como las tres siguientes. Se sentía algo aturdido, como cada vez que hacía varios turnos seguidos. Según los agentes más veteranos, lo mejor era adoptar inmediatamente los hábitos normales de sueño para evitar dormir por el día y luego pasar las noches en vela. Pero conseguirlo no era tarea fácil. El método implicaba resistir la tentación de irse a la cama nada más terminar el último turno y aguantar despierto veinticuatro horas hasta acostarse a una hora normal. A la mañana siguiente, el reloj biológico ya se ha reajustado y han desaparecido los efectos de las largas noches de vigilia.

Erlendur lo había intentado en repetidas ocasiones, pero nunca le había dado resultado. Le resultaba imposible volver a poner en su sitio el día y la noche. A pesar de haber aguantado despierto todo el día después de su último turno, no lograba conciliar el sueño. No hacía más que dar vueltas en la cama y, cuando conseguía dormirse, se despertaba inmediatamente de un sobresalto, inquieto y empapado en sudor. A las dos de la noche, todavía insomne, se levantó, se metió en la cocina y allí se quedó un rato sentado en medio del silencio nocturno, con la mirada perdida en el infinito. Sabía que por muchos trucos que intentara emplear, el caso de Oddný y Hannibal no le dejaría pegar ojo. Y si no era eso, entonces sería la charla que había tenido con Halldóra en el Hressingarskálinn, cuando le dijo que estaba embarazada. Y si no, sería otra cosa...

«¿Qué quieres hacer, Erlendur?», le había preguntado. Él le había propuesto que vivieran juntos en su casa de Hlíðar hasta que encontraran un alojamiento más conveniente. Pero Halldóra no estaba del todo convencida. Quería estar segura de que se lo estaba diciendo de verdad y le preguntó si estaban teniendo una relación seria. Erlendur se lo aseguró y aprovechó para convencerse también a sí mismo de que así era. Sentía que había llegado la hora de calmarse y empezar a pensar en la gente que tenía alrededor. Había llegado el

momento, de cambiar, de hacer cosas nuevas.

Más animada, Halldóra retomó el tema de la vivienda. De hecho, ya había mirado algunos anuncios en la prensa y era más partidaria de comprar que de alquilar. Además, les hacía falta una habitación infantil. Una, de momento. A Halldóra se le dibujó una sonrisa en el rostro y Erlendur vio que había recuperado el buen humor.

Erlendur pensó también en la reacción de Gústaf. Se preguntaba si había hecho bien en hablar con él y si había sabido gestionar la situación. Se arrepentía un poco de la agresividad que había mostrado y de las duras acusaciones que encerraban sus palabras. No le sorprendería que Gústaf quisiera poner una queja formal en comisaría.

Erlendur daba por sentado que Oddný estaba muerta y se preguntaba si su asesino habría matado también a Hannibal. A su mente acudían palabras como «celos» y «venganza», pero sabía que no debía precipitarse en acusar a nadie. Le costaba reconstruir mentalmente lo que habría podido ocurrir en el conducto y después en la turbera. Su principal hipótesis era que alguien había atacado a Oddný y que Hannibal, al interponerse para ayudarla, se había enfrentado a un rival mucho más fuerte que había terminado matándolo. El asesino habría escondido el cuerpo de Oddný y habría dejado el de Hannibal en el estanque para que pareciera que se había ahogado accidentalmente, asumiendo que nadie investigaría en profundidad la muerte de un vagabundo.

Le había asegurado a Gústaf que era imposible que Hannibal le hubiera causado algún daño a Oddný. Y no mentía. Realmente no podía imaginarse a Hannibal matándola y escondiendo su cuerpo para luego ahogarse en el estanque. Esa teoría no se sostenía. Le parecía evidente que una tercera persona había sido la responsable de ambas muertes. No consideraba ninguna otra posibilidad.

Después dejó vagar su mente por los acontecimientos de los últimos días y se detuvo en su encuentro con Þurí en la estación de Hlemmur. Pensó en lo que le había contado sobre Hannibal, Helena y el accidente; sobre el gesto que le había hecho Helena a Hannibal para que salvara a su hermana. Hannibal se lo había confesado a Þurí en un momento de debilidad, un día en que iba «algo piripi». Los recuerdos de lo ocurrido aquel día en el puerto lo habían perseguido durante toda su vida.

Pensó en Þurí, sentada en la marquesina mientras esperaba el autobús para dar una nueva vuelta por la ciudad y soñar que estaba viajando. Recordó el día en que la había conocido, sobria, junto a las tres mujeres que jugaban al parchís, las que se habían burlado de ellos con sus comentarios groseros y se habían reído como tres ogras sacadas de un cuento. Trató de apartar de su mente la imagen de Þurí con Bergmundur en su cuchitril del barrio oeste, una escena que

todavía llevaba grabada a fuego.

Pensó también en la casa del barrio oeste por la que pasaba cuando se acordaba de la chica del Colegio Superior Femenino que había desaparecido sin dejar rastro de camino a clase. Erlendur tenía verdadera obsesión por las desapariciones. Le interesaba el fenómeno en sí, pero sobre todo pensaba en la suerte de quienes nunca regresaban y en el dolor de quienes se quedaban. Sabía que su obsesión radicaba en la tragedia que él mismo había vivido en los páramos del este y en las historias que había leído sobre personas que se habían perdido caminando por este país hostil y despiadado.

Tal vez fuera eso lo que le impedía dormir, lo que lo despertaba sin cesar y no le dejaba pegar ojo. Esa extraña tensión que sentía en su interior. Esa inquietud que no había sentido antes. Esa chispa de vida que se había encendido al investigar por su propia cuenta un caso de desaparición ocurrido en la ciudad.

Sabía que más tarde o más temprano tendría que ir a Borgartún para poner sus hallazgos en conocimiento de la judicial y dejar que esta investigara de forma oficial tanto al marido como al amante de Oddný para poder descubrir la verdad. Les contaría todo lo que sabía. Les hablaría de todas las personas a las que había interrogado, de los hermanos que vivían al lado del sótano de Hannibal, a quienes este acusaba de haber querido incendiar su sótano, y de Þurí, la mujer que había encontrado el pendiente.

La joya reposaba frente a él sobre la mesa. La cogió y la hizo girar entre sus dedos. Þurí la había encontrado bajo una de las tuberías, no muy lejos de la entrada. De ser así, Oddný no la habría podido perder en un lugar tan inaccesible y era imposible saber cómo había podido llegar hasta allí. Puede que alguien le hubiera dado una patada sin querer. Pero también existía la posibilidad de que alguien la hubiera escondido debajo de las tuberías. Y era imposible obviar que ese alguien podría haber sido Hannibal.

Solo había una posibilidad más que Erlendur no se atrevía a considerar: que fuera la propia Oddný quien hubiera dejado allí el pendiente con la esperanza de que alguien lo encontrara algún día y todo el mundo supiera que el final de sus días había llegado en el interior de aquella carcasa de hormigón.

41

De nuevo, Erlendur y Rebekka se vieron frente al consultorio médico de Lækjargata al salir del trabajo y caminaron hacia el lago. Erlendur le resumió sus conversaciones con las amigas de Oddný y le habló de sus encuentros con Ísidór y Gústaf, quien había terminado echándolo de casa.

—La reacción de Gústaf ha sido la más extraña —le explicó—. Maltrataba a Oddný y está claro que ella buscaba una forma de dejarlo. Confirmó que el pendiente era suyo, pero cuando vio que empezaba a avasallarlo a preguntas, se negó a seguir hablando y me pidió que me marchara. Lo cual no quiere decir nada. Puede que me excediera un poco y lo hiciera enfadar. En realidad, tenía razones para echarme.

Erlendur le habló también de su visita a las oficinas de la judicial y de su conversación con el detective que estaba al cargo de la desaparición de Oddný. Por lo visto, tenían a su marido en el punto de mira, pero no tenían pruebas contra él. Ni el cuerpo, ni el arma homicida ni el móvil del crimen. Su examante, Ísidór, también estaba bajo sospecha, pero la hipótesis más probable era que Oddný se hubiera suicidado.

Se sentaron en un banco de la calle Tjarnargata con vistas a la iglesia Fríkirkja y el colegio Miðbæjarskólinn. Llevaba haciendo calor casi todo el verano y aquel día no era una excepción. El sol brillaba una jornada tras otra. Vestida con buen gusto, como siempre, con una chaquetilla de verano, una elegante blusa de seda y unas enormes gafas de sol a la última moda, Rebekka escuchaba a Erlendur en silencio.

—¿Y qué dicen de Hannibal? —le preguntó.

—No tienen el menor interés en él —respondió Erlendur—. Consideran que son dos casos separados.

—¿No les contaste entonces lo del pendiente?

—Me pareció más prudente esperar un poco. Unos días, pero

tampoco muchos. Cuanto más tiempo pase, más difícil me resultará luego justificar por qué no contacté inmediatamente con la judicial.

—¿Entonces no han establecido ni la más mínima relación entre Oddný y Hannibal?

—No.

—Pero lo harán en cuanto les enseñes el pendiente.

—Eso es.

Rebekka dejó escapar un suspiro.

—Y Hannibal será el monstruo que le causó la muerte.

—Puede ser, pero entonces tendrán que explicar cómo y por qué murió Hannibal —reparó Erlendur—. No podrán obviar que existe la posibilidad de que se viera involucrado en lo sucedido sin tener nada que ver con ello y que, como consecuencia, acabara ahogado en las turberas.

Pasaron un buen rato sentados al calor del sol mientras escuchaban el murmullo de la ciudad y el graznido de los pájaros del lago. La gente paseaba tranquilamente por Tjarnargata. A lo lejos, entre el rugido del tráfico, se oyó un claxon seguido de una sirena de policía. Erlendur supuso que se habría producido algún accidente y esperaba que no fuera grave.

—Cambiando de tema, ¿qué decía Hannibal cuando hablaba del accidente de Hafnarfjörður? —preguntó Erlendur.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me han contado algunas cosas. A él no le gustaba hablar mucho de ello, ¿no?

—No le gustaba nada. No quería sacar nunca el tema. Que yo sepa, nunca lo habló con nadie. ¿Qué te han contado?

—Supongo que es la clase de trauma que uno solo quiere compartir con sus seres más cercanos y no con cualquier persona.

—No acabo de ver adónde quieres ir a parar.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer llamada Þurí?

—¿Þurí? No me suena.

—Una amiga de Hannibal —le explicó Erlendur—. Alcohólica.

—Ni idea.

—Es la mujer que encontró el pendiente de Oddný. Se metió en el conducto después de morir Hannibal y lo encontró por casualidad debajo de una de las tuberías, pero no se lo dijo a nadie. Yo fui el único a quien se lo contó. Nunca se paró a pensar qué hacía allí. Le daba igual. Se lo guardó y luego lo vendió a cambio de alcohol.

—¿Y era amiga de Hannibal?

Erlendur asintió y le contó que había ido a la casa de acogida de Amtmannsstígur para conocer a Þurí porque le habían dicho que era una persona cercana a Hannibal. No sabía exactamente qué tipo de relación habían tenido, pero debía de haber sido buena para que

Hannibal le hubiera abierto su corazón en alguna ocasión. Tampoco sabía cómo se habían hecho amigos. Þurí era una mujer de carácter fuerte que se relacionaba también con otros vagabundos, aunque puede que solo los utilizara para conseguir alcohol, pastillas o cualquier otra sustancia que le redujera la ansiedad. Por lo demás, parecía una mujer sensible e inteligente. Eso era todo lo que Erlendur podía decir de ella, además de que soñaba con viajar y de que tenía sus propios medios para hacer ese sueño realidad, aunque fueran un tanto inusuales.

—Nunca había oído hablar de ella —dijo Rebekka.

—Hannibal le contó lo del accidente un día que iba algo flojo, en palabras suyas.

—¿Algo flojo?

—Sí.

—Pues si le habló del accidente, es que debían de tener una relación muy cercana.

—Creo que eran buenos amigos. Puede que te vaya bien hablar con ella alguna vez, siempre y cuando ella esté dispuesta.

—¿Y sabes qué… qué le dijo exactamente? ¿Qué le contó sobre el accidente?

A Rebekka le costaba disimular su inquietud y Erlendur tuvo la sensación de que, en realidad, no estaba segura de querer escuchar la respuesta o de ahondar en los detalles de aquel accidente que la había perseguido toda la vida y que había tenido consecuencias desastrosas para toda su familia, pero, sobre todo, para su hermano. Erlendur procuró responder con el mayor tacto posible. Empezó aclarándole que no sabía exactamente a qué se había referido Þurí al decir que Hannibal se encontraba «algo flojo». Puede que quisiera decir que había bebido, pero la palabra parecía implicar más bien que aquel día estaba sensible y que se habría abierto a Þurí en un momento de debilidad. En cualquier caso, en el momento del accidente, Hannibal había pensado que sería capaz de sacar del coche tanto a su mujer como a su hermana. Primero fue a liberar a Helena, pero esta sabía que no le daría tiempo a rescatar a ambas, así que le hizo una señal para que no se acercara a ella y se centrara en Rebekka. Es decir, Helena se había sacrificado por ella.

—Según tu hermano, Helena le había sonreído, pero Þurí pensaba que eso se lo había inventado, así que no le había hecho mucho caso. Luego me dijo que aquella fue la única vez que le había hablado del accidente.

Rebekka escuchaba en silencio.

—¿Lo sabías? —le preguntó Erlendur girándose hacia ella.

No recibió respuesta.

—¿Te lo había contado alguien alguna vez?

Inmóvil, Rebekka apretaba los labios mientras las lágrimas se deslizaban bajo sus enormes gafas de sol. Erlendur se dio cuenta de que su pregunta había sido innecesaria: era la primera vez que escuchaba esa historia. El agente se enfadó consigo mismo por haber removido una vieja herida. Nadie mejor que él sabía cuánto dolía.

—Puede que lo hiciera —susurró finalmente Rebekka.

—¿Qué quieres decir?

—Inventarse lo de la sonrisa.

Erlendur se compadecía de Rebekka.

—Amaba a su Helena más que nada en la vida.

42

Al darse de bruces contra él y ver que había caído en una trampa, el ladrón salió disparado por Skólavörðustígur y se metió por Smiðjustígur. A Erlendur se le escapó de las manos y salió tras él. Al echarse a correr se le cayó la gorra, pero la dejó en el suelo y siguió persiguiendo al ladrón, que bajaba como un rayo hacia Laugavegur. Erlendur se empleaba a fondo y le pisaba los talones, pero no tenía claro que fuera a poder alcanzarlo.

Pasadas las cinco de la mañana, un transeúnte había oído unos ruidos en el interior de una joyería de Skólavörðustígur. Al vivir cerca del local, había apretado el paso para llegar a casa enseguida y llamar a la policía. En ese momento circulaban por la zona dos coches patrulla. Uno de ellos era la furgoneta de Erlendur, Garðar y Marteinn, que fueron los primeros en llegar. El ladrón había entrado por una ventana situada en la parte trasera y se lo había tomado con calma, pensando que tenía todo el tiempo del mundo. Sorprendido ante la temprana llegada de la policía, se había echado al hombro su bolsa de deporte negra llena de joyas, había salido por donde había entrado y se había escondido en el patio trasero. Al ver a Marteinn y Garðar entrar corriendo en la tienda, había aprovechado para salir a la calle. Sin embargo, lo último que se esperaba era que un tercer policía le fuera a bloquear el paso y se echara a correr tras él. La persecución continuaba ahora por Hverfisgata.

Erlendur seguía de cerca al ladrón, que giró bruscamente hacia el este y se metió en el barrio de las Sombras aferrándose con fuerza a su bolsa aunque con ello perdiera velocidad. Llevaba puestas unas ligeras zapatillas deportivas, y tanto sus pantalones como su chaqueta y su gorro eran negros. Había planeado bien el robo y había desactivado sin problema el rudimentario sistema de alarma de la tienda, pero no había contado con que pudiera haber transeúntes tan atentos a esas horas de la mañana.

Erlendur no veía a sus compañeros por ningún lado. Marteinn y

Garðar se encontraron con que la joyería estaba vacía e ignoraban que Erlendur había salido corriendo tras el ladrón. Se detuvieron frente a la tienda y lo buscaron con la mirada. Marteinn lo llamó, pero no obtuvo respuesta. Entonces vieron la gorra tirada en el suelo y la recogieron.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —preguntó Garðar mientras veían llegar en silencio otro coche patrulla.

Sin dar señales de cansancio, el ladrón seguía corriendo a toda velocidad por Lindargata. Erlendur se estaba quedando rezagado y temía perderlo de vista, pero se negaba a abandonar y siguió corriendo con todas sus fuerzas pese a que le faltaba el aliento y le dolían los pies. Puede que sus pesadas botas fueran ideales para las ceremonias grandilocuentes, pero no estaban hechas para correr.

Su corazón dio un salto de alegría cuando vio al ladrón resbalarse con un montón de arena acumulada en la acera y caerse de bruces contra el suelo. Erlendur consiguió acortar la distancia antes de que el hombre se levantara de nuevo y saliera corriendo hacia el matadero, cojeando levemente después de su caída. Erlendur se había acercado tanto que podía escuchar los jadeos del ladrón y el tintineo de su botín. Por un momento le pareció que el joven estaba a punto de tirar la bolsa para poder acelerar el paso, pero sus dudas no hicieron más que ralentizarlo y Erlendur logró abalanzarse sobre él frente al portón que daba acceso al complejo del matadero.

Rodaron unos metros por la acera hasta que Erlendur consiguió retenerlo boca abajo. Se sentó a horcajadas encima de él y le apretó la cabeza contra el suelo mientras trataba de recuperar el aliento. Tras un breve forcejeo, logró esposarlo, ponerlo de pie y empujarlo contra la pared. El dulce aroma de la carne cocida procedente de los hornos del matadero le recordó a Erlendur lo hambriento que estaba. Había sido un turno frenético y no había podido dar ni un bocado en toda la noche.

Erlendur caminaba con su prisionero de vuelta a Skólavörðustígur cuando se dio cuenta de que sería más rápido llevarlo directamente a la comisaría de Hverfisgata y meterlo en el calabozo. No llevaba un *walkie-talkie* para poder avisar a sus compañeros, pero tampoco le parecía un problema. Había atrapado al bribón. El trabajo había terminado.

Erlendur empujaba al hombre mientras subían por Hverfisgata en dirección a la comisaría. Sin dejar de protestar, el ladrón se resistía a caminar y se quejaba de lo injustificado del trato recibido por el agente cuando, en realidad, se estaba mostrando cooperativo. Erlendur le ordenó que se callara. Nunca había visto antes a aquel chico, un veinteañero delgado de piernas largas, diseñadas para correr. El joven llevaba las manos y la cara llenas de rasguños después

de haber rodado por el suelo. Se le había caído el gorro, dejando al descubierto una espesa maraña de pelo.

Erlendur le había quitado la bolsa de deporte y la llevaba colgada del hombro. Podía escuchar el tintineo de los relojes y las joyas al caminar.

—¿Cómo sabías que estaba dentro? —le preguntó el ladrón.

—Sigue andando —le ordenó Erlendur.

—¿Me había visto alguien?

Erlendur no le respondió.

—Por poco me escapo, ¿eh?

—Sí, pero te has caído. Eso ha sido tu perdición.

—No pensé que aguantarías tanto tiempo persiguiéndome. Estaba seguro de que al final te rendirías. Nunca he corrido tan rápido en mi vida.

Erlendur le dio un empujón.

—¿Eres atleta o algo?

—¿Quieres callarte y seguir andando? —dijo Erlendur empujándolo de nuevo.

—¿Llevas mucho tiempo en la poli? —le preguntó el ladrón al cabo de un rato.

Erlendur no le respondió.

—¿O eres un reemplazo de verano?

—¿Quieres cerrar el pico de una vez? No tengo ningún interés en hablar contigo. ¿Por qué robas? ¿No tienes ganas de trabajar? ¿O eso es demasiado para ti? Déjate de preguntas y camina.

El ladrón dio unos pasos y se detuvo.

—Necesito pasta.

—¿Y quién no? Búscate un trabajo.

—No, me hace falta mucha. Inmediatamente. Cuanto antes. No puedo permitirme que me metáis en la cárcel.

—Pues entonces no deberías robar.

—Ya, pero es que...

—Cuéntale a otro tus historias —le interrumpió Erlendur, fatigado —. No estoy para escuchar tus tonterías.

Siguieron caminando, aunque el silencio no duró más que unos segundos.

—Llévatela —dijo el ladrón.

—¿Que me lleve el qué?

—La bolsa. No diré nada. Diles que me escapé con ella a la altura del matadero. Te puedes sacar un pastón vendiendo lo que hay dentro.

—¿Me estás proponiendo que me quede con la bolsa y te deje escapar?

—Solo tienes que decir que me fui corriendo con ella. Nadie se enterará. No se lo contaré a nadie. Confía en mí. No diré ni una

palabra.

—O sea, que vendo el botín y todos contentos, ¿no?

—Lo tenemos muy fácil.

—Déjate de gilipolleces y avanza —dijo Erlendur propinándole un nuevo empujón—. Calladito estabas mejor. No sigas por ahí. Esas tonterías quedan muy mal en los informes.

—Venga, llévatela y suéltame. También puedes devolverlo todo a la joyería. Así no tendrán ninguna pérdida. Solo unos cristales rotos y... no rompí mucho más. Además, esas tiendas suelen estar aseguradas. El dueño no tendrá que poner ni un céntimo de su bolsillo.

Erlendur no se molestó en contestarle.

—¿Qué ganas con arrestarme? Nada. Soy un donnadie. Deja que me vaya.

El ladrón oponía cada vez más resistencia a medida que se acercaban a comisaría. Erlendur siguió empujándolo y al final tuvo que agarrarlo del hombro para hacerle avanzar.

—Esos cerdos me van a matar —dijo el chico—. No lo entiendes. Les debo dinero. Me dijeron que robara una joyería. Hasta me sugirieron cuál. Decían que solo así podía sacar la pasta para pagarles la deuda.

—¿Qué deuda?

—El pago de unas drogas.

—¿Es eso lo que se lleva ahora? —preguntó Erlendur.

—¿Qué?

—¿Saquear una tienda para poder comprar drogas?

—Me dijeron que era la única manera. ¿Qué iba a hacer si no? Me amenazaron con... Están mal de la cabeza.

—¿Quiénes?

—Los hermanos.

—¿Qué hermanos?

—No te puedo dar sus nombres.

—De acuerdo.

—Te digo cómo se llaman si me dejas ir.

Finalmente llegaron a comisaría.

—¡Basta ya de tonterías!

—Uno se llama Ellert —confesó el ladrón—. Pero solo te diré el nombre del otro si me dejas ir.

—¿Ellert? —repitió Erlendur pensando en los hermanos de la calle Fálkagata, los antiguos vecinos de Hannibal—. ¿Estás hablando de Ellert y Vignir?

El joven guardó silencio.

—¿Se llama Vignir el otro? —preguntó Erlendur.

—¿Los conoces? —respondió el ladrón, olvidándose de que no

quería desvelar el nombre del segundo hermano—. ¿Sabéis quiénes son y a qué se dedican? No sabía qué hacer. Me tenían amenazado.

Erlendur no le respondió. Su mente estaba muy lejos de los problemas del joven. Trató de recordar todo lo que sabía sobre Ellert y Vignir y relacionarlo con lo que pudo haber sucedido en la carcasa de las tuberías la noche en que Oddný desapareció y Hannibal perdió la vida.

¿Y si hubo más de una persona?

¿Y si actuaron dos agresores la noche en que Oddný desapareció?

Erlendur se detuvo en las escaleras de la comisaría y miró al ladrón. ¿Y si invertía el orden de los acontecimientos? Puede que no fuera Hannibal quien hubiera presenciado la muerte de Oddný sino al contrario, que fuera ella quien hubiera visto cómo ahogaban a Hannibal.

Hasta entonces había asumido que primero habían agredido a Oddný y después habían asesinado a Hannibal por haber sido testigo de todo. Pero ¿y si hubiera sido al revés? ¿Y si hubieran querido eliminar a Oddný por haber presenciado la muerte de Hannibal?

¿No encajaba esa posibilidad con lo que le había contado Bergmundur sobre los hermanos? ¿No le había dicho que querían deshacerse de Hannibal y que al final lo habían conseguido? Hannibal estaba convencido de que eran los hermanos quienes le habían prendido fuego al sótano. Bergmundur había dejado caer que Hannibal tenía información comprometida sobre ellos.

¿Por qué habrían querido desembarazarse de él?

¿Lo habrían ido a buscar a su escondite?

¿Le habrían atacado ellos?

¿Habrían silenciado también a Oddný?

—¿Entonces, me dejas ir? —preguntó el ladrón, esperanzado. El joven consideraba haber puesto de su parte como para ganarse la clemencia de Erlendur y, al ver al policía sumido en una profunda reflexión, pensó que quizás se lo estuviera pensando.

—No puedo —respondió Erlendur, volviendo a la realidad.

El agente metió al chico en comisaría dándole un nuevo empujón y anunció a todos que el ladrón de Skólavörðustígur había sido capturado con el botín.

43

Los miembros de la policía judicial, especializados en delitos de estupefacientes, escucharon con atención las declaraciones del joven ladrón. Llevaban interrogándolo desde primera hora de la mañana y enseguida habían conseguido que colaborara con ellos. El chico, de nombre Fannar, no tenía antecedentes. Nunca había estado detenido, nunca había necesitado llamar a un abogado y «prefería evitar la cárcel», tal y como declaró textualmente. Los de la judicial habían sabido aprovechar bien su falta de experiencia y su actitud casi infantil. De hecho, el interrogatorio fue como la seda y, antes de la hora de comer, ya les había contado todo lo que sabía sobre los hermanos Ellert y Vignir. Les explicó cómo había hecho para comprarles droga y por qué les debía dinero. No obstante, lo más sorprendente era que los hermanos le hubieran mandado robar una joyería. Nunca habían oído hablar de un método semejante para cobrar una deuda.

Al parecer, Fannar había tenido una vida desastrosa desde la adolescencia: bebía sin medida y, tras dejar los estudios, había empezado a consumir drogas, sobre todo hachís, que sacaba de los malos ambientes en que se movía. Sus padres habían hecho todo lo posible para que dejara de consumir, pero sus esfuerzos no habían servido de nada: su consumo no había hecho sino aumentar y Fannar se había hundido cada vez más en la miseria. En alguna ocasión le habían prohibido salir de casa y le habían proporcionado atención médica. También lo habían ingresado en un hogar para adolescentes con problemas e incluso en el hospital psiquiátrico de Kleppur, pero nada había dado resultado. En lugar de mejorar, Fannar comenzó a consumir sustancias más duras y más caras en compañía de sus amigos. Y cuando Erlendur lo detuvo frente al matadero, estaba metido en un grave aprieto.

La judicial comenzó a vigilar de cerca a los hermanos y en los días siguientes logró reunir información suficiente para arrestarlos.

Descubrieron que traficaban con droga que entraba en el país a bordo de cargueros: pastillas, sustancias en polvo, hachís, anfetaminas y, por supuesto, marihuana, una droga cada vez más popular. La mercancía llegaba lista para consumir. Lo único que tenían que hacer era dividirla en porciones más pequeñas. En sus tiempos habían trabajado a bordo de distintos barcos y se habían dedicado al tráfico de alcohol, pero las drogas generaban mucho más dinero y ocupaban mucho menos espacio. Los hermanos tenían contactos tanto en Hamburgo como en Boston y contaban con al menos cinco colaboradores a bordo de distintas embarcaciones. Almacenaban una parte del material en un cobertizo de pesca abandonado en el oeste de Reikiavik y otra parte en una casa del barrio de Vogar donde regentaban una carpintería. Los arrendadores de ambos lugares no sabían nada de sus actividades y se quedaron de piedra cuando la policía llamó a sus puertas para informarles de que sus arrendatarios se dedicaban al narcotráfico. Los hermanos habían sabido siempre borrar tan bien las huellas de sus negocios que ni siquiera figuraban en la lista de sospechosos de la policía. Nadie en comisaría sabía de su existencia.

La policía había obtenido una parte de esa información a partir de las declaraciones de Fannar, mientras que la otra parte procedía de sus contactos en la casi inexistente mafia de Reikiavik. La investigación reveló que los hermanos acababan de recibir un envío desde Boston. De hecho, cuando la policía entró en el cobertizo, acompañada de un equipo de las autoridades aduaneras, la mercancía todavía estaba intacta. Ellert y Vignir solo habían estado tres días bajo vigilancia cuando se produjo el arresto. Los hermanos habían ido con toda tranquilidad al cobertizo para comprobar el estado de su alijo y la policía aprovechó el momento para detenerlos. Sorprendidos, los hermanos no opusieron ninguna resistencia y protestaron diciendo que nada de lo que había allí era suyo, que solo eran los arrendatarios y que desconocían la procedencia de las sustancias escondidas que la policía acababa de encontrar.

Sería exagerado decir que con el arresto de los hermanos se hubiera desmantelado una compleja banda de traficantes. Los hermanos actuaban por su cuenta, en colaboración con dos o tres trabajadores de los cargueros, y se lucraban considerablemente con la importación de droga. Evitaban levantar cualquier sospecha: tenían sus trabajos, pagaban sus impuestos y no se compraban ni coches ni nada que pudiera invitar a pensar que eran más ricos de lo que parecían. No ingresaban ni un céntimo de lo que ganaban en cuentas bancarias, lo cual tenía sus inconvenientes. En los pocos años que habían practicado el contrabando se habían hecho con una enorme cantidad de billetes que guardaban en bolsas y cajas, tanto en el cobertizo como en la carpintería o en su propio domicilio. Su casa de

Fálkagata había estado parcialmente financiada con las ganancias de sus actividades ilegales. El nuevo televisor que Erlendur había visto era casi el único lujo que se habían permitido.

A medida que la policía recababa información sobre Ellert y Vignir salió a la luz que los hermanos eran conocidos por ser unos energúmenos que no dudaban en recurrir a la fuerza bruta para recaudar deudas. Nadie los había denunciado nunca, pero la investigación reveló que se hallaban detrás de varios casos de agresión. A veces acudían a un hombre para que realizara el trabajo sucio. Su nombre era Elliði y era el viejo conocido de la policía con el que Erlendur había hablado en Austurvöllur cuando buscaba a amigos de Hannibal. Lo habían llevado a comisaría para interrogarlo y permanecía en prisión preventiva.

Un total de ocho hombres fueron detenidos en el operativo que se había desplegado desde que Fannar hubiera desvelado los nombres de Ellert y Vignir. Por el bien de la investigación, no se consideró adecuado dejar libre al chico mientras vigilaban a los hermanos, así que solicitaron una orden de detención por el robo de la joyería para poder tenerlo bajo custodia durante ese tiempo. No se le permitía ver a nadie, salvo al abogado que finalmente se había procurado.

Cuando Erlendur entró en la celda de Fannar, el chico estaba en un estado lamentable. Agotado tras el continuo bombardeo de preguntas sobre los hermanos, apenas podía dormir y había perdido el apetito. Se arrepentía del robo y de haberle dado a Erlendur los nombres de Ellert y Vignir.

—No debería haber abierto la boca —suspiró Fannar—. Se van a enterar de quién se ha ido de la lengua y entonces… ¡Joder! ¿En qué coño estaba yo pensando?

—Dudo que te lo tengan mucho en cuenta —dijo Erlendur para consolarlo—. Los habrían descubierto más tarde o más temprano.

—Sí, pero el caso es que los han descubierto ahora y van a saber que he sido yo.

—No te preocupes demasiado.

—¿Crees que voy a poder irme a casa cuando todo esto termine?

—La verdad es que no lo sé. Lógicamente, te van a juzgar por el robo, pero no sé si te condenarán a prisión.

—Uno de los polis me dijo que, si colaboraba, me libraría del trullo.

—No debes creer nada de lo que te digan.

—¡Me tenía que haber callado la boca, joder!

—¿Sabes si los hermanos conocían a un hombre llamado Hannibal?

—¿Hannibal? No. ¿Quién es?

—¿Nunca los oíste mencionar ese nombre?

—Lo único que mencionaban era la pasta que les debía —respondió Fannar—. Solo los vi una vez. No solía pillarles la droga a ellos directamente. Me dijeron cuánto les debía y cómo podía hacer para pagárselo.

—¿Robando una joyería?

—Sí.

—¿De dónde sacaron esa ocurrencia?

—De la tele. Lo habían visto en una serie a la que estaban enganchados y les había molado la idea.

—¿Qué serie?

—No me acuerdo... Salía un tío en silla de ruedas... Yo es que no veo la tele.

—¿*Ironside*?

—¡Eso!

44

La policía acompañó a Ellert y Vignir hasta sus celdas, donde esperaron un rato mientras se tramitaba la solicitud de prisión preventiva. Habían recorrido el pasillo en silencio, con expresión grave. El resto de celdas estaban vacías, salvo la ocupada por un vagabundo que había entrado por la mañana en comisaría pidiendo refugio. Se encontraba mal, estaba agotado y hacía tiempo que no dormía bajo un techo en un colchón decente. Los agentes le habían recordado que podía ir al albergue Farsótt, pero, por lo visto, ya lo había intentado y no había conseguido entrar. Tras algunas deliberaciones, le habían permitido descansar en una de las celdas.

Erlendur sabía que no podría volver a hablar con Ellert y Vignir una vez que los transfirieran al centro penitenciario de Síðumúli, donde permanecerían en prisión preventiva y podrían pasar semanas aislados si decidieran no cooperar y negarlo todo por completo. No quería correr el riesgo de tener que esperar tanto. Cuando escuchó en comisaría que Vignir ya iba de camino a Síðumúli, Erlendur actuó con rapidez y se metió discretamente en la celda del hermano.

Ellert lo reconoció de inmediato y se quedó boquiabierto al verlo de uniforme. Erlendur nunca les había desvelado su identidad. Para ellos no era más que un conocido de Hannibal. No sabían que fuera agente de policía.

—¡¿Tú?! —exclamó Ellert—. ¿Eres policía?

—Del departamento de tráfico —puntualizó Erlendur.

—¿De tráfico?

—No tengo nada que ver con tu caso. O vuestro caso, más bien. Tengo entendido que se os acusa de narcotráfico y ese no es mi campo. Lo único que me interesa es lo concerniente a Hannibal. De vuestro caso ya se ocupan otros compañeros.

—¿De nuestro caso? ¡Aquí no hay ningún caso!

—No, claro que no. Como digo, solo me interesa lo referente a Hannibal.

—No entiendo nada. ¿Qué pinta él en esta historia?

—Bueno, todo esto cambia un poco la situación, ¿no te parece?

—¿La situación? ¿Qué situación? ¿Por qué vienes siempre con lo del puñetero Hannibal? ¿Quién coño os ha dicho que vendemos droga? ¿Eh? ¡Dime! ¿Quién es el cabrón que va contando mentiras por ahí? ¿No serás tú el que se lo ha inventado? ¿Por eso venías tanto a tocarnos las narices con lo de Hannibal? ¿Venías con esa gilipollez solo para espiarnos?

—No.

—¿Quién va por ahí soltando mierda sobre nosotros?

—Lo único que sé de vuestro caso es que se os acusa de narcotráfico y de venta de drogas. No sé quién ha mentido ni quién ha dicho nada. No fui a vuestra casa para espiaros. No fui en calidad de policía. Solo me interesaba Hannibal. ¿Sabía a qué os dedicabais?

—No nos dedicábamos a nada. No sé de qué estás hablando.

—¿Os amenazó y por eso intentasteis asustarlo incendiando su sótano? ¿Queríais libraros de él?

—No pienso seguir hablando contigo.

—¿Le prendisteis fuego a su sótano?

—¡Fue el puto sintecho quien lo incendió! —exclamó Ellert, montado en cólera—. ¡Nosotros lo salvamos! ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? ¿Qué es lo que no entiendes? Más nos habría valido no salvarlo. Deberíamos haber dejado que se quemara allí dentro, joder. Al menos así nos habríamos librado de ti.

—Creo que os deshicisteis de él —continuó Erlendur—. Tenía la sospecha de que vosotros habíais iniciado el fuego. Os culpaba de que lo hubieran echado del sótano. Creo que estaba al corriente de vuestros trapicheos y que os amenazó con delataros. Teníais mucho que perder. Sin embargo, sabíais que a nadie le importaría que hubiera un vagabundo más o menos en las calles de Reikiavik. Una noche fuisteis al agujero donde se refugiaba y lo agredisteis. Salió corriendo hacia la turbera y lo atrapasteis allí.

—¿Pero qué parida es esa? —replicó Ellert—. No sabemos qué fue de él después de que lo echaran del sótano. Y no fue culpa nuestra. Se lo ganó él solito. ¡El muy cretino le prendió fuego a la casa! Nosotros no tuvimos nada que ver. Nunca nos amenazó. Para empezar, porque no tenía motivos para hacerlo.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer llamada Oddný? —le preguntó Erlendur.

—¿Quién es esa?

—Salió de fiesta por el Þórskaffi la misma noche en que murió Hannibal. Cuando se marchó a casa, dijo que iba a volver andando porque hacía buen tiempo y había bebido demasiado. Pero nunca llegó a su hogar.

—¿De qué...? ¿De qué estás hablando?

—Hay muchas probabilidades de que esa noche Oddný caminara cerca de la guarida de Hannibal. ¿De verdad que no te suena su nombre?

—¿Oddný? Es la primera vez que lo oigo.

—¿Estás seguro?

—¡Pues claro que estoy seguro!

—¿No cabe la posibilidad de que os viera? O de que te viera. Puede que no fuerais los dos. ¿Fuiste tú o fue Vignir? A no ser que hubierais enviado a alguien para que os hiciera el trabajo sucio. ¿Es ese el caso? ¿Enviasteis a alguien para que ahogara a Hannibal?

—Deja de decir idioteces. No sé qué pretendes, pero deberías irte. ¡Largo de aquí, imbécil!

Ellert se levantó del catre y caminó hacia Erlendur. No tenía buen aspecto después de haber pasado la noche en la celda. Tenía cara de cansado y llevaba el pelo revuelto. Impasible, Erlendur continuó hablando con calma, sin alzar la voz ni inmutar el rostro.

—Oddný trató de escapar, pero no llegó muy lejos. Solo le quedaban diez o quince minutos para llegar a su casa de Fossvogur. Puede que se echara a correr al veros y vosotros la persiguierais. Puede que apenas hubiera salido de Kringlumýri cuando la alcanzasteis. En todo caso, no hubo testigos.

Ellert lo miró en silencio.

—¿Qué pasó después? —preguntó Erlendur.

Ellert siguió sin responderle.

—Sé que en algún momento estuvo en la carcasa de las tuberías —continuó Erlendur—. ¿La llevaste tú? ¿La arrastraste hasta allí? ¿O estaba escondida dentro y la acabaste encontrando?

—¿Es esto una nueva estrategia psicológica? ¿Culpar a alguien de un crimen grave del que nunca ha oído hablar para que termine confesando un delito menor? ¿Es eso? ¿Es así como funciona? ¿Crees que me voy a mear encima por escuchar tus tonterías?

—¿Se escondió en la carcasa?

—Puedes decir todas las chorradas que quieras.

—¿La encontraste allí?

Ellert se acercó tanto a Erlendur que sus rostros estuvieron a punto de tocarse.

—¿Qué haces aquí si dices que no tienes nada que ver con nuestro caso? —dijo Ellert—. ¿Por qué no te vas a tomar por el culo?

—¿No bastaba con amenazar a Oddný? ¿Tuviste que matarla también?

Por un momento, Erlendur pensó que Ellert iba a agredirlo, pero el hombre reculó, esbozó una sonrisa burlona, se sentó en el catre y se quedó mirando el suelo en silencio.

Al salir al pasillo, Erlendur oyó una tos ronca procedente de la celda del vagabundo al que habían permitido dormir en comisaría. Al ver que la puerta estaba entreabierta, la empujó para comprobar que todo estaba en orden. Tumbado en el catre había un hombre completamente vestido que le recordaba a Hannibal. Llevaba un abrigo sucio y desprendía un fuerte olor a orina. Su gorro de lana estaba tirado junto al cabecero y una de sus botas de agua se le había caído al suelo, dejando al descubierto tres calcetines agujereados superpuestos, cada uno de un color: negro, rojo y verde. Sobre la mesilla había unas gafas sucias con una montura de carey reparada con celo.

El hombre volvió a toser y Erlendur le preguntó si se encontraba bien. El vagabundo comenzó a moverse y se incorporó para saber quién había entrado. Erlendur reconoció a Vilhelm de inmediato. Había hablado con él unos días antes en la guarida de Hannibal. El hombre buscó a tientas sus gafas y Erlendur las deslizó hacia su mano. Vilhelm se las puso y se quedó mirando al policía con sus enormes ojos, agrandados por los cristales, pero no lo reconoció.

—Eres Vilhelm, ¿no?

—¿Quién eres? —preguntó el vagabundo entre tosidos. Erlendur recordaba bien su tos de perro.

—Nos vimos una vez en las tuberías del agua caliente que pasan por Kringlumýri —le recordó Erlendur—. Ya no duermes allí.

—¿En la carcasa? Allí no se podía estar. No hay persona humana que pueda vivir en ese agujero. Ya me perdonarás, pero la verdad es que no te recuerdo.

—No pasa nada.

—¿Dices que hemos hablado alguna vez?

—Sí.

—No me acuerdo en absoluto —dijo Vilhelm sentándose en el catre. Al incorporarse, el hedor se intensificó y Erlendur retrocedió hasta la puerta.

—Te pregunté por Hannibal, un conocido mío que había vivido un tiempo donde las tuberías y que habían encontrado muerto en uno de los estanques de Kringlumýri.

—Ah, sí, Hannibal. Se ahogó, el pobre. No, yo de allí ya me fui, pero… la verdad es que es difícil encontrar sitios donde refugiarse. Aunque, bueno, de momento hace buen tiempo, así que voy tirando. Bajo los árboles del quiosco de la música se duerme bien. En todo caso, mejor que en esa maldita carcasa. Aquello era como dormir metido en un ataúd. Sí, señor, parecía un ataúd.

—Entiendo. Bueno, en fin —dijo Erlendur disponiéndose a salir de la celda.

—¿No llevarás un cigarrillo? —le preguntó Vilhelm.

—No, lo siento.

—¿Ya te vas? —preguntó el vagabundo, como si quisiera que el agente se quedara un poco más.

—Sí, me tengo que ir.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Erlendur.

—Creo que ya me suenas —dijo Vilhelm, deseoso de seguir hablando—. Bergmundur vino a verme después de que te fueras. Quería ayudarme a entrar en Farsótt. No quería verme un día más metido en ese conducto. También me habló de Þurí. Hay que ver lo enamorado que ha estado siempre de esa tipeja.

Seguramente, Vilhelm se sentía solo y llevaba tiempo sin hablar con nadie. Erlendur no lo conocía mejor que al resto de vagabundos de Reikiavik. Hannibal era el único a quien había llegado a conocer de alguna manera y todavía pagaba las consecuencias.

—Bueno, que vaya bien —concluyó Erlendur.

—Me diste algo de suelto, ¿verdad? —preguntó Vilhelm mirándolo fijamente a través de sus gruesas gafas.

—Sí —respondió Erlendur.

—Ahora sí que sé quién eres. Me ha costado un poco acordarme. La otra vez no llevabas todo eso puesto —dijo Vilhelm señalando el uniforme.

—No —convino Erlendur con una sonrisa.

—Recuerdo que no entendí por qué andabas por allí y qué querías exactamente de un pobre hombre como yo. Me preguntaste por Hannibal. Lo conocías. Sí, me acuerdo de ti. ¿Lo ves? Todavía me funciona la cabeza. ¿Ya has averiguado qué le pasó?

—No —respondió Erlendur—. Aún estoy lejos de saberlo.

45

Circulaban lentamente por las calles del centro. Era temprano por la mañana y la noche había estado tranquila. Apenas habían tenido intervenciones, así que habían pasado casi todo el tiempo conduciendo por la ciudad. Marteinn y Garðar no habían dejado de hablar, mientras que Erlendur había estado bastante callado, con aire pensativo. Pasaron por delante de Austurstræti, recién convertida en calle peatonal. Garðar tenía clara su opinión al respecto: le parecía inaudito cerrar al tráfico una vía tan céntrica. Como de costumbre, Marteinn se mostró en desacuerdo con su compañero y le recordó que en la mayoría de las ciudades había zonas peatonales en el centro. A veces había que pensar también en los peatones y no solo en los coches. Garðar se limitó a responderle que nunca había oído una estupidez semejante.

Mientras bajaban por Borgartún, Garðar les señaló un local con dos amplios ventanales donde antes había habido un taller de bicicletas. Le parecía el lugar perfecto para abrir una pizzería. Les contó que había estado hablando con un tío suyo, un armador al que le salía el dinero por las orejas, y que había mostrado interés en la idea. Había comido pizzas en Londres, así que el concepto no le era desconocido. Garðar tenía la esperanza de que quisiera embarcarse en su proyecto. Otros posibles inversores no tenían tanta fe en la emergente cultura de la comida rápida.

—Vosotros os podéis unir también, si queréis —sugirió Garðar.

Sin estar convencido, Marteinn negó con la cabeza.

—¿Tú qué dices, Erlendur?

—No tengo ningún interés en abrir una *pisería*.

—Pizzería —corrigió Garðar—. ¡Pizzería! Prueba a decirlo bien. ¿Estás seguro, Marteinn?

—¿Qué nombre le pondrías? —le preguntó su compañero.

—Aún no lo sé. Un nombre extranjero, algo con tirón. Algo… americano.

—¿Qué te parece Pisería Garðar's? —bromeó Erlendur.

Marteinn soltó una carcajada. Garðar respondió que no se podía hablar con un par de idiotas como ellos. Ya verían qué poco se iban a reír cuando los llamara desde una playa de Mallorca, donde pensaba irse de vacaciones con lo que sacara del restaurante.

Doblaron la esquina de Pósthússtræti, pasaron por delante de la farmacia y se metieron por el tramo de Austurstræti que todavía estaba abierto al tráfico. Bajo los letreros luminosos de las tiendas, el reflejo de la furgoneta aparecía y desaparecía en los cristales de los escaparates. Los habían llamado dos veces para disolver un par de peleas en fiestas privadas y en una de ellas habían detenido a un hombre borracho que ahora estaba encerrado en el calabozo de Hverfisgata.

Mientras se alejaban del centro escucharon un nuevo anuncio: se había producido un altercado en una vivienda del barrio Bústaðahverfi. Erlendur reconoció el domicilio de inmediato. Agarró con fuerza el volante, pisó el acelerador y encendió las luces de emergencia a pesar del poco tráfico que circulaba por la ciudad. Antes de que pudieran darse cuenta, ya iban por la avenida Miklabraut.

—¿No es donde estuvimos el otro día? —reparó Marteinn.

—Efectivamente —confirmó Erlendur.

—¿El adosado donde había una mujer inconsciente en el suelo? —recordó Garðar.

—Ese mismo.

—¿Qué diablos pasa en esa casa? —preguntó Marteinn.

Erlendur pisó a fondo, pero dos vehículos que circulaban en paralelo le entorpecieron el paso. Al accionar la sirena, uno de ellos se cambió de carril para dejarle pasar y en unos minutos ya habían llegado a la calle Bústaðavegur. Erlendur había apagado la sirena antes de entrar en el barrio para no despertar a todo el vecindario. Se detuvieron frente a la casa, donde el vecino les estaba esperando en albornoz, asomado a la ventana de la cocina. Era el mismo que había llamado a comisaría la vez anterior. Cuando los vio bajar del coche, salió a la entrada de su casa.

—Empezaron hace cosa de una hora —les contó—. Pero han parado hace nada de repente. A lo mejor se han ido a dormir. El marido le gritaba a su mujer como un loco. Me daba miedo que… Pensaba que la iba a matar. Por lo demás, todo ha estado muy tranquilo desde la última vez que vinisteis. Algún grito de vez en cuando, pero nada más.

—¿Cuándo han dejado de hacer ruido? —preguntó Garðar.

—Justo después de que os llamara, así que… igual habéis venido para nada.

—No debe de ser muy agradable tener que convivir con esta

situación —dijo Marteinn.

—Nos estamos planteando mudarnos. El caso es que, en realidad, el hombre es muy majo. Cuida de su jardín y le gusta dar conversación. No entiendo cómo le pueden dar estos arrebatos. No me entra en la cabeza.

Los agentes tocaron el timbre y llamaron a la puerta, pero nadie salió a abrir. Erlendur giró el pomo y, al ver que la puerta no estaba cerrada con llave, la empujó y entró con cautela.

—¡Policía! —gritó sin obtener respuesta.

Dio un segundo aviso, pero de nuevo sin resultado. Sus compañeros se unieron a él. En la casa reinaba un silencio sepulcral. Las gruesas cortinas del salón estaban cerradas. Todo estaba oscuro. La puerta de la cocina, cerrada. El pasillo, vacío. Erlendur recordó que el matrimonio tenía dos hijos que estaban pasando el verano fuera de Reikiavik.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —gritó una vez más—. ¡Policía!

Aguzaron el oído y entonces escucharon un leve sollozo en el interior del salón. Erlendur caminó hacia el sonido y, a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, distinguió una silueta que se balanceaba en una silla junto a la ventana. Cuando se acercó, vio que era la misma mujer que había encontrado inconsciente en ese mismo salón unos días atrás.

Garðar y Marteinn observaban desde la puerta. No había ni rastro del marido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Erlendur.

Sin darle respuesta, la mujer seguía sollozando mientras se mecía adelante y atrás.

—¿Dónde está tu marido? —le preguntó el agente, arrodillado junto a ella.

La mujer seguía sin responder. Pegada a su asiento, daba la impresión de que no lo escuchaba ni lo veía, que estaba sola en el mundo, absorta en sus pensamientos.

Solo cuando Erlendur le tocó el brazo se percató de su presencia. La mujer se giró dejando escapar un leve gemido y se quedó mirándolo fijamente. Fue entonces cuando Erlendur se dio cuenta de que le habían pegado. Llevaba un ojo tan hinchado que apenas se le veía. Tenía el labio superior partido e inflamado. Le sangraba la nariz y era obvio que le había dolido el brazo cuando Erlendur se lo había tocado. El agente se preguntó si lo llevaría roto. Entre sus heridas se intuían las huellas de agresiones anteriores.

—Siempre procuraba no dejarme marcas en la cara —murmuró, sumida en la oscuridad—. Pero el otro día... le dio igual. Y, hoy, también.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó Erlendur.

—Lo despidieron —dijo en un tono de voz casi imperceptible—. Le dijeron que estaban haciendo algunos cambios y... que ya no había sitio para él.

—¿Dónde está tu marido?

—Así que lo echaron.

La mujer parecía ajena a la presencia de Erlendur.

—No quería que se me viera —susurró desde la penumbra—. No quería que nadie lo supiera. Me pegaba en el cuerpo, donde nadie pudiera verlo. Ni siquiera los chicos. Pero ellos lo sabían... sabían perfectamente lo que pasaba. Son unos soles. Él puede serlo también. A veces. Cuando quiere.

Erlendur asintió.

—Pero ahora... ahora le da igual —continuó la mujer—. Le da igual dónde pegarme.

—¿Te ves con fuerzas para venir con nosotros o prefieres que llamemos a una ambulancia?

—Ahora le da completamente igual.

La mujer se giró hacia Erlendur.

—Debo de tener un aspecto horrible.

—Necesitamos saber dónde está.

—A lo mejor debería ir a casa de mi hermana —susurró la mujer—. Yo ya no puedo vivir aquí. No puedo seguir en esta casa. Ella no sabe nada. Tengo que hablar con ella. Nunca... le dije nada. Ni a ella... ni a nadie.

—¿Te ves con fuerzas para venir con nosotros? —insistió Erlendur—. Podemos llevarte a urgencias. ¿Puedes levantarte?

—Ya no puedo vivir aquí —repitió la mujer—. Los chicos vuelven mañana y... Dios mío, no pueden... ¿Qué les voy a decir?

—Tal vez deberías llamar a tu hermana —sugirió Erlendur—. ¿Sabes dónde está tu marido?

—¿Quién?

—Tu marido.

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabes dónde está? —preguntó Erlendur.

—Claro.

—¿Dónde?

—En la cocina —respondió la mujer.

—¿En la cocina? ¿Aquí?

—Sí.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Está tirado en el suelo.

—¿En el suelo? ¿Por qué?

—Creo que está muerto —respondió la mujer—. He lavado el cuchillo. Estaba lleno de sangre. Espero que no suponga ningún

problema.

Erlendur se levantó lentamente y se acercó a la puerta del salón, donde Marteinn y Garðar seguían esperando.

—¿Dónde está su marido? —preguntó Garðar.

—Aquí dentro —respondió Erlendur mientras abría la puerta que accedía a la pequeña cocina, iluminada por un brillante fluorescente instalado en el techo. Al entrar vio una nevera, una cocinilla, una mesa redonda y cuatro sillas. En el suelo, junto al fregadero, yacía el hombre que se había negado a dejarlos entrar la última vez. Bajo su cuerpo se extendía un enorme charco de sangre y a Erlendur le pareció que había recibido al menos tres puñaladas en el abdomen. El cuchillo estaba recién lavado sobre la encimera.

La mujer se había levantado y había salido del salón. Situada detrás de los agentes, miraba a su marido, que seguía tirado en el suelo de la cocina, tal y como lo había dejado.

—He lavado el cuchillo —repitió—. Espero que no suponga ningún problema. Luego fregaré el suelo. Tengo que fregarlo antes de que lleguen mis hijos.

Erlendur se inclinó hacia el hombre para buscar señales de vida.

—¡Está vivo! —exclamó al detectar un pulso débil en el cuello—. ¡Todavía vive! ¡Llamad a una ambulancia! ¡Que venga un médico! ¡Inmediatamente!

Erlendur cogió un paño que colgaba del fregadero, rasgó la camisa del hombre e intentó hacer todo lo posible por detener la hemorragia. Garðar y Marteinn se quedaron sin habla al ver el aspecto de la mujer bajo la fría luz de la cocina. Tenía el rostro desfigurado por la paliza que le había dado su marido. Era la imagen más desoladora que habían visto en su vida.

—¡¡Inmediatamente!! —gritó Erlendur—. ¡Llamad a un médico ya!

46

Acabado el turno, se despidieron en el aparcamiento de la comisaría, todavía sobrecogidos por la última intervención de la noche. Marteinn se ofreció a llevarlos a casa, pero Erlendur dijo que prefería caminar y vio a sus compañeros salir en coche del recinto. Había pasado un buen rato en la cafetería hablando de la mujer, de su marido y de sus dos hijos. De la violencia que se había vivido de forma cotidiana en aquel hogar y de la que se vivía en muchos otros. De la impotencia de las mujeres que la sufrían. De la humillación que suponía para las víctimas. De los secretos de familia.

Según los médicos, el marido iba a poder salvarse. Había perdido mucha sangre, pero las heridas no eran mortales. En ese momento le estaban realizando una compleja operación. En cuanto a la mujer, la habían atendido en urgencias y la habían ingresado para mantenerla en observación.

—¿Podría quedarme a dormir? —preguntó una voz detrás de Erlendur. Era Vilhelm, que acababa de colarse en el aparcamiento.

—Esto no es un hotel —le recordó el agente.

—No, ya lo sé —admitió Vilhelm.

—¿Quieres que te lleve también el desayuno a la cama?

—No estaría de más —dijo Vilhelm guiñándole un ojo tras el grueso cristal de sus gafas—. No le diría que no a un café con tostadas.

—Ven. Tenemos todas las celdas vacías, menos una en la que duerme un idiota que anoche se abalanzó contra nosotros y trató de agredirnos.

—Pero no lo consiguió.

—No.

Acompañó a Vilhelm y le mostró una de las celdas. Ellert y Vignir ya habían sido trasladados a la prisión de Síðumúli. El aguafiestas de la noche anterior descansaba sin hacer ruido. Completamente borracho, los había insultado y se había liado a puñetazos con Garðar. Ahora dormía como un tronco, pero sin duda le esperaba una buena

resaca.

Vilhelm le agradeció el favor y se dispuso a acostarse. Exhausto, parecía contento de haber encontrado un lugar donde poder descansar. Se quitó las gafas con cuidado y Erlendur le preguntó qué les había pasado.

—Me las rompió Bergmundur —respondió Vilhelm.

—¿Qué hizo?

—Me las pisó. A propósito.

—¿Por qué?

—Porque es así de imbécil.

—¿Te las pisó sin más?

—Dije algo sobre Þurí que le sentó mal.

—¿Y te rompió las gafas?

—Sabe que sin ellas no veo nada. Es muy listo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sabe cebarse con los más débiles. Es un imbécil. Se lo digo a todo el mundo. También a él. No le tengo miedo. No le tengo miedo de nadie.

Erlendur dejó a Vilhelm acostándose en el catre. Regresó al pasillo y salió al sol de la mañana por la puerta trasera del edificio con la idea de bajar hasta el mar antes de volver a casa. Le gustaba sentir la proximidad del océano, desintoxicarse después del turno de noche, respirar el aire salado y otear el horizonte, como hacía cuando vivía en el este. Se había criado entre un fiordo y un altiplano cuyos páramos y montañas castigaban sin piedad a quien cometía la menor imprudencia. Había crecido junto a un pequeño puerto y guardaba buenos recuerdos del momento en que regresaban los barcos cargados de pescado. De las gaviotas revoloteando alrededor. De la ilusión de la gente al verlos volver. De los gritos de los marineros. Su madre trabajaba en una factoría de pescado y Erlendur recordaba las largas jornadas de trabajo, los enormes cuchillos afilados y las corpulentas mujeres con delantales blancos advirtiéndole que no debía andar por allí. Pensaba en su infancia con melancolía y echaba de menos la vida a orillas de un fiordo islandés.

Erlendur llevaba un buen rato frente a las aguas del golfo de Faxaflói bajo un sol resplandeciente cuando empezó a reflexionar sobre la conversación que acaba de tener con Vilhelm y en la que habían tenido la última vez que el vagabundo había pasado la noche en comisaría. Aquel día le había hablado de su estancia en el interior de la carcasa y de la visita de Bergmundur. Erlendur pensó en Þurí y en por qué Bergmundur habría querido romperle las gafas a Vilhelm.

—Quería ayudarme a entrar en... —susurró Erlendur para sí mismo.

Se quedó un rato pensativo con la mirada perdida en las aguas del

golfo y dio media vuelta para caminar de nuevo hacia la comisaría.

Cuando abrió la puerta de la celda, Vilhelm dormía profundamente. Lo empujó levemente y, al ver que no respondía, lo agarró y lo sacudió hasta que el hombre comenzó a abrir los ojos. Vilhelm tardó unos instantes en darse cuenta de dónde estaba y de quién era aquel hombre que lo estaba despertando con tanta insistencia.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se incorporaba.

—Perdona —se disculpó Erlendur—, pero es que quería preguntarte una cosa acerca de algo que me contaste ayer.

—¿Qué... el qué? ¿Ayer?

—¿Por qué Bergmundur no quería que te quedaras en la carcasa?

—¿Cómo?

—Me dijiste que Bergmundur había ido a verte poco después de que tú y yo nos encontráramos allí.

—Sí.

—Me contaste que quería ayudarte a entrar en el albergue Farsótt, que no quería que durmieras donde las tuberías.

—¿Y bien?

—¿No te pareció extraño?

—¿Extraño?

—Que se preocupara por ti. Que se mostrara tan considerado. ¿No te pareció raro?

Todavía medio dormido, Vilhelm miró irritado a Erlendur.

—¿Para eso me despiertas? —preguntó antes de ponerse las gafas.

—Trata de recordar aquel momento. Luego podrás seguir durmiendo y te prometo que no te molestaré más. Ayer me dijiste que Bergmundur te había hecho una visita a la carcasa poco después de que yo pasara por allí. ¿Te acuerdas de aquel encuentro?

Vilhelm asintió.

—¿Para qué fue a verte? ¿Qué quería decirte?

—Me habló de Þurí —respondió Vilhelm mientras trataba de recordar lo que le habría contado a Erlendur en esa misma celda la noche anterior—. Luego me preguntó si tenía algo de beber y si no prefería dormir en Farsótt.

—¿Pero qué te dijo exactamente?

—¿Cómo crees que me voy a acordar? —preguntó Vilhelm.

—Prueba.

—Dijo que no podía pasar más tiempo en aquel lugar, que no era una opción, y que quería ayudarme a encontrar otro sitio. Que no tendría problema en entrar en Farsótt si no había bebido. Algo así dijo.

—¿Y no te sorprendió? ¿No te pareció un comportamiento inusual?

—Y que lo digas. No le pegaba nada. ¡Hasta parecía amable, el

muy cretino!

—¿Y te fuiste con él?

—Sí. No dejó de insistir hasta que acepté bajar con él al centro. Se puso muy pesado. Hasta me dejó pasar la noche en su guarida. Yo no entendía nada.

—O sea, que no quería que durmieras en el conducto bajo ningún concepto.

—Eso es, decía que lo hacía por mi bien.

—¿Y era la primera vez que se preocupaba por tu salud?

—La primera. No me lo podía creer. Aunque he de decir que me pareció muy amable por su parte. No era propio de él. Nunca lo había visto preocuparse así por nadie.

—Sin embargo, luego te rompió las gafas.

—Sí, cuando le dije que Þurí era una puta de mierda. Se puso hecho una furia. No debería haber dicho algo así. Y menos delante de él.

—¿Qué tipo de relación tenía con Þurí? —preguntó Erlendur—. No eran pareja, ¿no?

—No, nadie podría estar con Bergmundur.

—¿Se veía Þurí con algún otro?

—Sí, claro, ¿no lo sabías?

—¿Con Hannibal?

—Sí, con tu amigo Hannibal. Iban juntos a todas partes.

—Supongo que a Bergmundur no le haría mucha gracia.

—Ninguna. No podía soportar a Hannibal. No lo podía ni ver. Y Bergmundur no es de los que se rinden fácilmente. Es terco de narices. El otro día oí que habían empezado a verse otra vez.

—¿Crees que estaba celoso de Hannibal?

—Celoso no, lo siguiente —afirmó Vilhelm enderezándose en el catre—. ¿Quieres decir que le pudo hacer algún daño?

—¿Qué crees tú?

—Nunca se me había ocurrido. Se ahogó por accidente, ¿no?

Erlendur se encogió de hombros.

—Ya sabrás que Bergmundur...

Vilhelm no concluyó su frase. Ya estaba despierto del todo.

—¿Qué? —preguntó Erlendur.

—Bergmundur era mucho más fuerte que Hannibal. Mucho más grande y más joven.

—¿Insinúas que hubiera podido con él en una pelea?

—Sin duda. Hannibal no tenía nada que hacer contra él. Seguramente fue Bergmundur quien...

—¿Quien qué?

—¿No sabes lo de Bergmundur? ¿No sabes lo que hizo?

—No. ¿Qué quieres decir? ¿Qué hizo?

—Óli decía que lo había visto.

—¿Óli? ¿Qué Óli? ¿Ver qué?

—¡Ólafur! El que murió en Nauthólsvík —explicó Vilhelm—. Seguro que te acuerdas. Se llamaba Ólafur. Le dio un infarto, ¿no? Lo encontraron en la carretera de Nauthólsvík. Se cayó allí mismo, mientras caminaba.

—Ah, sí —dijo Erlendur tras recordar por fin quién era Ólafur, el vagabundo cuyo cuerpo habían hallado unos días atrás—. ¿Qué ocurre con él? ¿Qué es lo que vio?

—Vio a Bergmundur —respondió Vilhelm— el día en que se prendió fuego el sótano de Hannibal. Óli me dijo que lo había visto merodear por su casa esa noche. Estaba seguro de que era él quien lo había provocado. Estaba convencido, vaya.

Erlendur se sentó en el catre, junto a Vilhelm.

—¿Dices que vio a Bergmundur?

—Estaba seguro de que era él. No tenía la menor duda.

Erlendur recordó la forma en que Vilhelm le había descrito sus pernoctas en la carcasa de las tuberías.

—Como dormir en un ataúd —susurró para sí mismo.

—¿Qué?

—Decías que la carcasa era como un ataúd.

Vilhelm lo miró a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Eso es. Dormir allí era como estar metido en un ataúd. Como en un maldito ataúd.

47

Þurí no estaba en su cuchitril del barrio oeste. Svana, la dueña del Pólinn, no la había visto en los últimos días. Los vagabundos de Austurvöllur tampoco sabían nada de ella. Tampoco había aparecido recientemente por la casa de acogida de Amtmannsstígur. Sin saber ya donde buscarla, Erlendur probó suerte en lo alto de la colina Arnarhóll, un conocido punto de encuentro de alcohólicos y personas sin hogar. Aquel día había tres vagabundos sentados al sol, fumando y bebiendo *brennivín*. A su lado tenían dos botellas verde oscuro de la deliciosa bebida. Estaba claro que alguno de ellos había conseguido dinero en alguna parte. Uno se había quitado la camiseta y estaba tan flaco que se le podían contar las costillas. Otro, bajito y de aspecto vivaracho, llevaba una gorra y tarareaba *Jón Kristófer, el cadete del ejército*, una balada basada en un poema de Steinn Steinarr. No podían disfrutar más del buen tiempo.

—¿No habréis visto a Þurí desde aquí arriba? —preguntó Erlendur sentándose con ellos. Le dolían las piernas después de haber caminado hasta el barrio oeste solo para llamar en vano a la puerta y a la ventana de Þurí.

—¿Þurí? —dijo el flaco mientras se rascaba la axila—. No, no la he visto.

—¿Y a Bergmundur? ¿Lo habéis visto últimamente?

—No, tampoco —respondió el de la gorra antes de levantarse y rascarse la cabeza.

Los demás coincidieron con él. Ninguno de ellos había visto a la «parejita».

—¿Están juntos otra vez? —preguntó Erlendur estirando las piernas.

—Ni idea —dijo el tercero, un hombre gordo y barbudo con visible preocupación por que Erlendur les pidiera un trago—. ¿Qué carajo te importa a ti, de todos modos?

—He oído que sigue tan colgado de ella como siempre —comentó

Erlendur.

—Es imbécil perdido —dijo el flaco sin dejar de rascarse la axila.

—Una vez le pegó una paliza a Tommi —dijo el gruñón, cuyo mal humor pareció suavizarse al recordar las desgracias ajenas—. Por eso no lo oirás decir maravillas de él.

—Nunca he oído a nadie hablar bien de ese capullo —dijo el hombre al que su amigo acababa de llamar Tommi.

—¿Por qué no te cae bien? —le preguntó Erlendur—. ¿Qué pasó?

Tommi no le respondió.

—Þurí siempre está dispuesta si tienes algo que darle a cambio —dijo el gruñón—. Aunque sea poca cosa.

—¿Como un bote de *koggi*? —dijo Erlendur.

—Ni eso. Pero Bergmundur no puede enterarse. Un día Tommi fue a verla y... ¿Qué era lo que regalaste, Tommi? Una tontería, ¿no?

—Unos billetes de autobús —respondió Tommi.

—¿Unos billetes de autobús? —repitió Erlendur.

—Una tira de diez que robé por ahí.

—No es que Tommi pille cacho muy a menudo —dijo el que se había mostrado arisco al principio. Ahora parecía estar pasándoselo en grande.

—¿Qué sabrás tú? —protestó Tommi—. ¿O acaso te crees que alguien quiere estar con un adefesio como tú, gilipollas?

—Cuando Bergmundur se enteró, fue directo a por Tommi. Le hizo comerse los billetes, le pegó una paliza y le dijo que lo mataría si volvía a acercarse a Þurí.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Erlendur.

—Hace unos cinco años —respondió Tommi, que había dejado de rascarse. Se giró hacia el sol y entornó la mirada—. Perdí un diente —añadió estirándose la comisura de los labios para mostrar el hueco.

Al ver que le faltaban al menos cuatro piezas, Erlendur fue incapaz de distinguir cuál de todas se le había caído como consecuencia de los golpes de Bergmundur.

48

Erlendur regresó al conducto, pero esta vez equipado con una linterna más potente que había sacado de comisaría y una pala que le había cogido prestada a sus vecinos de arriba, que eran los encargados de mantener cuidado el jardín.

Según constaba en los archivos de Hverfisgata, Bergmundur tenía un buen número de antecedentes. Había visitado la comisaría en numerosas ocasiones por todo tipo de delitos menores, pero sobre todo peleas y hurtos. Erlendur recordaba el día en que había hablado con él en Arnarhóll y le había comprado alcohol en la farmacia. Según el vagabundo, Ellert y Vignir le habían prendido fuego al sótano de Hannibal para deshacerse de él porque sabía cosas que no podían salir a la luz. También había dado a entender que los hermanos lo habían atacado en la turbera para silenciarlo. Erlendur supuso que Bergmundur le había dado pistas falsas para confundirlo.

La tarde llegaba a su fin cuando salió de camino hacia Kringlumýri. No había logrado localizar ni a Þurí ni a Bergmundur, pero se dijo que quizás no fuera tan importante. Al fin y al cabo, estaba decidido a ir a las oficinas de la judicial al día siguiente con el pendiente y comunicarles todo lo que sabía sobre el caso. Hablaría con Rebekka para explicárselo. Le hubiera gustado hablar con Þurí antes de hacer oficial sus indagaciones, pero no había ni rastro de ella. Quería preguntarle sobre su relación con Hannibal antes de su muerte y sobre cómo se había tomado Bergmundur el hecho de que estuvieran juntos. Igualmente, quería preguntarle cómo se llevaban Hannibal y Bergmundur. ¿Qué sabía Þurí exactamente? ¿Fue pura coincidencia que hubiera ido al conducto después de la muerte de Hannibal y hubiera encontrado el pendiente? También quería preguntarle si sabía algo del incendio. Si sabía que habían visto a Bergmundur cerca del sótano cuando se produjo. Según los vagabundos de Arnarhóll, Þurí tenía a Bergmundur a sus pies y este podía hacer prácticamente cualquier cosa que ella le pidiera. Lo asombroso era que hubiera

estado siempre igual de enamorado de ella, aun cuando había compartido su vida con Hannibal. Sentía la necesidad de protegerla, y no dudaba en recurrir a la violencia si hacía falta. Además, era de carácter rencoroso y vengativo.

Erlendur se acercó al escondrijo donde Hannibal había pasado sus últimos días. La pala, de mango corto y hoja amplia, era ideal para cavar dentro. La linterna parecía más bien un farolillo y tenía pilas para toda la noche. El cielo se había nublado, pero el viento estaba en calma. En la distancia, un velo de lluvia se deslizaba por los montes Bláfjöll. No había nadie más en los alrededores.

Encendió la linterna y se adentró en el hueco. Þurí había encontrado el pendiente bajo las tuberías, a la izquierda de la entrada, así que comenzó allí su búsqueda. El suelo era una mezcla de tierra y grava fácil de excavar. Hincó la pala varias veces para retirar la capa más superficial y luego no dejó de cavar hasta abrir un hoyo de casi medio metro de profundidad. Después, avanzó un poco más hacia el interior y repitió su maniobra.

Así continuó dando paladas, metro tras metro, encorvado, de rodillas, con la linterna apoyada en las tuberías. A medida que avanzaba, golpeaba la pala para limpiarla antes de volver a hincarla y continuar abriendo un hoyo tras otro, pero sin encontrar nada.

Erlendur se detuvo un instante y miró hacia atrás. Calculó que había avanzado unos diez metros y pensó que había llegado el momento de comenzar a buscar en el lado opuesto. Aun así, quiso avanzar dos metros más hasta asegurarse de que ya había excavado lo suficiente en esa dirección. Se giró sin apenas dificultad y gateó hasta la abertura. Agobiado, decidió tomarse un descanso y salir al exterior. Se estiró bien y se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra el muro de hormigón. Mientras contemplaba el monte Esja, se preguntó cuántas veces se habría sentado allí Hannibal durante su estancia en aquel extraño lugar, como un exiliado dentro de su propia ciudad. En cierto modo, a Erlendur le parecía una idea atractiva. Las circunstancias de Hannibal estaban lejos de ser envidiables, pero, de alguna manera, era un hombre libre. Igual que Grettir, en la saga homónima, había hallado su refugio en la isla de Drangey, él lo había hallado en aquel conducto.

Erlendur se metió de nuevo en el hueco y empezó a cavar en la otra dirección, empujando la linterna a medida que avanzaba. Se arrastraba un pequeño trecho, cavaba un hoyo, se arrastraba un poco más y abría un nuevo agujero. Poco a poco fue adentrándose en el conducto hasta que, de pronto, notó que la tierra cedía y que la pala se hundía con mayor facilidad. A unos siete metros de la entrada, le pareció que había dado contra un objeto.

Erlendur iluminó el hoyo, pero no vio nada. Decidió agrandar el

agujero y la pala volvió a toparse con algo. No podía ser una piedra: la hoja no temblaba al chocar contra el objeto y no se oía ningún sonido metálico. Erlendur cogió la linterna e iluminó los alrededores del agujero, pero no encontró indicios de que la tierra hubiera sido removida. La última vez que había estado allí también había buscado el cuerpo de Oddný, pero no había encontrado nada. Aunque aquel día no iba equipado con una pala.

Dejó la linterna apoyada en las tuberías y comenzó a ensanchar el agujero dando pequeñas paladas, siempre con el máximo cuidado para no destruir cualquier prueba que pudiera aparecer. Continuó excavando sumido en un profundo silencio hasta que hizo un descanso y se concedió unos instantes para contemplar el interior del túnel. El potente brillo de la linterna no hacía sino intensificar la oscuridad que lo rodeaba, volviéndola todavía más densa y oprimente. Había estado amontonando la tierra bajo las tuberías y ahora había empezado a acumularla a lo largo del muro.

Siguió excavando, arrodillado y encorvado, hasta que la pala se quedó atascada de repente. Erlendur apartó instintivamente la mano del utensilio. Nervioso, cogió la linterna, alumbró el hoyo y vio un trozo de tela que sobresalía del suelo. Dejó la pala y retiró con la mano la tierra que había alrededor de lo que parecía ser el cuello de una chaqueta. Entonces vio algo con aspecto de ser unos mechones de pelo y su mirada se posó en un objeto que reconoció inmediatamente.

Erlendur lo cogió con cuidado, le sacudió la tierra y lo acercó a la linterna. Era un pendiente con dos aros entrelazados. Del aro inferior, el de menor tamaño, colgaba una pequeña perla.

Había encontrado el cuerpo de Oddný.

A medida que desenterraba el cadáver, comprobó que la naturaleza había hecho su trabajo. Tras ver aparecer una clavícula y una mano, dejó de escarbar. Presa del horror y de las náuseas, sabía que no iba a poder aguantar ahí ni un segundo más. Quería salir cuanto antes de aquel lugar terrorífico, alejarse de aquel conducto, de aquella oscuridad que lo rodeaba y lo oprimía.

Cuando estaba a punto de girarse hacia la salida, detuvo de nuevo la mirada en la mano. Entre sus dedos se ocultaba un objeto que daba la impresión de haber sido agarrado en el último momento. Se acercó y levantó la mano con cuidado. Al liberar el objeto y limpiarlo, se dio cuenta de que había empezado a excavar la tétrica tumba de Oddný acusando en su cabeza a la persona equivocada.

Acercó el objeto a la luz. Oddný no era la única que había perdido una joya la noche en que murió.

49

Sin haber dormido en toda la noche, Erlendur salió de casa a primera hora de la mañana para ir a las oficinas de la policía judicial. Se había duchado, se había cambiado de ropa y había desayunado algo rápido. Podría haber llamado para informar de su hallazgo nada más llegar a casa, pero pensó que no pasaría nada por esperar unas horas más. Además, quería pedirles un favor a sus compañeros de la judicial.

Preguntó por Hrólfur, pero le comunicaron que estaba de vacaciones y le indicaron que podía hablar con Marion Briem. Erlendur conocía bien ese nombre. Era una figura de referencia dentro de la judicial. Se habían visto dos o tres veces desde que Erlendur había entrado en la policía. Le habían dicho que Marion acaba de volver de unas largas vacaciones en Dinamarca y que por eso no había podido participar en la investigación de la desaparición de Oddný.

Marion se estaba quitando el gabán cuando Erlendur llamó a la puerta. Al verlo entrar, lo reconoció inmediatamente.

—Erlendur, ¿verdad?

—Sí.

—¿No vas de uniforme?

—No estoy de servicio.

—Entiendo. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería informar de un caso de homicidio.

Marion dejó su gabán en la silla, tratando de disimular su sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—De hecho, creo que se trata de un doble asesinato —puntualizó Erlendur—. Una de las víctimas se llamaba Oddný. La otra era un vagabundo a quien yo conocía un poco. Se llamaba Hannibal y creo que simplemente tuvo la mala suerte de estar en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. La mujer era el verdadero objetivo. Ambos murieron casi al mismo tiempo en la turbera de Kringlumýri. Estoy bastante convencido de que el asesino es el mismo.

—¿Oddný? ¿Esa no es la mujer que desapareció el año pasado?

—Sí. Y Hannibal es el hombre que…

—Que se ahogó en el estanque de Kringlumýri.

—Eso es.

—Hrólfur me dijo que hace poco había venido un policía haciendo preguntas extrañas sobre ambos casos. Entiendo que has encontrado el cuerpo de la mujer.

—Está enterrada en la carcasa de hormigón que protege las tuberías de distribución del agua caliente, cerca de la turbera. Hannibal se alojaba allí. Lo más probable es que Oddný entrara para refugiarse y con ello involucrara al vagabundo en una historia que le costó la vida.

—Y dime, ¿se trata de un caso que te toca de cerca? —preguntó Marion.

—Conocía a Hannibal. Y conozco a su hermana. Me pidió que averiguara en qué circunstancias había muerto su hermano. Hace un tiempo que llevaba la intención de poneros al corriente de mis indagaciones. Esta mañana he encontrado el cuerpo de Oddný y sé quién es el culpable. Pero antes me gustaría pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hablar con él unos minutos antes de que lo arrestéis.

La casa, situada en el barrio de Fossvogur, se alzaba al fondo del valle. De arquitectura moderna y minimalista, lucía un bonito y florido jardín. El césped, de un verde intenso, estaba recién segado y dibujaba formas rectilíneas. Alrededor de la casa crecían peonías y pensamientos. La puerta roja del garaje estaba cerrada. Era temprano por la mañana y soplaba una leve brisa. En el aire flotaba un fresco aroma de verano y la promesa de una jornada espléndida.

Erlendur se acercó y llamó al timbre. Pasaron unos instantes hasta que Gústaf abrió la puerta.

—¿Tú? —dijo al ver a Erlendur—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y qué… están… qué están ellos haciendo aquí?

—Les he pedido que me acompañaran.

Detrás de él, un par de hombres esperaban en un coche de policía aparcado al lado de un turismo. Marion Briem se bajó de este último junto con dos detectives y miró en dirección a la casa. Un grupo de agentes había sido enviado a las tuberías con la intención de retirar una de las losas superiores y romper uno de los muros de la carcasa de hormigón para facilitar así el acceso al cadáver.

—Son detectives de la policía judicial de Reikiavik —añadió Erlendur.

—¿De la policía judicial?

—Quieren hablar contigo, pero he acordado con ellos que primero

hablaríamos un momento a solas.

Gústaf escudriñó la calle como si lo que más miedo le diera fuera que los vecinos hubieran visto la llegada de la policía. Apenas pasaban coches patrulla por allí.

—¿Qué quieres exactamente? Estoy a punto de salir a trabajar —contestó Gústaf—. Me pillas en mal momento para hablar ahora mismo.

—No me llevará mucho tiempo. Solo quería preguntarte una cosa.

—¿Tienen que estar ahí aparcados?

—Seré breve —insistió Erlendur.

—Date prisa —concedió Gústaf al ver que Erlendur no cedía y que no se rendiría dijera lo que le dijera—. Llego tarde al trabajo.

Gústaf cerró la puerta al entrar. Esta vez no pasaron más allá del vestíbulo. Erlendur notó un agradable aroma a café y pan tostado.

—¿A qué viene presentarte aquí sin avisar? —preguntó, furioso—. Llegas aquí con un coche patrulla a primera hora de la mañana como si estuviera pasando algo grave. ¡Como si fuera un criminal peligroso!

—Bueno, algo me dice que no vas a poner ninguna denuncia. Igual que no lo hiciste cuando vine la última vez y me empeñé en culparte de la desaparición de tu mujer.

—No vi razones para hacerlo. No voy a estar perdiendo el tiempo denunciando al primer idiota que viene aquí acusándome de ridiculeces.

—No, claro. Aunque puede que simplemente no quisieras llamar la atención.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Qué quieres? ¿Por qué no me dejas en paz?

—La última vez que hablamos, y, de hecho, así consta también en los documentos del caso, declaraste que fuiste a una reunión del Club de Leones la noche en que Oddný estuvo en el Þórskaffi. ¿Me equivoco?

—¿De qué estás hablando?

—¿Es eso cierto? ¿Estabas en una reunión del Club de Leones?

—Totalmente cierto. Todo el mundo me vio —aseguró Gústaf.

—¿Y volviste directamente a casa después de la reunión, poco después de medianoche?

—Mira, no tengo nada que decirte. No tienes nada que ver con este asunto. ¿Qué te importa a ti todo esto? ¿Quieres salir de aquí y llevarte de paso a tus amigos?

—Un conocido mío murió en la turbera esa misma noche —dijo Erlendur—. A su hermana le preocupa que puedan culparlo de la desaparición de tu esposa y no le gustaría que eso ocurriera. ¿Te cambiaste de ropa al volver de la reunión?

—¿Cambiarme de ropa? No… No me acuerdo. ¿Qué tipo de

pregunta es esa? ¡¿Que si me cambié de ropa?!

—Digo yo que te habrías puesto un traje elegante para la ocasión.

Gústaf guardó silencio.

—Y a lo mejor una camisa blanca, ¿no? Una camisa blanca y nueva.

Gústaf sostenía la mirada de Erlendur, negándose a responder.

—¿Con botones en los puños?

Gústaf seguía sin contestar.

—¿O con gemelos?

—Deberíais marcharos de aquí —dijo Gústaf disponiéndose a abrir la puerta.

—¿Unos gemelos con la insignia del Club de Leones, quizás?

Gústaf miró a Erlendur fijamente.

—Yo no uso gemelos y ni siquiera sabría cómo ponérmelos —continuó Erlendur—. Solo sé que tú perdiste unos. Igual que tu mujer perdió un pendiente. ¿Te suena?

Gústaf seguía sin decir palabra.

—¿Cuándo reparaste en que no los llevabas? —preguntó Erlendur—. ¿O nunca te diste cuenta?

Gústaf estaba visiblemente nervioso. Cuando Erlendur había empezado a excavar en el conducto, estaba convencido de que Bergmundur había matado a Oddný, de que el vagabundo los había atacado a los dos, tanto a ella como a Hannibal. Tenía la teoría de que Bergmundur había ido a por Hannibal por haberle robado a Þurí y que lo había ahogado en el estanque. Oddný habría huido al haber presenciado lo sucedido y se habría escondido en la carcasa de hormigón, donde Bergmundur la habría asesinado.

Pero ahora sabía que Bergmundur no tenía nada que ver con su muerte.

—¿Pensabas que habías perdido los gemelos en otro sitio? —le preguntó Erlendur.

—No puedes venir aquí y...

Gústaf no sabía qué decir. Buscaba las palabras, pero no las encontraba.

—Debes de haberte vuelto loco buscándolos —dijo Erlendur.

—No tengo nada que...

—¿No son estos tus gemelos? —le preguntó Erlendur mientras sacaba el objeto que había encontrado en la mano de Oddný. Estaba metido en una bolsita de plástico que Erlendur le tendió a Gústaf para que pudiera verlo mejor. Erlendur no había retirado toda la tierra, pero sí lo suficiente para que pudieran apreciarse aquellos gemelos bañados en plata, decorados con rayas diagonales y la insignia del Club de Leones en el centro.

Gústaf dio un paso atrás.

—¿No quieres verlos más de cerca para asegurarte de que son los tuyos?

Estupefacto, Gústaf negó con la cabeza.

—¿Te vio Hannibal con Oddný aquella noche? —preguntó Erlendur—. ¿Fue testigo de lo que habías hecho? ¿Te vio la cara?

Gústaf evitaba mirar al agente.

—¿Pensabas que nunca la encontrarían? —continuó Erlendur—. ¡¿Pensabas que en algún momento cementarían el hueco de la carcasa y que quedaría allí enterrada para el resto de la eternidad?!

Erlendur se acercó a Gústaf, que se había quedado petrificado.

—¡Responde!

Gústaf se sobresaltó.

—Yo no quería… —dijo Gústaf con una voz tan débil que apenas se le oía. El muro que lo había protegido hasta entonces acababa de desmoronarse—. Desconfiaba de ella —continuó—. Pensaba que había vuelto otra vez con ese cabrón… con ese bastardo. De hecho, me lo dijo, me lo contó cuando le di alcance, que se había acostado con él, y que lo haría de nuevo y que me iba a dejar. Que era un monstruo y que me odiaba. Me detestaba.

—¿Qué quieres decir con eso de que le diste alcance?

Gústaf miró a Erlendur buscando un resquicio de comprensión.

—La perseguí. Llegó a casa, discutimos, salió corriendo y… fui tras ella. No era mi intención para nada… Le pegué… En ningún momento quise matarla. Fue un accidente. Y cuando me di cuenta de que aquel hombre había sido testigo de todo, que me había visto hacer lo que hice… perdí el control. Perdí la cabeza. No sabía qué hacer.

—¿De dónde apareció Hannibal? ¿Salió de la carcasa?

—No lo sé. Supongo. No sabía que estaba allí. No esperaba que hubiera alguien en los alrededores. Apareció de repente, cuando ya era demasiado tarde. Ya había visto lo que había hecho.

—¿Y fuiste tras él?

—Me había visto —respondió Gústaf—. Había visto lo que le había hecho a Oddný. No podía dejar que se lo contara a la policía. No podía permitirlo de ningún modo. Se echó a correr hacia la turbera. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué iba a hacer si no?

Gústaf no apartaba la mirada de los gemelos.

—No he dejado de buscarlos desde entonces —comentó—. No sabía dónde los había perdido, dónde demonios estaban. Los busqué como un loco por casa, dentro y fuera de la carcasa… Tenía todas las sospechas de que estaban allí. Me daba un miedo terrible pensar que se me hubieran podido caer dentro.

—Los encontré al hallar el cuerpo de Oddný.

—¿Dónde… dónde estaban?

—Los tenía agarrados en la mano —respondió Erlendur.

—Dios mío... —susurró Gústaf.

—La encontré anoche, en el mismo sitio donde la dejaste.

—No... no me atreví nunca a registrar su cuerpo —murmuró Gústaf—. Me arrepiento tanto... de lo que hice... Me...

—Supongo que habrás estado vigilando el conducto. Más que nada, porque el hueco sigue abierto.

Gústaf asintió.

—Iba de vez en cuando. Sobre todo de noche, claro. No quería que nadie me viera merodear por ahí. Es como una tumba abierta. Pero no parece que tengan ninguna intención de arreglar el desperfecto. No parece que vayan a tapar ese horrible agujero jamás.

50

Cuando la policía judicial le dio a conocer los resultados de la investigación, Erlendur quedó con Rebekka para explicarle que por fin había encontrado las respuestas que buscaba y que ya sabía en qué circunstancias había muerto su hermano. El destino había querido que Hannibal fuera testigo de la atrocidad cometida por Gústaf.

Por lo visto, Oddný había llegado a casa sana y salva después de haberse marchado del Þórskaffi. Pero a su llegada se encontró con Gústaf, que la estaba esperando en la puerta para preguntarle si venía de haber estado con otro. Al ir borracha, ella le plantó cara y se enzarzaron en una violenta pelea. Gústaf la amenazó y le pegó, pero Oddný consiguió zafarse y salir corriendo hacia Kringlumýri.

—Pobre mujer —suspiró Rebekka.

—No sabemos adónde pretendía ir cuando salió huyendo. El propio Gústaf tampoco lo sabía. Puede que quisiera ir a casa de alguna amiga, no lo sé. El caso es que Gústaf continuó persiguiéndola y la vio subirse a la carcasa. Estaba cansada y había bajado el ritmo, así que al final la pudo alcanzar. La atrapó a la altura del hueco donde Hannibal se refugiaba y allí volvieron a discutir. Él le pegó de nuevo y Oddný se cayó al suelo. Gústaf saltó tras ella, la agarró y le golpeó la cabeza contra el muro de hormigón hasta que vio que estaba muerta y...

—No quiero conocer esos detalles —interrumpió Rebekka—. Ahórramelos.

—Perdona. No era mi intención...

—¿Qué pasó después?

—En ese momento apareció Hannibal desde el interior de la carcasa y, al ver que no tenía nada que hacer contra aquel hombre que estaba fuera de sí, salió corriendo hacia la turbera. Gústaf fue tras él, lo alcanzó rápidamente, lo empujó al estanque, se metió en el agua y le mantuvo la cabeza sumergida hasta que... hasta que pensó que ya era suficiente.

—Dios mío de mi vida —susurró Rebekka.

—Dejó a Hannibal en el agua y volvió corriendo al lugar donde estaba el cuerpo de Oddný. Para entonces su ira ya había remitido, pero en ningún momento se le ocurrió entregarse y confesar sus crímenes. Lo único que se le pasaba por la cabeza era esconder el cuerpo de su mujer. Lo introdujo en la carcasa, lo ocultó en la zona más oscura y se marchó a casa sin darse cuenta de que uno de los pendientes de Oddný se había caído y había ido a parar debajo de las tuberías. Más tarde se dio cuenta de que también había perdido los gemelos, pero no sabía ni dónde ni cuándo. Angustiado, pensó que la policía iba a hallar el cuerpo de Oddný cuando fueron a limpiar la guarida de Hannibal, pero no encontraron nada y no se vieron razones para seguir explorando el interior del túnel.

Rebekka escuchaba en silencio el relato de Erlendur. Esta vez lo había invitado a su casa, un acogedor apartamento situado en un inmueble de Álfheimar. Erlendur había quedado más tarde con Halldóra para ver unos pisos de alquiler.

—Mucho después, cuando todo había pasado, al ver que no se investigaba la muerte de Hannibal y que la policía pensaba que Oddný se había suicidado, Gústaf volvió una noche al conducto con una pequeña pala y una linterna para enterrar el cadáver. No se atrevía a sacarlo de allí, así que no tenía muchas más opciones. Según me contó, evitaba mirar el cuerpo todo lo posible, por lo que no se dio cuenta de que llevaba los gemelos agarrados en la mano.

Erlendur también le explicó a Rebekka que, durante el interrogatorio, Gústaf había declarado que esperaba que la compañía del suministro de agua arreglara pronto el derrumbe para que quedara completada la sepultura de Oddný. Pero los meses pasaron y nadie solucionó el problema. Incluso llamó una vez a la compañía de forma anónima para quejarse del abandono. Pero no consiguió nada.

—¿Eso era todo lo que le preocupaba? —preguntó Rebekka.

—Estaba enajenado —respondió Erlendur—. Pero creo que poco a poco está recobrando el juicio.

—Entonces, ¿ese tal Bergmundur no tuvo nada que ver?

—No, nada en absoluto. Sin embargo, le tenía tirria a tu hermano por su relación con Þurí y probablemente fue él quien trató de incendiar el sótano.

—¿Y Þurí?

—No sé nada de ella. No la he vuelto a ver.

—¿Crees que querría verse conmigo?

—¿A ti te gustaría?

—Sí, me gustaría hablar con ella de Hannibal.

—Seguro que te viene bien —afirmó Erlendur—. Es buena gente. Pero hay que conocerla.

51

Erlendur se estiró el estrecho cuello de la camisa que llevaba puesta bajo el uniforme. Estaban a finales de julio y hacía mucho calor en el parque nacional de Þingvellir. Las aguas del lago estaban tan sumamente quietas que parecían un espejo. Había gente remando así como niños descalzos jugando alegremente en la orilla. El tráfico bordeaba a paso de tortuga el recinto donde iba a tener lugar la celebración y el sol hacía brillar las carpas que se habían levantado en la llanura situada a los pies de la falla Almannagjá.

Llevaba de servicio desde primera hora de la mañana y solo había tenido un descanso de quince minutos para engullir un sándwich a toda prisa y hacerlo bajar con café del malo. El puesto de la policía no se hallaba lejos de la carpa del comité organizador. Los agentes habían tenido que lidiar con una serie de incidentes inesperados, entre ellos una protesta contra la base americana de Keflavík. Los manifestantes habían sido desalojados rápidamente del borde de la falla y la policía les había retirado la pancarta, que rezaba su familiar grito de guerra: ISLANDIA FUERA DE LA OTAN – NO AL EJÉRCITO. La protesta había pillado por sorpresa a la policía, cuyo principal cometido era vigilar el tráfico, controlar el paso de los peatones y velar por que reinara la paz aquel día en que miles de personas se habían congregado en Þingvellir para conmemorar el 1100 aniversario de la colonización de Islandia. Erlendur no había intervenido en la detención de los manifestantes, pero sus compañeros le habían contado lo sucedido mientras se comía el sándwich.

Su única intervención consistió en proteger a un grupo de propagandistas cristianos que recorrían el recinto difundiendo su mensaje en inglés. Un hombre de mediana edad, claramente ateo y con dos copas de más, había empezado a reprender a los hijos de Jesucristo y había agredido a uno de ellos, un joven rubio y barbudo de unos veinte años aproximadamente que lucía un colgante con el signo de la paz y parecía dispuesto a ponerle la otra mejilla. Testigo

del altercado, Erlendur apartó al borracho y lo tranquilizó advirtiéndole de que sería expulsado del recinto si no dejaba en paz a los hijos del Señor. Al ver que el agente lo decía totalmente en serio, el hombre se contuvo y dejó de protestar.

Erlendur se había ido acercando poco a poco al entarimado de Lögberg para no perderse al poeta Tómas Guðmundsson, un hombre delgado de enorme cabeza que se había subido al escenario para recitar un poema que había compuesto para la ocasión. Erlendur se concedió un descanso para escuchar a aquel poeta que había leído desde joven. Mientras los rayos del sol acariciaban el rostro de Tómas, Erlendur contemplaba la vista de las praderas de Þingvellir y del volcán Skjaldbreiður, que se alzaba en la distancia. A los asistentes no se les podía haber regalado un día mejor. En la antigua sede del parlamento se respiraba un auténtico ambiente festivo. La gente paseaba entre escenarios con actuaciones y puestos de comida decorados con globos y banderas islandesas mientras se escuchaban canciones populares interpretadas por coros masculinos y resonaban alegres fanfarrias.

La nación entera se había dado cita allí con motivo de la celebración: hippies liberales de pelo largo vestidos con blusones; mujeres venerables con moños altos luciendo elegantes bolsos y vestidos veraniegos; hombres con sombreros y trajes de gala con solapas tan anchas como lomos de bacalao; granjeros y hombres de negocios, obreros y pescadores, mayoristas y comerciantes, gente de la capital, de pueblos y de aldeas; todos unidos en aquel día radiante, decididos a rendir homenaje a lo que fuera que Islandia representara para ellos.

Tras escuchar a Tómas Guðmundsson, Erlendur continuó caminando y se dirigió al Hotel Valhöll, donde había formado parte de la guardia de honor a primera hora del día. Numerosas personalidades extranjeras, entre ellas embajadores, ministros y miembros de casas reales, habían llegado en limusinas relucientes y habían entrado como estrellas de cine en el pequeño hotel. Con sus guantes blancos, como mandaba la ocasión, Erlendur se había mantenido erguido con la mano derecha junto a su visera y con la mirada fija al frente, como si la situación le fuera totalmente ajena. Aun así, había estado con los ojos bien abiertos por si hubiera podido haber alguien con la intención de alterar la visita de los dirigentes extranjeros, si bien no parecía que nadie en la multitud tuviera tales pretensiones.

Se detuvo frente al hotel para hablar un rato con Garðar y Marteinn, que también estaban de servicio. Comentaron la protesta de Almannagjá, que estaba en boca de todo el mundo. Había causado un gran revuelo en la policía, pues era el cuerpo responsable de velar por que aquella jornada se desarrollara sin problemas.

—¡Malditos comunistas! —exclamó Garðar.

Erlendur se encaminó tranquilamente hacia aquel mar de carpas y tiendas que miles de personas llevaban días instalando, aprovechando el buen tiempo que estaba haciendo. La gente había llevado hornillos de gas, comida enlatada, filete ruso, cacerolas, cafeteras y cajas de pan. Muchos tenían también algo con que animar el espíritu y brindar como se debía por aquel evento histórico. Todo se desarrolló en armonía y hermandad, como no podía ser de otra manera en aquel lugar, dejando aparte las peleas que se produjeron al final del día por los motivos más estúpidos.

Paseó entre las tiendas, donde las mujeres preparaban café y rebanadas de pan con paté o cordero ahumado, mientras los hombres, en camiseta de manga corta, fumaban en sus tumbonas y leían los periódicos que habían llevado de casa. Muchos tenían también potentes radios portátiles con las que seguían la programación del festival. Uno de los coros entonaba *Quiero amar mi patria*, de Bjarni Þorsteinsson. Alguien escondió una botella de alcohol ilegal al ver que se acercaba un policía y Erlendur hizo la vista gorda.

—Hola —dijo una voz débil detrás de él.

Se giró y vio que era Marion Briem. Con motivo de la ocasión, llevaba puesto el uniforme de gala, que parecía desagradarle tanto como a Erlendur.

Se saludaron con un apretón de manos.

—Si quisieras dar un cambio, deberías pasarte un día por la judicial para hablar con nosotros —dijo Marion—. He revisado tus informes sobre los casos de Hannibal y Oddný. Por lo que he podido leer, no pudiste saltarte más las buenas prácticas policiales.

—En ningún momento quise… —comenzó a disculparse Erlendur.

Había recibido duras reprimendas por parte de sus superiores por no haber dejado el caso en manos de la judicial nada más hallar el pendiente. Su actuación estuvo a punto de costarle su puesto de trabajo.

—Tranquilo, me parece bien —le interrumpió Marion—. No tienes por qué disculparte. Hablé con la hermana de tu amigo Hannibal.

—¿Con Rebekka?

—Me habló maravillas de ti. No dudes en ponerte en contacto conmigo si te interesa continuar con tus buenas labores de detective.

Dicho esto, Marion desapareció entre la multitud. Erlendur se estiró de nuevo el cuello de la camisa mientras pensaba en las ganas que tenía de quitarse el uniforme en cuanto terminara el día. No obstante, su alivio no duraría mucho porque tenía por delante toda una semana de turnos de noche.

52

Se detuvo frente a la casa y levantó la mirada hacia la fachada antes de continuar su camino bajo la llovizna. Había pasado muchas veces por delante, pero nunca se había detenido realmente. La familia de la joven ya no vivía allí, se había mudado más de diez años atrás. No sabía exactamente cuál de todas había sido su habitación, pero quiso imaginarse que había sido el cuarto abuhardillado que lucía una hermosa ventana. Allí se habría despertado un día más, se habría preparado para ir al colegio y se habría despedido corriendo de sus padres porque se le hacía tarde. Feliz y contenta, como siempre, según declararon sus padres.

Desde entonces, la casa había cambiado dos veces de dueño. Ahora vivía una pareja joven y Erlendur se preguntó si sabrían que allí había vivido una chica que había desaparecido de camino a la escuela. Supuso que desconocerían la historia. La gente iba y venía sin detenerse demasiado en el pasado, se dedicaba a construir una nueva vida, un nuevo futuro. Era el ciclo de la vida. El tiempo no esperaba a nadie.

Inmerso en la melancolía, Erlendur siguió a la chica cuando la vio salir a la calle por última vez. La acompañó hasta donde una vez estuvo Camp Knox, un lúgubre símbolo de lo que fue la ocupación militar y la pobreza de la nación. Se detuvo un momento y la vio desaparecer entre la lluvia.

ARNALDUR

INDRIDASON

ERLENDUR SVEINSSON

1. Inocencia robada, RBA

Se acaban de producir dos muertes en Reikiavik. La primera es la de un profesor jubilado que ha fallecido víctima de un incendio. Hay indicios de que se puede tratar de un asesinato. La segunda es el suicidio de un exalumno del profesor que estaba ingresado en un hospital psiquiátrico. El arisco inspector Erlendur Sveinsson es el encargado de resolver el caso.

2. Rosas muertas, RBA

En la tumba de Jón Sigurðsson, el histórico héroe de la independencia islandesa, acaban de encontrar el cadáver de una muchacha asesinada. Nadie sabe quién es ni las razones de su muerte. Es un lugar muy extraño para encontrar a la víctima de un crimen. Quizá se trate de algo mucho más complejo que un asesinato. Algo que puede afectar a todo el país.

3. Las Marismas, RBA

Al inspector Erlendur Sveinsson le han ordenado desplazarse al barrio de Las Marismas: acaban de encontrar a un hombre asesinado. En su escritorio, escondida, hay una vieja foto en la que se ve la tumba de una niña de cuatro años. Detrás de esa foto y de la muerte de ese hombre se oculta una tormentosa historia familiar.

4. La mujer de verde, RBA

En las afueras de Reikiavik han aparecido los restos de un esqueleto humano. Todo indica que hace tiempo que fueron enterrados. El inspector Erlendur Sveinsson tiene que esperar a que los arqueólogos hagan su trabajo. Escarbar en el pasado significará ir desenterrando poco a poco un antiguo drama familiar.

5. La voz, RBA

Se acercan las Navidades y en uno de los hoteles más populares de Reikiavik se ha cometido un asesinato. Ha muerto apuñalado uno de los porteros, que se solía disfrazar de Papá Noel por esas fechas. El inspector Erlendur decide hospedarse en el hotel para resolver el caso, mientras también intenta lidiar con sus problemas familiares.

6. El hombre del lago, RBA

Tras un terremoto, el nivel del lago Kleifarvatn ha ido descendiendo progresivamente. Eso ha dejado al descubierto los restos del cuerpo de un hombre que estaban medio enterrados en el lecho del lago. El cráneo tiene un agujero y cerca del cuerpo hay un aparato de transmisiones de radio con inscripciones en ruso. Todo indica que la investigación policial tendrá que remontarse hasta la época de la Guerra Fría.

7. Invierno ártico, RBA

Es enero y el implacable invierno domina Islandia. La policía ha recibido una llamada porque acaban de encontrar el cadáver de un muchacho en estado de congelación. Ha sido apuñalado en el estómago y ha muerto desangrado, por lo que el inspector Erlendur Sveinsson y sus compañeros deben comenzar una investigación.

8. Hipotermia, RBA

Una fría noche de otoño aparece una mujer ahorcada en su residencia de vacaciones. Todos los indicios parecen indicar que se ha suicidado, pero el inspector Erlendur se acaba obsesionando con el caso. No es lo único que preocupa al policía. Tarde o temprano, él también deberá afrontar fantasmas del pasado que lo atormentan.

9. Río negro, RBA

En un piso del centro de la capital islandesa aparece el cadáver de un joven. Le han cortado el cuello, pero no hay signos de robo ni de lucha. Las únicas pistas significativas que aparecen en el escenario del crimen son un chal femenino y un bote de narcóticos. Muy probablemente la víctima estaba lejos de llevar una vida ejemplar.

10. En el abismo, RBA

Mientras el inspector Erlendur está de vacaciones, los problemas del agente Sigurður Óli se multiplican. Su vida está lejos de ser ideal. Y, para colmo, un amigo le pide un favor que le va a producir más quebraderos de cabeza: debe hacer una visita de advertencia a un par de chantajistas. Algo aparentemente sencillo… si no fuera porque encuentra a uno de ellos bañado en un charco de sangre.

11. Naturaleza hostil, RBA

El inspector Erlendur ha aprovechado que está de vacaciones para visitar la zona en la que creció, en la parte oriental de la isla. Y también para buscar respuestas a una serie de interrogantes del pasado que jamás fueron resueltos. Cuando desaparecen personas siempre hay que cuestionarse cuáles fueron las causas de ello.

12. El duelo, RBA

En verano de 1972, se celebra en Islandia el Campeonato del Mundo de Ajedrez que enfrenta a Bobby Fischer y Boris Spassky. La isla se ha llenado de extranjeros y la Guerra Fría está en su apogeo. En ese ambiente, encuentran a un hombre asesinado

en una sala de cine. Marion Briem, la persona que enseñó el oficio de policía al joven Erlendur Sveinsson, se encarga del caso.

13. Noches de Reikiavik

El joven Erlendur Sveinsson acaba de entrar en el cuerpo de policía y se enfrenta a las duras noches de Reikiavik. Al caer el sol, las calles se transforman hasta convertirse en un universo extraño. Allí la muerte de un vagabundo no importa a nadie... A nadie excepto a Erlendur, que demuestra tener una intuición y una determinación poco frecuentes.

OTROS TÍTULOS DE ARNALDUR INDRIDASON EN RBA

Bettý

Si Bettý entra en tu vida, ya nada volverá a ser lo mismo. Ella es una mujer de una belleza única. Y también posee algo más. Una mujer de las que no se olvidan nunca, de las que saben lo que quieren y a las que no puedes responder con un no. Por una mujer como ella cualquiera podría llegar a cometer una locura y buscarse la perdición.

Pasaje de las Sombras, Premio RBA de Novela Policiaca 2013

Una inquilina preocupada avisa a la policía porque hace tiempo que no ve a uno de sus vecinos. Cuando entran en su apartamento, encuentran su cadáver en la cama y unos recortes de prensa fechados en 1944. En ellos se sigue la noticia del asesinato de una joven, que fue estrangulada y después trasladada a la parte posterior del Teatro Nacional de la ciudad. ¿Hay alguna relación entre la muerte del hombre y la de esa chica, ocurrida hace más de sesenta años?





Un rastro de lápidas

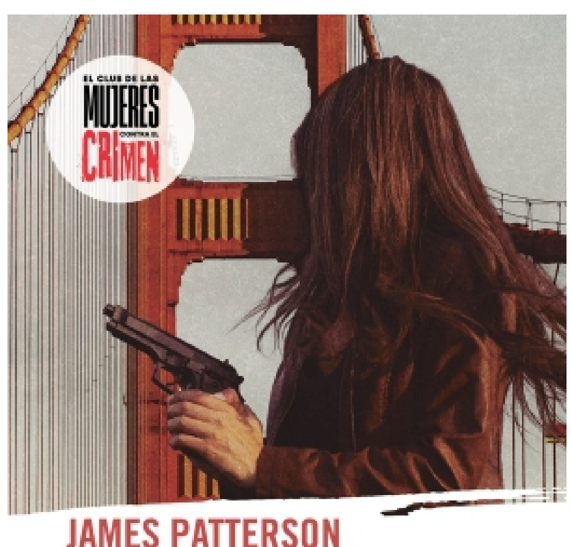
Rankin, Ian
9788411324878
448 Páginas

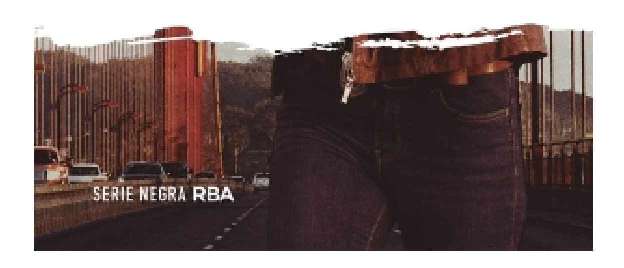
Cómpralo y empieza a leer

LA VERDAD SALDRÁ A RELUCIR. PERO PUEDE COSTARLE MUY CARA A REBUS.

John Rebus ha estado en infinidad de ocasiones en un tribunal, pero esta es la primera vez que se sienta en el banquillo de los acusados. Acostumbrado desde hace décadas a saltarse las reglas para hacer cumplir la ley, ahora puede que haya ido demasiado lejos. Pero ¿cómo ha llegado a esta situación?

Antes de que todo esto estallara, la inspectora Siobhan Clarke se encontraba inmersa en un inquietante caso en torno a un turbio policía, que aseguraba tener información comprometedora relacionada con la comisaría en la que trabaja, famosa por su corrupción. Durante la investigación, el nombre de John Rebus sale a relucir más veces de lo deseable y Clarke tendrá que decidir hasta qué punto le debe lealtad a su gran amigo Rebus.





El primero en morir

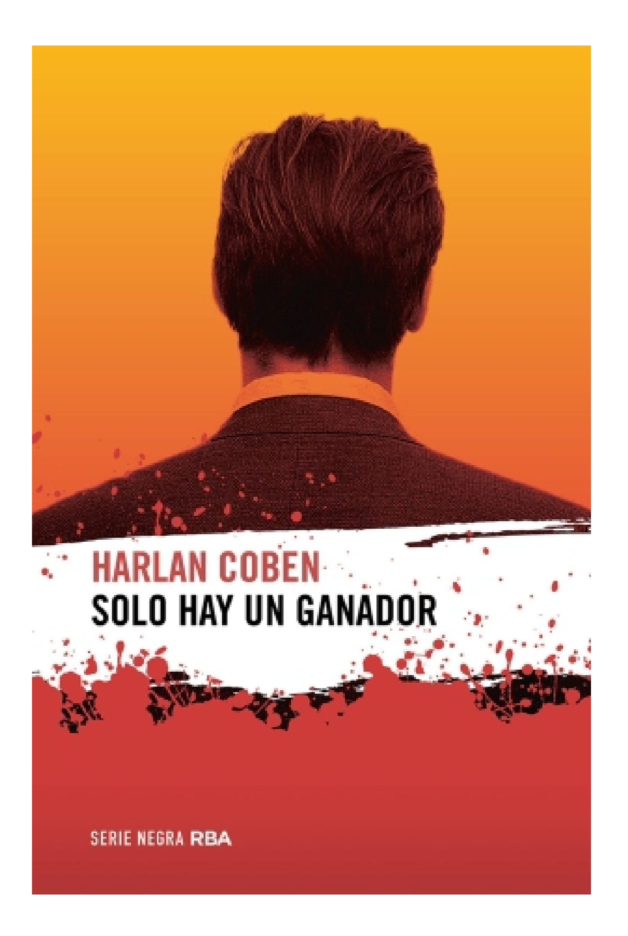
Patterson, James 9788411324663
408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

EL COMIENZO DE UNA DE LAS SERIES MÁS POPULARES DE LA LITERATURA CRIMINAL.

Una pareja de recién casados celebra su noche de bodas. No saben que será la última de sus vidas. Al día siguiente, Lindsay Boxer, inspectora de Homicidios de San Francisco, examina la escena del crimen. Lindsay no pasa por su mejor momento, ya que le acaban de diagnosticar una rara enfermedad. Sin embargo, no piensa rendirse y, para resolver el caso, decide contar con la ayuda de tres mujeres,

cada una de ellas experta en su campo: la joven y avispada periodista Cindy Thomas, la doctora forense Claire Washburn y la implacable ayudante del fiscal Jill Bernhardt. Las cuatro formarán de manera extraoficial el Club de las Mujeres contra el Crimen. Un club que tendrá que trabajar contra reloj, porque el doble homicidio es solo el primero de un asesino en serie.



Solo hay un ganador

Coben, Harlan 9788411323529
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Yo llegaré a donde no llegue la ley".

Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora.

En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.



Una investigación filosófica

Kerr, Philip
9788411324670
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Londres, en un futuro cercano. Los avances tecnológicos han facilitado mucho el trabajo policial, pero no han podido evitar la plaga de asesinos en serie que proliferan por doquier. Uno de los casos que más preocupa a las autoridades es el de las sucesivas muertes de hombres potencialmente peligrosos que formaban parte de un programa estatal secreto de prevención de delitos. La inspectora jefe Isadora Jakowicz (o Jake, como todo el mundo la conoce) es una experta en psicología criminal que acepta el desafío de atrapar a un

hombre extremadamente inteligente con firmes convicciones filosóficas que responde al nombre de Wittgenstein.

Una investigación filosófica es uno de los techno-thrillers más perturbadores y maliciosos que se han escrito y una de las grandes obras clásicas de Kerr.



Bajo el faro

Bakkeid, Heine T.
9788491874874
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Thorkild Aske fue una vez un buen policía, pero lo perdió todo cuando fue condenado a tres años por haber matado en un accidente de tráfico a una chica. Ahora acaba de salir de prisión, donde ha tocado fondo. En sus esfuerzos por reinsertarlo en la sociedad, su psiquiatra le encuentra un pequeño trabajo como detective: deberá encontrar a un joven que desapareció en las inmediaciones de un faro del norte del país. Al llegar al faro, Thorkild descubre que el mar encrespado le entrega un cadáver, pero, para su sorpresa, no es el del chico.